

ELEANOR BOURG NICHOLSON

UN HÁBITO SANGRIENTO



BIBLIOTHECA
**HOMO
LEGENS**

ELEANOR BOURG NICHOLSON

UN HÁBITO SANGRIENTO



BIBLIOTHECA
**HOMO
LEGENS**

Eleanor Bourg Nicholson
**UN HÁBITO
SANGRIENTO**

Presentación y traducción de
Mario Crespo



BIBLIOTHECA HOMO LEGENS

© 2018 by Ignatius Press, San Francisco

© Homo Legens, 2019

Calle Trafalgar, 1

28010 Madrid

www.homolegens.com

Colección dirigida por Kiko Méndez-Monasterio

Título original: A Bloody Habit (2018)

Traducción y presentación de: © Mario Crespo

ISBN: 978-84-17407-79-7

Maquetación: Blanca Beltrán Esteban

Diseño de portada: Alex H. Poles

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

*Al padre Thomas Joseph White, O.P., quien me animó a echar la siesta... y la llenó de
pesadillas.*

A Julia, amante de los vampiros.

A Anne, que no es una vampira.

*Y con eternas disculpas a Bram Stoker y a la Orden de Predicadores, por haberme tomado
tantas libertades.*

PRESENTACIÓN

Los chistes de dominicos y jesuitas constituyen un popular subgénero del humor clerical. Uno de los más famosos comienza preguntándose por las semejanzas entre ambas órdenes. “Bueno”, responde el interlocutor, “las dos fueron fundadas para luchar contra la herejía: los dominicos, contra los albigenses; los jesuitas, contra los protestantes. “¿Y en qué se diferencian?” “¿Has visto a algún albigense últimamente?”

Si la ficción de Eleanor Bourg Nicholson fuera historia real, y si de verdad un pontífice hubiera encargado a la Orden de Predicadores la misión de exterminar vampiros, la eficacia de los hijos de Santo Domingo quedaría en tela de juicio: estoy convencido de que el lector sí se ha encontrado con unos cuantos a lo largo de su vida. De Polidori a Nosferatu, de los Vourdalak a Carmilla, de los tratados del XVII a los más modernos best sellers, el no muerto es un invitado frecuente en la ficción de los últimos dos siglos y en nuestras pesadillas colectivas.

Pero fue Bram Stoker quien canonizó definitivamente el género y convirtió al conde Drácula en uno de los personajes literarios más carismáticos de todos los tiempos. Quienes leímos su novela en la adolescencia recordamos con nostalgia el miedo que pasamos en compañía de Jonathan Harker. Incluso un tipo tan habituado a la sangre como Fidel Castro recordaba con horror su primer encuentro con el conde. *Un hábito sangriento* es un ejercicio de devoción hacia la obra de Stoker por parte de una estudiosa que conoce bien la novela y su contexto, así como la tradición vampírica anterior, que tiene en Dom Calvet y su *Tratado sobre los vampiros* una de sus cimas más señeras. Stoker no se limita a inspirar la historia, sino que se cuele en sus páginas como un personaje más, acompañado de Henry Irving, presunto inspirador de Drácula.

El aprecio de la autora por el autor irlandés, con todo, tiene sus matices: el libro está lleno de guiños, pero también de discusiones y ajustes teológicos. Las reflexiones sobre el concepto del libre albedrío o sobre la naturaleza anti-eucarística del vampiro están llenas de sentido. Eleanor Bourg Nicholson hace con el género de terror lo que Natalia Sanmartín Fenollera hizo con el romántico en *El despertar de la señorita Prim*: llenarlo de buenas ideas, pero sin un ápice del tono didáctico y propagandístico que arruina tantas novelas actuales.

Porque *Un hábito sangriento* es, ante todo, una gran novela de terror, que puede ser disfrutada por lectores creyentes y no creyentes. Los personajes están hechos de un excelente material literario. Es imposible no sentir simpatía por el joven abogado John Kemp, escéptico, curioso y enamorado. El padre Thomas Edmund Gilroy es un digno sucesor de la estirpe de curas literarios, que nace con el Quijote y pasa, entre otros muchos, por el padre Brown o Don Camilo. Hay también un personaje femenino rico y complejo: Esther Raveland. ¿Y qué decir del vampiro? Un villano carismático, muy moderno, adaptado a su tiempo –un tiempo de masonería, espiritismo y farolas eléctricas– y, a la vez, fiel a los viejos mitos centroeuropeos. La trama nos conduce por el Londres victoriano a un ritmo frenético, dibujando un excelente fresco histórico.

Argumenta Chesterton que los cuentos de hadas no crean en los niños la idea de la maldad o de la fealdad: ya son perfectamente conscientes de que eso existe. El muchacho, dice el autor inglés, conoce bien a los dragones desde que tiene imaginación; lo que le proporciona el cuento es un San Jorge capaz de exterminarlos con su lanza. En el mismo sentido, una literatura católica que no abordase el abismo de lo preternatural por mojigatería o por temor a escandalizar sería, además de aburrida, gravemente incompleta. Conocemos bien a los vampiros, habitan nuestros sueños más brumosos desde la noche de los tiempos. La novedad que nos aporta Nicholson es un fraile dispuesto a combatirlos con teología tomista y liturgia bien surtida de incienso, dos excelentes remedios para casi todos los problemas del mundo.

No alargaré más la presentación. La novela ya susurra al lector, como el viejo conde

transilvano: “¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad”. Pero, eso sí: no se olvide del crucifijo ni de la estaca de fresno.

Mario Crespo

Durante los conflictos de la Orden de Predicadores con los Albigenses, un hábito sangriento era la señal del martirio, un signo de que los enemigos de la Verdad sentían la llamada de la violencia. Uno de los casos que más se recuerdan es el de Pedro de Verona. Hoy, en contraste, la gente concibe un hábito manchado de rojo como una de las señales de la batalla, tanto si acaba en martirio como si lo hace clavando una estaca. Metafóricamente, por supuesto. Algunos han respaldado la teoría de que la sangre del escapulario era un indicador de la capacidad del supuesto cazavampiros. Esta suposición es seguramente falsa o, en el mejor de los casos, gravemente equivocada.

Rev. Thomas Edmund Gilroy, O.P., D.C.L., Catálogo de lo preternatural.

PRÓLOGO

En los géneros más fantásticos, rige el tópico literario de que el narrador intente explicar, justificar o hacer creíble su relato, que carece de cualquier credibilidad. “Esto es completamente improbable o incluso imposible”, suele decir el narrador, “y yo mismo no lo habría creído, pero realmente ocurrió y lo vi con mis propios ojos. En consecuencia, espero que el lector crea hasta lo más ridículo de lo que voy a contar”.

Mientras escribo esta disculpa dirigida al lector, soy plenamente consciente de lo implausible de mi historia. Más allá de las lecturas de Robert Louis Stevenson y autores similares en mi juventud, y de algunas excursiones esporádicas por el género gótico –la más importante de las cuales está relatada aquí–, he trabajado menos la sutileza de estas prácticas literarias que el ejercicio práctico y concreto del Derecho. Puede que se deba a mi formación jurídica, más que al impulso de imitar el tópico literario que he descrito antes, mi deseo de dejar sentadas desde el comienzo mis credenciales de hombre cuerdo y de escéptico. No soy un escritor de ficción, y me inquieta la soltura con la que he asumido ese papel. De hecho, he gastado muchas horas en los últimos años cuestionando mi cordura debido a todo este asunto.

Cuando un gran amigo me animó a escribir una narración personal de mis experiencias relacionadas con ciertos incidentes famosos, justo después del cambio de siglo, mi respeto por él me impidió que me riera en su cara, pero sí le expresé mis dudas. Como digo, muchos de los hechos que cuento aquí son bien conocidos por el público y están registrados en documentos oficiales sobre la criminalidad y los disturbios urbanos. Los teóricos de las corrientes espiritualistas han terciado en el asunto; incluso los políticos han tenido algo que decir. No albergo ningún deseo de revelar los entresijos de estos incidentes sangrientos y escandalosos, en parte porque todo fue tan extraño que no requiere ser revisado y en parte porque supone dejar expuestos muchos aspectos de mi intimidad. De hecho, espero que nadie, excepto el amigo que me lo encargó, lea este libro. Por si este libro, gracias a algún giro cruel del destino, alcanzase la popularidad, he cambiado los nombres de todos los involucrados.

Debo confesar otra licencia literaria: mi propia narración está completamente entrelazada en mi mente con la de otra novela. De hecho, me di cuenta de que el conde demoniaco de Bram Stoker, a la manera del Mr. Dick de David Copperfield en la cabeza de Dickens, era capaz de entrar en mi historia cuando y donde se le antojaba. Para combatir este asalto, le otorgué su propio lugar y comencé cada capítulo con breves citas de Drácula. Espero que ningún mal se derive de esta hospitalidad medida.

Más allá de eso, tengo dos motivaciones: la primera es entregar a mi amigo el relato que me pidió, que será interesante para su labor de historiador, centrada especialmente –y mientras lo escribo siento lo absurdo que es– en la actividad vampírica desde el siglo XVII. En segundo lugar, deseo obtener yo mismo una imagen clara de lo que sucedió, y así exorcizar las consecuencias emocionales, mentales e incluso espirituales que todavía me persiguen.

—B. R., Esq. (en adelante, “John Kemp”)

CAPÍTULO I

1 de mayo de 1900, en algún lugar entre Budapest y Londres.

(Del diario de Jonathan Harker). Se levantó entonces, se secó las lágrimas, y quitándose del cuello un crucifijo, me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer ya que, como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar tales cosas como idólatras hasta cierto punto. Y, sin embargo, me parecía una descortesía rechazar el ofrecimiento de una mujer de edad, tan bien intencionada y en semejante estado de ánimo. Supongo que vio la duda reflejada en mi rostro, porque poniéndome el rosario alrededor del cuello, me dijo... ¹

—Discúlpeme.

Aquel hombrecillo había interrumpido mi deleite literario, así que me dije a mí mismo con ironía cruel, mientras levantaba la vista desde la página, que era muy improbable que fuera a disculparle. No me entregaba a menudo a los sinsentidos del género gótico, pero cuando lo hacía no me gustaba verme sorprendido por un tipo de cara sonrosada y gafas sobre los ojos negros, vestido de blanco y con cuentas que cascabeleaban en el costado de su hábito.

—¿Sí? repliqué, esforzándome para que la irritación no fuera perceptible en mi voz.

—Si es tan amable —dijo el hombrecillo, que parecía, a juzgar por su extraña vestimenta, alguna clase de sacerdote o monje católico romano—, ¿me permitiría pasar a abrir la ventana?

Pude haberle dicho que no pasaría tanto calor si no llevara esos pintorescos ropajes rituales, pero me limité a gruñir un asentimiento vago. Él sonrió y comenzó a pelearse con la pesada ventana.

Sabía que iba a estar atascada, pensé, con un suspiro de lástima. Qué remedio.

Aparté la novela —con cuidado de tapar el título, ya que no hay nada que me irrite más que los comentarios de un extraño sobre lo que leo, sobre todo cuando se trata de la obra más sensacionalista de un melodramático novelista irlandés— y me uní a su trabajo. Después de unos cuantos tirones, logramos abrirla justo hasta donde él quería. Mientras tanto, la manga de mi abrigo había adquirido una espantosa mancha negra: no había duda, era grasa.

El cura me dio las gracias y regresó a su asiento, haciendo con la cabeza un gesto cortés hacia una anciana francesa sentada en la esquina opuesta. Su alivio era visible.

Yo me sonrojé, en parte por la irritación por el ridículo intercambio y en parte por la vergüenza. No me había dado cuenta del malestar de la vieja y debía haber sido lo bastante observador para aliviar su sofoco antes de que me lo advirtiera aquel papista sonriente. Era una consecuencia de estar apretado en aquel compartimento, rodeado de cinco desconocidos: la francesa, de luto riguroso; un hombre rumano o húngaro con los dientes negruzcos, bocio y esposa rechoncha; una mujer delgada gravemente ataviada de gris, seguramente una institutriz; y el cura inglés. Atravesábamos una zona muy poco inspiradora del campo húngaro y había sido un alivio tener a mano el libro de Bram Stoker para evadirme. En aquella época ya no era nuevo, ya que se había publicado varios años atrás, pero una conocida, una joven de encantadora sonrisa, me lo había endosado antes de partir de Londres con una solicitud urgente:

—John Kemp, ¡tiene que leer esto!

Pronto me recuperé del momento de autocritica por mi falta de caballerosidad con mis acompañantes femeninas y volví a abstraerme en mi novela. Creí estar muy lejos del vagón, en un carruaje que recorría un camino serpenteante y dejaba atrás una abrumadora cantidad de flores y árboles frutales. Dedicué un momento a sonreír con tristeza ante el entusiasmo que el viajero de ficción dedicaba a la grandeza silvestre del escenario que atravesaba. Nosotros estábamos recorriendo más o menos la misma ruta, pero era un día plomizo y ni siquiera las cumbres majestuosas atraían la atención. Las páginas estaban sembradas de tipos locales, llenos de

supersticiones y de temor. Levanté la vista del libro para echar un vistazo a mi acompañante de dientes sucios, esperando verle manoseando nerviosamente una cruz o algún otro talismán, pero en realidad estaba dormido con la boca abierta; la nariz aleteaba con cada exhalación. Volví al libro con un escalofrío. Unas páginas después, cuando el carruaje tirado por cuatro caballos llegó a su destino, trayendo con él, sin duda, la fuerza gótica de lo sobrenatural, noté un retortijón de hambre.

Volví a levantar la vista.

El compartimento había quedado casi vacío. Deseé que no se hubieran ido simplemente al vagón restaurante y que, si era así, resultaran ser compañeros de cena silenciosos. Como bien sabía, los viajes me volvían irritable, y ya estaba suficientemente avergonzado por mi conducta anterior. Si me encontraba con uno de los testigos de mi mal humor me vería obligado a comportarme amistosamente, y prefería dejar que mi mente siguiera vagando. Tendría que ponerme con esos papeles de Kilbranson, pensé, con una pizca de culpabilidad. No me atraía nada la idea. En los últimos días había estado saturado del sórdido asunto del matrimonio de Kilbranson con una seductora húngara. Estaba cansado de aquel trabajo y satisfecho por haber encontrado una distracción en aquella historia extraña y maravillosa nacida en la mente febril de Bram Stoker. Al menos, me dije con sarcasmo, de ese modo mantendría lo absurdo en el lugar al que pertenece: el mundo de las novelas baratas.

En vista de mis esperanzas de evitar cualquier interacción social, la escena del vagón restaurante me resultó muy desagradable.

Todas las mesas, estrechas y con manteles blancos, estaban llenas a rebosar, excepto una, junto a las ventanas que en ese momento estaban orientadas al norte. Y el único asiento libre estaba justo enfrente del que ocupaba el cura de la cara redonda.

Valoré por unos instantes la opción de escapar, incluso considerando la posibilidad de ayunar con tal de ahorrarme tal compañía, pero entonces llegó un camarero inoportuno y, entre su disponibilidad a servir y sus insuficientes conocimientos de inglés, que le impidieron comprender mi sutil negativa, unidos al hecho de que yo no podía esquivar la enorme bandeja que portaba sin gatear, fui empujado, casi físicamente, a la silla vacía.

Hice un gesto de saludo sobre la ringlera de vasos y la cubertería y esperé que bastara con esa comunicación no verbal.

—Pero bueno, ¡hola! —dijo el curita con gran entusiasmo—. Esperaba que me acompañara.

Me pareció una hipótesis estúpida: éramos dos perfectos desconocidos y yo esperaba que siguiera siendo así. No me digné a responderle.

—Yo ya casi me he decidido —le dijo al amable camarero—. Estaré listo para pedir junto con mi amigo.

Era todavía peor de lo que imaginaba: no había empezado a comer y, obviamente, me consideraba su acompañante —o, en sus propias palabras, su ‘amigo’—, enviado por las alturas para entretenerle. Solo me quedaba rezar, con cierta aprensión, para que la comida fuera lo suficientemente satisfactoria como para compensar tanto sufrimiento.

Pedí pollo, al igual que él.

Luego pedí más agua, y él también pidió más agua.

—Una jarrita sería ideal, en realidad —añadió.

Cuando él pidió té, yo me empeñé en pedir café, aunque en realidad quería té. El café estaba amargo, lo que incrementó mi resentimiento hacia mi nuevo colega.

—Hace un día estupendo —dijo.

Le dije que sí, aunque por dentro pensé que era muy aventurado aplicar aquel adjetivo.

—¡Mire qué intenso es el color del cielo! Es la clase de color que uno puede ver en los

cuadros de paisajes.

Aquí fue más difícil darle la razón, ya que pensaba que aquel cielo carecía de atractivo y que cualquier pintor al que se le ocurriera capturarlo sería un cursi sin remedio. Afortunadamente, un monosílabo vago pareció satisfacer a mi acompañante.

—Hay algo encantador en esta vista —siguió—. Pero a menudo he advertido que la gente suele dudar de un color tan intenso. El hombre siempre prefiere dejar este brillo tan poderoso en la mente del artista. Normalmente vemos la realidad como algo vagamente monótono, como si no pudiera haber tanta intensidad en el mundo real, como si Dios mismo no fuera capaz de crear una viveza más brillante de la que jamás podríamos asimilar.

No pude asentir porque nunca había reflexionado sobre aquel tema. Las galerías de arte me gustaban bastante y en aquel entonces me consideraba casi un experto en la materia, pero la teología, en cambio, estaba muy lejos de mis intereses.

—Es la clase de pintura que usan, creo —dije secamente, convencido de que había dado en el clavo.

El afable clérigo no pareció molestarse por mi crudo pragmatismo.

—Oh, claro —dijo—: ¡el cobalto! Tiene una historia de lo más interesante, ya sabe.

Y entonces se embarcó en una breve conferencia sobre los ingenios y los procesos relacionados con la formulación de aquel material. Acabó y se puso a mirar por la ventana. No estaba seguro de si esperaba una respuesta. En todo caso, había llevado al límite mis conocimientos de arte, así que volví a refugiarme en un gruñido ambiguo.

Guardó silencio durante unos instantes, mirando por la ventana con expresión seria. Cuando habló de nuevo, fue con un fervor irritante:

—El mundo —dijo— está lleno de la grandeza de Dios.

Me resultó tan desagradable como si hubiera pronunciado una oración. Y luego, sin dejar que me recuperase, me miró muy concentrado y dijo, como si fuera un hecho indiscutible:

—Entonces, usted se considera agnóstico, ¿no?

Entre mis amigos habría aceptado gustoso ese término, e incluso lo habría defendido, con cierta vanidad, en reuniones sociales, así que no entiendo por qué empecé a balbucear aquellas retorcidas justificaciones, recurriendo internamente al catecismo.

—No me llamaría a mí mismo agnóstico. Quizás simplemente estoy esperando... Mi padre era un predicador calvinista, ya ve, pero nunca logró transmitirme su entusiasmo. Y mi madre... En los días de mis estudios, la ciencia... Cualquier joven con temperamento...

Me detuve con la esperanza de que la comida llegase pronto y pudiera comerla rápidamente y escapar de aquel lunático.

—Llevo un tiempo fuera de Londres, ¿sabe? —dijo mi acompañante de la cara redonda—. He estado predicando un curso sobre doctrina cristológica. Es lo que más hago últimamente: enseñar a frailes jóvenes.

—¿Hay muchos sacerdotes ingleses en Hungría? —pregunté.

Me miró severamente, o al menos eso me pareció. En un momento estaba de nuevo alegre y ligero, parloteando, según noté, para evitar mi pregunta.

—Los frailes más jóvenes preguntan muchísimas cosas; algunos porque realmente quieren saber, otros porque quieren asegurarse de que entienden algo diciéndolo en voz alta. La juventud siempre encuentra estimulante poner a prueba a quien les instruye, como seguro que a usted le ocurre con su padre.

(¡Pero por Dios!, imploré en silencio. ¿Acaso es humano este tipo?)

El, mientras, seguía con su cháchara:

—Ayer la conversación se desvió bastante— sonrió—. A medida que me hago viejo, cada vez divago más. Hablamos largo y tendido de los pecados contra la caridad —su voz se volvió rotunda—: “Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, tened cuidado, no sea que os consumáis unos a otros”. Eso lo dijo san Pablo, ¿sabe? ¿Le está gustando ese libro?

Me sorprendió el cambio de tono y me ruboricé. Como un tonto, me había traído conmigo el tomo, encuadernado en rojo.

—Todavía no he leído mucho.

—Es terriblemente divertido —dijo él—. Aunque bastante ridículo, por supuesto.

Me alegró que coincidiéramos en ese tema, aunque, por otro lado, me pregunté si era bueno coincidir en algo con aquel fanático.

Por fin llegó la comida. Por unos momentos nos distrajimos en el esperable intercambio de cordialidades huecas con el camarero. Cuando se fue, deseé de nuevo evadirme, en esta ocasión mediante los poderes del hombre inglés para ignorar educadamente a sus acompañantes cuando estos están ocupados en algo tan animal como dar cuenta de un pollo asado en paprika en el vagón restaurante de un tren en marcha.

Pero, obviamente, el sacerdote no se veía compelido por tales consideraciones protocolarias. Su cara fue volviéndose más rosa a medida que comía. Pestañeó enfáticamente tras ingerir una gran cantidad de té hirviendo, pero después de unos segundos retomó el tema que había interrumpido.

—Sí, es todo bastante ridículo.

—¿Acaso no cree usted en los condes rumanos que chupan sangre? —bromeé, fingiendo sorpresa.

—Oh, no quiero decir eso —respondió con gran seriedad—. Es todo lo demás lo que es ridículo. Pequeñeces. Como por ejemplo ese asunto de la hostia consagrada y la masilla. Roma jamás daría una dispensa, y sería una dispensa, no una indulgencia, pero como el autor no es católico no lo sabe. Su mujer se ha convertido al catolicismo. Hay muchos de esos fallos tontos, que no son tan graves en realidad, pero son tontos. Me partí de la risa al leerlo. Después hay otro tema más serio. Todo eso del mal absoluto. Bien, existe, claro. No se puede negar. Pero no se puede decir que el mal absoluto es una fuerza equivalente al bien. Eso es maniqueísmo.

Le miré, pálido.

—Pero, amigo —se lamentó—, no ha llegado todavía a la parte de la masilla, ¿verdad? Bueno, no seguiré hablando de eso. No quiero arruinarle la sorpresa. Pero cuando llegue, se dará cuenta de que no tiene ningún sentido. Oh, amigo... ¡Qué desconsideración por mi parte! Es una muestra más, me temo, de los peligros, incluso de la maldad, de las conversaciones frívolas.

Parecía tan sinceramente apenado que me vi obligado a asegurarle que no pasaba nada y que, llegado el momento, me sorprendería con el tema de la masilla.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera de Londres? —pregunté, más por aliviar su malestar por la revelación inadvertida que por curiosidad genuina.

—Cuatro meses. ¿Y usted?

—Yo tres semanas.

Pero no tenía ganas de hablar sobre mí. A los curas católicos, pensé, les encantan los cotilleos. Les encanta descubrir todos los secretos de las ovejas perdidas en la oscuridad del confesionario, y a mí nunca me gustaron las ovejas.

—¿Tiene pensado volver al continente este año?

—Eso depende de lo que me ordenen mis superiores —dijo con una sonrisa—. Somos itinerantes, ya sabe. Voy donde me mandan.

Más ovejas. Ovejas guiando a ovejas, en realidad. No respondí.

—¿Le gusta su trabajo de abogado?

Supuse que había visto la dirección de mi bufete en Londres en el encabezamiento de los documentos de mi cartera. De nuevo, un castigo por el descuido con el que trataba mis papeles. En mi cabeza empezó a bullir una idea: ¿estaba intentando sacarme información? Nunca se me había ocurrido que los líos de Kilbranson inspiraran ningún interés, pero quizás aquel extraño hombrecillo estaba aliado con su esposa.

Al mirarlo de nuevo me sentí avergonzado por mis pensamientos. Aquel tipo absurdo no podía estar aliado con nadie: no podía ser un socio adecuado, y menos de una mujer fatal. De todos modos, la discreción siempre es necesaria en estos asuntos, así que asentí discretamente sin añadir ningún dato.

No se quedó tranquilo:

—En realidad, su trabajo se parece al mío. Usted reúne pruebas para ganar un caso ante el juez; yo las reúno para que las almas ganen el juicio final.

Si quería pensar que nuestros ámbitos eran igual de importantes, no sería yo quien le quitase la ilusión.

—De hecho, usted —dijo retorciendo malévolamente una esquina de sus labios—, usted se dedica a la ley, y yo a mi grey².

Siguió charlando amistosamente:

—Si de verdad quiere escuchar auténticas carcajadas al contar un chiste, pruebe a contárselo a unas monjas de clausura. Se ríen como locas con la menor ironía. Son encantadoras.

—¿Y por qué? —pregunté, tan incómodo con el tema como intrigado.

—Por su sensibilidad espiritual extraordinaria. Ya ve, solo tienen la liturgia y la vida en comunidad. No tienen todo ese ruido y ese caos y esa velocidad que vemos en el mundo. Están siempre en un gran silencio y en una paz extraordinaria, y por eso, junto a su capacidad increíble para la santidad, aprecian tanto esas pequeñas bromas a las que nosotros no damos importancia. Y a menudo los más místicos son también los más prácticos: saben distinguir el mal más rápido que otros y pueden apreciar el bien porque están muy unidos a Él.

La respuesta sonó más bien a homilía, y mi mente comenzó a divagar en el momento en que me habló de santidad con aquel tono tan característico. Me pregunté de pasada si los rumores sobre los curas papistas y sus líos ilícitos con las monjas eran ciertos, y de nuevo me avergonzó mi idea. Aquel tontorrón no parecía saber nada sobre las pasiones.

Cambié de tema una vez, y luego cambié de nuevo, y volví a cambiar. Y una vez tras otra, él se las arreglaba para derivarlo todo a la religión.

Una charla sobre el tiempo nos llevó a discutir sobre Dios creador.

Una charla sobre comida le condujo a un discurso eucarístico.

Una simple mención a la política le llevó a hablar sobre historia de la Iglesia, con más nombres de papas de los que alberga, probablemente, la memoria de un joven católico promedio.

La cosa empezaba a ponerse fea. Empecé a mostrar signos ostentosos de aburrimiento. No podría bostezar abiertamente en su cara, pero estuve tan cerca como me permitieron mis buenos modales. Su excentricidad era bastante entretenida, pero su tendencia a considerarme un amigo me cansaría pronto si seguía así, y quién sabe si acabaríamos como compañeros inseparables. Evité estudiadamente pedirle mayores detalles sobre sus planes futuros para evitar que se me uniera de forma permanente.

Por fin, después de muchos minutos de bostezos disimulados y comentarios sobre lo tarde que era y lo cansado que resultaba viajar, se levantó de la silla. Le cedí el paso al atravesar el vagón

y, al llegar a la puerta, dejé pasar a otros pasajeros. Cuando pensaba que ya me había librado de él, me sobresaltó su mano regordeta extendida ante mi cara con una tarjeta de visita. No pareció advertir mi sorpresa.

—Guárdela para cuando pase por Londres —me dijo con una sonrisa.

No se me ocurrió qué decir y me limité a cogerla. Me saludó con la cabeza con aire afectado y añadió:

—Que el Señor le guarde, señor John Kemp.

Y se dio la vuelta hacia el pasillo forrado de madera, caminando patosamente sobre un montón de tela blanca que se teñía de un misterioso amarillo cada vez que pasaba bajo la luz de la puerta de un compartimento.

¿Estaban todos los papistas así de locos?, me pregunté, y dejé caer la tarjeta en mi bolsillo sin mirarla mientras me retiraba.

Odio dormir rodeado de gente, así que suelo reservar un compartimento privado cuando tengo que hacer viajes largos en tren. Dado que, en esa ocasión, después del tren tendría que viajar varios días en barco, algo que detesto por otras razones, tenía la esperanza de dormir bien al menos una noche.

No me ando con medias tintas con el sueño: cuando duermo, duermo. Nunca me han molestado ese tipo de problemas que torturan por la noche a víctimas infelices: ni sufrí pesadillas de niño ni insomnio de joven. Algunos amigos me han confesado que no pueden conciliar el sueño por el terror de algunos libros tontos que se empeñan en leer. Yo, en cambio, puedo leer cualquier cosa con un sano escepticismo y dormir profundamente en cuanto cierro el libro. De modo que retomé la novela donde la había dejado, vagando por un castillo absurdamente siniestro con un joven sobreexcitado llamado Jonathan Harker, y pronto cerré los ojos.

Los abrí en una oscuridad imperfecta. Por un momento no supe dónde estaba. Las sombras que me rodeaban no me eran familiares: aquella no era mi habitación. A medida que fue enfocando mis ojos, mis oídos se concentraron. Unos ritmos de regularidad mecánica, tan constantes que pasaban desapercibidos, me resultaron de pronto ensordecedores. Claro: estaba en un tren. Recuperé la memoria y reconocí el coche-cama.

Pero, ¿qué era aquel otro sonido extraño? Estaba demasiado cerca de mi litera. Alguien escarbaba con determinación. ¿Sería un ratón? No: demasiado grande para ser un ratón.

Entonces mi boca se sumó a mis ojos y a mis oídos: saboreé un hedor a huevos podridos antes de que mi olfato pudiera detectarlo.

El tren giró y mi cuarto quedó bañado con la luz de la luna. Entonces pude ver algo de un brillo inquietante, como en el escenario de un teatro barato: era una figura con harapos espantosos cuyas extremidades eran anormalmente largas. Estaba en cuclillas, como si hubiera dejado una actividad a medias. Estaba hurgando en mis pertenencias hasta que extrajo un papel de mi maletín. La luz lunar danzaba sobre los dedos y sobre la superficie las manos, cubiertas de pelo.

Me quejé quedamente y aquella cosa empezó a mirarme. Bajo aquella rara luz pude ver una ausencia horrible: un enorme agujero en su pecho. No pude mirar mucho tiempo aquel vestigio de violencia porque mis ojos se centraron en la cara. Era muy pálida, casi amarilla, y en ella sobresalían unas cejas negras sobre unos ojos muy blancos. La boca era una mancha roja y deforme, como la de un payaso. Los labios se abrieron, mostrando unos dientes brillantes, afilados, animales: colmillos relucientes.

Me vi paralizado por la estupefacción y el terror. La cosa se acercó, y sus dientes, todavía más prominentes, apuntaron hacia mí. Entonces grité y tiré lo primero que encontré a mano, mi billetera, hacia su cara. Mientras giraba por el aire hacia mi atacante, se abrió y de ella salió un

objeto blanco y luminoso.

Aquel segundo proyectil acertó justo en uno de sus ojos. La criatura profirió un chillido de otro mundo. Me deslumbró una luz blanca que me libró de aquella espantosa vista.

El tren volvió a girar y caí sobre mi litera. Mi cabeza golpeó fuertemente contra el saliente de madera del estante. Por un momento me quedé callado, frotándome la sien, que todavía palpitaba, hasta que recuperé la razón. La habitación estaba vacía, con la puerta entreabierta. Me levanté para cerrarla y pasé el pestillo, y luego lo comprobé tres, cuatro veces...

Un sueño, tenía que haber sido un sueño. Solté una carcajada. Debía de haber despertado a mi vecino del compartimento de al lado, porque escuché cómo se agitaba en sueños y profería una protesta incoherente.

Entonces eché un vistazo a mi bolsa y, después de un momento de duda, me levanté para revisarlo. Solo echaba de menos una cosa: el delicado pañuelo que Adele me había regalado como muestra de su amor. Me lo habría dejado en alguna parte...

Agité la cabeza y me acordé de mi billetera. Cuando me agaché para recogerla, una pequeña pieza blanca, demasiado pequeña como para confundirla con el moquero, atrajo mi atención. Por un momento me quedé paralizado y luego me eché a reír. No, no era una hostia dejada por un joven fanático para mantener a raya a los espíritus malignos, ni tampoco el jirón de un vestido de una novia a la fuga, perseguida por un demonio. Era simplemente la tarjeta de visita que me había dado la tarde antes aquel curioso sacerdote. Debía de haberse caído de mi billetera cuando la arrojé en el momento de alarma, casi en sueños, y ahora reposaba en el suelo, levemente doblada, como esperando que la levantase.

Lo recogí con cierta impaciencia; me recordó aquel extraño encuentro, la inoportuna interrupción de mi lectura, y también mi sueño. Aquel grotesco cuento de hadas pensado para asustar a niños y a mujeres jóvenes excesivamente emotivas era una tontería. Era una lectura decididamente inadecuada para un abogado maduro. Así que decidí abandonar la novela de Stoker en el compartimento. Tal vez el conductor disfrutaría con ese tipo de estupideces. En cualquier caso, pensé, debía de haber olvidado el pañuelo de Adele en alguna otra parte. No era realmente tan importante. Ella podría estar molesta al principio, pero al final me perdonaría. O quizás no. Tampoco importaba.

No fue la curiosidad malsana lo que me hizo fijarme más detenidamente en aquel objeto, sino el hábito, profundamente arraigado, de examinar algo una vez que lo había recogido voluntariamente.

Lo que leí me hizo parpadear rápidamente para deshacerme de aquel sueño persistente y desconcertante que había sido una forma de explicar lo absurdo del asunto. No, ya no estaba dormido, y allí, en letras de un color rojo nada natural —lo que le daba un aire innecesariamente sanguinario—, se podía leer:

*Reverendo padre Thomas Edmund Gilroy, O.P., D.C.L.
Cazavampiros*

*Convento de Santo Domingo
Londres, NW5 4LB*

¹ Para las frases de Drácula, de Bram Stoker, que encabezan cada capítulo, se ha seguido la traducción canónica de Juan Antonio Molina Foix, excepto en el caso de la última, que procede de una versión anterior del manuscrito y ha sido traducida del original. (N. del T.)

² El padre Gilroy muestra una pasión irrefrenable por los chistes malos, normalmente basados en juegos de palabras y casi siempre intraducibles textualmente. En la traducción, se ha intentado encontrar retruécanos similares en español. (N. del T.)

CAPÍTULO II

25 de mayo de 1900, Londres, Inns of Courts, Belgravia y South Kensington.

(Del diario de Jonathan Harker) De modo que levanté la tapa y la volví a colocar contra la pared. Entonces vi algo que me llenó de horror. Allí estaba el Conde, pero por su aspecto diríase que bastante rejuvenecido, ya que tanto su bigote como sus cabellos blancos se habían tornado de un gris acerado; tenía las mejillas más llenas y bajo su blanca tez parecía aflorar una coloración sonrosada; la boca la tenía más roja que nunca, ya que por las comisuras de los labios le chorreaban gotas de sangre fresca...

Francis Carstairs, mi pasante, saltó de su taburete —golpeando un tintero en el proceso— y se lanzó sobre la mancha de té rojo que yo había vertido distraídamente sobre los papeles de mi escritorio.

Murmuré una disculpa. Habían pasado pocas semanas desde mi regreso a Londres, pero el tiempo parecía ir muy rápido. El trabajo me tenía muy ocupado. Seguía concentrado en los detalles sobre el caso de Kilbronson. El hombre se había casado enfermo, muy enfermo, y ahora buscaba refugio en un divorcio. Ese fue el tema central del caso, pero los detalles circundantes eran complicados y con frecuencia contradictorios. Cuestioné más de una vez la cordura de aquel hombre: ¿qué le había poseído para unirse a esa sensual húngara? Aparentemente, podía haber sido cosa de la lujuria —esa era la idea más obvia—, pero, sin embargo, aquello no parecía concordar con la apariencia delgada, ascética de Edgar Kilbronson, que recordaba a la de Gladstone. El sensacionalismo, por supuesto, era puramente superficial en el caso. El trabajo resultaba más bien aburrido.

La verdad sea dicha, no me importaba aburrirme. Por aquel entonces dormía mal, pero lo atribuía principalmente al clima, invadido por una densa penumbra. Incluso mis aposentos —de un tamaño reducido, aunque no estrecho, pero envidiados por muchos de mis colegas por su pequeña pero respetable ventana— se volvieron cada vez más asfixiantes a medida que cada ráfaga de voces se abría paso desde la calle hasta la prisión profesional donde yo y Carstairs estábamos infelizmente confinados juntos.

Me incliné para examinar mis papeles manchados. Los esfuerzos ineficaces de Carstairs solo sirvieron para emborronarlos más aún. Trabajamos durante una hora para arreglarlos, repartiéndolos por las estanterías y en la ventana, como si pudieran secarse en aquel aire húmedo.

En la parte inferior de la pila sucia descubrí una invitación a un baile en casa de los Fitzalan, que se celebraría esa misma noche. Después de un momento, me decidí por ir. Aunque era muy tarde para confirmar, me vendría bien evadirme de mi despacho, que parecía una caricatura de un cuarto de baño, con papeles empapados de té por todas partes. Dejé todo en manos de Carstairs. En realidad, pensé que disfrutaba con el caos. Ciertamente, afrontó el problema con más diligencia de la que nunca había mostrado en su trabajo habitual.

Puede que huir de aquel modo fuera un gesto de egoísmo por mi parte, pero pronto recibí mi justo castigo. Me apresuré a casa a cambiarme para la noche, y en cuanto salía, ya perfectamente ataviado, me salpiqué los pantalones de barro. Un erizo se acercó a reírse de mi estado, pero se alejó rápidamente para evitar el golpe vengativo de mi bastón.

La casa de los Fitzalan, llena de actividad ligera y bulliciosa, no iba a mejorar mi suerte. La anfitriona no se tomó tan a la ligera como hubiera deseado mi falta de confirmación. Además, vi que Adèle estaba en el baile, con una actitud rara, bromeando y haciendo pucheros, con aspecto de cansada. Su pelo rubio estaba demasiado rizado, ensortijado y largo, una moda que me parecía detestable.

—Hombre malvado —dijo al verme, y no me cupo duda de que había copiado la frase de

alguna novelita romántica—. Estoy segura de que no ha leído el libro que le di.

—No he tenido tiempo —mentí descaradamente, sin disculparme.

Guardó unos instantes de silencio antes de volver a intentarlo.

—La velada de Lady Masten fue realmente la fiesta de la temporada, señor Kemp. Lástima que se la perdiera.

Me habían dicho aquello unas diez veces y cada vez me importaba menos. Nunca había pensado que Adele fuera tan predecible.

—Bueno —dije secamente—. Me la perdí.

Esto pareció entorpecer un poco nuestra conversación.

Un momento después, cuando un joven y elegante teniente cruzó la habitación con paso firme y le pidió a Adele que bailara, la observé comenzar la danza y sentí una punzada en el estómago.

La asistencia era buena: estaba allí una buena representación de los famosos de segunda de la sociedad londinense —los de primera habían aprovechado lo tardío de la convocatoria para descansar en casa pretextando otro compromiso. Las mujeres jóvenes y encantadoras, muchas de ellas bajo la vigilancia de sus madres, habían empezado a desesperarse a medida que pasaban las semanas. El ansia de las jóvenes por el matrimonio era tan fuerte que se podía sentir con facilidad.

Lo cierto es que el lugar era agradable y bien iluminado; la decoración no era agobiante, aunque el salón estaba envuelto en una gran cantidad de telas verdes. La comida era excelente; el vino, bastante aceptable.

No sabría decir por qué estaba de mal humor. Había logrado escapar de mi oficina salpicada de té para caer en una prisión todavía más insufrible. Ya estaba aburrido antes incluso de que empezase la velada. Todo aquello me resultaba odioso; los grandes ojos azules de Adele me parecían de repente más vacíos que luminosos, y en su risa sonora detecté una nota moleestamente aguda que nunca había discernido antes. Algo estaba mal, conmigo o con el mundo. No me concentré en pensar qué era porque mi instinto me dijo que los resultados de aquella consideración no iban a ser nada halagadores.

El mundo era aburrido, aquella fiesta era aburrida, yo estaba aburrido.

—De modo que ha regresado, Kemp —dijo una voz culta y ostentosamente indolente, oprimida con un ligero, falso acento, la afectación del británico decadente que desearía ser extranjero.

—Eso parece —respondí.

La boca de Charles Sidney dibujó una sonrisa torcida, el tipo de sonrisa que hace desmayarse a las damas desprevenidas. Su atuendo era de un púrpura, o violeta, que podría haberle aconsejado su peor enemigo. Noté con asco que en sus pómulos había manchas de colorete.

—Seguro que después de su viaje tiene un tema de conversación interesante y divertido.

—No he dormido bien últimamente.

—¿Qué demonios le ha hecho a Miss Lawson? Parece estar muy irritable.

Respondí con un gruñido y él siguió hablando: se sabía que Sidney era capaz de conversar durante horas sin ninguna ayuda externa. No me gustaba su aspecto; estaba vestido demasiado meticulosamente y desprendía un aroma excesivo a perfume.

Continuó exponiendo sus opiniones sobre Adele:

—No es que no sea una mejora. Ella siempre tiene esa mirada esmaltada de perfecta inocencia. Sería interesante saber si ella es capaz de experimentar otras emociones además de la docilidad y la satisfacción. Encantadora, por supuesto; eso nadie podría negarlo. Pero decididamente poco inspiradora.

Luego, con una mirada arqueada y un tono de falsa penitencia, añadió:

—¡Oh, pero casi lo olvido! Usted es admirador suyo, ¿verdad?

Una vez más sentí cuánto detestaba a Sidney. Se parecía demasiado a un personaje arquetípico, el dandi, de una de esas enfermizas novelas románticas escritas por escritoras insatisfechas con la realidad. Pero no siempre había sido un dandi tan desagradable: cuando lo conocí me había parecido algo interesante. Ahora me recordaba una vieja chismosa con ropa absurda.

Murmuré que era “una amiga de la familia” y traté de descartar cualquier rumor de enredo romántico; aunque podría ser más exacto llamarlo “atrapamiento”. En este punto, honestamente, no veía cómo podía evitar casarme con Adele si ella estuviera de acuerdo, pero no veía por qué tendría que explicárselo a aquel petimetre presuntuoso.

—Cambiano de tema, como usted obviamente desea—siguió Sidney en tono educado—, y dejando a un lado por el momento la pregunta sobre su romance con la bella Adele, ¿ha conocido a la joven y seductora americana de la que todos hablan en esta temporada social? Una belleza helénica, una diosa oscura y lujuriosa, con ingenio de esgrimista y un encanto que deslumbra, incluso cuando utiliza el tono sarcástico de su lengua materna...

Una risa sonora, profunda aunque femenina, estalló detrás de mí.

—Mi querido señor Sidney —dijo aquella dama con diversión y con un débil toque colonial claramente distinguible— en verdad es usted la persona más deliciosamente grosera que he conocido jamás.

Me volví hacia ella.

Por culpa de Sidney, me sentía atrapado en un universo extraño, concebido por la mente morbosa de algún novelista de moda.

He hablado de menudo sobre la propensión de los novelistas del último medio siglo, y en especial de esas escritoras desesperadas que mencioné antes, a describir a sus heroínas en términos absurdamente autoindulgentes. Todas las heroínas deben ser increíblemente hermosas; cada primer encuentro debe ser una experiencia que transforma el alma. Se supone que el amor, que siempre llega a primera vista, es como un terremoto: al ver a la persona amada, el corazón se detiene, salta o gira con excepcional irregularidad. El alma es golpeada sin piedad, el corazón sufre emociones exageradas e incluso el mundo se estremece sobre su eje. Según este concepto, el amor tiene el mismo efecto en el hombre y en la sociedad que un anarquista con un suministro ilimitado de pólvora. El amor, al parecer, actúa sobre el alma como a Guy Fawkes le habría gustado actuar con el Parlamento. (Muchas veces había observado, sin embargo, que el efecto de Adele sobre mí no se parecía en absoluto a esta concepción teatral y psicossomática).

Por supuesto, este nuevo encuentro no era amor. Sería estúpido llamarlo así. Sólo hombres desquiciados, poetas e inmaduras jóvenes de la clase media creen en cosas como el amor a primera vista. Aun así, cuando vi a esa mujer, mi corazón se aceleró abruptamente; un extraño mareo se adueñó de mi cabeza mientras un cúmulo de nuevas sensaciones iba inundando todo mi ser.

Esbelta y bien formada, cortinas de cabello negro enmarcaban su claro, radiante, rostro. Ojos negros, profundos, anchos, con un casi inapreciable toque verdoso. Una cara honesta. Una cara expresiva.

—No soy reacia a que me elogien—continuó—, pero el elogio se malogra cuando se emplean esos términos.

—Mis sinceras disculpas—replicó él con una obsequiosidad que se me antojaba completamente innecesaria—, debo rendir tributo a los dioses del discurso americano y, además, implorarle a usted clemencia.

—Oh, —dijo ella riendo de nuevo—, no cuestiono eso. Al lado de sus melódicos esfuerzos

lingüísticos, nosotros sonamos muy mal, prácticamente como ganado destinado al consumo. Pero sí cuestiono apasionadamente su carisma, que es tan vacío como sus galanterías.

—¡Clemencia, mi querida señora, clemencia!—suplicó el hombre perpetuamente teatral con gesto sobreactuado.

—Sé que os reís de nosotros a nuestras espaldas, y lo aceptamos. Lo hacemos de veras. De hecho, lo encontramos realmente divertido. ¿Ha oído usted a algún actor británico de renombre tratando de hablar como un americano? El resultado es hilarantemente absurdo. Tome como ejemplo un libro con el que me topé hace algunos días. El personaje americano dedica su tiempo a decir cosas ridículas que sólo uno de sus escritores podría concebir. Pues allá, en las incivilizadas tierras del lejano oeste, un hombre que hablara de modo tan bufonesco sería inmediatamente linchado.

—De nuevo, le suplico clemencia. Como oferta de paz, propongo una presentación.

De esta forma, sin pretenderlo, me encontré a mí mismo siendo presentado formalmente a Esther Raveland, que actualmente residía Belgrave Square gracias al patrocinio de una prima lejana. La relación entre ambas era, de hecho, demasiado lejana e intrincada como para que yo la comprendiera, por lo que mucho menos podría exponerla articuladamente.

En este punto, tras un sinfín de expresivos arqueamientos de ceja y de ininteligibles murmuraciones, Sidney nos dejó.

Para entonces, yo ya había recuperado el pleno equilibrio. Conocía bien, además, la forma conversacional adecuada para aquel momento.

¿Estaba disfrutando en Londres?

Sí.

¿Había visitado alguno de los parques?

Sí.

Rehúse la posibilidad de ponerme a hablar del tiempo. Aquello habría supuesto rebajar el nivel hasta lo inaceptable. En consecuencia, nos mantuvimos en un indeciso silencio durante unos instantes. Entretanto, empezaba a sospechar que a ella mi incapacidad para dirigir la conversación más autoritariamente le resultaba graciosa.

Si era así, no iba a morder el anzuelo.

—Bien, —dije con ligereza—, espero que continúe disfrutando de su estancia aquí.

Después, dibujando en mi semblante una sonrisa despreocupada, crucé la sala para hablar con el Dr. Grant, un tedioso y proveyecto médico que se había pasado la vida atormentando a sus pacientes. Era una de esas personas a las que intentaba evitar en las fiestas.

Aquella noche, sin embargo, yo estaba interesadísimo en todo lo que comentaba, incluso en lo concerniente a los débiles maleficios de la hija pequeña de lord y lady Pendleton. Me fascinaban sus comentarios sobre los problemas nasales del honorable Philip Young.

Habían transcurrido diez minutos cuando dirigí una mirada hacia la señora Raveland.

Estaba conversando con una anciana y señorial condesa. Noté a la mujer de menor edad algo apagada.

Pero endurecí mi corazón. Había sido áspero e incluso maleducado, pero no iba a dejarme atrapar en un flirteo solo por ese motivo.

En ese momento, oí reír a la señora Raveland —una risa despreocupada, dichosa— y me sentí ligeramente estúpido.

Un momento después, Sidney estaba a mi lado de nuevo, dirigiendo su mirada tanto hacia mí como hacia la señora Raveland de un modo tremendamente irritante. Pero no dijo nada de ella.

—No me has hablado de tu viaje, amigo —apuntó—. Pero eso concuerda bastante con tu

carácter. Bien te mantuvieses en el tedioso y cómodo camino del negocio lícito, bien te aventurases en los excitantes y deletéreos peligros de la oscuridad desconocida, siempre conservarías ese aire tan británico de imperturbabilidad y rigidez.

Aquel comentario me irritó.

—Viajaba por trabajo, Sidney, maldita sea. No viajaba en busca de fumaderos de opio o de un refugio de iniquidad.

—Tampoco podrías haberlo hecho —apuntó delicada-mente—. No habrías sabido qué hacer en sitios tan interesantes.

—Y tú sí sabrías, seguro.

—Completamente. Me enorgullezco de haber sondado las profundidades del pecado tan acertadamente como los más dignos discípulos de Walter Pater ³.

Como de costumbre, no sabía realmente de qué estaba hablando. Traté de cambiar de tema.

¿Cuándo fue la última vez que estuvo en el continente?

Desestimó mi intento con una respuesta rápida —un mes— para a continuación formularme una pregunta. ¿Había estado en Budapest?

Sí, reconocí que tiempo atrás había pasado un fin de semana allí (un fin de semana tedioso, centrado en un asunto judicial de la esposa húngara de Kilbranson: se trataba de un detalle vistoso decididamente alejado de lo ordinario en mi carrera profesional, carrera en la que las novedades constituían una excepción.

—Ojalá lo hubiese sabido antes —se lamentó Sidney—. Te habría recomendado aventuras.

Cuando opté por no responder sino con un despreocupado encogimiento de hombros, mi acompañante esbozó una sonrisa amplia, con un toque burlesco.

—Si me hubieses advertido de tus viajes a Budapest, habrías visto maravillas.

En su entusiasmo, había comenzado a gesticular de modo autoindulgente. La gente a nuestro alrededor empezaba a darse cuenta. Algunos ya nos miraban descaradamente.

—Oh, maravillas. ¡Qué maravillas! Maravillas que te provocarían excitantes escalofríos. ¡Terrores que te abrumarían, llevando tu alma al mismo límite de sus posibilidades!

Vi a una solterona asentir con la cabeza en nuestra dirección mientras susurraba al oído de su acompañante con una risita nerviosa y una expresión facial de evidente desaprobación.

Mientras yo permanecía ahí avergonzado, Sidney hablaba con cada vez mayor elocuencia de esas maravillas que me ayudarían a no desestimar ni los fascinantes entresijos del mal ni el culmen del placer, culmen que debemos buscar en la astrología, en la adivinación o incluso en la nigromancia y en las glorias de la misa negra. Todo esto, claro, mientras disfrutaba tanto de mi incomodidad como de la fascinación censora de quienes nos rodeaban.

—La emoción de *das unheimlich*, los sangrientos horrores del...—se acercó a mi oreja y lo dijo entre dientes—, *¡nosferatu!*

—Maldito seas, Sidney —dije molesto, apartándolo de mi lado con un empujón.

Mi torturador se hizo el sorprendido.

—¡No me lo creo! —exclamó—. Un inglés tan recto y franco... ¿Y cree en vampiros?

Comencé a protestar, pero prosiguió.

—Oh, ya veo que lo haces, aunque preferirías que no. Mi querido amigo.

—Sidney —lo interrumpí con displicencia—, eres el hombre más inmoderadamente pesado que conozco.

Me fui rápidamente, afanándome en ignorar el sonido de su risa, que parecía perseguirme por la espalda.

Me marché de la fiesta unos minutos después y bebí con avidez en el viciado, pero libre, aire

de la calle. Esto era real, esto era seguro, esto era sano.

Me dolía la cabeza, pero estaba decidido a ser formal y diligente. Entré en mi casa con paso firme; saludé a Jenson, mi mayordomo; apoyé despreocupadamente mi sombrero y mi abrigo en una silla para que él los recogiera; aflojé el nudo de mi pañuelo de cuello; y me senté en mi pequeño estudio, dispuesto a sumergirme en el montón de documentos que me estaba esperando. Documentos impolutos y, gracias a la diligencia de Jenson, plenamente libres de polvo. Unas horas antes, me había topado con una copia de *Religio Medici* de Browne en una librería cercana a Charing Cross. Lo descarté con desinterés y me pregunté qué me había impelido a comprarlo aquella mañana.

A diferencia de mi oficina, que ese día me había resultado incluso más insoportable que de costumbre, las habitaciones de mi casa eran un lugar de gran solaz para mí. Vivía en un chalé adosado cercano a South Kensington, un puñado de calles más allá de esas tiendas y negocios que culminan en la apabullante Harrods. Disponía de tres habitaciones: un amplio y cómodo cuarto de estar provisto de chimenea y ventanal con vistas a la calle; un pequeño dormitorio que daba a un recogido jardín y a la parte trasera de una casa de la calle paralela; y, subiendo las escaleras, una habitación más pequeña en la que dormía mi mayordomo. Abajo, la cocina también estaba a su disposición. El piso más bajo de la casa pertenecía a otro hombre, un coronel del Ejército con el que apenas había cruzado palabra. Veía a su cocinera de vez en cuando, pues acostumbraba a merodear, curiosa, por las escaleras. Tal vez Jenson y ella fuesen amigos.

Jenson llegó a mí como *herencia* informal, como legado de un tío mío con quien había viajado a lo largo de Europa, India y el Oriente. Su trabajo era impecable y mantenía siempre un semblante calladamente alegre, en llamativo contraste con su horrible fisionomía. Era un hombre diametralmente opuesto a Sidney. Todo lo diametralmente opuesto, en fin, que puedes ser a alguien con el que compartes raza.

Aquella noche estaba desconcertantemente locuaz.

—¿Una buena noche, señor?

—Mmm...

—^[L]_{SEP}—Ha vuelto a casa antes de lo que esperaba.

—Mmm...

Aclaró su garganta con intensidad (era una de esas cosas que parecía incapaz de hacer en silencio y que me llevó a preguntarme en el pasado si los huesos de su cuello estaban bien alienados).

—La señora Lawson está bien, espero, señor.

—Mmm...

Mi obstinada ininteligibilidad habría disuadido de su esfuerzo conversacional a cualquier hombre inferior; pero Jenson no era un hombre inferior.

—¿Querría un poco de oportó, señor?

Acepté la oferta, le deseé una buena noche en un tono que (esperaba) no daba lugar a más conversación y clavé mis ojos en los documentos que tenía ante mí.

Durante un tiempo, me quedé ahí con la mirada perdida. Evité deliberadamente cualquier pensamiento sobre el día que ya expiraba y las semanas previas. Evité pensar en Adele, evité pensar en Esther Raveland y evité pensar en el repelente Sidney. Mi mente deambulaba errática.

Pero no podía permanecer sentado por mucho más tiempo. Cada hoja de mis documentos parecía tener impresa en sí una cara: a veces era Adele, con esa extraña palidez entreverada de preocupación; a veces era Raveland, con esos inquietantes ojos oscuros; y a veces también era otra cara, la cara sonrosada y alegre de un cura...

Pero desechaba esos pensamientos por carecer de sentido, por ser, a mi juicio, producto de un cerebro sobrecargado como consecuencia del estrés del viaje. Pronto estaba nuevamente de pie, recorriendo la habitación en busca de otras formas de distracción. Si la luz de las farolas hubiese invitado más a ello, quizá habría salido otra vez, con la tenue esperanza de que el ejercicio físico me ayudaría a ordenar mi mente. Pero estaba demasiado a gusto como para ponerme el sombrero y calzarme los zapatos.

No, no quería renunciar a la comodidad del hogar, pero no estaba lo suficientemente cansado como para irme a dormir. Necesitaba algo que distrajese mi mente.

Allí, en la estantería, escondida por una pila de libros que yo mismo había movido – no con un propósito deliberado de ocultarla, claro –, apenas discerní los colores chillones de la novela de Stoker. No le había echado un vistazo desde mi regreso a Londres.

Las palabras de Sidney resonaron conmovedoras en mi cabeza. Vampiros, pensé burlesco. Qué bazofia.

Leer bien pudiera proveerme el entretenimiento necesario. Podía rechazar cualquier clase de absurda tensión gótica introducida por la novela. No sería presa de ningún terror nocturno, me recordé a mí mismo. Como decidido a demostrarlo, tomé el libro con una mueca satírica y me dispuse a leerlo.

[3](#) Ensayista británico decimonónico especializado en el Renacimiento (N. del T.)

CAPÍTULO III

26 de mayo de 1900, Londres, principalmente en Mayfair, con un breve paso por el lago Serpentine en Hyde Park.

(Del diario de Jonathan Harker). Yo las miraba, inmóvil y con los párpados entornados, presa de una angustia deleitosamente expectante. La rubia se adelantó y se inclinó sobre mí tanto que podía notar su agitada respiración. En cierto sentido su aliento era dulce, tan dulce como la miel, y producía en mis nervios el mismo estremecimiento que su voz. Pero bajo aquella dulzura notaba una amarga repugnancia, como la que produce el olor de la sangre...

Al día siguiente, sábado, hice una visita de compromiso a Adele, más bien a regañadientes. Todos en su casa tenían un aspecto cansado, como si hubieran estado despiertos hasta tarde la noche anterior. Yo también lo estaba, así que me sentí identificado. Me había quedado leyendo hasta tarde.

Adele llegó al salón cuando la llamaron y me miró apáticamente, con una extraña palidez. Los rizos de la noche anterior, que tan ofensivos me habían parecido en el esplendor del salón de baile, ahora parecían bastante patéticos, como si los niños trataran de mostrarse alegres cuando preferían llorar solos en su cuarto. Me saludó sobriamente. Su abuela, con quien vivía, ya que era huérfana, no la acompañó.

Por un breve instante, me alarmó que esta entrevista inesperadamente privada, acompañada por sus rasgos blanqueados y sus ojos brillantes, fuera un presagio de una escena emocional que no podía evitar. El escenario de Mayfair era también perfecto: el salón estaba decorado con flores azules y rosas, repletas de puntillas, pastoras de porcelana y otras chucherías. Podría haber sido una estampa construida para un diálogo matrimonial. Pero otro momento permitió una mirada más cercana y disipó todas esas preocupaciones. Incluso la víctima masculina más inconsciente tiene un instinto natural para una crisis nupcial pendiente. Esta no era la cara de una joven a punto de provocar una propuesta. Adele no se encontraba bien, quizá estaba demasiado cansada o indispuesta.

Al darme cuenta me puse más tierno de lo que me habría gustado, aunque fui obstinadamente parco en mi compasión. Un leve signo de desinterés se olvidaría con el tiempo, pero, en cambio, ser recordado por mi excesiva amabilidad o por mi preocupación podría resultar absolutamente catastrófico. La dulzura de hoy podría ser mi condena mañana.

Su aspecto era realmente malo; se veía enferma y no pretendía disimularlo. No era una treta para fingir debilidad femenina. Además, se comportaba con un descarado desdén, incluso cuando intenté mostrar cierta preocupación.

Durante unos minutos sostuvimos una charla intrascendente, hasta que ella rompió sin más ceremonias un momento prolongado de incómodo silencio (uno de muchos):

—Voy a subir.

Y se fue sin más, sin pensárselo ni volver a decir adiós. Es cierto que aquello fue grosero, pero le estaba demasiado agradecida por haber puesto fin a la entrevista como para poder criticar sus modales.

Salí de la casa sin arrepentirme y, al cruzar la puerta principal, sentí una sensación de alivio totalmente ajena a la cortesía.

Era un día fresco de noviembre. Los retazos de luz solar se abrían paso a través del grueso manto de nubes. La pesadez del aire había disminuido durante la noche.

Las calles bullían de actividad. Me abrí paso a través de un mercado, escuchando los gritos de los tenderos y comerciantes, y escuché el toque ocasional de un acento regional. Pasé por delante

de un joven de aspecto respetable vestido de tweed que intentaba pasar el brazo por la cintura de una chica atractiva que estaba claramente dividida entre su irritación por una pequeña discusión y su propio deseo de ceder a sus cariñosas caricias.

Después de un rato, me encontré caminando por el lago Serpentine con aire distraído; aunque era sábado y mi oficina estaba cerrada, podría avanzar en algunos asuntos, y si no me ponían a trabajar, ¿por qué no quedarme en casa? Y, sin embargo, seguí caminando, pensando en todo y en nada, con la sensación constante de que había un pensamiento que casi podía articular, pero todavía no del todo.

Esta vez vi a Esther Raveland antes de que se dirigiera a mí, y de hecho antes de que me viera.

Estaba de pie bajo un árbol alto y esbelto. Observaba en silencio a los patos, casi todos ánades, y a los gansos que trataban de cruzar silenciosamente el lago en medio del griterío de las otras aves. Una figura graciosa con un vestido oscuro, elegante y decorado, rematado con un llamativo sombrero negro de ala ancha. Un gran cisne se elevó sobre la multitud el tiempo suficiente para comprobar que la dama vigilante no tenía nada comestible que ofrecerle, y después se marchó con impostado desprecio para buscar espectadores mejor abastecidos.

—Buenas tardes, señorita Raveland.

Alzó la vista y me dirigió una sonrisa educada. Otra mujer, al recordar mi extraño comportamiento de la noche anterior, se había mostrado ofendida o desdeñosa o incluso habría fingido no conocerme, obligándome a la incómoda tarea de recordarle que nos habíamos conocido pocas horas antes. Esther Raveland no hizo ni lo uno ni lo otro.

—Son encantadores, ¿verdad? —dijo, gesticulando ligeramente hacia las aves—. Los patos, quiero decir. No los cisnes, esos me parecen demasiado pomposos y engreídos, y tampoco los patos más pequeños, aunque son tan feos que entretienen. Parecen seres humanos... Codiciosos y coléricos, despiadados y sanguinarios.

Aquel me pareció un comentario demasiado sombrío, y así se lo dije. Ella se echó a reír.

—No soy darwinista, mi amigo. Ni siquiera pesimista. Pero las aves suelen ponerme pensativa, me provocan reflexiones más bien melodramáticas sobre el estado del hombre en la era moderna. Pero me encanta mirarlos.

—¿Tampoco se considera una persona sentimental?

—No, creo que no. Pero soy una lectora ávida de novelas y siento un placer perverso al leer sobre la felicidad hogareña que pintan Dickens o Trollope.

—¿Acaso no disfruta de la felicidad hogareña? —pregunté sin pensar.

—No— respondió simplemente. —No lo hago.

Se creó un incómodo silencio y mi mente se apresuró a encontrar un tema de conversación menos arriesgado.

—¿Ha leído mucho, entonces?

—Sí, eso sí —respondió ella, divertida—. De vez en cuando llega una diligencia con libros para aliviar nuestro vulgar aislamiento, en los vastos y despoblados confines de Manhattan.

Así que nos pusimos a charlar sobre literatura, en una conversación placentera y fluida. Estuvimos junto al lago durante unos veinte minutos. De su delicado bolso asomaban varios libros; temí que pesaran demasiado y se los quité galantemente. Empezamos a comentar sus compras, siguiendo con nuestra conversación literaria anterior. Luego, sin decir nada, comenzamos a caminar por uno de los caminos cercanos y nos sentamos en un banco del parque durante más de una hora. Tocamos todos los asuntos de la actualidad política, incluso los más delicados. Un rato después, cuando nos dimos cuenta repentinamente de que a los dos nos apetecía tomar un té, me aventuré a ofrecerle mi brazo —una dama que había soportado durante tanto

tiempo una conversación necesitaba apoyo— de camino hacia un establecimiento cercano, desafiando los códigos sociales más elementales al habernos encontrado por casualidad. Me sobresalté un momento cuando vi a una dama de categoría, escoltada por su hija soltera, que nos lanzó una mirada hostil, pero aquello no pareció incomodar a la señorita Raveland, quizás debido a sus estándares estadounidenses, menos rigurosos. No es que no fuera una dama; de hecho, era un ejemplo acabado de virtud femenina, pero exhibía una confianza en sus propios modos que la alejaba de las preocupaciones de las solteras empeñadas en la caza de un marido. El hombre que se atreviese a ofenderla con un pensamiento deshonesto tendría que enfrentarse a su carácter de tigresa.

Por un momento me acordé de Adele y sentí algo parecido a una punzada de culpa, pero estaba tan contento que pude descartar una falsa sensación de traición sin sentido y seguí atento a mi encantadora compañía.

Le pregunté a la señorita Raveland sobre su casa y su situación, y contestó con libertad, lanzando una gran cantidad de nombres propios con descuido femenino, como si pensara que yo no iba a perderme en aquella extensa telaraña de conocidos. Parecía conocer a todo Nueva York y daba la impresión de que pronto conocería también a todo Londres.

No me dio muchos detalles sobre su pasado ni, en realidad, sobre sí misma: era huérfana y había recibido una suculenta herencia, aunque no supe determinar de quién. Tenía la suficiente edad como para ser considerada una mujer libre por derecho propio, y era lo suficientemente rica como para vivir con libertad, incluso si la edad no estuviera de su lado. No podía tener más de veinticuatro, decidí.

Tanto me distraje calculando su edad —por cierto, me equivoqué: la señorita Raveland tenía en ese momento veintisiete años—, que perdí por unos segundos el hilo de su conversación. Por ello me sorprendió escuchar el nombre de Sidney.

—¿Sidney? —dije, con un punto de malestar, al recordar sus estúpidas burlas de la velada anterior. —¿Qué pasa con él?

—Es un tipo bastante raro —dijo.

Me reí secamente de su comentario.

—¿Raro? Más bien es un tonto engreído, pomposo, con aires de dandi. Nos avergüenza a sus compatriotas.

(No deben juzgarme por ese comentario; era el tono de toda nuestra charla, lo que habría horrorizado a un experto en protocolo).

—¿Así que es inglés?

Ahora mi risa fue burlona.

—Lamentablemente para Inglaterra, sí, lo es. Le gusta pensar que es un cosmopolita, pero nació y, creo, creció en York. Ahora vive aquí en una casa que le dejó su tía abuela o algún otro pariente. Su padre era un comerciante adinerado y su madre era la hija de alguien conocido, aunque puede que bastarda, viendo cómo ha salido su hijo.

—¿Lo conoce bien? —preguntó.

—No tanto —admití—. Pero conocí a uno de sus compañeros de escuela. Era tan listo que causaba impresión, pero tenía el defecto de considerarse más inteligente de lo que realmente era. Se unió con una camarilla de tipos presuntuosos que gastaban a manos llenas para impresionar a todo el mundo.

—¿Qué hizo al terminar la carrera?

—En realidad no creo que la haya terminado, ¿sabe? Creo que se quedó el tiempo suficiente para empañar su nombre y luego se fue para desperdiciar su riqueza.

—¿Es muy rico?

Tuve que vacilar una vez más.

—No lo sé, en realidad. Es lo bastante rico como para costearse su ridículo vestuario y para pagar su ingreso en un montón de clubes en los que en realidad no lo quieren. Dicen que su casa es espantosamente decadente. Le debe dinero a la mitad de los prestamistas de la ciudad, no me cabe duda.

—¿Ha viajado mucho?

—Él dice que sí, y seguramente será verdad.

—¿Pero qué clase de hombre es?

—Según mi opinión, un hombre que da lástima. Probablemente haya cometido más pecados de los que se registran en el Calendario de Newgate ⁴ y está bastante orgulloso de ellos. Suele tener éxito con las mujeres, aunque no sabría decir la razón. Ha arruinado algunas reputaciones y ha irritado a algunos esposos, pero es demasiado insignificante y carece de la inspiración necesaria para cometer un pecado realmente original. Pero le gusta pensar que ha alcanzado el máximo grado de sofisticación al iniciarse en el espiritismo.

Ella estaba callada y pensativa, y comencé a sentirme un poco incómodo por haber hablado con tanto apasionamiento. Mis palabras sonaban demasiado enfáticas, como si fuera un experto en el carácter de aquel hombre, cuando en realidad no era más que un personaje poco importante, aunque irritante, que a veces me encontraba en reuniones sociales. ¿Y si ella no opinaba como yo? Las sesiones de espiritismo se estaban volviendo populares en ciertos círculos.

Volví a mirarla y me hizo gracia la idea. ¿Aquella mujer, tan sensible y delicada, jugando a los fantasmas en un cuarto en penumbra? ¡No tenía ningún sentido!

—Claro que —le dije para arreglarlo— no lo conozco tan bien. Y lo invitan a muchos lugares. No habría estado en casa de los Fitzalan si no fuera relativamente respetable.

Asintió con aire pensativo. Yo estaba a punto de preguntarle por qué le interesaba tanto Sidney, pero ella alejó de repente el tema, me lanzó una sonrisa que me derritió y se puso a hablar con mucho ingenio sobre teatro. Al parecer era una gran aficionada, e incluso se había planteado dedicarse a las tablas, pero aquello habría avergonzado a sus familiares. De modo que, a falta de una experiencia artística formal, había actuado en algunas obras de aficionados en casas de amigos.

—Fue un fracaso terrible —admitió entre risas—. No podría ganarme la vida actuando. No tengo ni talento ni paciencia, y quizás tampoco soy capaz de callarme el tiempo suficiente para memorizar el papel o para permitir que otros lo hagan.

Me habló de todos los éxitos más recientes del West End. ¿Había oído hablar de la planeada reaparición de sir Henry Irving en el Teatro Lyceum? Admití que no. Me impresionó lo mucho que sabía sobre el tema: Irving, ausente del escenario debido a una enfermedad, debía volver a actuar en el Robespierre de Sardou pocos meses después.

—Ya sabes— comentó con entusiasmo y con un encantador tono americano—, me encantaría verlo, pero no solo por Irving. Aunque creo que el hombre al que de verdad me encantaría conocer es Bram Stoker. Ya sabes, el autor de Drácula.

Otra vez los vampiros, pensé. Así que sí le interesaban los espíritus. En realidad no era sorprendente, en vista de la popularidad del libro, pero yo no sabía que era tan famoso cuando me hice con él o, para ser exactos, cuando acepté el ofrecimiento de Adele.

—Lo terminé en tres días —siguió—. No podía soltarlo. A Millicent —una prima lejana con la que vivía entonces— no le gustó aquello y me dijo que era bastante desagradable. De haber podido, no me cabe duda de que me habría prohibido leerlo. Insistió un tiempo; me dijo que aquel

libro no era sano y que podría corromper mi mente juvenil —se rio—. La quiero mucho y, en el fondo, tenía razón: la novela es ridícula. Pero no podría corromper ni siquiera a las mentes de las niñas más inocentes y puras, y mucho menos la mía, muy versada en el mundo del sensacionalismo. Me enorgullezco de haber leído todo, desde Radcliffe hasta Braddon, y también Polydori o Shelley.

Hizo una pausa.

—Pero debo confesar que me asusté mucho y tuve que dormir una noche en la habitación de Lydia —Lydia, supuse, era una joven tutelada por la citada Millicent, probablemente su hija—. Ella se reía de mis miedos y fingía ser una vampiresa para asustarme, pero le dije que leyera el libro ella misma y que viera cómo le iba a gustar.

Sonrió con ojos maliciosos.

—Desde entonces es ella la que duerme todas las noches en mi cuarto.

Aquello me alivió. Una cosa era leer literatura gótica y otra muy distinta, me dije, creerse las chaladuras de los espiritistas. Sopesé por un momento decirle que yo también había leído el libro, pero me limité a sonreír con indulgencia viril ante esa exhibición de fragilidad femenina.

—Ya sabes que Stoker es el representante de Irving —continuó—, y se comenta que el personaje del conde Drácula está inspirado en el actor. No estoy segura de si es muy halagador que tu amigo te represente como un vampiro...

—Bueno, eso es debatible... De ahí podría surgir una amistad tan firme como una estaca —dije, antes de que pudiera detenerme.

Ella se sobresaltó, pero se rio de mi mal chiste. Siguió una breve pausa —durante la cual el recuerdo del fraile loco del tren me sorprendió con una incómoda intensidad— y nos lanzamos a un análisis en profundidad de las vanidades del mundo teatral.

La señorita Raveland, al parecer, sabía mucho de teatro. De haber sido una joven inglesa, podría haber sido considerada una loca, dado su apego a las novelas góticas. Pero era americana y rica, como se ha señalado, y, en consecuencia, sus anfitriones indulgentes le perdonaban muchas cosas.

Era ya muy tarde cuando nos separamos en su puerta, culminando una buena tarde amistosa. Pude ver el rostro de una respetable mujer mayor con el pelo gris bien arreglado —Millicent, supuse—, que nos miraba con curiosidad apenas disimulada por una de las ventanas de la planta baja. Después de unos momentos, un rostro más joven —Lydia, pensé— apareció junto a ella.

Ya me alejaba hacia la calle cuando la señorita Raveland me llamó de nuevo.

—Tal vez —dijo con un cautivador toque de rojo en sus mejillas—, tal vez podríamos encontrarnos en el parque en algún momento, ¿no le parece?

Era una propuesta totalmente inapropiada y, al tiempo, absolutamente encantadora.

—Claro, tal vez —dije con una sonrisa.

Ella me devolvió la sonrisa y se apresuró a entrar en la casa, no sin antes desearme una vez más que pasara una buena noche. En la escalera recordé sus libros y me volví para entregarlos a los brazos de la doncella. Mi última visión de Esther fue su interacción amistosa con ella, riéndose y disculpándose incluso mientras cubría a la pobre muchacha con el sombrero, los guantes y todos los diversos accesorios que cargan a las jóvenes que se aventuran en las calles londinenses. Creí escuchar también dos voces femenina de tono inquisidor. Si en la de la anciana había una tímida preocupación —las jóvenes, ya se sabe, no deberían aventurarse en la calle ni frecuentar a jóvenes dudosos—, la más joven mostraba un gran interés. La señorita Raveland, Esther, era, con certeza, más que una rival para ambas. Estaba seguro de que volvería a verla, aunque no sabía muy bien por qué, y antes de que pasaran muchos días. El mundo era un lugar

maravilloso, lleno de milagros.

Regresé a mi casa con el corazón iluminado y recibí la cordial bienvenida del feo Jenson con tanta calidez que se quedó bastante confundido e incluso —aquello me halagó— algo alarmado. Me alegré de ello; era una venganza adecuada por su extraña conducta de la noche anterior.

Entre una gran cantidad de cartas poco interesantes —invitaciones, recordatorios de citas de negocios, avisos de clientes—, hallé una nota de Sidney, escrita en un caro papel con forma de pergamino y lacrada con cera púrpura, con las palabras “¡MUY URGENTE!” escritas en tinta escarlata. Me llegó su olor antes de arbrirlo. Los remolinos de su peculiar caligrafía formaban una filigrana sofocante que era casi ilegible; me provocó una mezcla de alerta y curiosidad.

Sin embargo, descarté la urgencia y dejé la nota a un lado. Sidney me importaba tan poco que bien podía esperar hasta la mañana, o hasta el fin de los tiempos.

Aquella noche me preparé cómodamente para dormir. El libro de Stoker yacía olvidado junto a la chimenea fría. Antes de cerrar los ojos, pensé en Esther Raveland y sonreí. Luego pensé en Adele y se desvaneció un poco mi sonrisa, pero decidí no preocuparme. Todo estaba bien y todo era extrañamente agradable. Todas las cosas se resolverían a tiempo. No estaba comprometido formalmente con Adele, después de todo, y no llegaría a estarlo si podía evitar tal destino. Si estuviera realmente enferma, se iría a descansar al campo. Estando convaleciente, seguramente llamaría la atención de algunos feligreses, rectos y varoniles, y alguno de ellos se la llevaría a su propiedad señorial, con su escuadrón de sirvientes, tierras de mucha extensión y una cuenta bancaria sin fondo.

Encontré el sueño con esa feliz imagen sobre el futuro matrimonial de Adele —y mi consiguiente liberación— aún en mente.

Dormí profundamente hasta que el reloj dio las tres. Entonces me desperté y escuché el timbre y supe —aunque, ¿cómo podría saberlo?— que era la hora de las brujas.

Me asaltaron visiones de demonios, demonios que chupaban sangre con los ojos enrojecidos y las manos velludas; de cadáveres hinchados y saciados de los no muertos; de mujeres oscuras y turbias, con el rostro blanco y extrañamente amenazador y los labios asustados. Desperté sudoroso. No podía recordar el sueño que se había interrumpido con el timbre del reloj, pero estaba seguro de que había sido algo importante. El vago recuerdo de una figura, una figura de blanco, jugueteaba con los límites de mi mente pero, por más que lo intentaba, no lograba verla con nitidez.

Volví a recostarme, pero fui incapaz de dormirme hasta que el alba comenzó a bailar nerviosamente sobre las franjas del cielo nocturno. El sol se levantó para iluminar un Londres paralizado de horror. La noticia se había extendido rápidamente, despertando a ricos y pobres por igual con la frenética fascinación que siempre acompaña a los asesinatos más sangrientos.

Poco después de las tres de la mañana del domingo, un vagabundo se encontró con el cuerpo de un hombre en los márgenes de Hyde Park. Estaba iluminado por una tenue farola; su rostro estaba grotescamente contorsionado; sus ojos, sin vida, todavía miraban hacia arriba con una expresión de terror sobrecogedora e inimitable. La hierba estaba empapada de sangre espesa. El hedor era espantoso.

La garganta del hombre estaba abierta como por las garras de alguna bestia voraz, y las puntas rotas de su espina dorsal se alzaban en una cordillera irregular, irresistible para la brutal glotonería de los grajos.

Aquel hombre era Charles Sidney.

XIX. [N. del T.]

CAPÍTULO IV

28 de mayo de 1900, comisaría de policía de Hyde Park, Inns of Court y, de nuevo, South Kensington.

(Del diario del doctor Seward). Me imagino que el propio temperamento sanguíneo y los efectos de la perturbación conducen finalmente a la ofuscación mental. Es un hombre posiblemente peligroso, probablemente peligroso al carecer de egoísmo. En los egoístas, la cautela es un escudo que los protege tanto de sus enemigos como de ellos mismos. Lo que pienso a este respecto es lo siguiente: cuando todo el interés está centrado en el yo, la fuerza centrípeta está equilibrada con la centrífuga; cuando se trata de un deber, un motivo, etc., la fuerza centrífuga es la que predomina y solo un accidente, o una serie de ellos, puede equilibrarla.

—¿Puede repetirme su nombre, señor?

El joven agente de policía que me miraba desde del escritorio en la entrada de la comisaría parecía tener una idea muy poco concreta sobre quién era yo. La áspera limpieza y el orden de la comisaría resultaban incómodos para todos, excepto para los ciudadanos más organizados y respetuosos de la ley. El propio agente parecía formar parte de la dura decoración, desde su barbilla puntiaguda hasta sus ojos grises, que transmitían desagrado.

Me identifiqué por tercera vez.

—Mmm —musitó, golpeando su lápiz contra el escritorio para acompañar el pensamiento, pero pareció que la tercera presentación tampoco le había dejado satisfecho.

—Kemp. Señor John Kemp.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere?

Le expliqué pacientemente, otra vez, que había venido para hablar con el inspector Harris sobre la investigación de la muerte de Charles Sidney.

—Mmmm —dijo el joven agente con una expresión meditativa, y volvió a golpear el lápiz.

Pasaron los segundos, con el silencio roto solo por los golpecitos ocasionales y los gruñidos de un reprobado borracho y asqueroso, tirado en un banco en el pasillo, complacido con su ruidoso niño. Estaba a punto de anunciar mi intención de volver en otro momento, dejando que el inspector Harris levantara su propio calendario y sus propios subordinados, cuando se abrió una puerta por el pasillo y se oyeron voces: la voz ronca y ligeramente aburrida de un hombre, y la voz inolvidable de una mujer. El hombre y la mujer en cuestión siguieron los pasos de sus respectivas voces.

—Buenas tardes —les dije a ambos.

Esther Raveland me saludó con una sonrisa, pero su rostro estaba pálido, en un tono adecuado a la solemnidad de la ocasión y al entorno nada alegre de nuestro encuentro.

—Espero que esté bien —dije, tratando de suprimir la nota de preocupación en mi voz; no habría sido capaz de mostrar mi sensibilidad ante el oído crítico y atento del agente.

—Sí. Lo estoy —respondió ella.

Pero su palidez desmentía su rotunda afirmación.

Ninguno de los dos mencionó un posible encuentro, pero aquel no era el lugar para programar una cita romántica, especialmente ante la fuerza de la curiosidad oficial.

La acompañé a la puerta con un punto de galantería y luego volví a enfrentarme al inspector Harris, a quien no había observado realmente hasta ese momento. No era un hombre alto, pero tampoco bajo. Su cabello era de un color indescriptible, tan bien recortado como su barba y su bigote. Sus ojos podrían ser de cualquier color; no sería capaz de decir cuál. Era, de hecho, una de las figuras más anodinas e insignificantes que había visto en mi vida.

Era obvio que él me estaba observando; cuando me di la vuelta, me miraba fijamente, con las cejas levantadas y los ojos y la boca perfectamente carentes de expresión.

Pero al instante comencé a preguntarme si era consciente de que yo estaba allí. Miraba hacia abajo a una mosca que se arrastraba por el suelo a nuestros pies, contemplándola de manera abstracta, como si su mente estuviera fija en un argumento filosófico.

—¿Inspector Harris? —pregunté.

Levantó la vista de la mosca y luego volvió a bajarla. Le expliqué mi misión.

—Muy bien, señor. ¡Peters!

Esto último era, al parecer, una orden para el agente. Sin embargo, lo pronunció con tan poco énfasis y preocupación que me pregunté si el joven habría sido capaz de escuchar al inspector.

Pero sí, lo había hecho.

—¿Sí, señor? —respondió con una prontitud que, de alguna manera, sonó a reproche hacia mí y hacia mis hábitos.

—Quiero hablar con el médico en cuanto llegue.

Luego, sin cambiar su postura ni apartar la vista de la mosca, el inspector Harris se dirigió a mí.

—Aprecio mucho que se haya tomado el tiempo de venir a verme, señor. Si puede concederme unos minutos en mi despacho...

Lo seguí por el pasillo, evitando cuidadosamente el contacto con el borracho, que estaba delirando sobre una mujer llamada Nellie, y siempre consciente de que la mirada de desaprobación del comisario Peters se proyectaba sobre mi nuca.

El despacho era muy apropiado para su ocupante. Era rústico, rígido y carecía de personalidad. No era posible concebir un conjunto de paredes, ventanas, muebles de madera, papeles y recuerdos diversos de asuntos policiales que resultara más anodino que aquel.

El inspector Harris se acomodó en la silla detrás de su robusto escritorio, tan derecho que me pregunté si su abrigo estaba hecho de tablones de madera. Recogió el sobre que le había enviado esa mañana desde mi oficina y, extrayendo su contenido, examinó mi carta y la citó mientras hablaba como si quisiera recordarse a sí mismo el propósito de nuestra entrevista.

—Ahora, señor —comenzó, repetitivamente—, aprecio que haya venido a verme para hablar de “un asunto relacionado con la muerte de Charles Sidney”. Lo aprecio mucho. Usted tiene “cierta información que puede ser de interés para la investigación”. Bueno, señor, me alegraría conocerla. Estará “feliz de ayudar de cualquier manera”: bien, apreciamos la cooperación de los ciudadanos, señor, especialmente cuando podemos estar seguros de que son ciudadanos maduros y responsables, no el tipo de ciudadanos que solo sienten curiosidad morbosa por las tragedias, ¿sabe?

Dije que sí; de hecho, lo sabía.

—Bien, señor, habla usted de una “carta escrita por Sidney la noche de su asesinato”. ¿Cómo llegó a saber que fue un asesinato, señor? ¿Y cómo supo el momento en que sucedió?

Los ojos se alzaron rápidamente del papel.

Me encogí de hombros y murmuré algo sobre las noticias del periódico.

—Ah, sí, la prensa.

Sus ojos volvieron a caer.

—Y dice usted que “traerá la carta aquí esta tarde”. ¿La tiene con usted, señor?

Le entregué la nota de Sidney. Levantó las cejas y miró el sello de cera púrpura y la inscripción escarlata, “¡MUY URGENTE!”, como si tuviera un par de gafas invisibles. Luego entrecerró los ojos y sostuvo el sobre cerca de su nariz.

Extrajo el papel de carta que contenía, lo desdobló y comenzó a leer el contenido en voz alta. La nota comenzaba sin saludo y contenía una serie de declaraciones aparentemente inconexas:

Debe encontrarlos todos. ¿Lo entenderá? Yo no lo entendí... como un idiota.

Usted. Victor Montrose. Adele Lawson. Kilbronson. TEG, pero eso es una tontería.

¿La casa en Bloomsbury? Improbable. Usted estuvo en Budapest. Debe saberlo.

Estoy muerto de miedo. ¿Cree ahora? ¿Por qué me persiguen? No lo sé. Quizás también le persigan a usted, puede que ya lo hagan. No hay manera de escapar.

Esther Raveland: cuidado. Ni siquiera sé lo que escribo, pero le veré por la mañana.

Debemos... Debemos hablar entonces.

Sabía que la página estaba puntuada en la parte inferior por un extraño símbolo garabateado en el que estaban encerradas las iniciales “GD”.

Al escucharla en voz alta, me reafirmé en mi primera conclusión: era el producto melodramático de un hombre en estado avanzado de embriaguez. Tal vez Sidney, realmente, había coqueteado con el opio; aquello habría estado en consonancia, supongo, con su carácter general. Si aquella nota merecía ser considerada como algo más que una exhibición vergonzosa era solo por el hecho de que su autor había sido brutalmente asesinado poco después de escribirla. Un caballero habría pretendido no haber recibido nunca, y mucho menos haber leído, aquel panfleto que dejaba tan mal a su firmante. El inspector Harris sostuvo la nota con cautela durante varios segundos más. Luego frunció los labios, chasqueó la lengua y la posó sobre su escritorio.

El silencio reinó durante varios minutos, durante los cuales el inspector Harris se dedicó a examinar la aguda esquina izquierda de su escritorio con intensa concentración.

Cuando finalmente habló, suave pero abruptamente, me sobresalté, como si de repente me hubiera gritado en la cara.

—¿Le importa que me quede con esto, señor? Es una prueba del estado de ánimo de la víctima, señor.

Le dije que podía conservarla todo el tiempo que quisiera; yo no la necesitaba para nada. Me miró y luego volvió a su denodado estudio de la esquina del escritorio.

Los minutos pasaron.

—¿Reconoció los nombres mencionados, señor?

Admití que conocía a la señorita Lawson y a la señorita Raveland. Kilbronson, le expliqué, era el nombre de uno de mis clientes. Sidney no tendría por qué conocer mi relación con Kilbronson. Ciertamente, yo no le había informado; si Edgar Kilbronson consideraba conveniente divulgar información sobre el caso, ese era su asunto.

—¿Y cuál era ese negocio, señor?

—Algo muy personal de mi cliente.

—De acuerdo, lo acepto.

El resto me superaba. Una vez más, se quedó en silencio.

—¿Ha estado recientemente en Budapest, señor?

Reconocí mis viajes recientes, sin entrar en más detalles. Su actitud empezaba a irritarme.

Cuando surgió otra pausa incómoda me puse bastante nervioso. Como si supiera instintivamente que había llegado al límite de mi paciencia, el inspector Harris interrumpió mis pensamientos, que se estaban convirtiendo en instintos asesinos:

—Bueno, señor, aun sabiendo que esto no tiene sentido para usted, señor, le sugiero que haga una copia...

Al final, me vi obligado a abandonar mi conducta de mera cortesía y a escribir esas extrañas frases en un trozo de papel, que guardé en mi billetera.

Mientras copiaba las palabras, el desconcierto por el asesinato me embargó repentinamente. Traté de sacudirlo, pero descubrí que estaba extrañamente renuente a escribir los nombres del listado. Era bastante absurdo, por supuesto, y probablemente no tenía nada que ver con la muerte de Sidney. Había sido demasiado entusiasta en mi actitud de ciudadano cuando concebí la idea de entregar la carta a las autoridades. ¿Por qué no debería Sidney mencionar a las dos mujeres en su nota? Él las conocía tan bien como yo, o quizás mejor, en el caso de la señorita Raveland.

Aun así, mi tarea me desagradaba intensamente, de modo que me apresuré a cumplirla, como un niño ansioso por terminar su lección para poder escapar de los confines de la escuela a la libertad del aire libre.

Deslicé el papel en mi billetera y, mientras la sostenía, recordé el incidente del tren, pero descarté ese recuerdo tan rápido como pude.

Cuando levanté la vista, encontré los ojos del inspector Harris fijos en mí, aunque se retiraron tan rápidamente que me quedé preguntándome nuevamente si su atención era un producto de mi imaginación. ¿Cómo podía haber estado observándome si estaba tan claramente fascinado con las sombras simétricas que se proyectaban en los ventanales de su ventana acristalada?

Alguien llamó a la puerta. Salté, aunque intenté fingir que no lo había hecho.

—¡Entre! —gruñó Harris.

Entró un joven delgado, pálido, bien afeitado y rubio. Le seguía un hombre aún más joven, nervioso y lleno de espinillas, con un mechón de pelo naranja fuera de sitio. Ambos estaban vestidos con trajes sencillos, grises, que evocaban una profesión institucional. El mayor no era atractivo; su rostro parecía estar congelado en un ceño fruncido, tan pronunciado que incluso me pregunté si estaba parcialmente paralizado.

El inspector nos presentó brevemente.

—El doctor Martin Lewis está trabajando en la investigación sobre el cuerpo del señor Charles Sidney. El señor John Kemp es... una parte interesada.

No me gustó en absoluto cómo sonaba aquella frase, pero aun así me esforcé por parecer despreocupado.

—¿Y bien, doctor?

El inspector parecía decidido a escuchar el informe en mi presencia; cuando me levanté e hice un amago de avanzar hacia la puerta, me hizo un gesto para que volviera a mi asiento.

—El fallecido encontró la muerte a causa de un ataque violento y poco ortodoxo —el médico explicaba su informe en un tono tan clínico que parecía medio dormido.

—La garganta desgarrada por una superficie dentada —murmuré, lleno de horror.

—En realidad, señor —respondió el adusto doctor con un toque de entusiasmo que iluminó su rostro—, la información de los periódicos era engañosa. Es poco probable que un cuello fracturado presente “puntos regulares e irregulares” a medida que las vértebras de la columna vertebral se articulan. Hemos determinado esto a través de un análisis meticuloso. ¿Cuál es entonces nuestra conclusión?

Se volvió inesperadamente hacia mí y esperó. Yo parpadeé.

—Así que... no fue irregular —aventuré.

Ahora él sonreía abiertamente, como un maestro que quisiera transmitir a un estudiante de escasa capacidad que, en su ignorancia, le ha brindado al instructor otra oportunidad para mostrar su vasto conocimiento especializado.

—Oh, sí, señor —discrepó felizmente—. De hecho, sí, lo fue. Se está preguntando cómo puede ser eso posible, lo sé. Acabo de decirle algo extraordinario: no es posible que las vértebras se comporten de esa manera y, sin embargo, digo que así ocurrió. ¿Cómo pudo...? ¿Esto es así?

Lo miré fijamente. Pasaron unos segundos incómodos hasta que se rio y dijo:

—Mi querido señor, la respuesta es simple: ¡No eran las vértebras!

—¿No eran las vértebras? —contesté, desconcertado.

—No eran las vértebras —repitió—. He estudiado a fondo la situación y he concluido que, si el ataque incluyó un empuje severo, hacia abajo, aplastante por un objeto contundente a través de su clavícula izquierda hasta la base de su cuello... —ilustró gesticulando, usando a su pequeño ayudante nervioso como objeto—. Como dije, golpeando la base del cuello con suficiente fuerza, uno podría ser lo suficientemente afortunado como para exponer los extremos irregulares del hueso antes mencionado y, además, la primera costilla... Que, técnicamente, estaría más cerca de ser una herida en el pecho que una herida en el cuello.

Volvió a sonreírme, aparentemente esperando una respuesta.

—Eso suena... muy plausible —dije sin convicción.

Entonces frunció y sus ojos se volvieron vidriosos en un sordo aburrimiento. Se volvió hacia el inspector y su forma fue muy expresiva de su desesperación como una mente superior condenada a existir entre la Manada Estúpida y Desaprensiva.

—¿Eso es todo, inspector?

El inspector asintió y el doctor salió de la habitación, seguido de su pequeño ayudante.

Me despedí rápido y me fui. Ignoré la incómoda mirada del agente Peters cuando salía de la comisaría. Volví a mi oficina y decidí no pensar más sobre el tema.

En realidad, ya no era asunto mío, sino de la policía. Yo había cumplido con mi deber y me había comportado con más amabilidad con el muerto de lo que nuestra relación justificaba.

Me dediqué a mi trabajo con un nivel de atención tan elevado que pareció irritar a mi pasante, Francis Carstairs.

Mi trabajo para Edgar Kilbronson tenía un nuevo interés. No podía imaginar qué podría haber tenido que ver Kilbronson con el dandi Sidney. Revisé los hechos, que hasta entonces me habían llevado a un callejón sin salida. Su esposa, Elisabetta, había desaparecido. El empeño del marido era una desventaja positiva.

¿Pero cómo podría avanzar sin más detalles sobre los procedimientos de divorcio? Todos asumirían que Elisabetta Kilbronson (de soltera Vadas) había sido infiel, pero si Edgar Kilbronson se negaba a reconocer la infidelidad de su esposa, nunca podríamos proceder. Una corte inglesa simpatizaría en privado con su situación, pero sería imprudente que rompiera esa unión sin una prueba de adulterio.

Era, de hecho, un tema espantoso para absorber el tiempo de un respetable abogado inglés. Al mismo tiempo, el renovado melodrama del caso supuso un respiro para mi mente: la libró de las reflexiones sobre la dramática muerte de Sidney.

La mañana pasó rápidamente. Aquella tarde, sin embargo, la muerte de Sidney vino una vez más a mi mente, junto con un puñado de pensamientos extraños y preocupantes.

Alrededor de la hora del té recibí una visita de trabajo. Supe que era una visita de trabajo desde el momento en que escuché los pesados e inciertos pasos en la escalera que anticipaban la llegada de un viejo profesional, algo desconsiderado, pero absolutamente respetable. Sospeché que la explicación a tal despliegue de ruido era el deseo de dar a su anfitrión el tiempo suficiente para prepararse antes de cruzar el umbral, de modo que le pedí a Carstairs que limpiara unas hojas de papel empapadas de té que lucían al lado de la ventana, escondí en mi escritorio la correspondencia sin terminar, ordené un montón de libros y me acomodé tras mi escritorio con unos papeles de aspecto respetable. Tras esos cambios, supuse, aparentaba ser un profesional bien organizado y diligente.

Carstairs esperó a mi visitante en la puerta principal, lo condujo a mi despacho, abrió la puerta con un gesto refinado y anunció:

—El señor Augustus Flossingdon, señor. ¿Está libre?

Maldije a Carstairs por lo bajo —realmente era un tipo de lo más desagradable— y me levanté para recibir a mi invitado, que era, como me había imaginado, un profesional jurídico de edad avanzada con toda la respetabilidad de nuestro oficio estampada en su rostro. El cabello, teñido de tenues pinceladas blancas, asomaba bajo su augusto sombrero.

—Señor Augustus Flossingdon —dijo el viejo abogado.

—Sí, sí.

Y me estrechó la mano. A modo de bienvenida, le deseé una buena tarde.

—¿Pero qué dice? —preguntó irritado.

Le repetí mi saludo.

—¡Qué muchacho tan confundido! —comentó mi invitado, en un volumen que fue fácilmente audible para los transeúntes en la calle. ¡Más alto!

—¡Buenas tardes! —rugí—.

—Pero bueno, señor —respondió con un aire de ofensa leve—, no hay necesidad de gritar. Realmente no hay ninguna necesidad.

Sintiendo una corazonada, señalé una silla. Se sentó, se alisó el pelo fino y fantasmagórico y agitó su cuerpo, haciéndolo sonar como si quisiera reacomodar sus huesos en su nueva postura. Esperé en un silencio paciente, esperando que mi mirada atenta fuera suficiente para inspirarlo a entregar su mensaje.

—Estoy aquí en nombre de mi cliente —dijo el señor Flossingdon—, el difunto Charles Sidney, ahora fallecido. Sí, fallecido. El señor Charles Sidney, quien murió en el sexto día de la semana, por así decirlo.

Luego, con una rapidez de la que no lo había imaginado capaz, expuso la causa que lo había llevado a mi puerta: parecía que Charles Sidney —repetidamente aclaraba que el difunto, ahora fallecido, había muerto el sexto día— me había elegido a mí, sorprendentemente, como su albacea. Yo podía acceder a todos los documentos relevantes, y debía informar previamente a mi respetable contraparte, el propio señor Flossingdon, de la fecha en la que tenía la intención de visitar la casa del señor Sidney —ahora fallecido, etcétera— y revisar sus papeles.

—Mañana por la mañana sería perfecto para mí —le dije cortésmente.

—¿Qué dice?

—¡Mañana! —grité.

—¡Qué joven tan impetuoso! Muy bien, muy bien. Mañana por la mañana a las ocho. En la casa del señor Sidney. El ahora fallecido señor Sidney... —musitó el resto de la frase.

Luego, moviendo sus huesos dispersos y levantándose con el respetable aire de un venerable abogado listo para partir, el señor Flossingdon me extendió su mano, sacudió la mía con un énfasis demoledor y me dejó.

Me quedé algo meditativo después de su partida. Recordaba de la manera más inesperada a un hombre que no me había agradado mucho. Un recuerdo se agitó en mi mente, llevándome de vuelta a mi primer encuentro con Sidney, algunos años antes.

Acababa de terminar mi carrera y estaba estudiando para realizar el examen del Colegio de Abogados. Era joven, inmaduro, poco sofisticado, con un rígido concepto del decoro. Los sermones de mi padre, en los años de infancia, me habían concienciado de la amenaza del fuego del infierno y me habían convertido en un puritano. Ni siquiera pensar en el rostro amable y miope de mi progenitor podía disipar esos temores. Me asaltaba constantemente el deseo ansioso de

aparentar ser lo bastante profesional, y, aunque nunca lo hubiera admitido en público, sentía un cierto temor reverencial hacia mi entorno.

La anciana matrona de una familia honorable me invitó a una velada musical en su casa. Se describió a sí misma como una vieja amiga de mi madre, pero sospeché que se refería a mi abuela. Ambas provenían de una larga estirpe de matriarcas rígidas a las que cada una heredaba las convenciones de sus madres devotas aunque insensibles, que llegaban, sospeché, a una mujer que había conocido de niña la historia del Tenorio y nunca se había recuperado de la traumática experiencia.

—¿Cómo está tu querida madre? —me preguntó la matriarca.

Reflexioné sobre si sería más apropiado decir que estaba bastante bien o admitir que llevaba tres años muerta. Concluí que estaba bastante bien en cualquier caso, y que el calvinismo de mi padre no admitiría ninguna otra posibilidad: simplemente lo estaba reflexionando, como dije, cuando una figura extraordinaria me ahorró la tarea onerosa de responder. Era Charles Sidney. Resplandecía de terciopelo, collares de pedrería y lazos coloridos. Las hebillas de sus zapatos eran de plata.

La joven que estaba junto a él tenía, según me pareció, un aspecto bastante pecaminoso, pero resultó que no era más que una cantante y no tenía ninguna relación. Empezó a cantar y casi me hizo llorar. Al escuchar su brillante voz, que vibraba de pasión y saltaba alegremente de una pieza a otra, recorriendo las canciones de amor francesas e italianas, mi alma se expandió y mi corazón ingenuo se sintió lleno de perspectivas emocionales. Casi temblaba de euforia. Retrospectivamente, pensé que debía de haber parecido un imbécil, pero nadie lo había notado, excepto Sidney. Él estaba sentado junto a mí, y aparentaba estar tan atento a la actuación como yo.

Al final de la noche, cuando recogí el sombrero y los guantes y me dispuse a partir a mi sencilla casa, apareció a mi lado.

—Ahora, amigo mío —dijo, quitándose sus propios guantes color lavanda, muy perfumados—, venga conmigo, la noche no ha terminado.

Y me fui con él y con su acompañante musical, que se llamaba Stella, sofocando mis sentimientos de transgresión, a un pequeño y denso café cerca de Soho. Esperaba ver el pecado en innumerables manifestaciones, pero me encontré, en cambio, con una explosión de colores, emociones, escenas, olores, ruidos y música que superaba toda mi experiencia anterior.

Durante algunas semanas pasé las noches con Sidney. Lo escuchaba, le miraba y me hacía preguntas. Mis convicciones religiosas se volvieron cada vez más conflictivas. A veces Sidney hablaba durante horas y horas; otras, se sentaba en silencio con los ojos cerrados, bebiendo junto a nosotros. (O quizás estaba dormido, me sugirió después mi mente más madura). La chica, Stella, desapareció. A veces había otros, pero ninguno de ellos parecía sorprendentemente malvado.

Una noche fuimos a ver una horrenda y nada auténtica función de Shakespeare. Al salir, Sidney parecía preocupado. Algunos diletantes a nuestro alrededor lamentaban abiertamente la baja calidad de la actuación, pero Sidney se volvió hacia mí y me dijo:

—Había algo esencialmente humano en su desgracia, ¿no crees?

Fingí estar de acuerdo para no parecer un ignorante en materia estética.

Mientras caminábamos juntos por la calle, Sidney comenzó a mostrarse elocuente sobre ese tema, la miseria del hombre, y pasó de ello a algo que encontré vagamente, inexplicablemente perturbador: la grandeza de unos pocos, mezclado con muchas tonterías sobre poderes y círculos y ataduras místicas. Luego se puso irritable.

—¡No me estás escuchando! Estás parado ahí con esa estúpida y dulce mirada en tu cara, ¡y no me estás escuchando!

Giré sobre mis talones y lo dejé en la calle, con la cara rosada de mortificación.

Dos semanas después aprobé el examen.

Sidney nunca volvió a invitarme, y yo nunca intenté volver a verlo. Ninguno de los dos mencionó esa tarde, y ni siquiera indicamos que durante algunas semanas habíamos pasado mucho tiempo juntos. A veces, cuando lo veía, parecía más asombroso que nunca; a veces, melancólico; a veces, lleno de bromas y buen humor, como aquella noche en la Casa Fitzalan. Así que más de una vez me pregunté si tomaba opio. Pero, sobre todo, había estado atareado con el trabajo, con las realidades reconfortantes de los casos de divorcio, los testamentos y los pequeños problemas legales. Nada de aventuras arriesgadas por calles oscuras, nada de música. No era un artista ni un bohemio; estaba hecho de ese mismo material que había producido ejércitos de ingleses inexpresivos y estoicos.

Poco después, me alejé por completo del fervor evangélico al que anteriormente me había mantenido fiel por lealtad y temor hacia mi padre. Cuando murió, ¡qué extraño me pareció que Charles Sidney asistiera al funeral, y con cuánta claridad recordé lo contento que estaba con ello! Toda la energía desesperada de la religión se desvaneció. No era la miseria lo que destruyó mi fe; era la realidad. No era un soñador, como tampoco era un artista.

Y ahora Sidney, aquel extraño y colorido soñador, estaba muerto.

Dejé los recuerdos y me encontré de pie junto a mi pequeña ventana y mirando hacia la calle, con los ojos enfocados en una figura que se inclinaba al lado de la farola apagada. Había estado parado allí por algún tiempo, pensé, debí haber advertido su presencia inconscientemente antes de que mis ojos se aclararan.

Mientras observaba, otro hombre se acercó a hablar con el primer hombre, y con un sobresalto lo reconocí. Era el agente Peters.

¿Era mi imaginación o estaban mirando hacia mi ventana? ¡Qué idea tan absurda! ¿Acaso era yo sospechoso en la investigación del asesinato de Sidney?

Déjalos que me miren, me dije. No descubrirían nada. No hay misterios en mi vida.

¿Qué motivo podrían imaginar? Me pregunté algo... Y me sentí irritado. ¿Pensaban que lo había asesinado por el privilegio de ser su albacea? Tal vez yo era un legatario... Esa idea me despertó una sonrisa irónica.

En cualquier caso, era tarde y debería volver a casa. El trabajo podía esperar hasta el día siguiente.

Esa noche fui incapaz de relajarme. Incluso intenté leer un capítulo de la novela de Stoker, pensando que podría traerme algo de alivio y distracción, pero mi mente volvía constantemente a esa otra tragedia, la real. Me sentía irritable y nervioso. Había sangre en cada página, y aquello me revolvía el estómago con el pensamiento recurrente del cadáver ensangrentado de Sidney.

Finalmente, agotado por aquellas preguntas infructuosas y perturbado por la lectura, me metí en la cama y me dormí profundamente de inmediato.

Es una noche misteriosa, sin luna. Inquieto y preocupado, deambulo por la densa oscuridad del parque: ¿es Regents Park? ¿Hyde Park? ¿Dónde estoy? Paso por un camino, luego por otro. A mí alrededor surge un ruido sordo. Los arbustos se agolpan, como si crecieran con una velocidad anormal, horrible. ¿Quién está agitando el suelo?

¡Dios bendito! ¡Qué chillido! Y justo a mi lado... Me doy la vuelta, y el mundo gira conmigo. Los arbustos, los árboles y el camino se han desvanecido. Estoy solo bajo la luz de la luna.

¿Solo? Una criatura oscura con capa negra se acurruca en la hierba frente a mí, sobre una figura caída. Una figura vestida con terciopelo y brillantes, y hebillas plateadas en los zapatos.

La hierba se enreda desesperadamente en un torrente de lazos, hierba y sangre.

Charles Sidney. Sangre en la garganta. Sangre por todas partes. La criatura mira hacia arriba. Ojos rosados y fijos; la piel seca, amarillenta, salpicada de rojo.

Abro la boca para gritar, pero la sangre también está ahí, obstruyendo mi garganta, ahogando mi voz, quitándome la vida.

—¡Qué maldito desastre! —dice, entre risas, una voz alegre a mi lado.

Me vuelvo y el rostro del padre Thomas Edmund Gilroy se dibuja en la oscuridad, sonriendo con benevolencia.

—¡Cuidado con la parte de la masilla!

Y añade, con un susurro cariñoso:

—Todo es una tontería, ya sabe.

Me desperté temblando.

CAPÍTULO V

29 de mayo de 1900, principalmente Belgravia, y brevemente Inns of Court y South Kensington.

(Del diario de Jonathan Harker). En la biblioteca encontré, para gran alegría mía, un gran número de libros en inglés, varias estanterías llenas, y tomos encuadernados de revistas y periódicos. En el centro de la habitación había una mesa cubierta de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno de fecha muy reciente. Los libros trataban de los más diversos temas: historia, geografía, política, economía, botánica, geología, derecho, y todos ellos se referían a Inglaterra y a la vida, educación y costumbres inglesas. Había incluso libros de consulta como el Directorio de Londres, los libros Rojo y Azul, el Almanaque de Whitaker, los Escalafones del Ejército y de la Armada, y el Directorio Legal, que por alguna razón especial me alegró ver.

A la mañana siguiente, llegué temprano a casa de Charles Sidney. No vi a mi amigo de la noche anterior, Augustus Flossingdon, pero aquello no supondría una mancha en su impecable expediente: todavía tenía casi tres cuartos de hora para llegar puntual. Decidí esperar a que llegara antes de aventurarme por mi cuenta en el interior de la casa. Era una mañana inusualmente fría y húmeda, pero de algún modo me sentía reacio a cruzar la puerta mientras no fuese absolutamente necesario. Por unos minutos caminé, con las manos en mis bolsillos para apaciguar el frío, mirando a las casas que se alineaban al otro lado de la calle e ignorando los muros de los dominios de Sidney que se alzaban junto a mí.

Fue un pequeño movimiento lo que atrajo mi atención: miré y había un agente de policía de pie, fingiendo descuido, a la entrada del camino. Se preguntaría, supuse, qué estaba haciendo aquel tipo que merodeaba junto a la casa de un hombre asesinado. No dejes que se fije en ti, me dije; ese tipo de sujetos se incriminan a sí mismos con su comportamiento sospechoso. Que se cueza en su propia salsa. Si el agente de policía realmente estaba fingiendo que no me miraba, estaba haciendo un trabajo espléndido. En cualquier caso, pensé para mí mismo, hacía frío y simplemente debía entrar en la casa y comenzar mi trabajo. Cuanto antes comenzase, antes tendré la libertad de regresar a mi casa y concentrarme en otras cosas.

—Buenos días, agente— dije, intentando imposter un tono seguro que no despertara las sospechas de la policía.

—Buenos días, señor —respondió, e hizo un gesto amable con la cabeza.

Me presenté.

—Debo encontrarme con el señor Augustus Flossingdon para revisar algunos de los documentos legales del fallecido... del señor Charles Sidney

Inconscientemente saqué algunos de mis propios papeles de mi maletín y los sostuve en alto, como si aquellos pocos documentos legales proporcionasen la prueba necesaria de mi identidad y de mis motivos, totalmente respetables, para merodear por allí.

—Está bien, señor —dijo el agente—. Estaba avisado de que vendría esta mañana.

Eso me dijo. ¿Fue esto un motivo de preocupación? No me lo parecía. Asentí con la cabeza como muestra de gratitud al agente mientras éste me abrió la puerta y se hacia a un lado para dejarme pasar. Pisé el camino y me dirigí hacia la casa.

El edificio, enorme y de estilo neogótico, estaba situado en Bloomsbury y lo había recibido en una herencia familiar. Nunca había estado dentro, pero había oído hablar de la grave decadencia del interior de un conocido pasajero en mi club.

—Puro lujo —se burló, ahogándose por el recuerdo y por el puro que estaba fumando—. Flores extravagantes, cerámica, cortinas y cuadros horribles. La casa está tan desordenada como

la de una vieja criada.

Otro hombre, que se sabía que tenía gustos artísticos, pero con una moderación decente, dijo:

—Sidney era un esteta libidinoso. Un gran coleccionista de cosas exóticas. Incluso he escuchado que hay una capilla en el sótano: un armario monstruoso, oscuro y con incrustaciones de oro, con parafernalia papista por todas partes.

—No he escuchado ninguna habladuría sobre capillas —respondió el primer hombre en un tono bastante irritado, ya que se había establecido como una autoridad en Sidney—, pero el lugar es muy inquietante. Así era el tipo.

Mientras me aproximaba hacia la casa, me pregunté por la capilla.

El edificio estaba alejado de la carretera unos cincuenta metros y protegido por un alto muro de piedra, junto al cual se había añadido una línea de abetos hostiles como una segunda barrera casi impenetrable. Digo “casi” porque la casa se podía ver claramente por un hueco entre dos de los árboles. Para percibir esta brecha, uno habría tenido que torcer el cuerpo de uno sobre la pared y pasar la cabeza a través de las ramas, una posición poco decorosa que no quise asumir, y menos ante los ojos de la policía.

Por el camino me fijé en la vegetación, sorprendentemente bien cuidada. Mi ojo se posó en un árbol grande, que bien podría haber mostrado flores en una primavera pasada, pero que nunca florecería más: su torcida parra estaba ahora arrugada y muerta, negra, con su tronco retorcido y abierto como el cuerpo devastado de Charles Sidney, como si el árbol hubiera sido golpeado por el tipo de poder divino que mi padre había descrito a menudo. Parecía un acto reciente de destrucción providencial: todavía había trozos de corteza negra chamuscada y ramas dispersas debajo del gigante destrozado.

—La descarga de un rayo —dijo una silueta canosa que había aparecido a mi lado.

Me sobresalté con aquella presencia inesperada y esperé que mi propia voz no sonara molesta al responderle:

—¿Un rayo?

El hombre, el jardinero a juzgar por su aspecto, aunque no sabía cómo Sidney podía haberse permitido tener tanto servicio, asintió con aire de importancia, tal vez ensayando para una entrevista posterior con los periodistas.

—Fue la misma noche en que murió el señor Charles —continuó.

Yo seguía en silencio. Después de unos momentos y de otro asentimiento sobrio, inclinó la cabeza hacia la casa.

—Lo llevaré con la señora Mallery, señor.

El interior de la casa estaba débilmente iluminado por la escasa luz del sol que se filtraba por las ventanas, una luz multicolor. A Sidney, estaba claro, le gustaban las vidrieras. El recibidor tenía el aspecto de una iglesia elaboradamente decorada del continente; tal vez eso es lo que había despertado los rumores sobre una capilla privada.

La señora Mallery, una anciana vestida de negro, con los ojos pequeños y enrojecidos, me recibió con amabilidad.

—Buenos días. Le mostraré la biblioteca del señor Charles, señor. El señor Flossingdon le dejó algunos papeles allí por si llegaba usted antes que él.

La seguí, fijándome con curiosidad en lo que me rodeaba: unos hermosos paneles de madera; una moldura pintada que recorría la parte superior de las paredes; tapices descoloridos, rodeados de grandes y coloridas pinturas; algunas de estilo prerrafaelita, mientras que otras eran bocetos estilizados y crudamente caracterizados; jarrones exóticos; extrañas tallas y estatuas; una virgen delgada, de rostro plano, con la pintura desconchada en su nariz pero los labios aún rojos y

carne. Había una leve capa de telarañas por todas partes, pero no se veían otros signos de abandono. Sin embargo, el aspecto no era tan espléndido como esperaba. La casa no parecía engalanada, agobiante ni desordenada; en realidad, en muchos sentidos, parecía vacía. Quizás Sidney se había visto obligado a vender muchas de sus pertenencias más ricas. Tal vez sus finanzas sufrían de verdad el pésimo estado que alguna vez había imaginado.

La biblioteca me decepcionó bastante. Era un lugar limpio, ordenado, bien surtido de libros, pero no tan dramático y colorido como había previsto. De hecho, se veía bastante aburrida, con una alfombra poco inspiradora en el suelo, los libros bien ordenados y el escritorio de Sidney en el centro. El escritorio también fue una desilusión: estaba meticulosamente limpio. La señora Mallery hacía bien su trabajo. En un lateral de la mesa había varios papeles, pero, de nuevo, no en la condición que uno esperaría de Charles Sidney: sí, había tinta escarlata, pero yo había esperado un montón disperso de notas, garabatos rojos sembrados por todo el lugar en una confusión salvaje, propia de un hombre desesperado. Pero aquí no había nada de eso. Nada de desesperación, ni rastro de una conciencia de su inminente muerte. Debajo de una nota que decía “Té del domingo, Lady N...” encontré una baraja de cartas y un pequeño folleto que anunciaba la actuación pendiente de una soprano sueca. La carta que yo había recibido debía de haber sido una anomalía. O una falsificación. Pero Charles Sidney la tenía en la mano.

Debía de haber sido víctima de un loco. Tenía un gusto excéntrico en decoración, ciertamente, pero no había ningún signo de algo más grave. Era la casa de un coleccionista, de un esteta. Nada más. Si aquel hombre había sido peligrosamente cruel, lo había ocultado metódicamente. Me pregunté si sus collares y sus lazos estaban igual de ordenados en las habitaciones superiores de la casa.

Los papeles que había dejado Flossingdon estaban cuidadosamente apilados, con el testamento en la parte superior, seguido de la escritura de propiedad de la casa y de varios otros documentos legales aburridos. Todo parecía estar en buen estado. La vivienda pasó a un pariente lejano: una prima anciana que vivía en Glasgow. Se enumeraban algunos pequeños legados, incluidos pequeños obsequios para la señora Mallery y para el señor Josiah Hopplethwait, mi amigo el jardinero. Luego llegaba la siguiente nota, sorprendente:

“A mi querido amigo John Kemp le dejo mi caja de pavo real y su contenido”.

Una caja de pavo real. Como si hubiera aparecido de repente, como algo salido de Alicia en el país de las maravillas, la caja atrajo mi atención. Estaba sobre la mesita junto a la puerta. Era un objeto atractivo, en comparación con aquella habitación impersonal y ordenada. ¿Cómo podía haberme pasado desapercibida? La caja era claramente posesión de Sidney, mientras que la biblioteca parecía pertenecer a otra persona.

Me acerqué y contemplé mi legado. Era de tamaño mediano, pintada con tinta de oro e iluminada con pavos reales de color púrpura y turquesa en un patrón elaborado, incluso vertiginoso, de belleza orientalizada. No debería abrirlo, razoné, hasta que llegase Flossingdon. Pero, como Pandora, no pude resistir la tentación del “y su contenido”. Levanté la tapa con cuidado y miré: había un libro (El libro de los lobos de Sabine de Baring—Gould), un crucifijo y una cinta escarlata atada en un lazo alrededor de un mechón de cabello oscuro y sedoso. Después del libro, cuyo título me causó cierta vergüenza, me fijé en el crucifijo. Era pequeño y de diseño elegante, compuesto por una gran cantidad de azulejos multicolores dispuestos en cuidadosos patrones, y lleno de símbolos y emblemas extraños, algunos de los cuales eran letras que creí reconocer como hebreas. Cuadrados, rayas verdes, pentagramas: una cosa de brillantez sorprendente y complejidad enigmática. Sí, no había duda: aquella caja y su contenido eran propiedad de Charles Sidney, el difunto Charles Sidney.

—Sí —dijo mi visitante del día anterior—. Ese es su legado, joven.

Cerré la caja apresuradamente y me dirigí hacia el escritorio con Flossingdon. Intenté no preguntarme cuánto tiempo llevaba allí mirándome.

También me pregunté si lo habían llamado “Flossie” en la escuela. Con un cabello liso, flácido y aireado como ese, un apodo era inevitable. No me atreví a llamarlo “Flossie”, por supuesto. Ni siquiera en mi mente.

—Vamos, muchacho —dijo—, si ha terminado de jugar con esa bonita caja, podemos comenzar nuestro trabajo.

Durante algunas horas nos sumergimos en los documentos de Charles Sidney, repasándolos de forma tan metódica y minuciosa que el mundo parecía una preocupación legal bien regimentada y cada misterio el resultado de personas indisciplinadas e imaginativas cuyas confusiones ilusorias eran fácilmente solubles por la mente profesional. Incluso la muerte violenta de Sidney comenzó a parecerme algo secundario. Eso no era asunto nuestro; la sucesión era un asunto mucho más apremiante que el asesinato.

Las finanzas de Sidney no estaban en un estado tan calamitoso como había sospechado. No era ludópata, parecía. Aunque algunas deudas se habían extinguido con su muerte, el señor Flossingdon y yo consideramos apropiado satisfacer aquellas con comerciantes locales que, al ser poco cuantiosas, resultaban moderadamente respetables. El patrimonio restante no era gran cosa, pero sí era suficiente. De hecho, parecía que Sidney había demostrado ser un administrador capaz y razonable de su riqueza heredada. Si bien, ciertamente, no había hecho nada para aumentarla, tampoco la había dañado de forma irreparable.

Una gran inquietud eran la casa y los jardines. Se los dejó a su pariente de Glasgow junto con la mayoría de sus bienes, pero era poco probable que ella quisiera mantenerlos y, menos aún, vivir allí.

No me importaba mucho cuál fuera el destino de la casa, siempre y cuando pudiera tener la oportunidad de explorarla más a fondo. De hecho, fue solo el miedo a parecer completamente poco profesional (¿qué interés podría tener la casa para un abogado respetable, fuera o no albacea?) lo que me impidió solicitar un recorrido o, incluso, anunciar mi intención de echar un vistazo por mi cuenta.

No sé si esperaba ver pinturas obscenas, cadáveres de bailarinas, peor aún, seres vivos encarcelados en cámaras oscuras y siniestras; lo cierto es que no había visto indicios de ninguna de esas cosas en las habitaciones que había vislumbrado mientras caminaba hacia la biblioteca. Tampoco había rastro de ninguna capilla, más allá de aquellas vidrieras de colores del pasillo. Pero debía de haber en la casa más de lo que había visto, cosas más propias de Sidney que aquellas decoraciones, y más que aquella solitaria caja de pavo real. Tal vez alguna vez hubo una capilla. Quizás los rumores sobre el sótano eran ciertos. Me pregunté qué hacían los papistas cuando sus capillas eran destruidas o redecoradas.

Mientras tanto, Flossingdon seguía avanzando con el trabajo. Hablaríamos con los demás legatarios cuando pudiéramos. Con la señora Mallery y con el señor Josiah Hopplethwait podíamos tratar de inmediato. En cuanto al portero del Lyceum Theatre, a quien le había legado veinte libras, y a los amigos y enemigos que heredaban varios artículos (incluyendo una pluma de plata y un par de viejas pistolas legadas a Edgar Kilbranson y un cuadro de un artista cuyo nombre no reconocí que se dejó, junto con un anillo de rubí, a un tal señor Victor Montrose), todo aquello podría tratarse en persona o por carta más adelante.

La casa sería alquilada o vendida. Debíamos determinar las opciones más adecuadas para la señora Agnes Puttock, la pariente de Glasgow, siguiendo sus preferencias.

—¿Anuncios? —Flossingdon tembló ante la mera sugerencia de esa idea—. No creo que la publicidad sea adecuada ni efectiva. Creo que la muerte del señor Sidney ya ha tenido suficiente notoriedad.

Suficiente notoriedad... Era una curiosa forma de decirlo. ¿Se había fijado en el policía detenido ante la puerta? ¿Se preguntaba él también quién había cometido aquel crimen sanguinario y terrible? ¿Temía, también él, convertirse en sospechoso para la policía?

No, tales cosas requerían imaginación, y el señor Augustus Flossingdon carecía por completo de esa facultad. Con un humor irónico que era bastante impropio de mí, me pregunté si las telarañas viejas no procedían de la casa, sino de mi compañero.

Al final, acordamos que notificaríamos formalmente a la pariente de Glasgow y, si ella así lo deseaba, se adoptarían las medidas discretas para entregar la casa a un respetable agente de la propiedad, tan respetable como el propio Flossingdon, con la esperanza de encontrar un honrado y respetable arrendatario o comprador.

La caja debía llevarla conmigo, insistió Flossingdon. De ese modo, me ahorraría la molestia de volver a la casa a buscarla.

—Quizás... Sí, sin duda es bastante notable. Más bien digno de atención, podríamos decir. Quizás... Sería mejor... Cierta grado de discreción... Bueno, sí, gracias, señora Mallery. Siempre tan considerada, una mujer tan amable.

Esa misma tarde volví a los detalles del caso de Kilbranson, pero una vez más lo encontré todo tan odioso y absurdo como una novela francesa. Ese día avancé poco; tenía la mente inundada de pensamientos sobre la casa de Sidney. Con frecuencia me sorprendía preguntándome si había estado demasiado ansioso, si debería haber pedido ver el resto de la casa, aunque fuera bajo la extraña mirada de Flossingdon o la mirada llena de sospecha de la señora Mallery. Saber lo que estaba oculto en las habitaciones superiores habría sido suficiente recompensa. Cualquier cosa era mejor que preguntarse, con sensacionalismo, si había secretos oscuros y siniestros (mi vocabulario de lo fantástico era demasiado limitado para imaginar algo más concreto) por descubrir. Tal vez ni siquiera la señora Mallery supiera de su existencia. Tal vez Charles Sidney había cerrado con llave sus habitaciones superiores más secretas y había llevado la llave consigo...

Tal vez... Tal vez... Tal vez nunca más lograría una tarde provechosa de trabajo.

De camino a casa, me pareció ver a Esther Raveland caminando por el Strand y aceleré el paso para unirme a ella. Una vez que estuve a unos pocos pies, la llamé por su nombre. Se sorprendió visiblemente.

Me sentí repentinamente presuntuoso e incómodo, pero seguí: ¿Estaba bien? Sí, claro. ¿Se había recuperado de la terrible experiencia de su reciente visita al inspector Harris? La alusión al oficial de policía fue aparentemente imprudente. Ella se puso pálida y me pregunté si, al igual que Adele, podría estar enferma.

—Sí, sí. Ni siquiera era un interrogatorio, en realidad. Le ruego que me de disculpe, pero debo dejarle. Millicent me está esperando.

Y, con un breve asentimiento de despedida, se marchó corriendo a paso ligero, sin admitir la posibilidad de que la acompañara. Cuando se alejaba, una impertinente ráfaga de viento se metió bajo su sombrero y soltó un único mechón de cabello oscuro. Recordé el mechón de pelo que formaba parte de mi legado y me sentí irritable, e incluso estúpido, aunque no podría haber explicado por qué. También descubrí que me sentía aliviado de no haber tenido la oportunidad de hablar con ella sobre Charles Sidney. En cualquier caso, había sido un impulso poco profesional, especialmente a la luz de su falta de voluntad para conversar. Coloqué el paquete debajo de mi

brazo: era la caja de Sidney, todavía envuelta en un paño negro. Deseaba haberlo dejado en mi despacho. La guardaría en algún lugar de mi casa donde no fuera visible para evitar que me recordara a Sidney. ¿Sería una falta de respeto al muerto si la vendía?, me pregunté. Aquella noche estaba extrañamente reacio a irme a la cama, pero desafié la estúpida neurosis y seguí mi rutina de la noche como de costumbre.

—Sentí mucho enterarme de la enfermedad de la señorita Lawson —dijo Jenson mientras bebía de mi vaso.

Así que Adele seguía enferma. Sentí una punzada en mi conciencia, pero pensé que estaba a tiempo de remediar mi descuido en los próximos días.

Cuando finalmente me acosté, no estaba inquieto. Había sido un día ocupado y agotador. Pese a mis novelescas sospechas sobre la casa de Sidney, había sido un día reconfortante y mundano. E, incluso con los patrones perturbadores de pobre descanso que habían caracterizado mis últimas noches, el sueño no tardó en llegar, y con él mi descenso inmediato a una oscuridad sin sueños.

Estoy otra vez en el parque. Hyde Park. Sí, efectivamente, es Hyde Park. A lo largo de ese mismo camino... Luego otro... Y otro.

Los árboles y arbustos me rodean densamente. Ese grito...

Estoy sobre el brezo una vez más. El brezo. ¿Hampstead Heath ⁵? Por supuesto. No estoy en Hyde Park. ¿O sí? La criatura se inclina sobre su víctima.

Sangre. Sangre. Sangre. Ante mis ojos, empapando la hierba, el terciopelo y las cintas enredadas, y subiendo por mi estómago, hasta mi garganta. Hebillas de zapatos brillantes. Tan fuera de lugar. Muy brillantes...

La criatura se vuelve hacia mí...

Esta vez, aunque el grito se me queda de nuevo en la garganta, me lanzo hacia fuera, saltando del sueño, lejos de esa visión horrible. Veo a Esther Raveland, con su cabello oscuro brillante y sedoso cubriéndole el rostro, un solo mechón Tiene el signo de un corte reciente; de su boca gotea la sangre de Charles Sidney, y los restos de la carne de su cuello le manchan la mejilla. Los dientes, afilados y blancos, brillan como las hebillas de los zapatos, como estrellas en medio de la oscuridad.

Ya no pude conciliar el sueño. Me desperté con los primeros rayos de sol, abatido y enfermo.

[5](#) "Heath" es "brezo" en inglés. (N. del T.)

CAPÍTULO VI

30 de mayo de 1900, South Kensington, Inns of Court y de vuelta a South Kensington.

(Del diario de Mina Murray Harker). Poco antes de llegar arriba del todo, pude ver el banco y la figura blanca, pues estaba ya lo suficientemente cerca como para distinguirla, aun en medio de aquellas sombras intermitentes. Sin duda había algo, un bulto alargado y oscuro, inclinado sobre la figura blanca medio recostada. Grité asustada: “¡Lucy! ¡Lucy!”. Aquella cosa levantó la cabeza y, desde donde yo estaba, pude ver un semblante pálido y unos ojos rojos y relucientes.

Después de esa noche, me sentía demasiado indispuesto como para volver a mi habitación. Tenía fiebre y, según deduje, una gripe leve. El médico, llamado por Jenson, me aseguró que no había nada de qué preocuparse. Solo necesitaba un poco de sueño y descanso y pronto volvería a ser yo mismo.

Y su pronóstico, a la postre, resultó correcto.

A la mañana siguiente me desperté después de una noche tranquila y sin sueños y sentí ganas de volver al trabajo. No estaba completamente descansado, y la enfermedad me había dejado débil y sin apetito —pese a que Jenson, de forma irritante, se empeñaba en alimentarme como si mi vida dependiera de ello—, pero estaba inquieto, así que me escapé a la calle, camino de Inns of Court.

Antes de llegar a mi despacho, me detuve para visitar al inspector Harris.

No tenía nada más que contarle, pero sentía la necesidad de preguntar qué progresos se estaban haciendo en la investigación de la muerte de Sidney.

—Bueno —dijo el inspector Harris, asomado a la ventana—, parece que estamos haciendo avances, pero esas cosas llevan su tiempo, ya sabe.

—¿Tienen alguna teoría? ¿Algún sospechoso? —le pregunté directamente, al parecer demasiado directamente, pues me miró y luego volvió a perder la vista tras la ventana.

—Tenemos nuestra forma de hacer las cosas —respondió, tras varios segundos de silencio—. Claro que —agregó sin pensarlo—, los periodistas están ansiosos por tener respuestas lo antes posible. Algunos de ellos incluso están hablando de fuerzas malignas. Oí hablar a un periodista sobre... vampiros.

Me reí; él apartó la vista de la ventana, me miró fijamente por un instante, luego sonrió y miró hacia otro lado.

El agente Peters me fulminó con la mirada cuando salí de la comisaría.

Mientras caminaba, me pareció haber visto la silueta de Esther Raveland, pero me volví y no quise comprobar si era ella. Estaba empezando a imaginarla por todas partes, me dije burlonamente.

Regresé a mi despacho y me concentré con determinación en el trabajo. Redacté cartas para todos los herederos de Charles Sidney para informarles de su sucesión. Los legados financieros fueron sencillos. Carstairs se llevó a su casa la pluma de plata de Kilbronson y sus viejas pistolas, junto con una nota a propósito de unas cartas recientes que había recibido y que venían a confirmar mis sospechas: Elisabetta Kilbronson no había pisado Budapest y no estaba en Francia, o al menos no había forma de probar que estaba en el continente en aquel momento. Pronto encargué más consultas. El cuadro y el anillo que había legado al señor Montrose se los envié a su club, la única dirección que pude obtener. Me las devolvieron en unas pocas horas con la información de que el Sr. Montrose ya no era socio. Me remitieron a un hotel en un barrio desagradable, y supuse que Carstairs encontró al escurridizo Sr. Montrose, porque regresó sin el cuadro y el anillo de rubí y no se quejó de robo.

Terminé el día con la sensación de haber hecho un buen trabajo.

Esa noche volvieron las pesadillas, y durante varias noches no pude deshacerme de ellas, aunque habían cambiado: la criatura seguía pareciéndose a Esther Raveland, pero ahora el curita no solo se paseaba tranquilamente, sino que luchaba con aquella mujer diabólica; unas veces con una espada, otras con un rifle, otras con una gran cantidad de objetos improbables: lanzas, paletas, candelabros, cruces, el rosario de su cintura o elementos religiosos que no pude identificar, como un objeto con humo aromático prendido de una cadena. Aquella noche envolvió la cadena alrededor del cuello de la criatura, poniendo fin a su vida impía.

—Podríamos decir —dijo, acabando la ejecución —¡que estas cosas me provocan malos humos!

Me costaba volver a mi habitación. Allí revivía aquel mundo de pesadilla que comenzaría en cuanto cerrara los ojos. Así que comencé a vagar por las calles durante horas y horas, haciendo cualquier cosa para prolongar el tiempo lejos de aquel sueño inevitable.

Era absurdo, lo sé. Ridículo. Y, sin embargo, me comportaba de esa forma irracional, como si realmente creyera en tales seres sobrenaturales bebedores de sangre.

Fueron varios los días que gasté siguiendo un triste patrón: la mañana en mi oficina; a veces una visita a la casa de Lawson por la tarde, donde siempre me recibían con alguna noticia sobre la salud de Adele; y luego de vuelta a casa, de mala gana.

El trabajo avanzaba a buen ritmo y sin incidentes significativos. El representante legal de la señora Agnes Puttock, una pariente de Glasgow que debía heredar la casa de Sidney, nos comunicó por correo postal que la mujer estaba perfectamente satisfecha con su propia casa y no tenía intención de transferir su residencia a esa guarida de iniquidad —nunca supe si se refería a Londres o a la casa de Sidney—. En consecuencia, nos instruyó que transmitiéramos la vivienda a un inquilino o comprador apropiado lo antes posible y enviásemos a su banco todos los ingresos generados por la transacción.

Aquella señora, me dije mientras leía la carta, era capaz de rebajarse de su atalaya moral para obtener una ganancia, incluso si se encontraba incapaz de descender al nivel de vida de la casa de Sidney. Probablemente un viejo murciélago escocés, pensé, con ánimo inquisidor. Me sentí como un viejo gruñón que le habría impedido a su joven y colorida amiga cruzar el umbral de castidad de su propia casa...

Moví la cabeza con desagrado. Me estaba convirtiendo en un tipo irracionalmente hosco, áspero en mis juicios y extrañamente a la defensiva en el asunto de Sidney.

La causa era el agotamiento. De hecho, día tras día me sentía más irritable y más enfermo. Evitaba dormir para escapar de la pesadilla. Me atormentaba en mi habitación, o mientras escribía, o mientras caminaba, o mientras leía. Empecé a evitar la ficción por completo.

Y cada noche, cuando me dormía de mala gana, caía en los brazos de aquella pesadilla cruel.

A veces, Esther Raveland se levantaba y caminaba hacia mí. Normalmente me despertaba al ver su rostro. Siempre se podía distinguir la pequeña figura de blanco: a veces vagaba a unos metros del espectral espectáculo, mirando al cielo con una expresión burlona; a veces se reclinaba en la hierba al lado del festín vampírico, mirando perezosamente un libro abierto, un libro que yo sabía bien cuál era.

De vez en cuando aparecían otras figuras: el inspector Harris y el comisario Peters, este último vestido de manera muy distinta de la vistosa túnica blanca del sacerdote papista.

Comencé a comportarme como un chalado supersticioso. Evitaba el libro de Stoker como si tuviera un poder extraño y sobrenatural.

Me encontré varias veces con la señorita Raveland en la ciudad, o al menos la vi. Siempre que podía, me apresuraba antes de que pudiéramos intercambiar palabra. Estaba pálida y al principio

parecía renuente a verme, pero, extrañamente, cuando comencé a temerla, nuestros encuentros se hicieron más frecuentes.

Una vez, cuando no pudimos evitarlo, hablamos cortés y brevemente.

—Es trágico, ¿no cree? La enfermedad de la señorita Lawson, quiero decir— dijo ella.

Le di la razón y corté la conversación rápidamente, permitiendo que viera mi retirada.

Adele, por su parte, estaba bastante mal. Estaba más blanquecina y más débil; apática y aburrida. Sus ojos se habían quedado sin luz. Incluso el exiguo esfuerzo de caminar por la habitación la agotaba, dejándola sin aliento y, a veces, incluso temblorosa. Se quejaba de dolores de cabeza. No comía; empezó a adelgazar.

Vivía en su dormitorio como una prisionera. Mis visitas a su casa se hicieron más frecuentes. El informe era el mismo todos los días: no había mejorado. Un médico murmuró sobre una enfermedad leve, pero algo en su tono revelaba que estaba pensando algo peor.

Cada noche volvía a casa con una inquietud creciente, apestando a descontento y vago temor.

Surgió otro problema que debería haberme distraído de cualquier otra preocupación: Elisabetta Kilbranson había aparecido. Había informes de una mujer que se ajustaba bastante a su descripción y que había vendido un pequeño y delicado anillo de granate, incluido en una lista de joyas que me había proporcionado Kilbranson. Un aspecto extraño del caso —sobre el cual, si mi cliente hubiera sido un hombre más abierto que Edgar, seguramente habría hecho ciertas preguntas— era que Elisabetta solo se había llevado las joyas que le habían pertenecido antes de su matrimonio. El anillo de granate, me habían dado entender, era un asunto diferente. Su origen era algo confuso: Kilbranson dijo que no le pertenecía, pero insistió en que no era tampoco de ella y estaba ansioso por seguir esta pista como un posible medio para localizarla. Por supuesto, era una posibilidad clara, y aun así me resultaba extraño que una mujer húngara ajena a toda moralidad se resistiera a llevarse con ella las numerosas joyas que el mismo Kilbranson admitió haberle regalado. Pero decidí apartar de mi mente aquellas dudas. Si el informe era cierto, la errante Elisabetta había estado en Nápoles, Italia, tan solo unos días antes.

No había ninguna señal de que tuviera un compañero de viaje o, lo que es lo mismo, no había indicios de adulterio.

Escribí a Kilbranson sobre la noticia y le aseguré que intentaría determinar la exactitud del informe y, de ser posible, identificar adónde había ido Elisabetta al salir de Italia.

Mientras esperaba su respuesta, me puse a leer una publicación jurídica que un amigo me había enviado para que le diera mi opinión. El mundo entero se desvaneció, y me había olvidado de los vampiros, los asesinatos y las esposas húngaras infieles, enfrascado en las leyes de propiedad, cuando Carstairs anunció la llegada de Edgar Kilbranson.

Retiré mis pies del escritorio y me levanté para recibir a mi cliente.

Al estrechar su mano, fría y ligeramente húmeda, me pregunté, no por primera vez, si había nacido con apariencia cadavérica o si había logrado esa apariencia con un esfuerzo diligente durante largos años.

—Recibí su mensaje —dijo mientras se sentaba—. Según dice, la señora Kilbranson está en Italia.

—En efecto, hay pruebas que apoyan esa idea.

Sus ojos grandes, macabros y fijos se clavaron en mí, y me puse a revisar con temor mis palabras. Temí que si mis afirmaciones fueran incluso parcialmente refutadas, si la errante Elisabetta hubiera estado en Salerno en lugar de Nápoles, o incluso peor, en Sicilia, su rostro sombrío, aguileño, con la nariz enfática y la barbilla caída, se asomaría ante mí como un fantasma carente de emociones y denunciaría mis mentiras en tono severo, como si estuviera leyendo la

lista de carga de sus barcos.

—Quince cajas de polvo, estás condenado eternamente a escuchar esta voz triste y monótona —diría el fantasma—. Treinta y dos cajas de huesos mohosos, porque me has mentido, me mentiste. Veintisiete cestas de dientes perdidos de bocas surtidas...

Me sacudí aquella fantasía morbosa y traté de concentrarme de nuevo en mi visitante.

—Debe encontrarla, y debe hacerlo rápidamente —dijo, y su voz era un lento y pesado zumbido—. Cada día que está perdida es un día de infamia y dolor.

—¿Sospecha usted que podría haber otro hombre involucrado —pregunté, más en un esfuerzo por demostrar atención y preocupación, aunque falsamente, que por una sospecha concreta.

Se mantuvo unos segundos en silencio, y me pregunté si me había escuchado o si había entendido bien la pregunta. Luego levantó la vista y la fijó en mí con una mirada severa e implacable, y yo vacilé:

—¿Algún hombre que pudiera ser útil para identificar el estado mental de la señora Kilbronson y qué motivos podrían estar guiando sus pasos?

Apretó los labios.

—Yo... habría sido paciente con ella. Paciente por un tiempo... Comportamiento inapropiado... e indecoroso. De hecho, fui paciente con ella durante mucho tiempo. Nunca habría hablado de ello. De hecho, no lo hice. Fue muy doloroso. Lo más doloroso.

Siguió un largo silencio durante el cual Kilbronson, con actitud meditativa, dejó que me retorciera y escuchara el tic—tac de mi reloj.

Finalmente, como si estuviera desesperado, le pregunté si había recibido los artículos que Charles Sidney le había dejado.

Se levantó de su coma meditativo.

—Sí, sí. Los recibí.

Le dejé unos instantes para que pudiera aclarar el asunto: ¿qué significaban los regalos? ¿Mantenían una relación estrecha? ¿Eran simples conocidos? ¿Tal vez estaban unidos por algún negocio?

—Debemos encontrarla —dijo Kilbronson.

Parecía, pues, que no iba a recibir ninguna explicación.

Le pregunté si deseaba que me desplazara de nuevo al Continente —y recé para que dijera que no, ya que la mera idea de otro viaje tan pronto después del último y todavía saliendo de mi enfermedad me hizo sentirme agotado—.

Una vez más, no respondió directamente. Se puso a divagar sobre su apellido y sobre varias peripecias desafortunadas y nada concretas.

Cuando le pregunté una vez más, con delicadeza, si deseaba divorciarse de ella discretamente, cerró los ojos.

—No quisiera que esa... esa hija perdida de Dios, esa... esa ovejita errante... esté tan abandonada a su destino... al destino que ella misma ha traído...

Entonces su tono cambió; habló bruscamente y, para su velocidad habitual, muy rápido:

—¿Y qué pasa con el anillo de granate? ¿Se puede recuperar?

Me sentí como Tubal criticando a Shylock: “¿De qué se lamentó, de su hija o de sus ducados?”

⁶ Pero no le dije nada de esto.

—Le he dado instrucciones a un agente en Italia para que investigue y busque recuperar el anillo —le aseguré—. Espero que esto nos proporcione más información sobre su paradero actual.

¿Qué demonios podría haberla llevado a casarse con el hombre? Aunque Kilbronson no tenía

retratos ni fotografías de su esposa, estaba considerada una belleza. Podía entender bien sus razones para huir.

Kilbranson se levantó, sin haber sacado ningún provecho de nuestra entrevista, y se preparó para partir. Se puso los guantes con un cuidado meticuloso que me puso casi histérico y, sin embargo, me resultó también extrañamente fascinante.

Mientras ajustaba su chaqueta para colocarse su abrigo —cada nueva capa requería movimientos cada vez más lentos y más laboriosos—, comentó en un tono deliberadamente displicente:

—Creo que conoce usted a una joven estadounidense recién llegada a Londres... La señorita Raveland, Esther Raveland.

Respondí fríamente que, en efecto, había tenido el honor de conocerla. Luego hubo silencio.

—Adiós —dijo Kilbranson con un suspiro, y salió lentamente, con paso majestuoso y sombrío.

Me quedé, como tantas otras veces, con la sensación de que había algo más que contar, algo que Kilbranson se mostraba reacio a revelarme. ¿Por qué la buscaba con tanta ansia?

Quizás estaba obsesionado con ella.

Quizás realmente la amaba.

Quizás estaba motivado por sus convicciones religiosas.

Tal vez ella se había llevado algo más que joyas.

Quizás había otra mujer en el caso.

La mención a Esther Raveland me había irritado. ¿Acaso era ella la “otra” mujer? ¿Estaba abrumado por un amor apasionado por la inalcanzable belleza americana?

—¡No puedo casarme contigo! —podría haberle dicho ella, rechazándolo con suavidad—. ¡No puedo casarme contigo, Edgar, porque tienes una esposa que aún vive!

Y quizás Edgar, al volver a casa para enfrentarse a la terrible mujer con la que estaba atrapado en un matrimonio sin amor, la asustó tanto por su apasionada insistencia en el divorcio que ella salió corriendo esa misma noche. ¿La habría golpeado, movido por su furia y por su deseo frustrado? ¿Y habría llorado Esther Raveland por la noche, rechazando sus cartas y maldiciendo el oscuro destino que había llenado su corazón de amor por un hombre atado a una esposa monstruosa? ¿Era Sidney su intermediario? ¿Trataba de calmar a la dama y de reforzar a su amante con valor viril?

Me agité. El relato nacido de mi mente se parecía cada vez más a una novela barata. La idea de Sidney haciendo de celestino para el cadavérico Kilbranson era demasiado grotesca para ser posible. Aquel hombre frío y hostil era incapaz de algo tan dramático o tan humano como el amor. Pero más allá de todo esto, la idea de que Esther Raveland aceptara los avances carentes de emoción de un amante medio muerto era demasiado repugnante para considerarla seriamente.

Medio muerto, pensé. Medio muerto... o no-muerto.

Vampiros de nuevo.

Tiré mis papeles con disgusto, gruñí un buenas noches a Carstairs, tomé mi abrigo, mi sombrero y mis guantes y abandoné el despacho.

Caminé de vuelta por las frías y solitarias calles, macerando mi mal humor.

En realidad aquella no era la ruta más rápida para atravesar Hyde Park, pero esa fue la excusa que me puse a mí mismo para prolongar el paso y huir de mi pesadilla. En la orilla del lago Serpentine temblaban unas pocas aves valientes, sin migas para alimentarse. Yo no se las habría tirado ni aunque tuviera los bolsillos llenos de pan: estaba tan enfadado que me importaba un pimiento que el mundo entero se congelase o se muriera de hambre.

Hacia Bayswater, debajo de una farola, me tropecé con Esther Raveland. Su rostro estaba

pálido por el frío y sus labios tenían un color malsano, pero aun así seguía siendo realmente hermosa.

—Buenas noches —me dijo con una sonrisa amable.

Yo fruncí el ceño. ¿Cómo que buenas noches? Era una noche horrible.

Gruñí una respuesta y seguí caminando.

Pensé que se habría molestado, pero me dio igual. Tal vez no fuera la amante de Kilbronson, pero estaba seguro de que tenía algún lado oscuro: por algo estaba relacionada con Kilbronson y Sidney.

—¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! —grité en voz alta, asustando a un joven aprendiz de panadero que estaba cerrando su tienda.

Me apresuré hacia mi casa y hacia las agobiantes atenciones de mi ángel de la guarda, Jenson.

Al llegar, le pedí que me dejara solo y me refugié en mi cuarto. Estaba inquieto, como cada noche.

No sé qué me llevó a retomar la novela de Stoker: ¿fue un simple capricho o un pensamiento malvado? Tal vez una obsesión. Vampiros.

En realidad era una enorme tontería. Descubrí que apenas podía recordar la trama y me vi obligado a retroceder varias páginas.

Recordé las escenas finales en el castillo rumano e incluso volví a visitar la horrible cripta vampírica sin que mi vello se erizara lo más mínimo. Aquello era basura.

Volví al punto en que había abandonado la lectura. Atravesé el relato de los romances de una doncella inocente y llegué a un pasaje escalofriante, en el que una mujer sorprendía a otra, sonámbula, junto a una extraña figura negra con la cara blanca y los ojos rojos y brillantes, cuando un sentimiento de vaga familiaridad interrumpió mi concentración.

Traté de recordar y fruncí el ceño.

¿Qué era lo que me llamaba tanto la atención de aquel pasaje?

No valía la pena preocuparse, bien pensado. Cerré el libro y lo dejé en la mesa con aire despreocupado. Me estaba quedando dormido cuando me di cuenta, y mis ojos se abrieron con terror creciente.

Adele Lawson era Lucy Westenra encarnada.

Tardé mucho en dormirme, y cuando lo hice el sueño regresó con una intensidad horrible: el rostro brillante y fascinante de Esther Raveland se me acercaba, goteando sangre roja... goteando... goteando de su sonrisa malvada.

[6](#) Alusión a El mercader de Venecia, de Shakespeare (N. del T.)

CAPÍTULO VII

31 de mayo de 1900, Belgravia.

(Del diario del doctor Seward). Me dijo el guardián que, durante el paroxismo, sus gritos fueron realmente espantosos. Cuando entré a verle, no tuve un momento libre, ya que debía atender a otros pacientes a los que sus gritos habían asustado. No me sorprende realmente, ya que a mí también me afectaron, pese a encontrarme a una considerable distancia. En estos momentos, pasada ya la hora de la cena en el manicomio, mi paciente continúa sentado en un rincón, cavilando, con una expresión sombría, taciturna y desolada, que más que mostrar algo directamente parece sugerirlo. Aunque no alcanzo a comprender qué.

El jueves por la tarde, un día después de mi asociación epifánica de Adele y del desdichado personaje de Stoker, asistí al funeral de Charles Sidney. Aquello supuso un sorprendente contraste con las maravillas sobrenaturales y salvajes a las que me entregaba, a disgusto, cada noche. Me recordó a mi padre, un hombre llano y sin complicaciones, que predicaba sobre el fuego del infierno y la condenación durante el desayuno y concluía con un “Ana, mi amor, ¿podrías pasarme la mermelada?”

Incluso aquel recuerdo, aquella extraña mixtura de temor y comedia, fue extrañamente reconfortante. Me encontré con la antigua solidez y el sentido común, sin emociones, de la liturgia anglicana, llena de seguridad y de realidad. Era todo tranquilizadamente aburrido.

La iglesia era moderna y espantosa, construida en un estilo anti-gótico por un diseñador poco imaginativo. Representaba lo más bajo de la Low Church, con su obstinada resistencia a la decoración. Sidney habría llorado al ver su estilo simple, sus líneas sin adornos. Nada de vidrieras, ni arcos elevados, ni oscuridad densa, ni velas parpadeantes, ni vírgenes exóticas de rostro severo. Una nave sin ornamentos, llena de calma metodista. Nada bello, nada adornado. Nada que capturara el carácter de aquel extraño hombre que había muerto de una manera tan extraña. Aburrido...

La iglesia estaba llena de curiosos fascinados, a cada cual más oscuro. Reconocí muchas caras. Sospeché que Esther Raveland estaba allí, pero me negué a estirar el cuello para confirmarlo. Vi al inspector Harris, que parecía más bien un turista distraído, más absorto en la arquitectura, tan poco interesante, que en la ceremonia.

Por si la fealdad de la iglesia no era suficiente, el día era anormalmente húmedo, lo que hacía que la multitud fuera aún más insoportable. El aire estaba preñado de un fuerte olor a perfumes añejos.

El clérigo lo estaba pasando mal. Era obvio que había descartado hablar de Sidney, tema demasiado complicado para un sermón, así que dedicó sus esfuerzos a un análisis en profundidad de varios salmos nada interesantes. La congregación esperaba mucho más; después de un asesinato tan sensacional, esperaban una respuesta dramática desde el púlpito.

Unas pocas almas valientes en las últimas filas expresaron su disconformidad con susurros.

Un hombre se durmió abiertamente; sentí envidia.

El punto culminante del servicio se produjo cuando un murciélago salió de las vigas y rodeó el ataúd.

La multitud se quedó sin aliento. Una mujer chilló.

Tres jovencitas se desmayaron, tal vez por afectación, o tal vez por el olor extraño y repugnante, que realmente causaba náuseas.

El murciélago voló alrededor del ataúd cuatro veces antes de que un diligente sacristán lo despachara con un himnario, lo que provocó un aplauso en los bancos traseros e hizo perder al clérigo el hilo de sus pensamientos, razón por la cual se puso a divagar durante veinte minutos

sobre el libro de Job.

—A veces pasa —me dijo el sacristán cuando le felicité, al salir de la iglesia, por la eficaz ejecución. Luego sacudió la cabeza—. Raaaro —agregó, deteniéndose dramáticamente sobre la palabra—. Nunca había visto a un bicho de esos a la luz del día...

Cuando un periodista me tocó el codo para que me apartara de su camino, me di cuenta de que el buen hombre de la iglesia se estaba preparando para actuar ante un público más amplio. No quise interponerme en el camino de la publicidad tan profundamente deseada, así que me aparté amablemente.

El cementerio de la iglesia era mucho más interesante que el edificio en sí: el templo original había permanecido allí durante algunos siglos antes de que un general emprendedor del siglo XVII decidiera arrasar su belleza tranquila en un momento de entusiasmo religioso. O tal vez había sido destruida durante los disturbios de Gordon⁷. No sabría decir. En cualquier caso, la iglesia que alguna vez estuvo en ese lugar había sido —según me había contado alguien— mucho más atractiva al visitante. Pero tal vez aquello era simplemente un mito inventado por los locales nostálgicos.

Lo cierto es que el cementerio de la iglesia había sobrevivido varios siglos y estaba bien provisto de tumbas antiguas, muchas de ellas inclinadas por el lento cambio de la tierra en la que habitaban. Más de una lápida se había caído de lado.

—No es el sitio ideal para estar en mitad de la noche —dijo una voz junto a mí. Me volví y distinguí a un joven sonriente, de ojos brillantes y bigote despreocupado, vestido con un abrigo verde guisante.

Asentí e intenté seguir caminando.

—Lo del murciélago le dio gracia al asunto, ¿no cree?

Mostré mi acuerdo una vez más e intenté escapar.

—Toby Barnes —se presentó el joven, extendiendo su mano derecha firmemente hacia la mía—. Del Pall Mall Gazette.

Acepté el apretón de manos —ya que no había alternativa— y de mala gana le dije mi nombre.

—Encantado de conocerlo, señor Kemp. Es usted el albacea de la herencia, entiendo. Mi negocio es la información. ¿Asistirá al entierro?

Con un sobresalto, me di cuenta de que, por mucho que mis pensamientos se hubieran centrado en Sidney, casi había olvidado la realidad de su muerte y el hecho de que su cadáver, su destrozado y sangriento cadáver, estaba presente en aquel ataúd. No era simplemente un truco para deleitar a los espectadores; la muerte era real. Y había que dejar que descansara, que descansara en paz en algún lugar.

—¿Lo van a enterrar aquí?

—No, en Kensal Green. No sé por qué han hecho el funeral aquí. No creo que fuera su parroquia. Lo cierto es que no parecía tener mucha familia. Quizás en Kensal Green no querían tanto revuelo.

—Tal vez —le dije.

—Bueno —dijo Toby Barnes con una sonrisa—, hasta pronto.

El inspector Harris y Esther Raveland estaban parados juntos justo al lado de la puerta. Saludé a ambos con la cabeza y habría continuado pacíficamente mi camino de no haber sido por la señorita Raveland, quien lo bloqueó deliberadamente.

No podía escapar de la conversación sin resultar abiertamente grosero.

—Señorita Raveland —dije a regañadientes, y me refugié en una media mentira: —No la había visto.

Ya no parecía pálida ni preocupada. Estaba tan hermosa como siempre, tan increíblemente viva como la vil criatura de mis sueños. El color vibrante había regresado a sus mejillas, y había una luz juguetona en sus ojos que me resultó extrañamente siniestra.

—Últimamente parece que no está muy bien de la vista —respondió con brío—. Pero no importa eso. Un funeral extraño para un hombre extraño, ¿no cree?

Hice un ruido vago, aunque ella había dicho justo lo que yo pensaba.

—Tal vez —continuó, volviéndose hacia el inspector Harris— vino usted con la esperanza de encontrar a su extraño y sanguinario asesino.

Él se rio de buena gana.

—En realidad, señorita Raveland, mi trabajo sería mucho más sencillo de ese modo.

—Creo que le quitaría la diversión al asunto. Perdería usted la emoción del cazador. Pero todavía podría tener un sentido de lo dramático. ¿No dice una vieja leyenda que un cadáver comienza a sangrar si es tocado por la mano del asesino?

—He oído hablar de tal superstición, señorita Raveland. Dramático, sí. Es más bien cosa de novela que materia policial.

—¡Ya ve! —ella se rio—. Es usted demasiado duro con las novelas. Supongo que despreciará también las cosas más fantásticas que están publicando los periódicos. ¿Fue Charles Sidney víctima de una bestia sobrenatural? —se volvió hacia mí—. ¡Ayúdeme a defender lo dramático, se lo ruego, contra el pragmatismo radical de este policía!

Esbocé una breve sonrisa.

—¡Ay! —gritó ella—. ¡El abogado defensor ha abandonado el caso! Me dejan sola para resistir este embate contra la imaginación: ¡una doncella indefensa e inocente frente a todo el peso y la brutalidad de este brazo de la ley!

El inspector Harris se rio con evidente diversión ante sus exageraciones, que me parecieron tan inoportunas y tan ajenas a la atmósfera de muerte y aburrimiento que desprendía la iglesia que casi me enojé con ella.

Ella esperó, como si esperara que me terciara en la conversación. Como no lo hice, habló de nuevo.

—Bueno, la tarde está avanzando; tengo que irme a casa. Ya he roto bastantes convenciones al venir yo sola al funeral. Millicent estará terriblemente molesta.

—¿Quiere que detenga un carruaje? —preguntó el inspector.

—Puedo tomar un carruaje, claro, o... —se detuvo y me miró:— O tal vez alguien podría acompañarme a mi casa, ¿no?

La pregunta se quedó en el aire por un momento. De repente me sentí atrapado, desesperado por escapar.

—Lo haría —dije rápido— con mucho gusto, pero... —murmuré algo sobre una cita, me despedí abruptamente y los dejé.

Al alejarme vi, o mejor dicho intuí, al inspector Harris tomando su brazo y guiándola cortésmente hacia la calle, parando después un carruaje.

Caminé lentamente hacia mi casa, sin prestar mucha atención al recorrido, con la esperanza de perderme y despejar la cabeza a través del esfuerzo.

Ya pensaba que me había librado del hedor de aquel extraño servicio funerario, pero cuando interrumpí mis divagaciones y miré a mi alrededor para ver dónde estaba, descubrí que la preocupación que tan profundamente me asediaba había guiado mis pasos.

Estaba una vez más en el viejo barrio de Charles Sidney, parado frente a su casa. Todavía había un agente de guardia, pero no era el mismo hombre que había conocido. Su mirada indicó

que me había etiquetado como uno más de los curiosos movidos por el morbo, ansioso por echar un vistazo a la casa del hombre asesinado.

Con ganas de disipar tal sospecha, le deseé al representante del orden una buena tarde.

—Lo mismo para usted, señor —respondió con cortesía.

Le hice notar que aquella era la antigua casa de Charles Sidney.

—Sí, efectivamente, señor.

Observé que el funeral había tenido lugar ese mismo día.

—Así es, señor.

Le dije que la casa debía de haber llamado la atención de muchos transeúntes curiosos.

—Sí señor.

La paciencia de la fuerza policial debía, seguí, haber sido puesta a prueba.

—En realidad yo no diría eso, señor.

Comencé a preguntarme si el inspector Harris entrenaba deliberadamente a sus hombres para que fueran tan obtusos como él mismo. Estaba a punto de hacer otro intento de conversación cuando nos interrumpió la llegada de tres carros grandes, cargados con muebles y equipaje, que se aproximaban hacia la casa de Sidney.

Cuando pasaron, la multitud, que se había congregado a nuestro alrededor con alarmante rapidez y sin timidez alguna, me ahorró la humillación de preguntar directamente sobre su cometido. No se sabía de dónde había salido aquella gente, pero era una muestra variopinta de la sociedad londinense, siempre dispuesta para imponer la interpretación más sensacionalista a cualquier suceso mundano

—¡Quia! ¡Esa es la casa del muerto!

—¡Pero mire! —dijo un hombre atrevido, dirigiéndose al agente. —¿De qué va todo esto?

—¡Por Dios! ¿Cree que es su familia que ha venido a tomar posesión de la casa?

—No me gustaría vivir ahí. Dicen que trocearon su cuerpo y lo esparcieron por todo el parque de St. James.

—¿Pero no fue en los jardines de Kensington?

El agente de policía los ahuyentó, pero admitió, como a regañadientes, que la casa había sido alquilada y que el nuevo inquilino debía llegar muy pronto.

De modo que lo habían logrado. La señora Puttock había triunfado. Me pregunté cómo lo había hecho Flossingdon para conseguirlo tan rápidamente y quién era el que había aparecido con una velocidad milagrosa para hacerse cargo de la casa.

El resto de la multitud parecía compartir mi sorpresa y mi curiosidad. El negocio, dijeron, se había cerrado con una rapidez exagerada e incluso poco apropiada. Pero aquella desaprobación no significaba que no estuviera satisfechos: por el contrario, algunos miembros de la multitud estaban tan animados por esta información que parecían estar preparándose para permanecer indefinidamente y recibir al nuevo inquilino con sus miradas escrutadoras.

Yo no tenía intención de unirme a aquel comité de bienvenida, así que abandoné la calle, pero no tan rápido como para evitar la vista de un carruaje grande y recargado, decorado con detalles en rojo, conducido por un hombre morbosamente pálido que llevaba sombrero de ala ancha y gafas oscuras. No se distinguía al pasajero, excepto por una mano enguantada, apoyada en el borde de la ventana.

Cuando el coche pasó junto a mí, me estremecí, y lo atribuí a la intensidad del aire.

Jenson me estaba esperando. Me sirvió la cena y se quedó mirándome con horror mientras fingía comerla.

Aquella noche estaba demasiado inquieto incluso para disfrutar de las pocas y problemáticas

horas de sueño que acostumbraba. Decidí evitar mi cama, consciente de que, en cuanto intentara conciliar el sueño, me esperarían vueltas y vueltas en la cama, invadido por el temor hacia aquella pesadilla familiar. Me quedaría en penumbra, me dije, tratando de no pensar en mi incapacidad para dormir, pero no podría evitar que aquella idea me acechara perversamente. No había solución; era mucho mejor no intentarlo.

Me senté un largo tiempo frente a la ventana y mi mente se entregó a las divagaciones. Pronto la calle, la luz de las farolas y los pocos transeúntes que pasaban se mezclaron en mi percepción distraída. Un leve murmullo atrajo mi atención y enfoqué los ojos. Una mosca se había derrumbado sobre el alféizar de la ventana y se retorció entre crueles espasmos. Observé su agonía, fascinado: sus patas zumbaron descontroladas y luego se congelaron en la parálisis de la muerte.

Imaginé que incluso podría escuchar su corazón, si es que tales bichos lo tienen, que palpita débilmente, lentamente, hasta detenerse.

El bicho estaba muerto. Una muerte horrible, pero sin sangre. Miré hacia un estante cercano. Tal vez la lectura me ayudaría. Entonces mis ojos cayeron sobre el libro de Stoker que había rechazado.

—Así es como miente la locura ⁸ —citó, fuera de contexto.

Me negué a caer en la tentación, aunque sabía bien que mi fuerza de voluntad se debilitaría a medida que pasaran las horas. Me vestí de nuevo apresuradamente y salí de mi habitación, de mi casa y de mi entorno.

Caminé hacia el sur de la ciudad durante lo que me parecieron horas, serpenteando por las calles silenciosas y frías, bañadas por la misteriosa luz azul de la luna.

Me dolían las piernas por el ejercicio: había caminado varias millas aquel día, y muchas más aquella semana. Me costaba recordar un momento en el que no hubiera estado caminando, o en el que mi cuerpo no hubiera gritado de agotamiento, suplicando un breve respiro.

Había estado de pie por un tiempo, mirando fijamente a un árbol sin verlo, cuando mis ojos se aclararon de repente y, como despertando de un sueño, miré a mi alrededor, parpadeando y tratando de discernir dónde estaba. Parecía que había caminado durante varias horas, y en la oscuridad, mi entorno me resultaba vagamente familiar. Quizás era espejismo nocturno, que convertía un arbusto en un oso y trocaba lo familiar en desconocido y lo desconocido en vagamente familiar.

Pero no: estaba claro que conocía aquel árbol, y lo conocía bien. Estaba frente a la casa de Adele Lawson.

Pensé, allí parado, en las razones de aquel extraño hecho, e incluso jugueteé con pequeñas nociones científicas que pudieran explicarlo. Adele había estado tan presente en mis pensamientos que había caminado allí, dirigido por mi mente ansiosa. Pero algo más me llamó la atención, algo que creí reconocer. La luz de la luna parecía palidecer de azul a gris, adoptando un blanco luminoso y sobrenatural.

Percibí una mezcla variada de frases, una cacofonía de voces sobre un solo tema.

Todo bastante ridículo...

¿No cree en los condes rumanos que beben sangre humana?

Las fuerzas del mal trabajan... Vampiros...

Esther Raveland: cuidado... cuidado...

¿Cree ahora?

Era solo una sombra en una de las ventanas del piso superior, una silueta oscura que resaltaba sobre la pared y sobre el alféizar. Observé, paralizado por el terror creciente, cómo la sombra se

arrastraba hacia arriba hasta que se apretó contra el cristal. Mis ojos parecían llenarse de una claridad sobrenatural cuando la miraba, y distinguí extremidades extrañas, fantasmales y con aire de reptil: eran los apéndices de aquella cosa que se agarraba a la pared.

No pude contener un grito.

Aquel horrible ser reptiloide se contorsionó hasta adquirir un aspecto aún más horrible, girándose para enfocarme con su rostro blanco y macabro. Pude ver cómo los ojos rosados se volvieron rojos, una mirada penetrante e infernal que recordaba bien de muchas noches de pesadilla.

—¡Ayuda! —intenté gritar, pero me salió solo un susurro.

Escuché un rumor de hojas junto a mí y alguien, o algo, emergió de los arbustos. Llevaba una capa oscura sobre un hábito blanco que le cubría hasta los pies. Pero no vi la cara que esperaba. No era el padre Gilroy que había conocido en el tren, el escurridizo fraile de mis sueños. La cara era de un joven flaco, con los ojos azules sobresaltados y una mata de pelo negro descuidado.

—¡Oh! —gritó. Y mientras yo estaba conmocionado, me miró fijamente por un momento y luego sonrió, a modo de reconocimiento, asintió con la cabeza y me dijo que estuviera alegre.

—¡Buenas noches!

Y se alejó a paso ligero hasta perderse en la oscuridad.

Volví a gritar, esta vez con urgencia:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¿Hay alguien en la casa? ¡Ayuda!

Escuché un murmullo y ruido de ventanas y puertas. Se encendió una luz.

Miré hacia arriba, parpadeando. La criatura en la ventana había desaparecido.

Y me vi rodeado de hombres curiosos y moderadamente molestos, con vestimentas nocturnas de varias clases. Entre ellos vi a un agente que me miraba con desaprobación: era el joven Peters.

⁷ Revuelta desencadenada en 1780 como una protesta anticatólica, a la que se sumaron factores nacionalistas, políticos y económicos (N. del T.)

⁸ La cita es nuevamente de Shakespeare, en esta ocasión de El Rey Lear.

CAPÍTULO VIII

31 de mayo de 1900, Mayfair y South Kensington.

(Del diario de Lucy Westenra). Quizás sea el cambio de aires, o el haber vuelto a casa. Es horrible: no consigo acordarme de nada, aunque me embarga un vago temor y me siento débil y agotada. Cuando Arthur vino a almorzar, pareció afligirse mucho al verme, pero yo no tuve ánimos para fingir que estaba alegre. Me pregunto si esta noche podré dormir en la habitación de mi madre. Buscaré cualquier pretexto y lo intentaré.

Es difícil describir la humillación que sentí. Era inevitable. Tras haber emprendido con nobleza caballeresca la defensa de una dama a punto de ser asaltada por un siniestro demonio chupasangre, me castigaron por perturbar el orden público. Por si fuera poco, la historia de mi serenata nocturna se había extendido por los mentideros del barrio, y todo el mundo suponía que yo estaba completamente borracho en el momento de los hechos.

Tal suposición se vio agravada por mi incapacidad para explicarme.

—¿Pero qué está pasando aquí? —me había preguntado el agente Peters, con tono de detective de novela barata.

Me detuve antes de lanzarme a una descripción franca de la amenaza que había percibido en la ventana de Adele.

—¡Un murciélago! —grité—. O algún otro animal. ¡Allí! ¡Estaba cerca de la ventana!

Peters miró a la ventana y después de miró a mí. Parecía estar evaluando mi apariencia. Debía de estar un poco desaliñado tras mi larga caminata y, después de todo, eran casi las dos de la mañana.

Me miró de cerca, luego sus ojos se aclararon al reconocermelo y se convirtieron en dos rendijas.

Sabía quién era.

Después de eso, todo fue a peor. Para mi desgracia —habría acogido con satisfacción la deportación si aquello hubiera bastado para preservar mi anonimato—, un juez bastante influyente y conocido mío, Alasdair Jorgins, estaba en la comisaría de policía a la que me condujeron. Una vez había sido un joven temerario, o al menos le gustaba pensar que lo había sido, y, en consecuencia, estaba dispuesto a acoger mi espectáculo con indulgencia excesivamente jocosa. Gracias a sus gestiones, quedé en libertad con una dura reprimenda resonando en mis oídos y con el castigo duradero de una reputación irremediabilmente manchada.

En el pasillo me encontré con el inspector Harris. Me reconoció con un gesto de asentimiento y una sonrisa, que me temí que era a mi costa.

Al salir de la comisaría me pareció ver un bigote sobre un abrigo verde, pero huí de un posible encuentro con Toby Barnes, conspicuo representante de la prensa. Podía imaginar los titulares: “¡Escándalo en Mayfair! ¡Abogado borracho acosa a los vecinos! ¡Abogado loco aterroriza a la ciudad!”

Esa misma mañana, después de unas cuantas horas de tortura sin poder dormir, me levanté, me vestí y salí a la calle con una determinación muy intensificada por mi profundo agotamiento.

Me dirigí hacia el Museo Británico y busqué la resplandeciente Sala de Lectura, bastión victoriano de desarrollo intelectual. Me pareció un lugar lógico para comenzar una investigación, y eso era precisamente lo que quería hacer. Los sacerdotes, al igual que los fanáticos, ponen su fe en la fantasía, pero debía haber una explicación científica y lógica para aquellos extraños e inquietantes sucesos, y me negaba a aceptar la basura sensacionalista nacida de la mente desequilibrada de algún irlandés. Otra noche como la anterior y me volvería completamente loco; quién sabe si me daría por atacar a algún diletante epicúreo en Hyde Park.

Vi un mar de cabezas grises y blancas inclinadas sobre los libros y me embargó una ligera vergüenza. Todos, estaba seguro, estaban concentrados en asuntos clásicos: los factores económicos de la Guerra del Peloponeso, la tecnología de la antigua Grecia, detalles biográficos minúsculos de la vida de Henry Fielding... y allí estaba yo, a punto de sumergirme en el volumen de la Enciclopedia que contenía una entrada sobre demonios bebedores de sangre, y de leer, con cierto cinismo, los planteamientos de una mujer llamada Gerard sobre las denominadas “supersticiones transilvanas”.

Pero aparté mis sentimientos de mortificación y, en un esfuerzo por preservar mi privacidad y mi reputación, busqué un tratado de aspecto respetable sobre la historia temprana de la acuñación británica y lo apoyé con ostentación para bloquear cualquier mirada inquisitiva.

Acababa de abrir la Enciclopedia Británica, negándome obstinadamente a estremecerme ante la idea de un cadáver, fresco y rosado por la sangre extraída de un vivo; acababa de abrirla, como digo, cuando una mano pesada y pegajosa se apoyó en mi hombro, lo que me hizo levantarme bruscamente de mi silla.

Miré hacia arriba y vi una cara gruesa y claramente desagradable, en la que lucía abiertamente un conjunto de dientes singularmente pequeños.

—No he podido evitar fijarme —comenzó, con los dientes casi cerrados—, que está usted penetrando en un mundo rico y fascinante y, dado mi propio contacto con las cosas de ese mundo, me atrevo a ofrecerme como un guía muy capaz.

Antes de que pudiera maldecir su imprudencia, extendió una mano —que sospechaba que estaba húmeda—.

—Victor Montrose —dijo con un gesto afectado—. Para servirle.

Era uno de los herederos de Charles Sidney. Murmuré algo que él tomó como un saludo. No pronuncié mi nombre y él tampoco me lo requirió.

—Sí, un mundo rico y fascinante, ciertamente —continuó—. El mundo de los poderes oscuros, el mundo de las sombras, el mundo de los demonios, los fantasmas y los cadáveres que se levantan de sus tumbas al anochecer y se adentran en la oscuridad del mundo para lanzar una oscura venganza a los vivos, saciando su lujuria y deseos demoníacos en un torrente de sangre y terror.

Se entusiasmó hablando y fue subiendo el volumen de su conversación hasta que un anciano con anteojos, que hasta entonces parecía tan profundamente concentrado en un tomo polvoriento que él mismo parecía un accesorio de la Sala de Lectura en lugar de un visitante, levantó su venerable testa, frunció el ceño y nos mandó callar con molestia poco disimulada.

Pero a Montrose pareció agradarle aquella muestra de atención, o al menos no provocó que bajara el tono.

—Amigo mío, podría contarle muchas historias, historias que le helarían hasta la médula de los huesos. No hablamos de leyendas y de folclore, sino de historias reales de cosas que han sucedido, y que incluso suceden hoy. Modestia aparte, soy un pequeño estudioso sobre el tema.

Extrajo de su bolsa un gran cartapacio en el que estaba escrito, en negrita y en llamativas letras rojas: HISTORIA DE LOS NO MUERTOS. Me retorcí y deseé que pudiéramos pasar desapercibidos, o que al menos alguien apareciese y silenciase aquel alucinante despliegue, ya que yo mismo no era capaz de hacerlo. Era como si el agotamiento y algún extraño poder inherente a su detestable habilidad me hubieran paralizado; era, al mismo tiempo, una víctima y un oyente fascinado.

—He estudiado el tema desde su inicio en las mitologías de la antigüedad, en las que la presencia del *ghoul*, del retornado de la muerte y del vampiro es innegable. Lo que conozco

mejor es la historia posterior. He leído *Magia Posthuma*, de Charles de Schertz, y logré abrimme paso a través de las absurdas *Disertazione* de Davanzati. ¡Menudo estúpido! Carecía del coraje necesario para enfrentarse a la estremecedora realidad de las fuerzas demoníacas, así que las rehuyó. También he leído a Dom Calmet. Él osó desafiar la negación contumaz de la Iglesia, defendiendo la causa de la verdad frente a la tiranía papal.

Una vez más, su tono había superado los límites de la cortesía, de modo que volvieron a pedirnos silencio enfáticamente.

—También yo he sufrido la presión de esa augusta institución —explicó Montrose con orgullo—, porque de hecho soy sacerdote, consagrado y ratificado. Seguro que está pensando que no me parezco a ningún sacerdote que haya visto nunca, ¿verdad? Pues seguramente está en lo cierto, como no podía ser de otro modo.

Daba lástima escuchar sus palabras. Antes de que pudiera aclarar mi mente para comprender la revelación sobre su aparente estado clerical, retomó el tema principal.

—Las pruebas son incontrovertibles: ese es el mensaje de Calmet. Los antiguos lo sabían. Los primitivos sentían la fuerza y la fascinación que despierta la muerte. Amaban a sus muertos, incluso, o tal vez especialmente, cuando consumían cuerpos humanos. Sabían que la sangre era la fuerza vital, la esperanza de la vida eterna. Ahora es peor, mucho peor, por culpa de la Iglesia: ¡el cristianismo es el que ha desatado tales fuerzas! Nos convirtió a todos en caníbales que niegan su propia hambre. En la Edad Media proliferaron matanzas vampíricas, pero no se detuvieron en aquellos tiempos. Constance Whitney, Gabrielle de Launay, Petar Blagojevic, Madame du Bourg, el brote de Silesia reprimido por la emperatriz María Teresa y sus secuaces, Elena y Gerardo, Ernest Wick... ¡Los casos llegan hasta nuestros días! ¿Leyendas? ¡Verdades! Sangre y cuerpos...

Su voz se convirtió en un grito:

—¡Sangre y cuerpos! —y luego susurró: —Sangre y cuerpos, amigo mío.

El anciano que había mostrado en dos ocasiones su malestar con Montrose rozó mi codo.

—Señor —dijo, con la voz temblorosa por la pasión, por su edad o por ambas cosas—, estoy bastante seguro de que considera valioso su propio trabajo, sea el que sea... ¡Pero debo rogarle que respete por igual el trabajo de los demás y que se conduzca con los modales de un caballero!

Alzó la voz en sus últimas palabras y no pudo disimular su frustración al ver a Montrose, quien había fruncido el rostro hasta adoptar una enfermiza expresión de diversión: hinchaba las mejillas, entrecerraba los ojos y se apretaba los labios con el índice y el pulgar.

El anciano, al ver que Montrose seguía en silencio, se dirigió a mí.

—No deberían tolerarlo —dijo, casi al borde del llanto—, ¡no deberían!

Sin duda, habría mostrado mi acuerdo con él si hubiera sido capaz de hablar. Pero seguía sufriendo el hechizo de Montrose, así que solo pude mirar a aquella desdichada víctima con los ojos de trágica empatía de un bovino.

El anciano salió de la estancia para expresar su amargura entre otras viejas reliquias.

Oh —dijo Montrose con una risita que hizo que se me revolviere el estómago, así que usted es un científico, amigo mío; un escéptico...

Sacudió la cabeza como si hubiera formulado una objeción contra su tesis fácil de rebatir.

—Estará pensando que puedo contarle todos los cuentos del mundo sobre muertos y otros extraños placeres oscuros, pero, ¿puedo acaso afirmar que los hombres cuerdos, cultos, razonables y educados son capaces de creer en tales cosas? ¿Podrían incluso ellos mismos convertirse en víctimas de los no-muertos?

Al fin encontré la voz para murmurar débilmente que era muy tarde, con la esperanza de que aquello sirviera de excusa para mi huida. Pero Montrose me ignoró y continuó obstinadamente con

su conferencia.

—He leído más sobre el tema, mi amigo; he leído en profundidad. ¿Ha oído hablar del psicoanálisis, teoría propuesta por unos médicos vieneses? He leído *La interpretación de los sueños* y conozco bien a Sigmund Freud. Nuestros deseos más profundos, nuestros más íntimos anhelos: eso es justo lo que expresan los vampiros. Vivir para siempre, para deleitarte con la sangre que fluye a través de todos nosotros, para satisfacer los deseos en un éxtasis de carne, sangre y dolor y deleites extraños.

Cerró los ojos durante unos instantes, como perdiéndose en su propia fantasía. Yo me quedé allí sentado, inmóvil y con malestar, atrapado.

Finalmente volvió a abrir los ojos y suspiró, lamiendo sus labios en un gesto que me repugnó tanto que le habría golpeado si hubiera tenido la fuerza necesaria.

—¡Qué oscuros y nobles prodigios se esconden en la mente humana! O al menos en la de algunos hombres.

Se inclinó hacia delante para colocar sus labios húmedos junto a mi oreja.

—Estamos próximos a una sucesión extraordinaria de eventos, amigo —susurró—. Uno de ellos, y no de los menos importantes, es la trágica muerte de nuestro mutuo y muy querido, querido amigo —aquí su susurro se convirtió en un siseo húmedo— Charles Sidney—.

Extendió la mano zurda y mostró el anillo de rubí que Charles Sidney le había dejado. Casi esperaba que fuera a sacar también, de debajo de su amplia capa oscura, el cuadro que había sido incluido en su legado, pero se limitó a agitar los dedos, sus dedos, dispersando la luz escarlata imprudentemente alrededor. Entonces me acordé de él, no como persona, sino como un olor abrumador que hizo que la asfixiante cercanía de la multitud en la iglesia resultara aún más repugnante. Así que el legatario de la pintura y el anillo de rubí también había asistido al funeral. Con el recuerdo, mi cuerpo pareció liberarse de su parálisis. Me habría echado atrás con disgusto, pero me sujetó fuerte por el brazo para que nada menos que una estocada dramática y llena de cuerpos pudiera haberme liberado.

—Sí, le conozco, y usted me conoce —siguió—, y nuestros caminos todavía se cruzarán de nuevo, amigo. No puede escapar de su propio destino oscuro, y eso Sidney lo sabía tan bien como yo. Sidney estaba cerca de los misterios más oscuros, pero le faltó fuerza de voluntad: en el fondo, era un cobarde. No podía ver todo el potencial de las fuerzas en las que estaba incursionando. Eso fue lo que le destruyó. En esto no puede haber vacilaciones, amigo mío. Debe sumergirse por completo en el misterio, embriagar su alma con él; ahogarse, ahogarse en él. Ceda a la llamada del placer, querido. Porque sabe que el deseo ya atormenta sus sueños con una oscura y desconcertante urgencia...

Por un instante vi el rostro ensangrentado de Esther Raveland en mi pesadilla, recién saturado de sangre. En su rostro había una mirada seductora que congelaba mi alma. Con un grito ahogado, sacudí la mano de Montrose, recogí mi maletín y unas pocas notas dispersas y me apresuré sin una palabra de despedida.

En la puerta me di cuenta de que me había olvidado varios papeles. Durante unos minutos reflexioné: quería recuperarlos, pero temía quedarme atrapado una vez más con el desagradable Montrose.

Después de muchas deliberaciones insatisfactorias, volví a ingresar con cautela en la Sala de Lectura y regresé a la mesa donde había comenzado mi inútil investigación. No vi a Montrose. Quizás había ido a buscar a su anciana víctima para terminar la tarea de atormentar a la pobre criatura en una tumba temprana (o retrasada).

Encontré mis papeles donde los había dejado, cuidadosamente apilados y la cartera de

Montrose en la parte superior, con una nota pegada en su portada: “Puede devolvérmelo cuando volvamos a encontrarnos. —V.M.”

Casi en contra de mi propia voluntad, uní la cartera a mis papeles, tratando de ocultar el escabroso título. Fue el encuentro más extraordinario de mi vida, concluí. Charles Sidney ya había sido bastante malo, alma pobre y trágica, pero era un hombrecillo inocente e inofensivo en comparación con Victor Montrose. Regresé a casa apestando a descontento y vergüenza, como si de alguna manera me hubiera manchado el contacto con ese objeto repulsivo.

Jenson me esperaba en la puerta. Me ofreció ayuda para llevar los papeles, pero la rechazé bruscamente. En otra ocasión, podría haberse ofendido por mi rudeza, pero aquella noche parecía preocupado.

—Ha recibido una visita, señor. Era el médico. Acababa de llegar de la casa de Lawson. Me atreví a preguntar por la salud de Miss Lawson. Lamento informarle, señor, de que su situación ha empeorado. Los doctores...

El resto no lo recuerdo. Jenson siguió hablando durante unos minutos, pero no escuché nada. Me perdí en un doloroso y horrible ensueño. Escuché vagamente unos golpes en mi puerta, pero no lo atendí conscientemente hasta que encontré a Jenson una vez más a mi lado.

—Ha venido a verlo el inspector Harris, señor.

Me levanté rápidamente de mi asiento para recibir al visitante, mientras esparcía algunos libros para tratar de cubrir el título que Montrose había colocado, en letras de tamaño generoso, en la portada de su carpeta.

No debí haberme molestado: Harris, como siempre, parecía incapaz de darse cuenta de nada.

—Ya que ha estado tan amablemente interesado en la investigación de Sidney, señor —dijo, dirigiéndose a la lámpara de mi escritorio—, pensé que podría pasar a visitarle e informarle sobre el arresto que hicimos esta mañana.

—¿Arresto?

—El asesino de Charles Sidney, señor —dijo en voz baja, apartando la vista de la lámpara hacia mí, para devolverla luego al punto inicial—. Un tipo muy extraño, señor. El doctor lo llama zoofagia: come moscas, arañas y pájaros. Su familia lo metió en un manicomio cuando empezó a matar gatos y perros y a beber la sangre de sus víctimas.

Una vez más, el paralelismo con Stoker. El zoófago lunático de la novela.... ¿Por qué lloraba? ¡La Sangre es la Vida! ¡La Sangre es la Vida!

Mi estómago se revolvió, mientras que Harris parecía absolutamente tranquilo. Sospechaba que estaba disfrutando en privado de aquella horrible descripción. Probablemente leyera novelas truculentas a escondidas. Aquel hombre debía de tener algún vicio secreto, y aquel parecía tan probable como cualquier otro.

—Se escapó del asilo unas horas antes de que ocurriera el asesinato. Solo lo encontramos ayer cuando encontramos otro cuerpo.

—¿Otro cuerpo?—repetí.

—Sí, señor, otro cuerpo. Una mujer joven. Se llamaba Stella. En el distrito de Whitechapel. La encontramos en un callejón. Un asunto de lo más desagradable —Harris levantó la vista—. ¿No conocerá usted a ninguna Stella del barrio de Whitechapel, señor?

Sacudí la cabeza lentamente.

—Un loco —dije una vez más—. Sí, señor. Un loco.

Una vez más, Harris estaba observando la lámpara con interés afilado.

—Entonces, ¿su investigación ha terminado?

—Parece que sí, señor.

Creo que siguieron varios minutos de silencio, pero no puedo saberlo con certeza. Me perdí de nuevo en mis divagaciones. Cuando levanté la vista, casi atrapé al inspector Harris observándome; casi, pero no del todo. Me animé a darle las gracias. Su presencia me había vuelto repentinamente tímido y nervioso, y estaba ansioso por que se fuera. Habían encontrado al asesino; no necesitaba pensar más en ello, me dije. Harris era un recordatorio de todo lo que deseaba olvidar, una reprensión silenciosa y extraña que me hizo recordar a Charles Sidney.

Charles Sidney estaba muerto. Era trágico, pero era un hecho. Y todo el asunto había terminado. Mis pesadillas eran el resultado de un esfuerzo excesivo y de las idiotas fantasías góticas de un gerente teatral.

Mientras se dirigía hacia la puerta, haciendo un cuidadoso estudio de la misma como si fuera el objeto más fascinante con el que se había encontrado, le hice una última pregunta:

—¿Qué pasará con ese pobre desgraciado?

—Oh, bueno, señor —dijo Harris a la puerta—, si está realmente loco, irá a un manicomio especial.

—¿Y si no lo está?

—¿Por qué, señor, entonces él? Seguramente le ahorcarán.

Y Harris se fue, despidiéndose de la puerta con un movimiento cortés de la cabeza. Durante varios minutos después de que la puerta se cerrara, me quedé donde él me había dejado, sin pensar en nada. Pasó un tiempo, no podía decir cuánto, y, de repente, me di cuenta de que Jenson, una vez más, estaba de pie ante mí. Tenía un periódico en la mano.

—El Pall Mall Gazette, señor. Se lo ha traído a usted un tal señor Barnes. No se ha quedado para no molestarlo, pero dijo que en la página tres encontrará una historia de su interés.

Volví a la página en cuestión y encontré fácilmente el titular deseado: “¿RESUELTO EL ASESINATO DE HYDE PARK?” Estaba impreso en grandes dimensiones en la parte superior de la página.

¿RESUELTO EL ASESINATO DE HYDE PARK?

Los lectores que recuerden el sangriento asesinato del Sr. Charles Sidney y el efecto aterrador de la tragedia en nuestra bella ciudad se sentirán aliviados al enterarse del reciente arresto por parte de Scotland Yard del hombre que podría ser responsable de ese crimen atroz. El inspector Harris, quien ha estado al frente de la investigación, reconoció el arresto, pero se negó a hacer más comentarios. La investigación del Pall Mall Gazette ha revelado más detalles. El posible asesino es el Sr. Isidore Perry, quien residía hasta hace poco en el manicomio de St. Luke en B...

El Sr. Perry era un cartero respetable, pero ahora se dice que tiene una personalidad inestable, con una inclinación por el desmembramiento de animales. Escapó del asilo hace dos semanas. ¿Qué impulsó a este empleado de correos a golpear tan violentamente a su víctima en esa colina cubierta de césped? ¿Es él, en realidad, el autor de ese crimen repugnante que ha recordado tan vívidamente los horriblemente memorables excesos de Jack el Destripador? ¿Y qué dirá la policía sobre los rumores espeluznantes sobre otro cadáver, el de una joven en Whitechapel? Si el pobre lunático es absuelto, y muchos esperan que lo sea, ¿se quedará sin resolver esta atrocidad, como los asesinatos del maldito Jack? The Gazette desea que no, y por eso dedica esta columna al desarrollo del misterio del asesino de Hyde Park. Esté atento a las nuevas revelaciones...

Tiré el periódico con asco.

Estaba seguro de que aquello era obra de Toby Barnes. Lo había catalogado como un sensacionalista desde el momento en que nos conocimos. El Pall Mall Gazette se estaba

esforzando en convertir una simple tragedia en una novela gótica real. Y aquel toque de escándalo me parecía indecoroso e inapropiado. Sí, los hombres como Sidney recurrían a mujeres como Stella. No era el tipo de cosas de las que se hablaba, a menos que uno fuera un periodista descarado.

No había nada más que temer, nada más. No era más que un asesinato, un asesinato a manos de un loco fugado de un manicomio.

Los manicomios son lugares terribles.

Lo cierto es que no había una conexión real con Sidney. Había simplemente una víctima desafortunada. Podría haber sido cualquiera, como Stella en Whitechapel. Stella; Stella y Sidney. Era una pareja extraña y, sin embargo, me resultaba extrañamente familiar. El reconocimiento me inundó, provocando una leve sensación de pánico. Stella era el nombre de la chica en cuya compañía había conocido a Sidney. Una criatura tranquila. Tenía los ojos de color azul claro. Era el tipo de chica que no parecía tener un apellido, y sin embargo, debe haber muchas Stellas en Londres, e incluso muchas Stellas de esa clase particular de mujeres. Todo era una terrible coincidencia. En cualquier caso, no existían los vampiros y no existían los muertos vivientes.

Yo era un inglés sensato que vivía en el Londres de modernidad, de iluminación, libre de supersticiones. Libre, salvo en algunos de sus rincones más sórdidos, de la perversa podredumbre en la que Montrose se deleitaba y en la que Sidney había “incursionado”. Montrose era una ofensa para Inglaterra, digno del mayor desprecio. Se había ganado tal censura a pulso, con sus ansias de atención. Era un ser enfermo, triste y repulsivo.

El asunto parecía trabajo para Freud y no para un exorcista.

Pensando en Freud, miré hacia el cartapacio de Montrose, que asomaba en mi escritorio a pesar de mis esfuerzos por ocultarlo.

No iba a leerlo.

Todo aquel asunto era absurdo y ofensivo, obra de un bufón desequilibrado.

No, definitivamente no iba a leerlo.

CAPÍTULO IX

1 de junio de 1900, South Kensington y Camden.

(Del diario de navegación de la Demeter). Surgió de pronto por la escotilla un alarido sobrecogedor, que me heló la sangre, y apareció él en cubierta como disparado por un cañón, furibundamente enloquecido, con los ojos desorbitados y el rostro convulso de terror. “¡Sálveme! ¡Sálveme!”, gritó, dirigiendo luego su mirada hacia el manto de niebla. Su espanto se convirtió en desesperación y me dijo con voz firme: “Sería mejor que viniese usted también, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Él está allí. Ahora conozco su secreto. El mar me librará de él, ¡no me queda otro remedio!”. Antes de que yo pudiera decir nada, o me adelantara para sujetarlo, saltó por la borda y se arrojó deliberadamente al mar. Creo que yo también conozco ahora el secreto. Fue este loco quien se deshizo de los hombres, uno tras otro, y ahora él mismo los ha seguido. ¡Que Dios me asista! ¿Cómo voy a explicar todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡Cuando llegue a puerto! ¡Acaso llegará alguna vez!

—Señor... ¿Señor?

Me desperté con un grito de sobresalto y me encogí para alejarme de la mano que había roto mis sueños, una mano que mis ojos —borrosos, doloridos y medio dormidos— vieron roja y ensangrentada.

—Señor...

Era Jenson. Su horrible mueca reflejaba que estaba inquieto y alarmado.

Pero solo era Jenson.

Miré a mi alrededor. Era mi habitación, irregularmente iluminada por la débil luz de las casi dos docenas de velas que había desperdiciado en mi larga vigilia.

Estaba en mi escritorio.

Mi cabeza, que estaba comenzando a despejarse, había descansado entre un montón de papeles, todos escritos en la florida caligrafía de Montrose.

Esa era la realidad; el resto era un sueño. No el sueño familiar, ya que aquella noche, por suerte, me había librado de la horrible y sangrienta visión. A cambio, había sido la víctima indefensa de una representación abreviada de lo que parecía una misa negra, con Montrose como celebrante y Esther Raveland, con atuendo de bruja, a su lado como diaconisa demoníaca.

Nunca me había atraído mucho la escenografía del ritual católico, llena de supersticiones. De hecho, no había pensado mucho en aquello, y había pensado que las alusiones de Sidney al tema era mera afectación para sorprender a una audiencia entregada. Cualquiera que fuera la verdadera relación de Sidney con el asunto, estaba claro que había sido una fuente de gran interés para Montrose.

En sus notas lo describió sin ahorrarse detalles escabrosos y obsesivos, desvelando en mi mente una imagen íntima de los oscuros secretos de lo oculto. Prácticas demoníacas de todos los lugares del mundo; fiestas caníbales; aquelarres; rituales oscuros, primitivos, bestiales, llenos de alcohol y de lascivia.

Me senté y comencé a recoger los papeles dispersos con una prisa casi frenética.

—¡Jenson! Por favor, envíe esta carpeta al señor Victor Montrose. No sé dónde vive y no quiero saberlo. ¡Y si no puede encontrarlo, quémela sin más!

—¿No va a comer nada, señor?

—No, Jenson —dije con firmeza, y cuando parecía estar a punto de protestar añadí: Jenson... no.

Le tendí el montón de papeles y lo despedí.

Aquella mañana me afeité con pulso tembloroso. Todo me recordaba a aquella maldita novela y a mis aún más malditos sueños. Me corté con la cuchilla y casi esperaba ver a Drácula detrás de mí, con los ojos brillando con sed de sangre. Tenía los nervios en tensión; necesitaba unas vacaciones. Pensé en irme sin más, quizás a la costa. Tan pronto como el asunto Kilbranson se resolviera, decidí, me iría de Londres y descansaría. Mientras tanto, el trabajo diligente representaba un cierto alivio.

Pasé por la casa de los Lawson de camino a mi oficina. Todo el mundo parecía serio y ansioso. Era como si esperaran al sastre que viniera a medir los aleros y los canalones del edificio para preparar un gran vestido de luto; como si estuvieran ansiosos por recibir muchos metros de tela negra y densa de bombasí.

Una doncella con los ojos enrojecidos me recibió a la puerta.

—¡Oh, señor! —dijo, y rompió a llorar abiertamente.

El doctor estaba en el pasillo, preparándose para irse.

—No le queda mucho —dijo, y su voz tembló con un grado de emoción poco profesional.

—La señorita Lawson...—comencé.

—Ya no estará más entre nosotros. Pobre chica. ¡Pobre niña!

—¿Pero qué ha ocurrido, doctor? Estaba bien hace apenas unas semanas. ¿Cómo puede morirse tan rápido? ¿Cómo puede estar tan seguro?

Incluso para mis propios oídos, soné como un joven y desesperado Lotario que suplicaba por la vida de su bella dama ⁹. No me importó: aquello era cosa extraña y terrible.

—Lamentablemente —dijo el médico con un tono que me pareció muy solemne—, esas cosas suceden. Qué tragedia que le haya ocurrido a una mujer tan querida, tan dulce...

—¿Pero qué es, doctor? —demandé una vez más.

Pareció irritado por haber sido interrumpido tan bruscamente, pero eso le inspiró a tener una revelación clara y seca:

—Se está muriendo de debilidad y de infección por anemia: pérdida de sangre. No sabría decir si hay otras causas.

—¿Causas? —me llamó la atención la palabra—. ¿Qué quiere decir con ‘causas’?

El médico aparentó sobresaltarse.

—Me refiero a otros factores en su enfermedad. Debilidades hereditarias, otras infecciones... —frunció el ceño—. ¿A qué otras causas cree que me refiero, joven?

—Nada. No pensé nada en concreto, simplemente me pregunté qué quería decir. —Hum —dijo el doctor, y me miró con una ceja ligeramente alzada.

No quería quedarme allí de pie y ser examinado por aquel profesional médico, como un espécimen de laboratorio, ni tampoco me apetecía escuchar los llantos de la abuela o de otros familiares. No había nada que hacer, así que me apresuré a salir.

Ya a salvo en mi oficina, me propuse entregarme en cuerpo y alma a mi trabajo.

Era una determinación condenada al fracaso. Por más que lo intentaba, las palabras borrosas y las páginas en su totalidad se volvían confusas, se difuminaban en un sueño nebuloso y semiconsciente en el que el mundo estaba inundado de sangre y a cada esquina acechaban vampiros diabólicos. Lucy no había sido víctima de un vampiro: había sido anemia. Nada más que anemia.

¿Moría la gente de anemia? Lucy era... ¿Lucy?, quería decir “Adele”, por supuesto. Adele Lawson. No Lucy Westenra. Lucy Westenra era un personaje imaginario en una novela idiota. Adele Lawson era real, estaba muriendo de verdad.

Levanté un papel y, encontrándolo extrañamente pesado en mi mano, lo voltee para examinarlo.

Pasaron varios minutos. De repente me di cuenta de que Francis Carstairs estaba parado a mi lado, observando mi rostro con ávida curiosidad.

—¿Sí? —dije con algo de impaciencia —¿Qué necesita, Carstairs?

—Es el señor Kilbronson, señor.

—¿Está aquí? No te quedes ahí boquiabierto, Carstairs. ¿Está enfermo?

—No, señor. El señor Kilbronson, señor, le envió esta nota. Pide una respuesta inmediata.

Kilbronson estaba ansioso por hablar conmigo una vez más aquella tarde. Tenía una información importante que quería discutir conmigo a la hora que pudiera.

Me pareció muy inoportuno. Esperaba que fuera una de las reuniones habituales de Kilbronson. Querría sentarse y lanzar referencias indirectas a la perfidia y los desordenados meandros de su esposa, pero sin hacer ninguna acusación concreta. Sentía, seguro, la necesidad de decirme una vez más lo importante que era encontrar a la errante Elisabetta. Tal vez anhelaba aquel maldito anillo. Pensé que en realidad solo pedía aquellas reuniones para escucharse a sí mismo. La voz de aquel hombre bien podría haber llevado a cualquier esposa a la infidelidad y a esconderse después. Sentí una cierta simpatía por la joven húngara.

Todavía era capaz de razonar, incluso sin dormir apenas, y llegué a la conclusión de que aquellas interacciones me estaban sentando mal. Le escribí rápidamente que dos días después me vendría mejor y mandé a Carstairs a llevar la respuesta.

Esperé varios minutos para asegurarme de que se había ido. Luego recuperé la página de la pila de papeles debajo de la cual la había empujado y una vez más la examiné en silencio.

Allí, firmemente pegada con té seco en la parte posterior de la hoja, precisamente en el centro, estaba la tarjeta de visita del padre Thomas Edmund Gilroy.

—¡Menudo montón de tonterías! —grité con enojo.

—¿Sí, señor?

—Nada, Carstairs. ¿No tienes nada mejor que hacer que arrastrarte?

Mi fiel empleado se apartó y, subiendo el taburete de su escritorio con gran dignidad, se puso a tomar notas con una concentración y una rapidez que resultaba una reprimenda elocuente hacia su insensible y malhumorado empleador.

A mediodía me fui de la oficina, con la mente muy confusa, y volví a casa, dejando que Carstairs pensara sobre mí lo que le diera la gana. Era un tipo irritante, y comencé a considerar la posibilidad de despedirlo. Y quizás también a Jenson: quería que me dejaran todos en paz. Me retiraría al campo y pasaría el resto de mis días atendiendo las quejas insignificantes de los agricultores y los artesanos.

—Ha llegado temprano a casa, señor —señaló Jenson, innecesariamente, cuando me encontró en la puerta: debía de haberme dejado la llave en el despacho.

—Sí, Jenson.

Me apresuré a subir a mi sala de estar. Quizás era cosa de mi imaginación, pero me parecía que el extraño aroma de Montrose se había filtrado desde sus papeles y aún permanecía en mi habitación.

Abrí la ventana para que entrara el frescor de la calle de Londres, pero el aire estaba húmedo y anunciaba tormenta, así que la cerré de nuevo.

Jenson me miraba, vacilante, desde la puerta.

—Envié esos documentos como solicitó, señor.

—Muy bien, Jenson.

No se retiró, así que me senté junto a la chimenea y tomé el primer libro que vi —*El libro de los hombres lobo*, de Barin-Gould— y fingí estar profundamente ocupado en su lectura. No se

movió. Después de mirar con determinación el mismo párrafo durante al menos cinco minutos, volví a mirarle con desgana.

Su rostro, retorcido de preocupación, era incluso más horrible de lo habitual.

—Espero que esté bien, señor. ¿Quiere que llame a un médico?

—Maldita sea, Jenson, no me pasa nada. No me moleste, hombre ; parece usted mi madre.

Jenson apartó el rostro de inmediato, sospeché que para ocultar alguna lágrima.

—¿Algo más, señor? preguntó, y su voz tembló ligeramente.

De inmediato me arrepentí y me odié por ello.

—No, Jenson... Gracias.

Se dio la vuelta para irse.

—Jenson...

—¿Sí, señor?

—¿Podría traerme algo de té fuerte, por favor?

Aquello fue lo más cercano a una disculpa que pude emitir, pero fue suficiente. Jenson sonrió con entusiasmo renovado.

—Sí señor. Por supuesto, señor.

Y se apresuró a cumplir su obra de caridad.

De algún modo, la novela de Stoker había aparecido sobre la mesa junto a la chimenea. Pensé en leerlo, con la esperanza de que entonces, libre del peso del asesinato de Sidney y de la absurda ofensiva de Montrose, el mundo ficticio de Bram Stoker sería simplemente eso, una ficción inocente y entretenida. Finalmente cedí a la tentación, levanté el libro y continué desde la página en la que me había quedado.

Leí durante horas, avancé las páginas a gran velocidad, devorando aquella historia dramática. Jenson me trajo el té, junto con unas galletas, en una bandeja con mantel de encaje. Reprimí el impulso de gruñir ante aquel detalle hortera. Si necesitaba mostrar su lealtad y devoción por tales medios, no sería justo que yo protestase, máxime cuando me había comportado tan desagradablemente los últimos días. Aquella escenificación de feudalismo, pensé, podría ser un bálsamo para sus sentimientos domésticos heridos. Yo, en cambio, no podía encontrar la paz ni el consuelo, pero no por ello tenía que pagarla con el pobre Jenson. Ya había suficiente desdicha en el mundo sin que yo me quejara de aquel tapete y maldijese a Jenson en los más crueles términos, así que simplemente regresé a mi libro.

Lucy Westenra se estaba muriendo, justo al mismo tiempo en que moría Adele Lawson. El profesor Van Helsing, ese improbable caballero errante, venía de Ámsterdam. La pobre muchacha estaba rodeada de pretendientes, todos dispuestos a derramar su sangre para salvarla. ¡Pero qué extrañas medidas insistía en tomar el profesor! Consultas interminables, transfusiones, olorosas guirnaldas de ajo... todo en vano. Se estaba muriendo. Estaba muerta.

Jenson volvió y me ofreció algo más para comer. Lo despedí con tanta cortesía como pude. Mi estómago se revolvió ante la mera idea de la comida.

Pasé otra página y el horror comenzó de verdad. Niños víctimas de una incipiente sed de sangre. Lucy, ¡una vampira que se aprovechaba de niños inocentes! ¡Lucy era un demonio siniestro que merecía la condenación eterna!

Era absurdo y asqueroso. ¡En nuestros días, cuando la razón había disipado la histeria de la religión y la ciencia permitía al hombre huir de las supersticiones de las épocas oscuras! Todo era una ficción concebida para divertir al lector. Puro entretenimiento, nada más. Solo ficción. Inocente y sin importancia. El tipo de cosas que asustan a las jovencitas, y que deberían hacer reír a un adulto equilibrado.

Pero entonces, ¿por qué temblaba mi mano? ¿Por qué latía mi corazón con tanta irregularidad, con tanta intensidad?

Jenson entró en la habitación y se preocupó por mí con un aire maternal y benévolo que me pareció ridículo.

Apartando la cortina que yo había cerrado torpemente, volvió a abrir la ventana y la cerró. Una molesta ráfaga de aire se coló y agitó los papeles sueltos y las notas esparcidas por la habitación. Un trocito de cartulina blanca bailó ligeramente por el suelo hasta acomodarse a mis pies. Lo ignoré y pasé otra página.

Jenson se alejó de puntillas.

Mi miedo llegó a su punto máximo. Iban a profanar el cuerpo de Lucy. Le cortarían la cabeza, le perforarían el corazón con una estaca y llenarían su boca de ajo. Los mismos hombres que habrían dado su vida por ella emprendieron tan terrible tarea.

De pronto me cubrí la cara con las manos. Si aquella tarea recayera sobre mí, si fuera necesario hacerlo para limpiar la ciudad de los terrores provocados por una doncella poseída, ¿sería capaz? ¿Podría realizar aquella acción espantosa? ¿Podría perforar el cadáver de Adele Lawson con una estaca? ¿Podría soportar esa sangre roja que brotaba, se vertía y lo empapaba todo? De repente fui consciente de los colores oscuros de la sobrecubierta de la novela. Los colores, de un naranja brillante, me parecieron bañados en un brillo sangriento que manchaba mis manos.

—¿Está bien, señor? —preguntó Jenson sobresaltado por mi repentino grito. Él acababa de encender la lámpara cuyo repentino resplandor había producido el espejismo sangriento.

—Sí, Jenson —respondí—. Perfectamente.

Mi frente se llenó de gotas de sudor y sentí un fuerte deseo de protección. Pero Jenson, con prudencia que se reflejó claramente en sus ojos y le arrugó la frente, desistió de hacer más preguntas y se fue, dejando la puerta abierta para que el hueco lo alertara en caso de problemas. Escuché sus pasos que bajaban por las escaleras; cuando pararon durante unos segundos, me levanté y cerré la puerta.

Era absurdo, una locura. No era posible que los hombres desmembraran cadáveres para exorcizar espíritus demoníacos. Las mujeres muertas no se aprovechaban de niños tontos, ni de ninguna otra persona, en Hampstead Heath. Charles Sidney había sido asesinado por un lunático que comía moscas. La niña Stella de Whitechapel había sido asesinada por un lunático que comía moscas. Las personas no podían ser asesinadas por vampiros, ni podían convertirse en vampiros. No existían los vampiros. Todo era una pesadilla engañosa.

Y, sin embargo, la realidad estaba ahí. Adele se estaba muriendo, podía estar muerta dentro de muy poco. Miré hacia abajo, como si un cachorrito impaciente reclamase mi atención, y agarré el libro que había tirado al suelo por el miedo. Al levantarlo, vi una vez la tarjeta, blanca con letras escarlata, del fraile del tren, el hombre que había perturbado mi vida pacífica con conversaciones absurdas sobre vampiros. Thomas Edmund Gilroy. Cazador de vampiros.

Era media tarde cuando me dirigí hacia el Convento de Santo Domingo. El cielo estaba cargado de malos presagios y el aire estaba preñado de olor a azufre. Salí del metro y me encontré con un Londres lleno de hollín y potencialmente letal.

Tal clima caprichoso es familiar para el londinense. Cuando baja la nube de humo amarillento, basta con no salir a la calle; pero cuando la nube se convierte en una masa pesada y marrón, cada vez más oscura, como acostumbra, una densa cortina desciende sobre la ciudad e impide que en las casas se pueda respirar, entonces el londinense no tiene escapatoria. Un demonio sucio, oscuro y lleno de hollín, implacable e imparabile, se cuele por las ventanas, se desliza por puertas y

paredes y lo asfixia.

Aquella tarde, la densidad aún no había alcanzado su máximo nivel. Me atraganté y luché por respirar, pero seguí caminando cautelosamente. Ya no había vuelta atrás. Estaba lejos de mi casa. Si no continuaba mi camino, pronto estaría perdido y sería una víctima de la implacable niebla.

Sentí muy cerca de mí un ruido sorprendente. Un ruido que expresaba ira, molestia y la angustia física.

Una luz pálida apareció repentinamente a pocos metros de mí: una linterna que llevaba un joven carpintero a caballo que avanzaba con su equipo a través de la suciedad. Los caballos, apenas perceptibles, eran apenas una oscura masa de músculos, como bestias fantasmales que se alzaban de la niebla para galopar violentamente sobre un páramo lejano y fantasmal. Negro, marrón, gris, amarillo y rojo: todo borroso en un sueño desordenado. Misterioso, pero concreto. La niebla hacía que todo adoptara formas espantosas.

Seguí caminando; un repentino grito salió de la oscuridad. Le siguieron otras voces de terror y, justo después, un horrible y largo grito de dolor. Luego llegó una confusa cacofonía de voces humanas.

—¿Dónde está?

—¡La pierna! ¡La pierna!

—¡Deja ese caballo ahí!

—¿Quién es?

—¡Maldición! ¡Quédate fuera del camino!

—¡Es una locura estar en la niebla!

—¡Sálvalo! ¡Oh, sálvalo!

—¿Qué está pasando?

—No se puede ver nada con esta porquería...

—¿Está muerto?

—¡Llame a un médico!

—¡Aguanta ese caballo! ¡Aquí! ¡Tú! ¡Aguanta ese caballo!

Podía imaginar la escena, aunque no podía verla: cuerpos, madera astillada, tapicería desgarrada. El golpear de herraduras y los bufidos de unos caballos sudorosos y desesperados. Los rostros de los hombres, imaginé, se contorsionan de ira, miedo y dolor. El camino estaba salpicado de sangre, empapado de sangre. Sangre.

Me apresuré, intuyendo el camino junto a una pared fría, apenas visible. La violencia de la colisión, si es que tal era la causa de tanta agitación, resonó en mis oídos y me persiguió por el camino. Era la voz del caos en aquella ceguera pesada y siniestra.

Mientras caminaba, me pareció ver una luz tenue e intenté aproximarme. Era una farola que intentaba, audazmente, combatir la oscuridad de aquella opresiva niebla que lo cubría todo.

Me apoyé pesadamente sobre un edificio para leer el letrero de la calle: Malden Road. Ya debía de estar cerca.

La niebla, que antes silbaba y susurraba al acumularse, se había quedado en silencio. No se oía ningún signo de vida. El mundo entero parecía estar callado: todos —hombres, mujeres y niños— muertos. Todos menos yo. El horrible final de la goleta rusa Demeter apareció vívidamente en mi mente. Pude ver la desolada desaparición de los marineros; pude ver al capitán, atado firmemente al timón; pude ver a la extraña criatura que salía de la niebla; pude ver sus ojos, sus ojos rojos y penetrantes. Sus ojos: rojos y brillantes, infernales. Relucían a través de la densa oscuridad, muy cerca de mí. Mientras observaba con terror, aparecieron unos labios finos y se abrieron en una sonrisa malvada para mostrar un conjunto de brillantes dientes blancos, con dos colmillos afilados

y escalofriantes.

Llorando de miedo, tropecé contra un frío muro de piedra y miré hacia arriba con desesperación.

Entonces vi el letrero: Convento de Santo Domingo.

Avancé junto a la pared hasta que toqué una puerta.

Llamé a la puerta con un verdadero sentido de urgencia y volví a llamar más fuerte, y llamé una tercera vez, todavía con más fuerza. La oscuridad me rodeaba. Golpeaba la puerta tan fuerte que comenzaron a dolerme las manos magulladas, y luego los brazos, los hombros y la espalda; todo mi cuerpo era una masa palpitante de dolor histérico.

Tenía el corazón en la garganta. Me asfixiaba en la niebla húmeda, cerrada. Agitaba la cabeza en medio de un terror creciente.

—¡Dios mío! —gritó una voz, que deduje que era la mía, —¡ayúdame!

Me golpeó una ráfaga de viento cargada de niebla. Cerré los ojos, cegado por el polvo y la suciedad. Los abrí y descubrí que en el cielo nocturno brillaban algunas estrellas.

La puerta se abrió con un crujido cómodo y la tragedia se fundió en negro. Un par de ojos felices, ocultos detrás de unas gafas, me escrutaban desde una cara redonda.

—¡Bien, bien, bien! —dijo la voz, insoportablemente alegre, del padre Thomas Edmund Gilroy, O.P. —Ha llegado a la parte de la masilla, ¿verdad?

⁹ Referencia a la novela corta *El curioso impertinente*, insertada en la primera parte del Quijote.

CAPÍTULO X

2 de junio de 1900, Camden y Mayfair.

(Del diario del doctor Seward). Amigo John, me compadezco de su pobre corazón sufriente y le quiero aún más por lo que sufre. Si pudiera, haría mía la carga que usted soporta. No obstante, hay cosas que usted ignora, aunque pronto las sabrá, y me bendecirá por ello, a pesar de lo desagradables que son.

El salón del convento estaba decorado con gran sencillez. Unas pocas piezas de arte religioso sobresalían sobre las desnudas paredes blancas.

Me llamó la atención una pintura en particular: la imagen de una cabeza sin cuerpo sobre un paño blanco, con ojos que me miraban como un basilisco desde un fondo muy estilizado de oro y símbolos retorcidos.

Si los papistas eran realmente capaces de luchar contra chupasangres sobrenaturales, pensé, solo podría ser porque eran más extraños y más espantosos incluso que sus siniestros enemigos.

—Un *acheiropoieto* —dijo el padre Thomas Edmund, en tono de charla, siguiendo mi mirada—. Un icono no hecho por las manos, o “vera icon”. Popularmente conocido como el velo de Verónica. Una de mis imágenes favoritas.

No lo dudo, me dije con sequedad.

Me empujó en un asiento.

—Y ahora —dijo—, ¡el té!

Protesté: mi estómago estaba demasiado agitado para soportar cualquier cosa, comida o bebida.

—¡Tonterías! Está agotado y desnutrido. ¡Si no empezamos a alimentarle, comenzará a ver visiones!

Esto me pareció demasiado aproximado a la realidad como para responder cómodamente, así que me resigné a tomar el té.

Salió corriendo, intercambió algunas palabras con un desconocido y reapareció en cuestión de minutos.

—¡Ya viene el té! —anunció solemnemente. Luego se rio. —Debemos esperar, sin embargo, que no sea la cuarta llegada, ¡no debería querer esperar a través de otras tres llegadas!

Y se rio de nuevo con deleite.

Yo estaba demasiado aturdido para horrorizarme. No sabía qué clase de poderes extraordinarios le habían sido concedidos a aquel hombrecillo para salvarnos de la amenaza de los bebedores de sangre, pero la realidad era una severa y traumática decepción. No se podía concebir una dosis más fuerte de la realidad. Unos momentos antes había estado firmemente convencido de que una amenaza vampírica estaba incluso sobre mis talones, completa con dientes afilados que goteaban sangre. Y aquí estaba con el padre Thomas Edmund Gilroy, mi posible salvador, sufriendo chistes pésimos en un sofocante ambiente piadoso.

¿Cómo podría haber imaginado que aquel hombrecillo con su atuendo extravagante y su sentido del humor infantil podría ser de alguna ayuda? O existían los vampiros o me estaba volviendo loco. Aquel tipo estúpido no podía ayudarme con la compleja situación. Debía irme de inmediato, me dije. Incluso me levanté para hacerlo, pero me lo impidieron.

El padre Thomas Edmund se acomodó en la silla de enfrente, me miró fijamente y dijo:

—Ahora, amigo mío, siéntese y descanse. Necesita fuerza. Una vez que tomemos un poco de té y usted se recupere, saldremos a ver a la señorita Lawson.

Me sorprendió tanto escuchar su nombre que, sin más preguntas, volví a sentarme. Debí ser un truco proselitista de aquel experimentado papista, pero me resultó difícil resistir el impulso de

descargar mi alma. Sin embargo, lo logré. —La niebla era bastante extraordinaria —dijo el sacerdote con ánimo de charla. —Y también peligrosa también. La niebla de Londres siempre hace diabluras.

Pensé que era un pequeño eufemismo y no estaba dispuesto a describir mis propias experiencias en esa neblina tóxica, así que no respondí.

—Una vez me vi atrapado en una niebla como esa —continuó, sin preocuparse por mi silencio—. Todo era bastante extraño. Casi empecé a imaginar cosas.

—¿Cosas como...? —pregunté con curiosidad, aunque en contra de mi voluntad.

—Oh: ruidos, duendes, *ghouls* y todo el tipo de cosas que uno se imagina en la oscuridad.

La idea pareció divertir al sacerdote porque se rio alegremente de ello. Mi estómago se revolvió y una vez más pensé en escapar. Pasaron algunos momentos en silencio (él se rio entre dientes mientras yo planeaba rutas de salida rápida; ¿me detendrían antes de llegar a la puerta principal, me pregunté?). Luego se abrió la puerta y entró un joven vestido, como mi anfitrión, con un absurdo hábito blanco, portando una bandeja llena de té. Por alguna razón me resultaba extrañamente familiar, pero descarté el reconocimiento como una característica de esta escena surrealista. De hecho, cuanto más tiempo permanecía sentado allí en aquella compañía inverosímil, más me convencía de que mi visita había sido un error. Estaba cansado y tal vez histérico.

Y, sin embargo, había mencionado a Adele Lawson.

Me tomé mi té obedientemente. Fue entonces cuando me di cuenta de que, durante un tiempo, ni la comida ni la bebida me habían servido para sacar fuerzas, pese a los esfuerzos de Jenson. Me sentí revivido y casi hasta agradecido con aquellos papistas excéntricos. Eran misericordiosos y, en esencia, inofensivos, supuse.

—Mi querido señor Kemp —dijo el sacerdote—, yo, en realidad, no muerdo. No hay razón para temerme, aunque me encuentre a mí y a mis hermanos bastante desconcertantes.

Emití un ruido de protesta: una vez más, se había aproximado demasiado a la verdad para ser educado. Continuó:

—Lo sé, lo sé. Usted está aquí por su preocupación por la señorita Lawson y por ciertos temores incipientes sobre su estado. Estos temores guardan cierta relación con el extraño caso de la muerte del señor Charles Sidney.

Debí sobresaltarme visiblemente al escuchar aquel nombre, ya que asintió y siguió:

—Sí, la muerte del señor Charles Sidney también me inquietó mucho. Una tragedia desconcertante, de hecho. Ha venido a verme porque está desesperado, porque no se le ocurre a nadie más a quién llamar. Piensa que alguien más pensaría que está usted loco. Yo, señor Kemp, no creo que esté loco. No diré que puedo proporcionarle todas las respuestas que busca, ni tampoco creería en muchas de las respuestas que podría proporcionarle, pero le prometo una cosa: no creo que esté usted loco.

—Entonces, ¿quiere decir que cree en vampiros?

Sonrió. Me pregunté si alguna vez alguna vez fruncía el ceño.

—Amigo mío, podría hablarle de cosas mucho más extrañas que los vampiros. Pero no hoy. Tenemos que ocuparnos de asuntos urgentes.

—¿Asuntos urgentes?

—Sí. Iremos junto a la cabecera de la señorita Lawson.

Me sonrojé.

—La familia... Menuda explicación...

Pero él se limitó con la cabeza con aire calmado.

—Todo eso está resuelto —dijo—. No hay que preocuparse por eso.

No cuestioné sus palabras ni traté de analizar la abrumadora sensación de alivio que me invadió. Bien podría ser un caso de ovejas que pastorean ovejas, pero en aquel momento estaba casi feliz de ser pastoreado. El agotamiento físico y emocional era tan intenso que me había convertido en una pieza de cera maleable, en un seguidor crédulo, incluso por un breve momento, del pequeño papista. Así debe ser, pensé, como se sienten los irlandeses todo el tiempo. Patatas y sacerdotes. Sacerdotes y patatas. Qué extraña combinación.

Cuando salimos a la calle, reconocí al joven; era el sacerdote de túnica blanca que había visto afuera de la casa de Adele Lawson durante mi horrible excursión nocturna. Entonces mis sentimientos de alivio se desvanecieron, y una vez más vi en el hombrecillo, con su sombrero *homburg*, su capa negra y una gran bolsa oscura —que le ofrecí portar—, algo vagamente siniestro.

La niebla dramática había sido reemplazada con rapidez alarmante por una nubosidad fría y triste. El curita puso rumbo hacia el sur, saltando con determinación por las calles, asintiendo y sonriendo a los que pasábamos con una amistad casi patológica. Recibía, claro, su cuota de miradas curiosas e incluso algunas de censura, pero lo más sorprendente para mí fue el número de personas que sonreían a su paso o se decidían a soltar un “buen día, padre”. En un momento dado, varios muchachos sucios decidieron que las túnicas blancas eran una invitación abierta a cualquiera que se sintiera inclinado a seguir nuestra estela. Solo faltaba que los adoquines de Londres se hubieran levantado para ridiculizarnos. Caminamos, en un alegre y absurdo desfile, por varias calles antes de que se aburrieran con el juego y se esfumaran para hacer travesuras en otros lugares.

Un viaje rápido en el metro acortó nuestro trayecto, pero cuando salimos a las calles más familiares de South Kensington, comencé a sentirme aún más tímido que con los muchachos burlones detrás de nosotros. Después de todo, estaba en compañía de un personaje bastante extraño. Deseé que su bolso fuera más grande, lo suficientemente grande como para ser más visible que yo.

Como la niebla se había despejado, las calles estaban llenas de gente. Comencé a ver caras familiares: algunos conocidos del trabajo, una dama cuya tetería había visitado más de una vez, un joven que recordaba de mis días escolares, mi propio pasante, Francis Carstairs —que nos miró fijamente, boquiabierto, obligándome a devolverle la mirada con severidad, preguntándome qué estaba haciendo en un pub a esta hora del día cuando debería estar atendiendo al trabajo en mi oficina—, e incluso Jenson, cargado de bolsas de la compra. Las casas se abrieron para enviar a las masas de mis conocidos, frenando solo a aquellos que se hubieran maravillado con la compañía que yo tenía, pero sin reconocerme a mí más tarde. Jenson estaba demasiado bien educado como para escrutarnos, pero no pude evitar preguntarme qué demonios pensaba de su patrón, que había abandonado la casa tan repentinamente para vagar por la ciudad al lado de un papista rechoncho, blanco y con gafas.

Cuando comenzamos a recorrer las calles de casas señoriales, cerca de la que pertenecía a los Lawsons, me sentí mal, pero seguí siguiendo a ese pequeño y extraño hombre. El silencio que había invadido la casa durante días se había intensificado, de modo que era casi tan espeso como la niebla a través de la cual me había abierto camino hacia el convento. Las luces eran mortecinas y las ventanas parecían anticipar el atuendo de luto.

Nos saludó la misma doncella de ojos llorosos, que se sobresaltó al vernos. Al principio pensé que estaba sorprendida de ver al padre Thomas Edmund, pero luego me di cuenta de que estaba más sorprendida de verme en su compañía que él. Se alarmó ante la llegada del sacerdote.

Aun así, sin dudarle, nos condujo escaleras arriba, como si hubiera recibido instrucciones para llevarnos a la cama de Adele inmediatamente después de nuestra llegada. Una vez más, me había topado con una escena extraña. Ya era suficientemente extraño encontrarme en el tocador de una joven y encantadora dama, pero llegar allí como el compañero del Padre Thomas Edmund, y que tres médicos y un clérigo de la High Church me reconocieran con reverencia sobria, eso era rarísimo.

Vi también a la abuela de Adele, completamente pálida. Extendió la mano y tomó mi brazo, presionándolo ligeramente como un reconocimiento de mi presencia, luego regresó a su pálida vigilia. Al pie de la cama yacía un perro pequeño, dorado y de pelo rizado, tendido sobre los pies fríos de la ocupante de la cama, y sus ojos se asomaban de vez en cuando bajo los párpados caídos para mirar el rostro aplastado y sin sangre de la niña moribunda. Era la imagen más fantástica de la habitación: un esqueleto de su antiguo yo, un apoyo espantoso en una escena melodramática, su rostro canoso sobresalía de debajo de una colcha de encaje blanco que mostraba las manchas de la enfermedad. Y a su alrededor, una gran cantidad de objetos de arte, ya que los estantes y las mesas de toda la habitación estaban adornados con recuerdos y adornos que parecían malhumorados y cansados, como intentos fallidos de alegría en una casa oprimida por el dolor. ¿Podrían los arcos y las almohadas de encaje y los jarrones de color rosa con sedosas flores moradas y las muñecas de satén y los joyeros de cerámica y figurillas chillonas y sonrientes luchar contra la gama de frascos de medicinas verdes y toallas sucias que se ocultaban imperfectamente en la mesa junto a la cama?

El clérigo y el padre Thomas Edmund hablaron un largo rato. Uno de los médicos se les unió. El perro lo miraba de vez en cuando, como interesado por las conclusiones extraídas por aquellos sabios; luego suspiraba y miraba a Adele.

Terminada la consulta, el padre Thomas Edmund se aproximó a la cama. Me acerqué, no demasiado, ya que el perro emitió un profundo gruñido cuando me puse de pie junto al lecho, lo que me hizo retroceder respetuosamente, y esperé sin aliento a que llegara lo que sabía: que el sacerdote le pidiera su bolsa. y sacar de ello algunos implementos necesarios para el conflicto que viene. Crucifijo, ajo, agua bendita. Esperaba el lote. El padre Thomas Edmund oró en silencio por un largo tiempo. Los minutos pasaron y mi impaciencia creció en proporción directa a la cantidad de veces que vi mover sus labios. Estaba muy bien balbucear oraciones silenciosas, pero no veía ninguna señal clara de que estuviera venciendo la oscura amenaza, como se esperaba.

A veces, sus frases surgían en grietas silenciosas, tan inaudibles que casi pensé que me había imaginado las palabras.

—*In manus tuas, Dómine, comméndo spiritum meum. Dómine Iesu Christe, Suscipe spiritum meum... Sancta Maria, o pro me.* —Y de nuevo un poco más tarde— *Requiem æternam... et lux perpetua... Domine exaudi orationem meam... et clamor meus ad te veniat...*

Finalmente cesó su oración silenciosa. Abrió los ojos y miró a Adele, que estaba tan inmóvil que casi la había olvidado. Luego cruzó la habitación hacia su abuela, se agachó y le habló en voz baja. El grito de angustia que surgió de la mujer anciana y despojada golpeó la agonía en las profundidades de mi alma. Luego reaccionó el perro a los pies de Adele: se apresuró hacia la cama para lamer la mano de su ama, se derrumbó con decepción, echó hacia atrás su cabeza rizada y aulló con angustia.

Los médicos ya se estaban agrupando alrededor de la cama. Podía escuchar, como de lejos, a las criadas y otros asistentes que lloraban en el pasillo. Me quedé mirando el rostro muerto de Adele Lawson, con las mejillas blancas y delgadas, con la boca ligeramente abierta, los ojos cerrados e inmóviles, como de cera, ajenos al bullicioso ajeteo.

No era la primera vez que veía un cadáver. El primero fue un anciano que había muerto en la iglesia de mi padre. Había roncado durante tantos sermones que el primer indicio que tuvimos de que había muerto fue su silencio irregular. El cuerpo de mi padre fue el siguiente, bastante después. Lo hallaron muerto en su cama. Murió mientras dormía. ¿Cómo podría uno saber la diferencia entre la muerte y el sueño?

Luego volví a mirar esa suave boca hundida, que ya se había desvanecido, y mi estómago se revolvió. Todo se había acabado. Y él no había hecho nada. Nada en absoluto. Nada que lo detenga. Nada que la ayude. Ni siquiera había abierto su bolsa, y mucho menos había sacado un diente de ajo o una cruz para poner sobre su cuello. Solo había murmurado algunas oraciones fragmentadas. Y no había pasado nada. Ahora sería presa de todos los deseos de los no muertos, que la conducirían a un horrible banquete. Víctimas y más víctimas sumidas en la desesperación sensual por aquel banquete profano. Y no estaba haciendo nada para impedir el camino de la bestia malvada. Nada. Nada.

Lo último que vi fue a un médico que tendía una sábana sobre su cara pálida. Luego seguí, aturdido, al padre Thomas Edmund, y salí de la habitación. Atravesamos el pasillo y las escaleras y salimos de la casa sin hablar.

La luz del sol me parecía un insulto a la muerta. En la calle, le agarré por la manga y solté con brusquedad la horrible pregunta que me había llegado a la mente:

—No lo haremos... deberíamos... ¿Qué debemos hacer ahora?

—¿Hacer?

—¡Por su alma! —insistí.

—Orar por la misericordia de Dios. Por supuesto, ofreceremos una misa por su descanso y para el consuelo de su familia.

—Pero, padre...

Se había girado para caminar por la calle, pero le agarré de la manga una vez más.

—¿Eso significa que no debemos hacer esa cosa horrible?

—¿Qué cosa horrible?

Su negativa a comprender me llevó a declararlo claramente, en toda su gloria melodramática:

—Exorcizar su cuerpo para liberar su alma de los muertos vivientes.

Y las palabras de Van Helsing me alcanzaron con una intensidad horrible: le cortaré la cabeza y le llenaré la boca de ajo y atravesaré su cuerpo con una estaca...

—¡Oh, por Dios, no! —dijo el padre Gilroy, casi sorprendido—. ¡No no no! ¡No hay necesidad de nada de eso! Eso sería bastante... No, ¡en absoluto! Está bastante bien ahora. Ya estaba enferma, sospecho, y su condición empeoró por la cercanía de la amenaza. Podría decirse que es víctima de un contagio sangriento.

Sonrió amablemente.

—Realmente no debería creer todo lo que lee, amigo.

Me fui sin despedirme, embargado por el enfado y la tristeza.

CAPÍTULO XI

5 de junio de 1900, Brevemente los Inns at Court, pero principalmente Belgravia.

(Del diario del doctor Seward). Después del desaire de ayer, siento una especie de vacío interior; nada me parece lo suficientemente importante como para que merezca la pena hacerlo... Como sabía que el único remedio para esta especie de obsesión era el trabajo, bajé a ver a mis pacientes. Elegí uno, cuyo caso me parece muy interesante. Tiene unas ideas tan extrañas, y es tan distinto del loco corriente...

Pasaron varios días sin novedades. Yo trabajaba, comía y dormía. Parecía que la muerte de Adele había sido liberadora: mis sueños estaban tranquilos y mi mente clara.

Bueno, tal vez no del todo clara. No entendía nada de lo que había sucedido, y cuando me venía a la mente la imagen de aquel sacerdote, o la de Esther Raveland, me sentía lleno de una furia inexplicable y difusa. Así que decidí no pensar en ninguno de los dos, y los días transcurrieron en una reconfortante monotonía: trabajaba, comía y dormía.

Un lunes, menos de una semana después de mis visitas al convento y a la casa de los Lawson, llegó a mi escritorio una carta mezclada con la otra correspondencia diaria, y algo en el sobre hizo que mi estómago se revoliera de nuevo. Supe que el drama, fuera lo que fuera, y la interrupción de mi paz, aún continuarían. Leí toda mi correspondencia de negocios y respondí a las cartas que lo requerían antes de decidirme a leer aquella misiva.

El sobre tenía un lacre de cera pretenciosamente decorado con lo que parecía la heráldica de una amplia gama de casas nobiliarias. No pude ver nada más; se lo atribuí a un aristócrata extranjero. Entonces vi algo que me hizo sospechar: reconocí de inmediato la dirección del remitente como la del fallecido Charles Sidney.

La carta, escrita en un papel tan delicado que parecía tela de encaje, estaba enmarcada por un borde de estilo casi rococó. La tinta era de un negro intenso, y sin embargo, por un momento, cuando las palabras reflejadas en la luz del sol que entraba por mi ventana, pensé que estaba inscrita en rojo sangre.

El contenido era bastante simple:

Calle F..., 10, Belgravia

Fecha

Al Sr. John Kemp, Esq. —Inns of Court

Estimado Sr. Kemp, le escribo por recomendación del Sr. Edgar Kilbronson. Estoy ansioso por consultarle profesionalmente con respecto a ciertas transacciones comerciales que deseo realizar en la ciudad. Como soy un hombre mayor y no estoy acostumbrado a viajar frecuentemente, le ruego que me indique si podría concederme una reunión mañana a las diez de la mañana. Puede contactar conmigo en mi casa. Si esa hora no es conveniente para usted, avíseme para reunirnos lo antes posible. De lo contrario, nos veremos a la hora indicada.

Saludos cordiales,

L. Popescu.

No era tan amenazante como podría haber esperado, en vista de la atmósfera que rodeaba mi vida últimamente. Un verdadero noble: su actitud combinaba cortesía y urgencia. No era el tenor de una misiva de Drácula. Sin embargo, no me apetecía la tarea. ¿Y qué demonios se le había pasado por la cabeza a Edgar Kilbronson, aquel hombre cadavérico, para recomendarme? ¿Sería posible que realmente valorara mis esfuerzos parciales e ineficaces para localizar a su errante y sensual esposa húngara?

Me senté unos instantes y reflexioné en silencio sobre la situación. Luego me sacudí, descarté

la idea, redacté una nota rápida para confirmar la cita y volví a mis asuntos aburridos, polvorientos y nada dramáticos.

A la mañana siguiente llegué a la mansión de Sidney y la encontré sorprendentemente transformada, aunque al principio me costó identificar los cambios concretos. Estaba seguro de que habían retirado ciertos árboles y arbustos. O tal vez era un engaño de la naturaleza: con el verano avanzado, el paisaje bien podría parecer distinto. Sin embargo, unos pequeños tocones, apenas visibles, fueron suficientes para confirmarme que la deforestación no era cosa de mi imaginación.

Abrió la puerta principal un joven alto, desenvuelto, atractivo e impecablemente afeitado. Sus maneras eran tan relucientes como su sonrisa.

—Adelante, señor Kemp —dijo afablemente.

Seguí su indicación y me encontré con la aterradora cara blanca y las gafas oscuras del conductor del carro, que ahora aparecían sobre un atuendo negro y sobrio de un mayordomo.

—No se moleste, Albu —dijo el joven.

Para enfatizar su actitud desdeñosa, mi guía me quitó el sombrero y el abrigo, se los entregó al otro hombre y le ordenó con firmeza:

—Vaya, Albu. El té.

El albino se fue sin decir ni una palabra.

—Me llamo Gregory Anghelescu. Soy el secretario del conde Popescu. ¿Me sigue, por favor? El conde le espera.

Lo seguí mientras lo evaluaba. Mi perturbada mente encontraba muy sospechosa su posición en la casa. Nombre de pila inglés. Sin acento, excepto un leve rastro que, en lugar de demostrar una extracción extranjera, parecía revelar un intento por transformar la jerga *cockney* al inglés del rey. El apellido era tan extraño como uno podía imaginar. Su vestimenta y apariencia eran exquisitas, siguiendo las normas sartoriales más exigentes de la moda continental. ¿Inglés? Descendiente de... ¿Húngaros? ¿Rumanos? ¿Griegos? Con toda la afectación de un francés, me dije despectivamente. No tenía paciencia con la indiferencia cosmopolita.

Gregory encajaba bien en la casa, que, al igual que el jardín, mostraba un cambio significativo. Era menos atractiva y, sobre todo, menos respetable en su decoración. Más opulenta; un poco chillona, incluso. Atribuí la repentina afluencia de tapices de colores vivos, muebles grandiosos de líneas decididamente modernas y estatuas dramáticas a un intento del extranjero de parecer más inglés que un auténtico inglés. Todo estaba a la última moda. Popescu parecía haberse convertido en un mecenas de los artistas más modernos. La casa, era obvio, estaba concebida para ser un centro de eventos artísticos y sociales. Había en ella algo disonante y nada británico. Las alfombras estaban tan desgastadas que parecían quejarse bajo las suelas de los zapatos. No se veía ninguno de los trucos de un inglés cuidadoso y astuto, que habría remendado los agujeros de la alfombra con piezas de otra, sin importarle la discordia de diseños resultante.

La casa, sin embargo, estaba meticulosamente limpia. Y no había espejos, algo que me recordó a Stoker. Salvo por esos detalles, era justo el tipo de casa que un inglés imaginaría como la casa de un extranjero rico. De hecho, la vi como una escena teatral, decorada con esmero y con detalles estilizados.

¿Cuál sería la obra?, me pregunté.

El conde me recibió en la biblioteca, transformada en un cuarto magnífico. Varios miles de libros, muchos de ellos en ediciones tan ornamentales que habrían deleitado al esteta más decadente, cubrían las paredes y se apilaban sobre las mesas con un descuido muy calculado. En el centro había una enorme mesa redonda, taraceada en la parte superior, llena de mapas, papeles

y libros, como un puesto de mando militar. Y allí estaba el comandante:

—Buenas noches —dijo el conde, inclinándose ante mí. —Sea bienvenido a mi casa, señor Kemp.

Le di las gracias y traté de no exteriorizar la histérica desconfianza que sentía.

Aunque era cierto que mi predisposición no era la mejor, resultaba innegable el hecho de que Popescu era un tipo extraño. Carecía, eso sí, de los rasgos superficiales de un villano de novela que le había imaginado, lo que frustró mis expectativas. Era alto y delgado, pero sin exagerar. Sus ojos eran vibrantes y vivos, pero no ardían con fulgor rojo, sino que eran de color azul oscuro. Llevaba la barba y el bigote relativamente cortos, al gusto alemán. En su cabello oscuro destacaba una proporción saludable de pinceladas grises y blancas, adecuadas a su edad.

En cuanto a eso, le calculé más de cincuenta o incluso sesenta años, a juzgar por los temas de los que hablaba como si tuviera experiencia personal. (Tal vez fuera su padre el que había estado involucrado en la Guerra de Independencia griega, aunque eso tenía poco sentido porque Popescu había sido muy claro sobre Rumanía. Sin embargo, algo más tarde, comentando un cuadro que me llamó la atención en el pasillo, me contó detalles de la batalla de Dragasani que solo podía conocer alguien que hubiera estado presente. A pesar de esta clara asociación con la segunda década del siglo pasado ¹⁰, parecía notablemente en forma como para ser tan anciano).

—¡Menudo tonto histérico! —me reprendí—. ¿Vas a imaginarte a Drácula por todas partes? ¿No has alimentado suficiente esa absurda obsesión?

Sin embargo, no dejé de estar incómodo. El conde continuó.

—El señor Kilbranson me ha hablado muy bien de usted —señaló, y se inclinó ligeramente hacia un rincón alejado de la habitación.

Fue entonces cuando me di cuenta, por primera vez, de que allí estaba mi cliente. Recibió la reverencia del conde, que pareció reconocedora de una acción de mérito, y se inclinó él mismo en respuesta..

Popescu me señaló un asiento en la mesa y ubicó a Kilbranson en otro. Gregory tomó un tercero, tomó una libreta y una pluma y adoptó una actitud atenta. Popescu se sentó en la cabecera, si es que una mesa redonda puede tener tal cosa.

Si hubiera estado preocupado por causar una buena impresión ante un potencial cliente, no tendría que haber desperdiciado energías: apenas me permitió hablar. En cambio, comenzó a perorar en un tono tan confiado como estridente, con una voz cuidadosamente modulada que me fascinó.

—Debe estar preguntándose por qué le he convocado —empezó—. La explicación es simple: necesito un asesor legal que supervise algunos de mis negocios en Londres. ¿Por qué Londres? He dejado mi hogar para buscar una tierra menos segura y más sofisticada, una tierra de avance y progreso. ¡Justo eso es Londres! En mi país de origen progresé tanto que gané unas cuantas enemistades... Verá, señor Kemp: yo tenía la curiosa idea de que un hombre de gran visión y de ideas avanzadas puede contribuir a la sociedad, incluso si ese hombre carga con un viejo título nobiliario. Aspiraba a llevar ideas avanzadas a una tierra atrasada y supersticiosa.

Se encogió de hombros y levantó las manos para ilustrar su trágica frustración y decepción:

—Estoy seguro de que puede imaginar mis sentimientos, señor Kemp. Las crueles murmuraciones y los fuertes prejuicios de los campesinos sin educación no fueron nada en comparación con el trato que recibí de los de mi propia clase. Tengo mucho dinero, señor Kemp, y, en consecuencia, podría responder fácilmente a tales ataques de intolerancia. Pero preferí alejarme y traer mi dinero y mis ideas para Londres, donde confío en que mis ideales florecerán. Deseo contribuir a la creación de una sociedad, o quizás transformar la sociedad existente para

que asuma todos los avances científicos, todos los increíbles logros del hombre, filtrados a través del juicio de los hombres sabios. El señor Kilbranson es un valioso aliado en dicho empeño.

De nuevo intercambiaron profundas inclinaciones. Todo sonaba demasiado grandilocuente, pensé, pero aún no tenía claro qué quería de mí. Parecía estar más allá de mi capacidad de comprensión. Yo era un hombre práctico y un hombre de principios sólidos, pero toda esta conversación de ideales para la sociedad se parecía alarmantemente a la clase de sermón que mi padre habría predicado, aunque con un mayor porcentaje de fuego y azufre, sin contar las referencias bíblicas.

Cuando sacudí la cabeza para alejar el espíritu de mi padre, volví a la habitación y a la mesa y fui consciente de que los ojos de mi anfitrión estaban fijados sobre mí con intensidad ardiente. Me sonrojé y estaba a punto de murmurar una explicación, cuando la ira del noble, si es que era ira, se desvaneció y una graciosa sonrisa tomó su lugar.

—Señor Kemp —dijo con una sonrisa autocrítica—, sé que me he puesto a parlotear y no he sido claro. Es usted un hombre práctico y ocupado. No le he expuesto claramente mis negocios, lo haré ahora.

Entonces comenzamos con el papeleo. Aquello ya era algo tangible, algo real con lo que podía comprometerme. Testamentos, facturas de venta, cuestiones de derecho mercantil.

—Deseo que se convierta usted en mi principal asesor legal, Sr. Kemp.

—¿Cuál es exactamente la naturaleza de sus negocios aquí? —le pregunté.

—Es simple. La debida organización profesional y el funcionamiento de una oficina para apoyar el cultivo de ese orden superior de la sociedad del que hablé. En lo que a usted respecta, esto implicaría algunos acuerdos comerciales básicos con otros países donde ya he establecido una oficina para apoyar mis labores. También implicaría ciertos detalles legales sobre propiedad inmobiliaria: necesito un poco de espacio para apoyar mis negocios. Todo muy simple, pero deseo que sean manejados por alguien en quien pueda confiar, y de usted, como le dije, tengo excelentes referencias.

—Me siento halagado —dije, pero mi incertidumbre se mantuvo.

Seguía viendo poco probable que Kilbranson estuviera satisfecho como cliente. A mi juicio, no había hecho nada para ayudarlo, y, de hecho, creía haber contribuido a su amarga frustración. (Aunque al mirarlo me pregunté si realmente estaba frustrado: aquel autómatas cadavérico parecía incapaz por completo de experimentar emociones humanas. ¡Qué mezcla saldría si aquellos dos hombres pudieran fundirse en uno!)

—Entonces, ¿acepta encargarse de mis asuntos?

—Si me lo permite —le dije, con algo de vergüenza, ya que me aterrorizaba tomar una decisión sobre lo que parecía un encargo tan importante como inexplicablemente desagradable—, ¿podría concederme un día para considerar mi actual carga de trabajo, examinar estos documentos y determinar si podría satisfacer sus necesidades, señor conde?

Su sonrisa se ensanchó. Me pareció escuchar la voz de mi madre: “abuelita, ¿por qué tienes esos dientes tan grandes?”

—Por supuesto, señor Kemp. Por supuesto.

No observé ningún movimiento ni oí ninguna campanilla, pero de repente Albu había vuelto a la habitación y miraba con silenciosa y taciturna concentración a su señor. El conde debió de notar mi desconcierto ante su aparición, ya que, entonces Popescu sonrió tristemente.

—En mi país —comentó con una nota de tristeza en su voz, —estamos muy oprimidos por la superstición. Ideas extrañas que sirven para explotar a campesinos iletrados. Mi fiel servidor, por ejemplo, fue brutalmente utilizado: era un niño gitano, vendido en una feria ambulante y enjaulado

como un animal salvaje. Una vez intentó expresar su dolor ante una multitud de campesinos curiosos, así que su amo le cortó la lengua como castigo.

El protagonista de la historia no movió un músculo durante el relato. Nunca me consideré un mojigato ni un snob; mi padre, enfático como él solo respecto al estrecho sendero de la salvación eterna, era un gran defensor de la compasión apasionada hacia los más pobres. Tal vez motivado por el espíritu de mi padre o movido por viejos recuerdos de los interminables sermones sobre “los más pequeños”, o tal vez porque la franqueza de aquel extraño para hablar de aquel tema me conmovió, o quizás debido a un cierto autoanálisis crítico, me sentí repentinamente avergonzado y culpable por mi propio disgusto y desconfianza.

—Lo liberé —agregó el viejo simplemente—, y ahora me es completamente fiel.

Traté de no mirar al mayordomo mientras me entregaba en silencio mis pertenencias en la puerta. Me ayudó a ponerme el abrigo y sentí como si su mano, incluso a través de la tela gruesa, estuviera helada. Pensé en escapar lo antes posible.

—¡Señor Kemp!

Gregory Anghelescu estaba de nuevo a mi lado, cortés y agradable.

—Muchas gracias por haber venido esta tarde. ¿Puedo transmitirle la invitación personal del conde para que regrese el próximo jueves a las ocho de la tarde? Celebrará una especie de fiesta inaugural al estilo de Belgravia —el destello de marfil de sus dientes indicó su buen humor—, y creo que será una velada muy agradable.

Murmuré que aceptaba la invitación y seguí mi camino.

—Nos veremos pronto, entonces —dijo alegremente el secretario. —¡Que tenga un buen día, señor Kemp!

Mientras caminaba hacia los límites de la propiedad de Popescu —caminando tan rápido como me atrevía, sin evidenciar mi incomodidad y sin parecer grosero—, escuché de nuevo mi nombre. Me volví y pude ver a Kilbranson corriendo hacia mí. Puso una mano cadavérica en mi brazo.

—Ese... ese asunto de mi esposa —dijo con torpeza—... Sepa que aprecio sus esfuerzos.

Su intento de sonrisa fue algo doloroso de ver.

Asentí escuetamente, aceptando sus comentarios, e intenté reprimir el sentimiento de odio que había despertado en mí. Cuando me paré nuevamente en la calle fuera de los terrenos de la antigua casa de Charles Sidney, descubrí que podía respirar con facilidad de nuevo. Pero respirar era una cosa y determinar el curso de acción correcto era otra. Caminé a casa lentamente, reflexivo e infeliz.

¹⁰ La batalla tuvo lugar en 1821 (N. del T.)

CAPÍTULO XII

19 de junio de 1900, Belgravia.

(Del diario del doctor Seward). En cuanto nos vio Lucy —llamo Lucy al ser que teníamos frente a nosotros porque tenía su misma apariencia—, retrocedió, dejando escapar un gruñido de rabia, como los que emite un gato cuando se le coge desprevenido. Después nos recorrió uno a uno con la mirada. Eran los mismos ojos de Lucy, en cuanto a forma y color, pero, en lugar de aquellas pupilas puras y bondadosas que todos conocíamos, ahora brillaban en ellos la salacidad y el fuego infernal.

La noche de la fiesta del conde Popescu, el cielo estaba claro y lleno de estrellas. El clima, fresco y agradable, era tan extraordinario, ajeno tanto al frío del invierno londinense como al calor veraniego, húmedo y pegajoso, que todos los invitados se vieron obligados a comentarlo.

—Una noche maravillosa, muy agradable.

—Qué claro está el cielo... Muy buen tiempo.

—Extraordinariamente agradable esta noche.

—¿Alguna vez ha visto un cielo así?

Con la superstición propia de los ingleses modernos y cultos, aquel inesperado regalo atmosférico se atribuyó de inmediato a la autoridad de nuestro anfitrión. Como si ejerciera un poder especial sobre la madre naturaleza, el cielo despejado y las condiciones climáticas agradables eran un punto a su favor.

Incluso antes de entrar en el pequeño patio que rodeaba la casa reformada de Charles Sidney, los invitados estaban bien predispuestos hacia el conde. La belleza y el impecable paisaje de los jardines, la majestuosidad del tejo y el brillante encanto de las luces que emanaban de la propia casa consolidaron la inclinación y la transformaron casi en fanatismo. Al cruzar el umbral, la metamorfosis fue completa: los invitados se convirtieron en discípulos.

Todo era desagradable y desconcertante. Para empezar, era inaudito presenciar una fiesta a esa escala una vez que la temporada social de Londres, técnicamente, había concluido. Había muchas personas que, en buena lógica, deberían haber estado en el campo, visitando a amistades o dedicándose a las monterías o a otras aficiones preparando partidos de tiro y otras desviaciones durante el receso de verano del Parlamento. Sin embargo, allí estaban todos. Miré sus rostros, divididos entre la curiosidad morbosa, la atención por el estatus (¡ser visto en un lugar así!) y un sentido del orgullo nacido de la mera invitación, y me sentí asqueado con la sociedad.

También estaba Esther Raveland. Eso me impactó, y a ese impacto se añadió el de ver a Gregory Anghelescu tan atento a sus necesidades. Sin caer en lo obsequioso, estaba claro que mostraba más encanto con ella que con el resto de los invitados.

Él y Popescu, en equipo, resultaron unos eficaces anfitriones. Popescu recibía graciosamente las legiones de adoradores fascinados, mientras Anghelescu se abría paso entre los invitados, hablando con todos, interactuando de una forma intensa y muy personal, como si cada una de las personas con las que hablaba se sintiera honrada con una atención especial. De hecho, aquel era su verdadero encanto. Tenía el poder de llenar cada frase o cada mirada con un significado especial y profundamente personal. Había un lado oscuro en esta intimidad automática: la exclusión de los no elegidos. No vi muestras de ello aquella noche, ya que sus atenciones eran generalizadas y aparentemente altruistas, pero bien podía imaginar el impacto devastador de ser la única persona que no las recibiera.

Su cortesía no discriminaba por casta o posición social. Recordé las palabras de Popescu sobre su supuesto igualitarismo. Parecía hipócrita mientras estaba allí, señor de la mansión, atrayendo atentamente a las humildes masas. Mientras tanto, su chico de los recados le daba a

cada persona la sensación de ser alguien.

Era un grupo ecléctico: no había invitados completamente al margen de la sociedad educada, pero sí algunos en la frontera de la respetabilidad. Técnicamente, no se vulneraron los cánones de la etiqueta social pero tampoco se siguieron a rajatabla. Había artistas desaseados en compañía de sus modelos bohemias, descansando aquí y allí, pero su presencia se justificaba por el hecho de que uno de ellos, un joven especialmente descuidado y con barba larga, era, en realidad, el disoluto segundón de un marqués. En otro rincón, unos pomposos universitarios disertaban ante un par de víctimas indefensas. En la ventana vi a una duquesa enjoyada con diamantes, junto a una francesa de no muy buena fama, cubierta con esmeraldas y con tan poca tela como permitía la moda. Había muchas debutantes, algunas inocentes, pero no la mayoría. Había científicos y políticos. No era habitual ver a tantas personas del mundo artístico mezcladas, o al menos ocupando espacio, con parlamentarios y otras autoridades. ¿Qué atracción podría tener el conde para atraer a una gama tan amplia de visitantes? ¿Qué poder o influencia ejercía para que los invitados aceptaran aquella extraña mezcla de círculos sociales e incluso se deleitaran con ella? Con cualquier otro anfitrión, aquella fiesta habría sido un fracaso monumental, pero aquella noche era un triunfo.

Excepto, pensé secamente, para mí. Parecía ser la única persona presente que no estaba disfrutando con actitud casi mística.

Miré de nuevo a Esther Raveland. Incluso cuando Anghelescu no estaba a su lado, parecía que todavía era el responsable de atenderla. Vi en su rostro una sonrisa de gratitud, y tan fuerte fue mi ira, y, debo admitirlo, los celos, que me pareció poco femenina y todavía menos modesta. Aparté la vista de ella, preguntándome quién la había acompañado a la fiesta, porque en principio no vi señales de su tía o de su prima. Al momento, escudriñando a la multitud, distinguí a través del mar repleto de adoradores de Popescu un rostro solitario y con expresión de incomodidad. La reconocí por una mirada fugaz meses antes. Aquella debía de ser Lydia, y su infelicidad nos unía, así que caminé hacia ella.

—Buenas noches —le dije—. Lamento aproximarme sin ser llamado, señorita, pero parece que está buscando a alguien. ¿Puedo ayudarla? Me llamo Kemp. John Kemp.

—Oh, le he reconocido —dijo apresuradamente—. Sé que no debería decirle esto, pero no sabe qué alivio supone ver una cara familiar, aunque casi no nos conozcamos. Es un lugar tan raro, ¿no le parece? Tanta gente extraña... He perdido de vista a mi prima, ¿la ha visto?

Su alivio por mi auto-presentación era tan evidente como su incomodidad, y no fui capaz de fingir que no sabía a quién se refería.

—La señorita Raveland está en la habitación de al lado, creo. ¿Puedo acompañarla hasta allí?

—Oh, sí, por favor. Ella quería venir. Mamá no quería, ya se imaginará. Ella no podía venir porque tenía un compromiso con la tía abuela Agatha, y de todas formas no creo que le hubiera gustado, así que me envió para hacerlo todo más respetable. Me sorprendió lo decidida que estaba Essie. En realidad ni siquiera conocemos a estas personas, solo los vimos aquella vez en la galería, y eso no es motivo suficiente para que una quiera ir a una fiesta, y menos a una fiesta como esta. De todos modos, todo el mundo parece estar aquí, o al menos la mayoría... ¿Se ha dado cuenta de que no hay clérigos? Quizás sea uno de esos papistas. Ni siquiera un arzobispo, y generalmente están en las reuniones de Lady N—. No era la Galería Nacional, por supuesto. Essie ha estado allí muchas veces. Pero ella se empeña en ir a esos lugares insignificantes donde los artistas son tan ordinarios y las modelos llevan tan poca ropa... Creo que es por ser americana: Essie no se da cuenta de lo desagradables que son algunos de esos sitios, o incluso peligrosos.. No me refiero a la galería. O tal vez sí, querido.

Era la tercera vez que mencionaba el incidente de la galería, así que la curiosidad me hizo preguntarle:

—¿Pero qué sucedió en la galería?

—Ella se cortó en la mano, ¿sabe? Con un clavo o algo parecido. Mamá dijo que se podría infectar. Su guante se manchó de sangre. No era un corte grave, pero el guante quedó arruinado. El conde estaba allí y el señor Angel, así lo llama Esther, fue muy amable. No soy capaz de decir su nombre: es demasiado extraño para ponerle palabras, ¿no cree?

Su voz se había convertido en un susurro cuando nos acercamos a Esther Raveland. Anghelescu estaba otra vez junto a ella, y sentí que mi rabia volvía a crecer.

Era realmente hermosa, y pensé que estaba sacando el máximo partido de su rostro y su figura: labios rojos y carnosos, una sonrisa tímida, unos modales encantadores. ¿Cómo podría haberla supuesto franca o inocente?

—Essie —dijo Lydia suplicante—, creo que es hora de volver a casa.

—¿Por qué, Lydia? No lo dirás en serio... Un poco más tarde va a empezar la música, ¿verdad, señor Anghelescu?

—¿Música, querida señorita Raveland? ¡Qué idea tan espantosa!

Esther se echó a reír: una risa resonante, encantadora y repugnante al mismo tiempo.

—¿Espantosa? ¡No lo creo!

—Realmente espantosa —dijo con fingida seriedad.

—Essie, —volvió a la carga Lydia, alternando la mirada nerviosa entre su prima y el secretario del conde—, creo que deberíamos irnos. Es muy tarde y mamá...

—No es tarde, Lydia. Si estás cansada, ¿por qué no descansas en alguna parte? Estoy seguro de que el señor Anghelescu puede encontrarte un rincón tranquilo.

Me indigné. Ya que Esther Raveland era tan insensible, al menos yo sería lo suficientemente caballero para defender a aquella dama en apuros.

—Señorita... Señorita...

Me di cuenta de repente que ni siquiera sabía su apellido. Mi mortificación se completó cuando Gregory Anghelescu suplió fácilmente mi falta:

—Gibson.

—Sí, eso, señorita Gibson —dije con irritación (ahora parecía que simplemente lo había olvidado, y la cara de Lydia se sonrojó para reflejar esa interpretación).

—Señorita Gibson, ¿podría acompañarme a la otra habitación para tomar un refrigerio?

Lydia me agarró del brazo con ganas y, lanzando una mirada de reproche a su prima, me siguió en mi digna —deseé— marcha por la habitación. Ante la mesa de la comida, llena de suntuosas delicias gustativas y decorada con montañas exuberantes de flores, frutas y velas, sacudí la cabeza con disgusto. Mi ánimo era tan sombrío aquella noche que todo lo veía a través del filtro de mi propio malestar. Incluso la comida, deliciosa y espléndida, me parecía podrida y desagradable. Quesos finos y cremosos de un asombroso abanico de países; delicados pasteles que podrían haberse servido en palacio; carnes finamente cortadas, apiladas en abundancia decadente: toda una cornucopia de riqueza y placer sensual, sí, pero en mi mente todo repugnante y en descomposición.

—Es excelente, ¿verdad? —dijo Lydia, muy animada por la comida.

Me ahorré la molestia de contestar. Un silencio respetuoso se extendió por la habitación. La multitud se dividió para dejar paso a una figura robusta, de mediana edad, vestida a la moda, con un aire de gracia aburrida.

Lydia chilló al reconocerlo, pero fue innecesario, ya que todos en la sala habían distinguido a

Su Alteza Real: no era alguien ajeno a la vida de sociedad; de hecho, su estrecha vinculación con varias representantes femeninas de aquel ámbito había superado lo imprudente para alcanzar el nivel de lo mundano.

Hice una reverencia como el resto de invitados y me alejé de su presencia lo más rápido que pude, no sin antes ver a Popescu recibiendo a su regio huésped, con un aire de importancia que casi rivalizaba con el del heredero al trono.

Era un curioso espectáculo: ver a un hombre de quien todos esperaban que pronto fuera coronado —la reina no podría vivir para siempre— en la casa de un noble extranjero desconocido con hábitos extraños. Por otra parte, me dije secamente, Su Alteza Real no era famoso por su discernimiento con respecto a sus relaciones sociales. Salí sigilosamente de la habitación seguido de cerca por Lydia, quien estiró el cuello para disfrutar aquel avistamiento real, poniendo en peligro la pirámide de comida que había construido en su pequeño plato de porcelana. Entonces escuché a una mujer susurrar:

—La que está junto a él es Alice Keppel. Sí, reemplazó a la condesa de Warwick.

Su Alteza Real le indicó a la multitud que la conversación podía continuar. El ruido se reanudó, ahora azotado a un tono ensordecedor por la breve abstención en silencio respetuoso. Mi seguidora y yo nos abrimos paso a través de la multitud que reía y charlaba y entramos a la biblioteca.

Allí había muy poca gente, incluyendo a Kilbranson y algunos otros hombres. Se apartaron de la gran mesa redonda donde Popescu había celebrado nuestra entrevista inicial y detuvieron su conversación para mirarnos fijamente. Por un momento me sentí avergonzado de sobresalir, por lo tanto me estorbaba una mujer joven, pero el sentimiento casi de inmediato pasó. Lydia, reconfortada por la presencia de alguien, se acomodó en una silla para disfrutar de su botín. Ella ni siquiera se molestó en conversar durante varios minutos. Era evidente mi papel heroico como caballero para una dama en apuros, y fue tomado de forma mecánica por los otros hombres en la habitación. Además, parecía que iba a ser aceptado en su pequeño círculo, ya que Kilbranson dio un paso adelante, se dirigió a mí formalmente por mi nombre y me ofreció las presentaciones.

Poroso, fofo y conscientemente distinguido, el señor Braughton Lane.

Esbelto, con cara de hurón e impecablemente trajeado, el señor William Harper.

Calvo, rechoncho y con monóculo dorado, sir Douglas Wetheringdon.

Alto, delgado, arrugado y envejecido, con la mirada intensa y un aire de orden estudiado, el coronel Lawrence Mattington Brown.

—El señor Kemp es el abogado que les mencioné —comenzó Kilbranson. Los otros hombres asintieron con sobria apreciación de... ¿qué? ¿Qué demonios podría haberles dicho mi cadavérico cliente que fuera tan memorable?

—Espero que esté a la altura de su reputación —comentó Braughton con su voz profunda.

Hice una reverencia, que fue lo único que se me ocurrió. Todo era ridículo. No era que imaginara que mi reputación era mala; por el contrario, sabía que era respetado —o, antes de que mi vida se hubiera visto afectada por el drama gótico, lo había sido—, pero no era sir Abraham Haphazard, ni siquiera un Cartón de Sydney. Nunca se escribirían libros sobre mis triunfos legales. Era un abogado sólido y fiable, pero carecía tanto del carisma como de los recursos que podrían haber llamado la atención de alguien.

Sir Douglas estaba hablando... Arrastré mi mente a la habitación con esfuerzo y me esforcé por concentrarme en su pesada perorata.

—Para escuchar lo que alguien de su experiencia podría tener que decir sobre el asunto.

Hizo una pausa, y todos los hombres me miraron, esperando una respuesta.

El silencio reinó por unos momentos, hasta el punto de sentirse incómodo. Luego hice una leve reverencia e intenté imbuir mis modales con un aire de sagacidad y cautela.

—Me temo, sir Douglas —respondí con una voz tranquila y convincente—, que debería exigir una gran cantidad de información antes de poder expresar algo tan peligroso como una opinión.

Broughton Lane se echó a reír. La voz del hombre, agudo y cacareando, casi me hizo estremecer.

—¡Ustedes, los abogados, son demonios calculadores, malditos sean!

Y luego se rio de nuevo. En medio de esa hilaridad desagradable, la puerta se abrió para admitir a nuestro anfitrión. Los ojos de Popescu brillaron con el triunfo de la visita real. Él nos sonrió a través de esos notables dientes blancos. —¡Capital! —gritó, y sonó como un personaje de una novela inglesa—. ¡Capital! Su Alteza se ha marchado, pero habló muy bien de mi pequeña reunión.

Se frotó las manos y, por un momento, creí ver un cabello suave y oscuro en sus palmas. Un momento después vi que estaba equivocado. Un extraño juego de la luz, que conspiró con mi imaginación hiperactiva, alimentada por los detalles escabrosos del folclore y de Stoker.

Traté de recordar dónde se había originado la idea del fenómeno de las manos peludas, pero mi investigación no había sido lo suficientemente académica como para apoyar tal recuerdo.

—Ahora, Wetheringdon —exclamó el conde (recapturando efectivamente mi atención), deje de preocuparse por mi abogado y por sus planes y chanchullos inmobiliarios

Sir Douglas se mostró bastante ofendido, aunque intentó sonreír.

—Venga, señor Kemp —continuó Popescu—, queremos hablar con usted de negocios. Estos hombres son parte de mi plan.

Sonrió como lo haría un rey al arrojar regalos a una masa de plebeyos. Los tres hombres se inclinaron. Kilbranson parecía sombrío.

—De hecho —continuó—, su propia participación en un establecimiento inglés altamente respetable, un club, como deberíamos llamarlo, los califica particularmente para esto. Incluso puede simplificar nuestros procesos de organización. ¿Por qué establecer una nueva empresa cuando podemos simplemente unir nuestros esfuerzos a una que ya existe? ¿No es bueno, acaso, que mis propias actividades honorables se unan con los desarrollos más notables y brillantes de una sociedad progresista?

Parecía querer una respuesta, así que hice un ruido sin compromiso. Mattington—Brown explotó.

—¿Sociedad progresista? ¿Cómo puede una sociedad ser progresista con todos los abusos espantosos y criminales que ocurren? Desde la iglesia hasta el parlamento, todos ellos están plagados de vendedores ambulantes de tonterías anticuadas, y hacen un libro al respecto, les puedo decir. Ese es el enemigo, y tenemos que erradicarlo, destruirlos hasta que...

—El coronel —lo interrumpió Popescu en un tono mordaz que hizo callar al hombre de cara enrojecida—, es un hombre apasionado. Si bien respetamos su cálida sangre, no consideramos que una expresión tan imprudente sea útil.

El incómodo silencio que siguió fue interrumpido por un resoplido del propio coronel. Sacudió la cabeza, gruñó algo que no pude entender, y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Los ojos de Popescu, por un momento, se llenaron de emoción, y luego se desvanecieron en una expresión ausente, elegante y aristocrática. Los demás siguieron mirándolo. Kilbranson incluso frunció el ceño. Abrió la boca para hablar, pero un ruido sordo le sobresaltó.

Todos nos volvimos para mirar a la joven Lydia, dormida, con la cabeza apoyada en la esquina de un sillón. El plato de comida que le había puesto sobre ella se había deslizado de su regazo,

cayendo en cascada por su falda hasta aterrizar en el suelo. Como si sintiera nuestros ojos sobre ella, se despertó, miró con los ojos asustados de una niña despertada de repente y gritó con horror:

—¡Soy la única mujer que queda!

Salió de su lugar de sueño improvisado con más agilidad que gracia y abandonó la habitación con prisa.

Murmuré algo y seguí para intentar ayudarla a recuperarse. Era demasiado tarde cuando la encontré, todavía enrojecida de desazón, al lado de su prima, lista para partir. Allí estaba su escolta, Anghelescu, y solo recibí una tímida sonrisa de agradecimiento de parte de la joven prima nerviosa y un gesto majestuoso de la mayor. Me quedé incómodamente de pie junto a la puerta, viendo mi papel usurpado por aquel extranjero aceitoso, atrapado en un limbo entre seguir ayudando o marcharme.

Vacilé unos instantes y pedí a una pequeña criada de ojos brillantes y mejillas rosadas mi sombrero y mis guantes.

—Mañana por la mañana...

La voz de Kilbronson, que llegaba de mi espalda, sonó extrañamente desencarnada. Luego me volví para ver su rostro de cadáver y la inquietud se intensificó: aquel hombre debería ir a la playa o algo así, para que el color pudiera, por una vez, alegrar su rostro pálido.

—Mañana por la mañana... Por ejemplo a las diez, ¿le parece?... Vaya a esta dirección, señor Kemp, y hablaremos más a fondo.

Mientras hablaba, escribió una nota en un papel sin adornos: The Hall, calle Great Queen.

Asentí y salí de la casa, apresurando la marcha para evitar más conversaciones.

El final de la velada me dejó confuso e insatisfecho, a pesar de que el conde me había garantizado su confianza en mi trabajo, fuera lo que fuera lo que esperaba de mí.

CAPÍTULO XIII

26 de junio de 1900, West End, en particular calle Great Queen, con una breve incursión en Maiden Lane.

(Del diario de Jonhatan Harker). Estuve esperando un tiempo que se me antojó interminable, invadido por toda clase de dudas y temores. ¿A qué clase de sitio había llegado, y con qué clase de gente iba a encontrarme? ¿En qué siniestra aventura me había embarcado? ¿Acaso era aquel un incidente corriente en la vida de un pasante de abogado a quien habían enviado a explicar a un extranjero cómo adquirir una propiedad en Londres?

A la mañana siguiente, cuando me detuve frente a la imponente fachada del Templo Masónico, me arrepentí de haber aceptado sin más la invitación de Kilbronson. A decir verdad, podría haber aceptado cualquier propuesta en mi ansia por escapar de la fiesta de Popescu. Y, sin embargo, había algo incómodo en la idea de todas esas chaladuras espirituales. Ni siquiera era la tontería de los papistas, sino algo que los ingleses, hombres de razón y progreso, que deberían haber tenido mejor criterio, abrazaban. Y, de todos modos, no me importaba en absoluto.

El edificio era enorme, oscuro y grandilocuente; uno de aquellos soberbios monumentos al poder y a los privilegios. No se trataba del poder de la sociedad de Londres, sino de algo más: el poder del dinero y la política. Eso me irritaba. Sentí un profundo desprecio por aquellas cosas, un desprecio común a la mayoría de los hombres y que claramente nace de la envidia. Mientras subía los escalones de mármol y atravesaba los pasillos recubiertos de madera, sabiendo que me habían convocado para hablar dentro de aquellos muros santificados por siglos de influencia aristocrática, sentí una extraña mezcla de asombro y resentimiento, quizás por el hecho de que me sentía indigno de entrar.

Finalmente, hay que admitirlo, la voz de mi padre calvinista se levantó en mis oídos, condenando incluso mi inocente presencia en ese lugar.

En la puerta me presenté a un lacayo respetablemente vestido, que me guió rápidamente por el edificio. No fui consciente de que tenía unas expectativas determinadas hasta que entré en el vestíbulo: esperaba ver salones de mármol; viejos ingleses dignos que murmuraban encantamientos mientras se apresuraban, vestidos de forma incongruente con túnicas oscuras y decoradas; una suerte de altar de sacrificios pagano; antorchas, velas e incienso.

Y, en cambio, me encontré con la atmósfera inocua, suave y ligeramente húmeda de cualquier respetable club inglés. Había mármol, sí, suelos de baldosas blancas y negras en todas las direcciones, pero no se veían las salpicaduras de sangre de los sacrificios de medianoche ni las marcas de garras que habrían dejado las víctimas al defenderse. Cuando escuché el crujido de los periódicos en una habitación lateral, probablemente la biblioteca, me sentí completamente tranquilo. Dentro del conjunto de templos, círculos y ritos, esto me resultó familiar y nada amenazante. Ni siquiera mi padre habría podido expresar ninguna objeción.

Debí de lanzar un suspiro de alivio, porque un hombre delgado, también vestido de un modo exquisito, se me acercó y comentó irónicamente:

—No es exactamente lo que esperaba, ¿eh, señor Kemp?

Le di los buenos días al señor William Harper.

Despidió al lacayo con un gesto de la mano.

—Yo acompañaré al señor Kemp, Briggins.

El lacayo se inclinó y desapareció. Mientras continuábamos caminando, Harper comenzó una conferencia con tono de catequesis:

—Sr. Kemp, ¿qué sabe de la Orden Hermética de la Aurora Dorada?

—Muy poco —admití, aunque “nada en absoluto” hubiera estado más cerca de la verdad.

—Supongo, entonces, que tampoco sabe nada del Templo de Isis–Urania...

Una risita nerviosa de colegial se precipitó a mi garganta y se quedó allí por un momento, antes de hundirse de nuevo en la boca del estómago. En silencio, reconocí mi ignorancia con un humilde asentimiento. Harper, satisfecho tras esta simple pesquisa, emprendió su soliloquio didáctico, como un joven estudiante que recita con entusiasmo una lección bien aprendida cuando aparece una nueva víctima.

—No lo aburriré con la historia de la masonería, señor Kemp, ni intentaré explicarle las diversas ramificaciones de sus principios en las muchas sociedades y templos que se encuentran solo en Inglaterra. Nosotros, miembros del Templo de Isis–Urania, aportamos algo único a este conjunto: vamos más allá del espiritismo mezquino y de la emoción del esoterismo. Hemos unido nuestro estudio del naturalismo científico a algo que no puede ser totalmente capturado por él, y ese algo es... mágico.

Al pronunciar la última palabra, abrió teatralmente una pesada puerta con paneles para revelar una pequeña habitación, con el suelo blanco y negro como el resto del edificio y una mesa larga y negra en el centro. Sentados a la mesa estaban los caballeros que había conocido la noche anterior, con Kilbronson a la cabeza.

Popescu no estaba presente, pero Anghelescu estaba sentado como su representante a la derecha de Edgar, con su habitual aspecto cadavérico. La escena parecía ensayada, y corrí a mi asiento indicado con la sensación de que mi propia actuación no satisfacía las dramáticas expectativas de mis anfitriones.

—Veo que se ha anticipado, Harper —comentó secamente Kilbronson (y, pensé, con un toque de irritación)—. Continuaré con la historia, señor Kemp, tal vez brindando información que mi colega haya olvidado.

La perorata de Kilbronson fue mucho más desagradable que la de Harper: con su apariencia poco atractiva y su voz, calculadamente precisa como un narrador poco imaginativo, fue aún más perturbadora cuando impostó el tono y el fervor del verdadero creyente.

El resultado habría sido cómico si uno se hubiera atrevido a reírse de un hombre tan serio.

—Seguimos los pasos de los grandes hombres, montados sobre los hombros de gigantes. Woodman, Westcott, Mathers. Creemos en el avance del hombre a través del estudio y la conciencia de los cuatro elementos básicos: tierra, agua, aire y fuego. Nuestros fundadores fueron hombres de gran inteligencia, el tipo de hombres que son críticos para el establecimiento de un orden social avanzado, mayor. Sabían, como nosotros, que eso solo pueden aprenderlo tales hombres, no la manada común, que se deja engañar fácilmente por la vieja superstición de los sacerdotes, rindiendo pleitesía a la sabiduría de los antiguos. La ciencia ha hecho mucho para explicar las cosas que las generaciones anteriores deben haber planteado como mero misterio. El misterio en sí no se destruye, por supuesto. Ahora es claramente la tarea de los grandes hombres comprender y ejercer el poder de lo místico.

—¿Puedo añadir una palabra? —preguntó alguien en la mesa, una mujer, cuya presencia no había notado antes. No era ni joven ni atractiva: una señora bien conservada de mediana edad, ataviada con gafas y tweed.

—La señorita Philippa Young —la presentó Kilbronson—, uno de nuestros miembros más respetados.

Debí aparentar sorpresa, ya que Kilbronson nunca había externalizado tendencias sufragistas.

—Sí —agregó—, aceptamos a las mujeres en nuestra Orden. Incluso pueden servir con nosotros en perfecta igualdad y pueden avanzar como ellos en la jerarquía a la Segunda Orden. No podríamos ser de otro modo, cuando nuestra propia existencia se deriva de la carta de Anna

Sprengel.

Una vez más, el nombre no me dijo nada, pero claramente significaba algo para él y para sus compañeros, ya que intercambiaron miradas de complicidad y asintieron.

—Uno no puede sumergirse imprudentemente en un club como el nuestro —advirtió la señorita Young, que no parecía particularmente complacida durante la generosa explicación de Kilbranson sobre su presencia—. Este no es un credo simple para hombres simples.

El énfasis no había sido cosa de mi imaginación, porque Kilbranson se sonrojó.

—Claro que no —exclamó indignado.

Luego se apresuró a seguir el impulso de su sermón:

—Por este motivo, señor Kemp, le enviamos esta invitación: queremos que se una a nuestros estudios. No podemos prometerle que le iniciaremos en nuestra Primera Orden, porque no conocemos todavía el tenor de su mente. ¿Podrá entender la Cábala Hermética? ¿Podrá unirse a las tres partes de la sabiduría de todo el universo? ¿Qué sabe de la alquimia? ¿Astrología? ¿Teúrgia? Estaba a punto de admitir que no sabía nada de ninguna de aquellas cosas, pero él continuó, demostrando que la pregunta era, esencialmente, retórica, y se agitó con elocuencia, disertando sobre las emanaciones de la divinidad, la divinidad compartida, los diez *sephiroth*, el *Libro de Enoch*, los rosacruces (“rosae rubeae et aureae cruces”) y varios aspectos de la magia, como el viaje astral. Cuando habló, bajando la voz, de los “Jefes Secretos”, mi mente se volvió vidriosa y miré a mi alrededor para ver el efecto sobre los otros asistentes.

Algunos de ellos seguían asintiendo y con actitud devota. Un hombre parecía decididamente molesto; otros, claramente, no estaban escuchando.

Kilbranson estaba en la mitad de la frase cuando le interrumpió la voz templada de Anghelescu:

—Por muy importante que sean todos esos antecedentes, señor Kilbranson, quizás sería mejor abordar las necesidades prácticas del momento, en lugar de dedicarse al proselitismo.

Kilbranson enrojeció, si tal cosa fuera posible en un hombre sin sangre, pero no dijo nada más. Anghelescu reconoció su silencio con un gesto de apreciación.

—Bien, querido señor Kemp, el conde Popescu me ha delegado para que le encargue que encuentre un lugar para nuestras reuniones. Un centro de operaciones para sus esfuerzos.

—¿Y cuáles son...?

La pregunta, que me había preocupado tanto durante semanas, vino a mis labios casi antes de que pudiera pensarlo. Anghelescu sonrió:

—Veo que su mente de jurista nunca descansa —dijo en un tono condescendiente—. Le gusta ir directamente al fondo del asunto. El conde ha elegido bien a su asesor.

Entonces se lanzó a una serie de detalles profesionales, que me explicó en un tono de administración eficiente que se adaptaba bien a su papel de secretario. Hasta entonces no había considerado la cuestión de sus capacidades, pero, a regañadientes, tuve que admitir que parecía adecuado para el trabajo.

—Nuestra oficina es un establecimiento tripartito, que ofrece lo siguiente: oportunidades escolares o aprendizaje profesional para los más desfavorecidos y discretas obras de caridad para aquellos que no pueden beneficiarse de ninguna de nuestras otras dos ramas.

—¿Desea el conde establecer una organización de caridad? —le pregunté, con cierta sorpresa.

—En efecto —dijo Anghelescu—. Considera que ese es un primer paso vital para el correcto reordenamiento de la sociedad. La clase de los desfavorecidos es la parte más débil del cuerpo social; requieren asistencia y apoyo. También necesitan educación y capacitación para elevarlos de su actual miseria. Para lograr eso, hace falta el trabajo de una organización que supere las

fronteras nacionales. Su trabajo se basa en modelos ya establecidos en varios países más pequeños. Para ponerlo en marcha, requerimos lo siguiente: primero, un edificio desde el que centralizar nuestros esfuerzos. Ni la casa del conde ni esta ubicación son adecuadas para ello. Necesitamos espacio para una oficina de secretaría, una sala para entrevistar a los candidatos, otra a través de la cual se canalicen las donaciones caritativas...

Fui escribiendo una lista. Al terminar, me encargó oficialmente que buscara y alquilara un inmueble apropiado, así como que me informara de todos los aspectos legales y estableciera las conexiones necesarias con las organizaciones gubernamentales en favor de los pobres, e incluso que buscara el apoyo de filántropos bien posicionados e influyentes.

Anghelescu, de repente, levantó la vista de sus notas:

—Parece que esta conversación continuará por un rato, caballeros. Por favor, no se sientan obligados a permanecer con nosotros.

Fue evidente que los estaba despidiendo. Los representantes de Isis–Urania, torpe pero obedientemente, abandonaron la sala. Kilbranson fue el último en irse, dudando en la puerta y mirándome con una intensidad que parecía indicar una emoción fuerte, aunque quién podría decirlo en un hombre así. Cuando la puerta se cerró, me senté con mi pluma levantada, expectante ante el catálogo de tareas que Anghelescu debía continuar. No habló, así que alcé la vista. Tenía una amplia sonrisa.

—Piensa que todo es una tontería, Sr. Kemp, ¿no es así?

—¿Una tontería?

—Sí —dijo—. Un disparate. Toda esta charla de magia y sociedades secretas. Usted es un escéptico, señor Kemp.

Parecía decidido a escuchar mi opinión sobre todo el asunto, pero yo quería ser discreto.

—No estoy en posición de juzgar a la sociedad, señor Anghelescu —dije con frialdad—, ni es ese el trabajo para el que el conde me ha contratado.

No pareció preocupado por mi tono ni por mi renuencia a comprometerme en ese tema. Volvió a sonreír y se recostó en su silla, alzando los ojos hacia el techo, decorado con primor, y habló con el tipo de voz que un hombre podría usar en un momento de meditación con un amigo de confianza e íntimo.

—Nuestro país es un lugar problemático, preñado de ignorancia transmitida por los sacerdotes, donde la ayuda a los pobres es vista como un abuso, tanto por los propios pobres como por los que los tiranizan. El conde lamenta esto profundamente y cree que su país ofrecerá una mayor oportunidad para sus ambiciones.

—¿Es un filántropo, entonces?

—No, es un humanista.

—Me pregunto, entonces, cuál será su interés en todo este asunto del templo...

—Digo, señor Kemp, que el conde comprende muy bien los peligros de una tierra gobernada por los rituales arcaicos y por el despotismo de los sacerdotes. Sin embargo, no está ciego ante los peligros de esta nueva tierra. No, él cree, como yo, que debe haber un punto medio saludable entre la tiranía de la superstición y la tiranía de la ciencia, que ha descartado cualquier cosa inexplicable de acuerdo con las reglas de la investigación científica. Ya sabe lo que dice su Shakespeare: *Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, que las soñadas en tu filosofía*. Nuestros amigos aquí en el templo se parecen mucho más a nuestros aliados ideales de lo que usted podría pensar, y su propia renuencia juega a su favor. La aceptación inmediata y crédula de algo tan desconocido, tan fuera de su comprensión... sería el signo de una mente débil. Y el conde no depende de mentes débiles para lograr su objetivo.

Debería haber sido algo tranquilizador escucharlo, especialmente porque la asociación con Kilbranson, que aparentaba ser un espiritualista desequilibrado, me resultaba cada vez más ridícula e inquietante. Aun así, y con todos los delicados halagos que Anghelescu insinuó durante el resto de nuestra conversación —que, por lo demás, consistió en detalles comerciales nada amenazantes—, no pude evitar mi incomodidad ante aquel edificio y ante todo el asunto.

Estaba parado en los escalones del templo cuando la voz de mi padre regresó a mi cabeza, tan fuerte que fue como si él estuviera a mi lado, frunciendo el ceño bajo sus cejas pobladas, vertiendo sobre mí toda su indignación calvinista: —Y aquellas almas que se entregan a tales espíritus y a los hechiceros, y van detrás de ellos, les volveré mi rostro y las separaré de mi rebaño.

Experimenté fuertes sentimientos de culpa y de vergüenza, pero los sacudí.

Cuando agité físicamente la cabeza para liberarme de la censura de un hombre que llevaba mucho tiempo muerto, mis ojos se posaron en una silueta que era extrañamente familiar, pero que no identifiqué de inmediato.

Un instante después lo logré: era la vieja señora Lawson.

En verdad, no podía tener una edad muy avanzada, o al menos nunca me lo había parecido. Aunque, tenía que admitirlo, en realidad no había pensado en ella en absoluto, excepto como una figura de decorado, siempre haciendo de celestina. Me pregunté si había sido cruel al caracterizarla así.

Caminaba lentamente, vestida de un negro sobrio, sin sonreír y aparentemente ajena a todo el ajetreo y la indiferencia de la multitud de Londres.

Me acerqué y la llamé por su nombre. Levantó la vista y me miró por un momento antes de reconocermelo. Luego me saludó con amabilidad y me permitió acompañarla, pero se mantuvo distraída, como si no estuviera completamente presente, ajena tanto a mí como a lo que ocurría en la calle.

No la molesté con intentos de conversación. No estaba ansioso por escapar, aunque no sabía muy bien por qué: tenía mucho trabajo por hacer, y servir de acompañante de la abuela de una joven muerta cuyo nombre había sido relacionado con el mío... Bueno, no era el escenario más atractivo.

Caminamos en silencio durante algún tiempo, puede que casi una hora, hasta que llegamos a los límites de Hyde Park. Había varios grupos de personas de paseo: una niñera que luchaba con tres niños salvajes de pelo negro; parejas jóvenes en ritual de cortejo, respetuosamente alejados; un hombre de negocios contemplando una bandada de pájaros con aires de estudioso. Me pregunté cuál de estos había atraído la mirada fija de mi acompañante. Después de un instante, me miró con los ojos llenos de lágrimas. Sonrió y habló con amabilidad, pero sus palabras fueron ácidas:

—Es difícil aceptar la felicidad en los demás cuando tu propio mundo está roto en pedazos. Por fuera parece que estás vivo, pero estás muerto por dentro. Y luego ves amantes en el parque, riendo y exhibiendo su alegría, y niños que corren hacia sus madres, impacientes y cansadas... Qué ingrato. Esos niños podrían esfumarse en un instante. Podrían quedarse solos. Qué difícil es evitar la envidia en los momentos de más oscuro dolor. Odio a la gente feliz —agregó con melancolía.

No sé si había concebido aquella reprimenda para mí, pero lo cierto es que me dolió. Pensé en Esther Raveland, cuyo rostro se dibujó de inmediato en mi mente y provocó un torrente de emociones en conflicto. Entonces pensé en Adele Lawson y descubrí que no podía recordar su cara.

Miré a la anciana que estaba ante mí, pequeña, rígida, educada y desgarrada interiormente. No había nada que pudiera decirle.

Tomó mi brazo de nuevo y seguimos nuestro camino. La dejé en su casa, rechacé cortésmente la oferta de un té y regresé a mi oficina. El trabajo era complicado, pero me aliviaba. Me apliqué diligentemente a las tareas que me había asignado el secretario del conde. Al caer la noche, sentí que había avanzado bastante en la ejecución de los deseos de Popescu, así que me fui a casa con la conciencia profesional tranquila. Mi conciencia personal era cosa distinta.

El aire nocturno —caliente, pegajoso y opresivo— me devolvió los sentimientos desagradables que las labores profesionales habían eclipsado. Adele estaba de nuevo en mi mente. Quizás era cosa de la cara de su abuela, pero descubi que podía reconstruir claramente el rostro de Adele, y también otras cosas. Recordé varios momentos agradables con ella, momentos que habían contribuido a cultivar las expectativas públicas de nuestra relación. Era innegable que después de eso yo había deseado escapar de tal trampa, pero tampoco se podían negar esos encuentros anteriores. Había sido algo hermoso, dulce y encantador, con una atención halagadora que no era, o no parecía ser, del todo insincera. Pensé que la vida junto a una esposa como ella no habría sido tan desagradable.

Un carruaje estuvo a punto de atropellarme y me obligó a dar un salto. Divagar tanto podía ser peligroso. Seguí el camino apretando los labios, negándome a caer en ninguna distracción, por muy fantasmagórica que fuese.

CAPÍTULO XIV

1 de julio de 1900, Soho y otros lugares igual de sórdidos.

(Del diario de Mina Murray Harker). ¡Parece tan encantadora mientras duerme! Pero está más pálida que de costumbre, y su rostro hinchado y ojeroso tiene una expresión que no me gusta. Me temo que algo le atormenta. Ojalá pudiese averiguar de qué se trata.

Pasaron varios días ensombrecidos por noches de pesadillas, cada una más dolorosa que la anterior. Adele siempre estaba en peligro, sufriendo, a veces en mis brazos. Nunca podría ayudarla; me limitaba a observar la violencia oscura, incapaz de salvar a aquella víctima juvenil y delicada.

Los sueños me mantenían agotado de día y mi trabajo era cada vez menos productivo. En la noche final de una larga serie de pesadillas, los miembros de la Aurora Dorada estaban alineados al fondo de la sala, con sus rasgos aristocráticos, vestidos de pieles y con capas cubiertas de pedrería y extraños símbolos bordados por todas partes. Y frente a ellos no había vampiros con capas negras, sino papistas de cara excéntrica en hábito blanco, que sonreían radiantes sin hacer nada.

Al día siguiente, cuando los grandes volúmenes de documentos legales, los papeles polvorientos y los casos sin resolver comenzaron a asfixiarme, abandoné mi oficina temprano, ignorando las miradas de desaprobación de Francis Carstairs —al tipo, últimamente, le había dado por juzgarme. Tenía el capricho de visitar a mi madrina.

La señora Barbara Fitzalan era una mujer de buen carácter, profundamente tolerante, con una mentalidad humanista teñida de entusiasmo por todo lo espiritual. En mi infancia era una mujer amable, alegre y de mediana edad; ahora era una anciana extraña y alegre. Aunque algo vaga en sus creencias, se mostraba insistente sobre ciertos puntos, aunque fueran contradictorios. Por ejemplo, era caritativa y generosa con toda criatura viviente, pero inequívoca en su postura contra lo que consideraba ideas o personas peligrosas. También era impredecible en sus planes de ataque, y me lo demostró al poco de llegar.

—Te sientes mal por esa chica, ¿verdad, John?

Por un momento no estuve seguro de a qué chica se refería. Entonces me acordé de Adele y me sentí culpable.

—Era bastante volátil —continuó mi madrina—. No era digna de ti, y eso que tú puedes ser un tipo muy aburrido a veces, John, y lo sabes... Pero lo siento por ella de verdad. No hacía daño a nadie. No sé qué hará su abuela.

Meneó la cabeza en unos cuantos asentimientos reflexivos y luego, con una campanilla de plata, llamó a su doncella.

—¡El té, Doris! —ordenó, asintiendo una vez más vigorosamente.

Sus sirvientes debían estar acostumbrados a sus deseos y rutinas, porque la doncella salió y corrió unos minutos más tarde con una suntuosa merienda delicadamente dispuesta en varias bandejas de plata con manteles de encaje. Aquella rapidez parecía indicativa a la vez de entusiasmo y de planificación.

—Come, John. Estás demasiado delgado ¿Has estado preocupado últimamente? Oh, por supuesto que sí. Realmente es triste, pero necesitas pasar el duelo y seguir adelante, querido. Eso debes hacer. Y luego podrás decidir qué es lo que realmente necesitas hacer con tu vida.

El asentimiento se hizo aún más enfático en ese punto.

Sabía bien hacia dónde iba la conversación, o pensaba que lo había, y traté de desviar los comentarios sobre mi soltería.

—¿Esa pastora es nueva, tía Barbara?

Coleccionaba estatuas de porcelana, especialmente de temática pastoril. La habitación estaba llena de ovejas, incluso bordadas en la tapicería.

A mi madrina, claramente, no le impresionó mi intento: se limitó a mirarme con ironía y volvió a mover la cabeza:

—Me han hablado de una reunión, John. Es en casa de los Bassington-Smith. Es una oportunidad maravillosa para que encuentres el consuelo que necesitas, para que la chica te diga que todo está bien y que debes seguir adelante.

—No creo en ese tipo de tonterías. Lo sabes, tía Barbara.

—No seas tan escéptico, John. Te puede dar un poco de alivio. Si no lo hace, bueno, es inofensivo, ¿no es así? Los Bassington-Smith siempre tienen una comida maravillosa y la charla no es nada aburrida. ¿Acaso tienes algo mejor que hacer con tu tiempo, sin contar el trabajo?

Me persiguió con la tenacidad de un terrier y, atrapado bajo platos de sándwiches, bollos y petit fours, no fui capaz de resistirme.

La voz de mi padre no volvió a sonar en mi mente, o más bien fue ahogada por la de Anghelescu, quien repetía una y otra vez aquella persuasiva cita inexacta de Hamlet.

Al final, simplemente no pude encontrar ninguna razón lo suficientemente convincente como para no ir, así que fui.

La señora Lillian Bassington-Smith, una matrona muy respetable con un esposo muy respetable, organizaba fiestas muy respetables a intervalos discretos y apropiados. Intentaba aparentar un estilo bohemio de una forma mesurada y cautelosa: no demasiado como para desafiar su propia respetabilidad, pero tampoco demasiado poco como parecer absurdo o caricaturesco en comparación con las almas verdaderamente comprometidas con la oscuridad, el arte, la ambivalencia moral y la moda descuidada. Abrazaba superficialmente todos los principios de los verdaderos bohemios, excepto la pobreza, la ruptura radical de las convenciones sociales y la tolerancia absoluta hacia aquellos como ellos. Como resultado, representaba un refugio seguro para los aficionados al espiritismo que no querían ver manchada su reputación. Así, la señora Lillian Bassington-Smith estaba a la vanguardia de cada nueva creencia que resultara novedosa, atrevida y no demasiado objetable, y sus reuniones tenían mucho éxito, pese a que eran terriblemente aburridas.

Aquella, en particular, iba a ser pequeña. El espiritismo tiene sus momentos de popularidad y de emoción, pero no suele ser propicio para el entretenimiento a gran escala. Por otro lado, ella no estaba dispuesta a rebajarse al nivel de los magos de salón. Sus esfuerzos siempre apuntaban a algo más elevado.

La señora Lillian Bassington-Smith me recibió con su voz resonante:

—¡Señor Kemp! ¡Mi querido señor Kemp! Así que ha venido a nuestra pequeña excursión en la eternidad... Venga, por favor, a la habitación y espere a nuestro invitado más especial.

Me presentó con mucha pompa y después todos me ignoraron.

La habitación era pequeña. Las ventanas estaban veladas por cortinas de color púrpura oscuro, al igual que gran parte de tres de las paredes. Un extraño tapiz cubría la cuarta: representaba una escena llamativa en un estilo pseudo—clásico. Intenté identificarla, pero los detalles eran demasiado vagos. Ovidio, una vez más, profanado por las burlas.

En medio de la habitación había una gran mesa redonda con incrustaciones verdes, cubierta con un mantel bordado con un símbolo que me resultó extrañamente familiar. Y sentada a la mesa estaba Esther Raveland.

Antes de que pudiera reaccionar, escuché una voz risueña a mi lado.

—Parece que estamos destinados a encontrarnos en circunstancias llenas de significado

sobrenatural, señor Kemp. No imaginaba que después de nuestra charla iba a convertirse en un experto...

¡Anghelescu! Aquel extranjero oscuro y centrado en sí mismo. La situación no podía ser más inoportuna: después de haber sido escéptico respecto a Isis—Urania, ahora me había visto en aquella ridícula velada.

Musité una respuesta vaga y él regresó a su lugar, supuse que todavía riéndose de mí.

También estaba allí Lydia, aún más infeliz y más fuera de lugar que en la fiesta de Popescu.

—Essie quiso venir —lamentó ella, como si aquel fuera su lamento habitual—. Mamá ni siquiera sabe que estamos aquí. Essie me hizo prometer que no se lo diría. Siempre le cuento todo a mamá. Ella es más que insistente con eso... No entiendo por qué Essie se porta así. Quiero decir, Essie es maravillosa, pero todo esto... Todo esto me asusta. Mamá dice que todo es culpa del tío James, y creo que debe de haber sido un hombre verdaderamente terrible, ¿no cree?

La habitación estaba repleta de gente organizada en corrillos torpes y nerviosos. Las leyes de etiqueta aún no habían abordado los detalles y protocolos de la pequeña charla antes de una sesión de espiritismo.

—Siéntense —dijo, con una sonrisa, nuestra anfitriona.

Todos obedecemos. Lydia se sentó a mi lado. Junto a ella había un debutante que reía nerviosamente, y más allá su acompañante, claramente desconcertado. La siguiente era Esther Raveland, y junto a ella, reteniendo ese orgulloso lugar como si fuera un indicativo de propiedad, estaba Anghelescu. Mi malestar era profundo, aunque no sabría decir si era consecuencia de haber quedado en ridículo (¿quién me habría mandado aceptar el encargo del conde?) o de un impulso romántico frustrado.

Nuestra anfitriona estaba al otro lado. Había otras tres personas a las que no reconocí, incluido un hombre elegante con el pelo barnizado en brillantina que sonreía con aire burlón y afectado. Finalmente, del otro lado, una mujer esbelta e imparable, vestida simplemente de gris y sin adornos.

—Es la duquesa de M. —susurró Lydia en mi oído.

Alguna mano invisible apagó las luces y quedamos rodeados de oscuridad, a excepción de los oscilantes parpadeos de las velas. Me senté.

Se escuchó una risa de mujer, que pronto se convirtió en sollozo. No era Lydia, quien temblaba en silencio a mi lado; sospeché de la debutante. La señorita Raveland no podría haber emitido semejante ruido. Podía imaginar la mano del corpulento Lothario, rozando sigilosamente su mano para reconfortarla. Yo no sabía si era más fuerte en mí el desprecio o la envidia: si yo hubiera intentado confortarla de ese modo sin duda habría sufrido un rápido rechazo, y tal vez incluso un fuerte golpe en mi autoestima masculina, pues su lengua era bien afilada.

Alguien debió de tirar de una cuerda, ya que las cortinas se abrieron, aparentemente solas, y mostraron una figura cubierta de negro, con una gran túnica bordada crípticamente en oro y plata intrincados. Era una mujer. Su pelo era negro y lacio. Llevaba un maquillaje muy ornamentado, imitando el estilo que puede verse en la sala egipcia del Museo Británico.

—Madame Fortesque —la señora Lillian Bassington—Smith pronunció el nombre en tono profundo y resonante—. Madame ha venido a mostrarnos los misterios del más allá. A abrirnos las profundidades ocultas de lo desconocido. A traernos las almas de los muertos para que podamos escuchar de ellos todo lo que deseamos saber. Y... sí. Claro.

Tras esa conclusión tan poco convincente, se sentó de forma bastante brusca, dejando espacio a la medium.

Madame Fortesque le dio un aire formal al proceso. Sin duda era un fraude, pero no se podía

negar que la mujer sabía su negocio. Era un fraude hecho formidable por la fuerza dramática de su presentación.

Se sentó sin decir nada entre nuestra anfitriona y el hombre de la brillantina, y luego extendió las manos y canturreó con un tono aterciopelado de contralto:

—Junten las manos...

Sentí una mano aceitosa a un lado y una helada y temblorosa al otro. La debutante se rio.

—Silencio —no hubo más interrupciones.

—Espíritus —dijo la médium en tono tímido, —venid a mí, vosotros que habláis desde el Gran Más Allá. Venid. No temáis. Venid.

Mientras hablaba, giró los ojos hasta que quedaron en blanco tras los párpados medio cerrados.

Qué estupidez, pensé, molesto. Adultos entregados a la actuación dramática. Pronto empezarían los golpes en la mesa: recordé que esa era la artimaña empleada por las hermanas Fox, aquellas mujeres estadounidenses que engañaron a la multitud con su interpretación de la revelación de los espíritus. Un espectáculo teatral para entretener a los aburridos y a los mezquinos.

Como esperaba, el silencio sereno y frío se rompió con un sonido único y estremecedor: un golpe sobre la mesa.

—Venid, espíritus, venid.

Una vez más, silencio. Me pareció que había pasado un cuarto de hora, pero quién sabe si era menos de un minuto...

—Espíritus... Vosotros que habláis desde el más allá... Vosotros que...

En contra de mi buen juicio, mi piel comenzó a agitarse. Tuve la sensación de que una mano invisible estaba detrás de mí y se aproximaba a mi nuca. Pronto aquella mano se haría carnal y helada y pondría a mi cuerpo mortal en contacto con algún otro reino espantoso. Si mis manos pudieran ser libres para rascarme y acabar con la intriga... Pero aún la mano aceitosa y la mano helada permanecían unidas a las mías. Lydia me agarraba con tanta fuerza que sus uñas se clavaban en mi palma. No había escapatoria: era como si pudiera sentir las largas y afiladas uñas de un animal que rozaban el delicado vello de mi nuca.

Me estremecí, moví los hombros como para sacudirme la sensación y me aclaré la garganta.

Desde el otro lado de la mesa, alguien molesto me reprendió por mi ofensa. La luz parpadeó, así que no pude identificar cuál de mis compañeros había sido. Aun así, aquella distracción me vino bien: completó la tarea iniciada por mis hombros y me liberó de mi sensación.

De repente, las trampas teatrales me parecieron manifiestamente evidentes, y me resultó casi insultante la superficialidad de todo el ritual.

Fue ese momento cuando la incredulidad, que ya no estaba suspendida voluntariamente, volvió a reinar en mi cabeza.

Toc... Toc... Ahora se escuchaba una serie interminable de ruidos y movimientos. ¿De verdad, pensé, íbamos a recorrer todas las letras del alfabeto para escribir laboriosamente los mensajes de nuestro espectro visitante? Nuestro cuestionable entretenimiento siguió:

—Hay alguien aquí... alguien que clama por... el toque de esa... mano desvanecida... por el sonido de la... voz... eso sigue siendo...

Pensé en el poeta laureado. ¿Qué haría si pudiera escuchar desde su tumba sus hermosas palabras, recitadas en tono teatral en aquella absurda y pequeña farsa? Si estuviera de verdad presente, le habría otorgado a toda la farsa un aire de significado sobrenatural que, de otro modo, estaba por completo ausente. Su barba habría ayudado; no se requiere traje. ¿Los fantasmas usaban

disfraces, excepto en el escenario? Un nombre interrumpió mis fascinantes divagaciones.

—James... ¡James!...

Un temblor recorrió la habitación. Antes de que pudiera discernir su origen, ¿era Esther Raveland?, un grito atravesó el velo teatral de la sesión.

Lydia se levantó de un salto, rompió a llorar y salió corriendo, derribando varias sillas a su paso. La seguí rápidamente: en su estado de ánimo, podría salir sola a la calle y ponerse en peligro.

—Por favor —le dije—. Por favor, ¡espere!

Al escuchar mi voz, Lydia se pegó a la esquina y casi se agachó, como un zorro acosado en una cacería. Las lágrimas corrían por su cara y levantó las manos para protegerse, tal vez de la mortificación de ser vista, tal vez de una extraña amenaza espiritual, evocada por aquella escena.

Esther Raveland estaba a mi lado. Esperaba que fuera grosera y desdeñosa con su prima, pero se limitó a abrazarla y la calmó con susurros.

—Oh, querida —dijo—, no debí haberte traído aquí. Lo siento, Lydia. Vamos, tranquila. Todo está bien.

El llanto de Lydia se calmó pronto, quedando solo en un ocasional sollozo ahogado.

—Señoras —dijo Anghelescu—, he conseguido un carruaje. Las acompañaré de inmediato.

Se agachó para ofrecerle el brazo a Lydia, pero esta retrocedió en los brazos de su prima.

—No, no, gracias, por favor, no —jadeó, pareciendo luchar entre el miedo de disgustar a su prima, y tal vez a su posible salvador, y su profunda aversión a Anghelescu.

—Gracias —dijo Esther con firmeza—. Agradecemos la oferta, señor, pero creo que el señor Kemp ya se ha comprometido a acompañarnos a casa.

Viajamos en silencio, excepto por los ocasionales resoplidos de Lydia. La señorita Raveland parecía sombría, probablemente, esperaba, debido a su imprudencia, tanto por asistir a aquella ridícula farsa como por confiar en una criatura de aspecto sospechoso como Anghelescu para que las protegiera a ella y a su prima.

Cuando llegamos a su casa, Lydia corrió escaleras arriba casi de inmediato para descansar.

La señorita Raveland se quitó los guantes y el sombrero y se los arrojó a la doncella, quien se mostró bastante sorprendida por aquel comportamiento abrupto, propio de los americanos.

Yo estaba dividido entre un fuerte deseo de quedarme y un instinto incipiente que me pedía escapar lo más rápido posible. Cuando la criada me quitó el sombrero de las manos y me hizo un gesto expectante para que siguiera a la señorita Raveland al salón, me rendí al deseo.

La señorita Raveland no parecía tener muchas ganas de conversar.

Nos sentamos cada uno a un lado de la habitación, en silencio. Luego se levantó y comenzó a pasear. Yo me puse de pie, pero ella pareció no ser consciente de mi presencia. Finalmente me aclaré la garganta.

—Bueno, ya que su prima parece estar a salvo y...

Se volvió y vi que la emoción que la había mantenido en silencio no era el remordimiento, sino la ira.

—Aprecio su amabilidad con Lydia —dijo, con ojos brillantes—, pero no tiene derecho a juzgarme de forma tan severa. ¿Quién se cree que es para interrogarme?

—¡Nunca la he interrogado! —exclamé con asombro.

—Lo vi en su cara. Sé lo que está pensando. De todos modos, ¿qué demonios estaba haciendo allí, usted que presume de escéptico?

—No hace falta ser escéptico para reconocer un fraude —le contesté acaloradamente—. Y en cualquier caso es un asunto peligroso, está usted jugando con cosas que no entiende.

—¿Cómo? ¿Es una tontería o es sobrenaturalmente peligroso? ¿En qué quedamos? Tendrá que decidirse, señor Kemp. ¿Es malvado o absurdo? Y de cualquier manera me está insultando gravemente... Se cree usted un juez todopoderoso. ¿Qué derecho tiene a interrogarme o a juzgarme? ¿Es acaso mi institutriz o mi tutor?

Su rostro, enrojecido de pasión, era bellissimo. Enmarcado por el espeso y exuberante cabello oscuro e iluminado por la delicada luz del atardecer de un salón sin adornos, el toque de verde de sus ojos había adquirido un tono agudo y definido. Eran como el verde de la primavera, cuando alcanza ese momento intenso inmediatamente antes de que el amarillo del verano lo empañe.

Un nuevo sentimiento me invadió y superó el deseo de sacudirla para hacerla entrar en razón. Por un instante, pude ver a la señorita Raveland en mis brazos, mientras yo derramaba besos en su cara. Me quedé sin aliento. Eso me pasaba, pensé, por leer novelas.

—No la juzgo, señorita Raveland —le dije, poniendo gran cuidado en el tono—. Está en lo correcto, no soy quién para hacerlo.

—Pues menos mal que lo sabe...

Siguió una larga pausa, con sus ojos deslumbrantes fijados en mí. Otro pensamiento invadió mi mente y, antes de que pudiera controlar mi lengua, comencé a soltarlo:

—¿Quién es usted...?

Pero, antes de que pudiera terminar mi pregunta, la señorita Raveland se había alejado como si no me hubiera escuchado, con la espalda y el cuello rígidos.

—Buenas noches, señor Kemp —y el tono y sus modales sonaron a un adiós definitivo.

Así, expulsado, salí de la casa con un profundo sentimiento de insatisfacción.

Ya era más de medianoche y estaba cerca de casa. Estaba lloviendo y lo sensato habría sido apresurarme hacia las atenciones leales de Jenson, reconfortantes aunque a veces me irritasen.

En cambio, comencé a caminar. Anduve durante horas, dejando atrás las calles familiares para aventurarme por rincones oscuros que, incluso a la luz del día, la cordura me habría llevado a evitar. Mi mente era un campo arrasado; no era capaz de extraer ningún pensamiento, y ni siquiera la lluvia aliviaba esa sensación. Seguí andando, paso a paso, sin propósito ni destino.

Me sorprendieron las primeras luces del amanecer, que se agitaron delicadamente ante mis ojos, iluminando las gotas de lluvia. Cuando levanté la vista, vi que estaba de nuevo frente al templo masónico, que surgía de la oscuridad, silencioso y amenazador. ¿Qué rituales siniestros se llevaban a cabo en las entrañas de aquel extraño edificio? Parecía desierto; a buen seguro, los habituales del templo estaban en sus camas, profundamente dormidos. Me di la vuelta y seguí caminando.

A esa hora, las calles comenzaban a concurrirse. Estaba cansado de andar, cansado de estar mojado y cansado de mi propia vida. Tenía ganas de sentarme.

Descubrí que estaba siguiendo a una pequeña multitud de personas, que arrastraban los pies con prisa hacia una gran puerta en... ¿Dónde estaba? Maiden Lane. Parecía una iglesia. Dudé, pero me pareció una opción tan buena como cualquier otra. Después de las experiencias espirituales que había vivido, tal vez era hora de recurrir a la seguridad sólida del viejo cristianismo. No podía hacerme daño, y de todos modos si entraba me protegería de la lluvia, así que abrí la puerta.

Estaban en mitad de una ceremonia. Sin mirar a mi alrededor, elegí un banco en la parte de atrás, al lado de una familia con casi una docena de niños ruidosos y desaliñados. Alguien estaba leyendo la Escritura, pero no podía distinguir las palabras en medio de aquel bullicio. Cerré los ojos, fingiendo actitud contemplativa, o, al menos, atención, pero, en realidad, me esforzaba por ignorar su existencia y, en realidad, estaba a punto de quedarme dormido.

Todos se sentaron. Iba a empezar el sermón.

—En verdad es dura esta palabra —dijo una voz tranquila y mesurada desde el púlpito.

Era una voz que conocía, una voz extraña e incluso reconfortante, aunque la conocía desde hacía poco.

Abrí los ojos, mi visión se aclaró y me fijé en muchos detalles que habían pasado desapercibidos: la estatua de un niño pequeño; extrañas vidrieras con la imagen de una monja fanática... Volvió la voz y los niños repugnantes y entonces lo entendí todo: aquel lugar debía de ser una iglesia papista. Solo así se justificaba aquella ruidosa pesadilla. ¡Y probablemente serían todos irlandeses!

El padre Thomas Edmund Gilroy pronunciaba su homilía. Si alguien me hubiera preguntado en su conclusión lo que había dicho, apenas habría podido dar cuenta, pero el suave y rítmico fluir de su voz y la discreta precisión de sus argumentos me parecieron algo notable. Solo algunas frases quedaron prendidas en la red de mi confuso cerebro: *Un mundo que se ahoga en la sangre redentora de Jesucristo... Los que beben de su sangre... Misericordia profunda y duradera... Sacrificio de alabanza... La más perfecta forma de adoración... Acción de gracias... conversión... sacramento...* Y una y otra vez: *en verdad es dura esta palabra...*

Era como si estuviera hablando en una lengua extranjera, y sin embargo aquel discurso misterioso me consolaba.

Al fin acabó de predicar. Entonces, tras el altar, empezó un extraño y solemne ritual, algo parecido a un baile. Los otros asistentes parecían atentos y devotos, salvo algunas ancianas distraídas, una pasando cuentas y otra... ¿estaba tejiendo? Me sentía como un espectador de una ceremonia pagana.

—A veces sacrificamos anglicanos —me había dicho una vez un compañero de escuela papista.

Tenía ocho años en aquel momento, y la idea me había inquietado durante varios meses. El recuerdo de aquello me hizo sentirme vagamente incómodo. No temía el sacrificio, pero no quería presenciar su teatro caníbal.

¿No es un desprecio del simbolismo, dije, pretender hacer una fiesta ante el cadáver viviente de su Dios? Eran tan malvados como los vampiros, pensé, y aquella idea tonta me provocó un escalofrío.

Decidí marcharme. Ya había encontrado el reposo que buscaba y no tenía ningún sentido prolongar mi estancia en aquel desagradable lugar. Me escurrí del banco lo más silenciosamente que pude (¡qué ruidosos son esos lugares, especialmente cuando uno intenta irse sin llamar la atención!), me coloqué en la parte de atrás y, aprovechando un instante en el que todos estaban concentrados, me escapé.

Cuando la puerta se cerró tras de mí, pude escuchar el repique agudo de unas campanillas.

CAPÍTULO XV

20 de septiembre de 1900, Londres: Inns of Court y South Kensington.

(Del diario de Mina Murray Harker). Por la tarde el viento cesó por completo y a medianoche había calma chicha, ese calor sofocante y ese agobio generalizado que suelen preceder a una tormenta y que tanto afectan a las personas sensibles.

Después de aquella noche vino un raro período de tranquilidad y paz. Durante más de dos meses, fui capaz de dormir, comer, trabajar y vivir como si fuera una persona normal y saludable. Nada de pesadillas; nada de encuentros extraños con supuestos bebedores de sangre o con espiritistas; nada de papistas vestidos de blanco, sonrientes o no. Me reuní varias veces con Popescu y con Anghelescu, e incluso vi a Kilbronson de pasada, pero siempre se trató de reuniones de negocios, nada amenazadoras, incluso aburridas.

Mis compromisos sociales disminuyeron notablemente. La temporada social de Londres había terminado, y muchos se habían dirigido a sus casas de campo durante las largas vacaciones del Parlamento. Recibí algunas invitaciones, incluida una amable nota de mi madrina, pero las rechacé todas sin sentir remordimientos.

No volví a ver a Esther Raveland. Pensaba en ella a menudo, preguntándome qué estaría haciendo y con quién pasaría el tiempo. Era probable que estuviera fuera de la ciudad, como tantos otros. O eso, o me estaba evitando deliberadamente, lo que sería fácil de hacer, con la temporada en suspenso. Tampoco creía que viera mucho a Anghelescu; al menos, él nunca la mencionó, y sospecho que lo habría hecho, puesto que probablemente me consideraba un rival.

La mera idea de un duelo romántico entre ambos me revolvía el estómago, así que no le di muchas vueltas, aunque no pude evitar pensar en ello de vez en cuando.

Sorprendentemente, mi alivio inicial durante aquel período de sosiego tornó, después de unas pocas semanas, en un vago malestar. Me inquietaba la sensación de intriga. Pese a ello, fue un alivio poder recuperarme física y mentalmente y adaptarme de nuevo a la monotonía de un horario regular. El trabajo, por su parte, avanzaba rápido, incluidas mis tareas para el conde, que requerían una labor tan minuciosa que comencé a preguntarme si mi incomodidad con el encargo se debía exclusivamente a mi falta de sueño y al trauma de la muerte de Adele.

—Otro gran día, señor Kemp —me dijo Francis Carstairs con placer al cerrar la oficina.

Asentí distraídamente mientras me alcanzaba mi sombrero.

—Espero que tenga un fin de semana tranquilo, señor —dijo Carstairs.

Le deseé lo mismo, y me fui.

Carstairs me observó mientras se alejaba, o al menos me pareció sentir su mirada. Un tipo raro... Me pregunté, por primera vez desde que trabajaba para mí, qué hacía cuando no estaba en la oficina. Me imaginé que se desvanecía en el aire al terminar la jornada laboral. O tal vez tenía una vida secreta peligrosa e intrigante. Concebí un titular: “Pasante de despacho de abogados se transforma en Jack el Destripador”. Aquello era tan improbable y tan sensacionalista, pero tan parecido a las cosas que me habían ocupado la mente durante los meses anteriores, que no pude evitar una carcajada, que por suerte pasó desapercibida entre los transeúntes.

Aquel día hacía un calor tórrido. Sentí el sudor acumulado en mi cabello, así que me quité el sombrero y pasé la mano por la cabeza, en un intento ineficaz de sacudirme la desagradable humedad. De camino a casa, fui sofocándome más y más. Pasé junto a varios hombres que se estaban quitando las corbatas y las chaquetas, un gesto casual que habría sido impensable si el ambiente no fuera tan asfixiante. La humedad, el gran nivelador de los estratos sociales, igualaba al diputado y al barrendero. El joven que vendía periódicos en la esquina y el empapado lord que se lo compraba cada tarde intercambiaron una mirada de conmiseración, un momento de comunión

igualitaria que habría entusiasmado a cualquier radical.

Cuando llegué a mi casa, me sentía como si hubiera saltado a un estanque en mi camino. Deseaba con ansia un baño y una comida fresca y sencilla, y después a la cama. No había mucho más que hacer en un día como este.

La desagradable cara de Jenson, brillante de sudor, me saludó con un intento de sonrisa a mi regreso.

—Buenas noches, señor —hizo una pausa, como si tuviera problemas para hablar.

Su desconcierto fue lo bastante evidente como para atraer mi atención.

—Jenson —dije—, ¿se encuentra bien?

Su rostro iba adquiriendo lentamente un tono verde pálido.

—Señor, lamento decirle... que debo... Si no es un gran inconveniente...

Se desplomó a mis pies.

Lo arrastré a su cama mientras él protestaba débilmente, agregando “señor” a sus quejas; le eché agua y busqué un paño húmedo para su frente. Después de varios minutos de atenciones, recuperó su color habitual e incluso intentó dedicarme una sonrisa:

—El calor, señor —dijo—. Demasiado calor... señor...

Se quedó dormido. Dejé la puerta abierta para que pudiera oírle si se despertaba, y me dispuse a cuidar de mí mismo. Un baño fresco, tostadas y té. Era todo lo que deseaba. Hice dos platos pequeños, colocando el segundo en una bandeja, junto con una segunda taza de té, y la dejé en la mesita de Jenson. De esa manera, si se despertaba, tendría comida a mano. Si quisiera algo más para comer o beber, se vería obligado a reprimir su pulsión feudal y pedírmelo. Estaba empeñado en hacer de enfermero, le gustara o no.

Roncaba con fuerza, así que salí de puntillas y me senté a comer. Pasaron unos minutos en silencio hasta que un golpe me sacó de mis vagos pensamientos. Al principio pensé que era Jenson, pero me di cuenta de que estaban llamando a la puerta. Me apresuré a abrir antes de que el ruido despertara a mi mayordomo.

Era un extraño: un hombre alto y oscuro, con un aire inconfundiblemente extranjero. Tenía un aire melancólico que recordaba a Byron. Me miró con sus ojos grandes y redondos y sus largas pestañas me parecieron casi femeninas. Había un detalle extraño: pese al intenso calor, llevaba un largo y pesado abrigo de invierno con el borde de piel.

—¿Señor John Kemp? —preguntó el visitante.

—¿Sí?

—Debo hablar con usted. ¿Me permitiría entrar?

Todavía confundido por la extrañeza de su atuendo, lo acompañé al salón.

El visitante se sentó cómodamente ante la chimenea apagada, sosteniendo su abrigo. Pensé que estaría sofocado por el calor, pero sonrió con una disculpa obsequiosa.

—La humedad de Inglaterra —dijo—. Todavía no me he acostumbrado.

Detecté un leve rastro de acento extranjero en su voz, una nota sutil y suave que, por alguna razón, mi oído sintió vagamente amenazante.

—Debo empezar presentándome —dijo—. De lo contrario, le pareceré abominablemente grosero. Mi nombre es Vadas Radu, o, como dirían ustedes, los ingleses, Radu Vadas.

Puede que fuera una presentación algo confusa, pero me ayudó a recordar la costumbre del Este de Europa de poner el patronímico en primer lugar. (No lo recordaba por mis viajes, sino gracias a la novela de Stoker, una fuente vergonzosa cuya idea me hizo sentir repentinamente algo desorientado). Mientras luchaba internamente, Vadas continuó:

—Puede imaginar por qué he acudido a usted.

No respondí, aunque mi mente se había apresurado a hacer algunas útiles conjeturas: Vadas. Un pariente de Elisabetta Kilbronson, sin duda. Confirmó mis sospechas casi de inmediato:

—Soy el hermano de Elisabetta Vadas. Ella estuvo casada hace algunos años con un caballero inglés, el señor Kilbronson. Era conocido de nuestra familia por negocios. El señor Kilbronson, creo, es su cliente.

Una vez más, no respondí; entendí que mi renuencia a hablar estaba justificada por la precaución requerida en un abogado.

—He venido a Inglaterra —siguió Vadas— en busca de mi hermana. Deseo llevarla a casa conmigo, para apartarla de su marido, que es un ser malvado.

Hablaba con una calma extraña que aumentó mi malestar.

—He escuchado muchas cosas sobre su sufrimiento. Él siempre la ha maltratado cruelmente. Es un hombre extraño y despiadado. En mi país lo habría desafiado a un duelo para defender el honor de mi hermana. Pero aquí...

Se encogió de hombros de manera significativa, un gesto teatral de extrañeza que, supuse, pretendía hacer más elocuente su exposición.

—He sabido que usted es el representante legal de Kilbronson y que también está buscando a mi hermana. Le rogaría, aunque no sé si es ético o si no se considera apropiado en su país, que si sabe algo ella, me lo haga saber. No le pido que traicione a su cliente y me informe antes de hablar con él, pero le ruego que me informe. Yo estaré allí para defenderla y protegerla de la ira de un hombre como su marido.

—¿Podría saber de qué acusa exactamente al señor Kilbronson? —pregunté en un tono frío, incluso defensivo.

La situación me resultaba incómoda, ya que en realidad no me costaba imaginar a mi cliente, que no era en absoluto de mi gusto, como un esposo malvado y opresor.

—De crueldad.

Esperé unos segundos para ver si añadía algún detalle, pero no lo hizo.

—¿Y desea que yo...?

—Solo le pido que hable conmigo si encuentra a mi hermana.

—Sr. Vadas, estoy seguro de que sabe que nuestras leyes son muy diferentes de las de su país.

—Por supuesto, señor Kemp. Pero por favor... Entienda mi posición de hermano. Elisabetta es... como mi propia hija. Mi, ¿cómo dicen ustedes?... Mi media hermana. Cuando yo era muy joven, mi padre murió; ella nació mucho más tarde. Nuestra madre —se santiguó como un experto papista— murió en el parto. Elisabetta... Sí, la he criado yo mismo. Soy su tutor.

—¿Y permitió el matrimonio con Kilbronson?

Se encogió de hombros:

—No tenía confianza en ningún hombre que se acercara a mi hermana. Sin embargo, Kilbronson..., parecía inofensivo.

Cambié la estrategia:

—¿No tendrá, por un casual, una fotografía de su hermana que pueda ayudarme en mi búsqueda?

Negó con la cabeza y sonrió.

—No —dijo—. En mi familia nunca nos tomamos fotografías, mi padre tiene terror.

—¿Pero vive todavía su padre? Pensé que había muerto.

El árbol genealógico de los Vadas se estaba volviendo cada vez más desconcertante, y mis notas reflejaban mi propia confusión.

—Discúlpeme, no domino bien su idioma. Quería decir que a mi padre le aterrizaron las

fotografías.

Luego volvió a sonreír, aún más ampliamente, mostrando un juego de impecables dientes blancos. Por un breve momento pensé para mí mismo que los caninos eran innecesariamente largos y afilados, pero al instante los dientes se desvanecieron con la sonrisa y Vadas se preparó para partir.

Me pregunté si aquello era fruto de mi imaginación. Estaba empezando a ver vampiros por todas partes. Tal vez los húngaros tenían una dieta especial que justificaba sus dientes maravillosamente blancos, envidiables, sobre todo considerando la tendencia inglesa hacia la caries dental (aunque la mía, declaro con mucho orgullo, es fuerte y saludable).

—Le puedo decir con sinceridad, señor Vadas, que no tengo ninguna pista real sobre el paradero de su hermana.

—Creo que la tendrá pronto.

—¿De veras?

Volvió la sospecha.

—He escuchado que podría estar en el norte. Cerca de Durham. Es decir... —¿estaba ansioso por ocultar su sorprendente familiaridad con la geografía inglesa?— En algún lugar de la región. He escuchado alguna vez hablar de ese lugar. Quizás...

Sonrió otra vez y no me facilitó más información.

—No puedo prometerle nada —dije—, pero, por favor, hágame saber dónde puedo contactar con usted en Londres.

—Es difícil... aún no tengo un lugar.

Era extraño. Estaba a punto de hacerle algunas sugerencias de alojamiento cuando él sonrió y dijo:

—Tengo algunos amigos aquí, sin embargo, así que tengo la esperanza de encontrar un refugio seguro. Le buscaré a su debido tiempo, señor Kemp.

Se levantó, aún agarrando su abrigo con sus guantes de cuero.

—Buenas noches, señor Kemp.

Se fue. Me quedé en la puerta durante unos segundos, meditativo. Valía la pena investigar, decidía. En Durham tenía un viejo amigo de la escuela, ahora profesor de lingüística. Quizás una pesquisa sobre una oscura aventurera húngara podría sacar a Sebastian Rubles de su amada biblioteca, así que le escribí una nota y salí a la sofocante tarde para enviarla.

Estaba de pie junto al buzón cuando vi a Esther Raveland parada al borde de la calzada, en aparente soledad meditativa. Vacilé y luego me aproximé.

—Buenas noches, señorita Raveland —le dije—. Espero que esté bien.

Su rostro estaba pálido, al igual que muchos otros en ese calor, pero cuando sus ojos se enfocaron en mí, su mirada se suavizó, e incluso sonrió.

—¡Señor Kemp! —dijo con un rastro de su viejo entusiasmo yanqui—. Qué gusto verle.

—¿Ha estado en Londres este tiempo?

—Acabamos de regresar. Pasamos algunas semanas en el campo y ahora estamos de vuelta aquí para asfixiarnos.

Su actitud era tan diferente a la de la última vez que la había visto que me atreví a ofrecerle mi brazo. Ella lo tomó y caminamos juntos por un momento, en silencio. Parecía más débil que antes.

—Me temo que no ha estado bien últimamente, señorita Raveland.

—Es verdad, señor Kemp. No me he encontrado demasiado bien... Me siento extraña. Mi tía me ha amenazado con llevarme al médico y a reposar a la costa, pero soy más fuerte de lo que ella sospecha, y en breve la desconcertaré recuperando la salud.

—Lamento mucho saber que ha estado enferma. ¿Estoy andando demasiado rápido para usted?

—En absoluto. ¿Cómo podría quejarme, agarrada a su brazo?

Me sonrió de nuevo y mi alma se derritió como la mantequilla. Era muy hermosa, y en la angustia tenía un atractivo que había faltado en sus momentos de fuerza más tiránicos. Siguió un momento de silencio.

—Señor Kemp —dijo en voz baja—, me temo que le debo una disculpa. Quizás también una explicación.

Reprimí la necesidad de emitir un ruido desalentador. Sin interrupciones, continuó después de un instante.

—Mi explicación le parecerá algo extraña, es una cosa extraña tener que explicarme, pero quiero hacerlo. No quiero que piense mal de mí por alguna razón, señor Kemp. A veces soy un poco tonta, parece, pero no quiero que piense que soy malvada, ignorante o temeraria.

No dije nada. Mi silencio pareció animarla, porque continuó:

—No ha sido fácil lo de ser heredera, ¡y para colmo americana! Tanta gente que me dice qué hacer... Y he tratado de escuchar... Sin embargo, ahora estoy confusa y arrepentida. Algunas tragedias privadas. Y estos... —Se detuvo para mirar a un hombre tirado en el bordillo, una figura oscura y apastosa, que apastaba a licor y a suciedad.

Junto al hombre había un pequeño sombrero. Esther Raveland buscó en su bolso y yo dije con seriedad:

—No, señorita Raveland. Solo usará su dinero para seguir bebiendo.

Su rostro había cambiado de nuevo. Dura, irritada.

—No me importa lo que él haga con mi dinero —dijo bruscamente—. Quiero dárselo a él, y lo haré.

Se agachó y, mientras dejaba caer un puñado de monedas, el hombre —porque era un hombre, a pesar de todas las apariencias— se incorporó. Era un espectáculo horrible, todo negro y sucio, con el rojo de la embriaguez repartido en manchas visibles en las partes de su piel que no estaban sucias, y un hematoma sanguinolento en un ojo.

—Buenas noches, amigo mío —dijo ella, con voz suave y amable—. ¿Está bien?

—Sí, señora. Pero le ruego que no se enamore de mí, porque soy más falso que las promesas que uno hace después de una botella de vino.

En lugar de responder con indignación, como lo haría cualquier respetable mujer inglesa, Esther Raveland se limitó a reír con buen humor.

—Excelente advertencia, buen hombre. La seguiré. ¿Tiene dinero para comer y resguardarse?

—Gracias a usted, que ha sido como un ángel, ahora sí lo tengo.

—Espero que de verdad lo use para comida y alojamiento... —comencé a decir con severidad, pero la señorita Raveland me interrumpió:

—Ya le dije que no me importa cómo lo use, señor Kemp. Por favor, no interfiera en mis asuntos con este buen caballero.

El hombre se quitó la gorra en un gesto dramático y habló con un acento teatral:

—¡Mercurio le dé el don de la mentira, pues habla bien de los bufones!

—Shakespeare otra vez ¹¹ —respondió ella, y su voz fue, una vez más, suave—.

—El Bardo y yo somos viejos y queridos amigos —dijo, y agregó, con una sonrisa descarada—: Nunca pensé que fuera a fijarse en mí, querida, pero estudié en Oxford.

—¿De verdad? —dijo, sin rastro de ironía en su voz.

—Sí, de verdad. Desde que nació. Mi padre era profesor, ya ve. Cargado de premios y merecedor de todo el respeto, lleno de honores. Un ejemplo de erudición y respetabilidad inglesa.

Y mi madre era el sueño de Coventry Patmore, el mismísimo ángel doméstico encarnado. Un modelo de mujer. Una querida hija de la ciudad de las agujas de ensueño ¹². Y ese ensueño estaba allí, con nosotros —su voz ahora era melancólica—. Yo era su hijo favorito, ya sabe. Tenía una hermana, la bella y querida Nell. ¿Dónde estaban las huellas de sus primeros cuidados, de sus sufrimientos y de sus fatigas? Todo desapareció. El dolor desapareció, y ella se vio colmada de paz y felicidad perfecta, en su tranquila belleza y profundo reposo. Querida Nell. Qué dulce, nuestra querida niña...

Sus ojos se posaron en algún objeto invisible a media distancia, luego negó con la cabeza y reanudó su relato autobiográfico:

—Leía los clásicos griegos en las rodillas de mi padre. Bueno, tan cerca de las rodillas del viejo como podía estar sin que me diera un guantazo. Sin libros, en realidad... Porque puedo hacer buenas cabriolas. O antes podía, al menos. Aprendí para huir de las palizas.

—Lo siento —dijo la señorita Raveland—. Qué terrible debe haber sido su infancia.

—No siempre fue así —le aseguró el borracho—. Todo empezó a empeorar cuando los honores lo alejaron demasiado de su feliz y oculto bienestar. Le ahogaron los premios y reconocimientos. Mientras, mi madre lloraba y gritaba en un cuarto de arriba. Y encontró su propio consuelo. Perdóneme, querida. Estoy abusando de las metáforas, lo sé.

—¿Qué le pasó a su padre? —pregunté, casi en contra de mi voluntad.

Aquella criatura lastimosa, que apestaba a alcohol rancio y a sus propios olores húmedos y sucios, se había elevado a un nivel de extraño patetismo. No era menos repulsivo que antes, pero descubrí que no podía apartar la vista de su cuerpoapestoso, asqueroso y repugnante, tan vivo era su ojo empapado.

—¿Mi padre? —parecía sorprendido por la idea—. Está muerto, por supuesto. Muerto y enterrado. Y los gusanos han devorado durante mucho tiempo su carne. Porque ya sabe: y ahora está en poder de la Dama de los Gusanos, estropeada y hecha pedazos por el azadón de un sepulturero... ¹³ Esa sí que es una buena revolución —suspiró—. Dios mío, quiero un trago.

Se hizo el silencio, salvo por el zumbido sibilante del borracho entretenido.

—Señorita Raveland —dije con serena urgencia—, está oscureciendo. ¿Me permitiría que la acompañe a casa?

No contestó. Repetí la oferta, suavemente, pero con mayor insistencia. Ella lo miraba con lágrimas en los ojos.

—Está en el tercer grado del alcoholismo —susurró ella—. Se está ahogando.

El hombre de la alcantarilla se despertó de repente:

—Shakespeare, una vez más —declaró, con un extraño y desconcertante aire de triunfo—. Su turno, señorita. Haga que me sienta orgulloso.

Luego se volvió hacia mí, con el rostro salvaje y furioso.

—¿Acaso pretende este loco juzgarme a mí por borracho? —gruñó—. ¿Lo hará?

—¡Venga, Nick! —dijo otra voz, una voz llena de autoridad.

Levanté la vista y vi a un agente de policía; afortunadamente, no lo conocía.

—No se puede hacer tanto ruido. Tendrás que irte.

—Oh, Davis —gimió Nick empapado—. No me hagas irme. He estado yendo de acá para allá. De acá para allá directo al cementerio, ese es el único sitio al que voy.

—Dickens ¹⁴ —susurró Esther Raveland.

El hombre se volvió con una sonrisa de deleite.

—Eres un encanto —dijo afectuosamente.

Ante ese indecoroso cumplido, ella hizo una reverencia de agradecimiento y le entregó un

pequeño bolso. Nick borracho cogió el bolso fácilmente con una mano y le dio un beso en la otra antes de volverse hacia el policía.

—Buen agente Davis —dijo pomposamente—, ¡me voy! ¡Me voy! ¡Mire cómo me voy!

Dio varios pasos asombrosos, y se volvió aún más ridículo por la solemnidad de su porte. Luego se tambaleó y se cayó en la calle. Davis y yo corrimos a su lado y descubrimos que solo estaba roncando. Traté de ayudar a Davis a levantarlo, pero el agente dijo:

—Gracias, señor, pero conozco un lugar para que se refugie. Puedo levantarlo, de verdad, señor. Váyase con la señorita; está oscureciendo y las calles no son un lugar apropiado para ella...

Estuve de acuerdo con esta declaración, así que no seguí insistiendo; me levanté, limpiando el barro de mi ropa, y vi que los tres hombres estábamos solos.

No se veía a Esther Raveland en la calle silenciosa, ni siquiera una sombra o un indicio de su movimiento en la vacilante incertidumbre de las luces de la calle.

[11](#) En efecto, es una cita de Noche de Reyes.

[12](#) Oxford, según la definió el poeta victoriano Matthew Arnold.

[13](#) Hamlet, Shakespeare.

[14](#) Casa desolada, Charles Dickens.

CAPÍTULO XVI

16 de octubre de 1900, South Kensington y de ahí al norte atravesando Inglaterra, pero principalmente las páginas de un libro.

(Del diario de Mina Murray Harker). Los seres que llamamos vampiros existen; alguno de nosotros tiene pruebas de ello. Pero aunque no tuviéramos la evidencia irrefutable de nuestra propia experiencia tan desdichada, las enseñanzas y los testimonios del pasado ofrecen pruebas suficientes para cualquier persona sensata. Admito que al principio yo también era escéptico. Si durante largos años no me hubiera esforzado por mantener una mentalidad abierta, no lo hubiera podido creer, hasta que la realidad me hubiese gritado al oído: “¡Mira! ¡Mira! ¡Ahí tienes la prueba!”. ¡Ah!, si hubiese sabido al principio lo que ahora sé...

Pasaron más de quince días. La salud de Jenson mejoraba lentamente. Pasaba gran parte de mi tiempo con él, cuando no estaba en mi oficina. Una mañana, cuando estaba interrumpiendo al mayordomo convaleciente, que había recuperado la energía suficiente para estar profundamente mortificado y molesto por mis atenciones, me interrumpió otro golpe en la puerta.

Me pregunté si sería otra vez Vadas, todavía vestido con su incongruente abrigo, aunque el clima ya era mucho más apropiado para su atuendo; tal vez había dormido en el parque toda la noche. Quién sabía si habría venido, con los colmillos ensangrentados, para relatarme sus recientes conquistas vampíricas...

Sacudí la cabeza. Vampiros, menudo disparate. ¿Iba camino de volverme loco? Tales pensamientos solo eran apropiados para los papistas chiflados y otros de su ralea.

Abrí la puerta y allí, como si fuera necesario, estaba el papista más arrugado que pudiera imaginar. Llevaba en la cara la marca de muchos años, tal vez incluso cien, o seiscientos; su rostro era un mapa de arrugas que se contraía al respirar. Estaba vestido con las mismas voluminosas prendas blancas que llevaba el padre Thomas Edmund Gilroy.

—En la ciudad donde yo vivía había una niña llamada Daisy —anunció mi visitante en tono estridente—. Se cayó a un pozo.

Luego, sin más explicaciones, pasó junto a mí, eligió una silla, se sentó con perfecta compostura en su extremo, parpadeó y me sonrió con afecto.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunté.

—No debemos jugar al cricket en el césped —gritó el anciano—. ¡No sin frambuesas! —y asintió.

El asunto parecía zanjado.

—No, no debemos —me aventuré, incómodo por la situación.

—¡No vale la pena discutirlo ahora, señor Kemp! —dijo el hombrecillo con un severo movimiento de cabeza—. Nunca me convencerá. Eso es lo que siempre digo, y mi creencia es inquebrantable.

Luego se quedó en un silencio rumiante, mirando hacia la chimenea apagada. Después de unos momentos, comenzó a emitir un extraño sonido de ronroneo. Me acerqué más para descubrir que estaba dormido: roncaba suavemente y feliz como un muchacho.

Se oyó otro golpe en la puerta y me levanté para responder. Era el correo y contenía una carta de mi amigo de Durham.

John:

Siempre supe que yo debía de haber sido abogado como tú. ¡Cuántas aventuras debes tener! Por suerte para ti, hace poco leí las obras completas de Conan Doyle, así que supe bien qué hacer. Realicé una especie de investigación oficial y puedo decirle que hace unas

semanas llegó una misteriosa mujer de origen extranjero. No sé su nombre, pero no se quedó mucho tiempo en la ciudad de Durham. Se mudó a un lugar bastante misterioso cercano: el Convento del Sagrado Corazón en Ushaw Moor. ¿En qué estás metido, viejo amigo? Escríbeme y me cuentas, o mejor aún, ven y visítame y dame todas las noticias. Elsie está otra vez embarazada y los niños tienen la casa hecha una locura. El ruido me abrumba. Una pequeña aventura me vendría bien.

—*Seb.*

Levanté la vista de mi carta para mirar al anciano papista, que estaba ya despierto y me contemplaba con franco interés. Doblé la carta apresuradamente y me volví hacia él.

—¿Sí, padre? —supuse que era un sacerdote—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Qué? —dijo asombrado—. El libro de Thomas Edmund, por supuesto. Se lo he traído.

Estaba estupefacto.

—¿El libro? —pregunté.

—Ahí está el teatro también.

—¿El teatro?

—¡No seas tonto, hombre! Es lo que siempre me están diciendo. No seas tonto, Henry, no seas tonto.

Traté de parecer lo menos tonto que pude. Todo era una locura, ¿y no se supone que uno debe seguir la corriente a un loco para que no se ponga violento?

—¿Quién es Henry? —le pregunté.

—¡Yo por supuesto!

Aparentemente, mi intento de traer cordura había fracasado; de hecho, el fraile me miró por un momento como si estuviera sopesando dubitativamente mi cordura. Luego abrió los ojos, como si se estuviera diciendo a sí mismo que debía seguirme la corriente, y continuó.

—Mi teoría sigue en pie, por supuesto —dijo sabiamente, asintiendo—. De otro modo, ¿cómo habría ese impulso a partir del siglo XIII revolucionando nuestra comprensión del término? Eso ilumina por completo toda la cuestión.

—¿De qué término?

—¿Por qué cuerpo? ¿Por qué cadáver? ¿Por qué muerto? ¿De dónde vienen estas palabras? La palabra *botah*, del germánico antiguo, nunca debió haber tenido la influencia que tuvo. *Bodig. Botah*. Cadáver, cuerpo. Eso es. ¡Eso es! *Cadere. Cadáver. ¡Urbano IV promulgó la bula *Transiturus de hoc mundo* en 1264! Y, por supuesto, la doctrina se difundió ampliamente a fines del siglo XIII.*

Me sonrió radiantemente tras haber expresado su opinión, fuera la que fuera.

—Bueno, y ahora, señor Kemp, ¿no debería comenzar a hacer la maleta?

—¿La maleta?

—Sí. Para el convento, claro. Ese es el siguiente paso. ¡ Lo sabes muy bien! —se levantó—. Adiós, señor Kemp. Muchas gracias. Recuerde dejar al perro afuera, o de lo contrario las cortinas se caerán.

Y, con una sonrisa, salió de la habitación con las perlas de sus tobillos. Un momento después volvió. Puso un pequeño libro en mi mano, sonrió de nuevo y se apresuró.

Lo miré por unos segundos mientras salía. Luego me levanté y bajé la mirada hacia mis manos, en las que sostenía la carta de mi agente en Durham junto al libro papista. Era un volumen pequeño, encuadernado en cuero negro, con un escudo pequeño, adornado con una cruz arlequinada en blanco y negro. El título, en letras rojas, decía:

Catálogo de lo Preternatural

Y el autor:

Rev. P. Thomas Edmund Gilroy, O.P., D.C.L

Pensé en la visita de Vadas y ahora en la de aquel extraño sacerdote. Pensándolo bien, no sabría decir cuál de las dos me había inquietado más. Mantuve la vista en el volumen durante unos segundos y, después, siguiendo mi impulso sombrío, lo arrojé en una maleta y comencé a preparar el equipaje. Me dirigiría a Ushaw Moor, Durham, al convento del Sagrado Corazón.

Los preparativos para el viaje no me llevaron mucho tiempo. Mientras apretaba las últimas prendas, me acordé de Jenson: aquello era un problema. ¿Podría abandonarlo en su estado? Se me ocurrió una solución.

Salí de puntillas al recibidor, abrí la puerta, la cerré tras de mí y me precipité escaleras abajo.

En el piso inferior vivía un coronel retirado. Estaba bastante sordo y llevaba una vida tranquila, con algunas pocas visitas, pero normalmente solo. A diario salía a dar un paseo a ritmo lento por unas pocas calles y regresaba a casa. Supuse que su rutina sería disciplinada y regular. En todo caso, yo era para él un vecino tan tranquilo como él lo era para mí. A parte de los ocasionales saludos al cruzarnos, no acostumbábamos a interactuar socialmente ni a pedirnos favores.

Pensé en esto mientras llamaba a su puerta para pedirle un favor. Abrió la cocinera, la señora Pritchard, una oronda y monumental dama con el rostro redondeado.

—Buenos días, señora Pritchard —dije, y en ese momento me arrepentí de mi idea.

—Buenos días, señor Kemp —replicó de buen humor—. El coronel está fuera en su paseo. ¿Le digo que quiere hablar con él?

—En realidad, señora Pritchard —dije—, es con usted con quien quiero hablar.

—¿De verdad, señor?

—Sí. ¿Conoce a mi mayordomo, Jenson?

Para mi sorpresa, se ruborizó como una colegiada.

—Sí, claro, señor. Y le aseguro que nunca nos hemos comportado de forma inapropiada. Puede que haya pasado una o dos mañanas en mi cocina, y sí, hemos tomado algún té en su salón, pero siempre con gran respeto y buena conducta. Nada más que cortesía, ya sabe. Nada de... Bien, desde la muerte del señor Pritchard me he sentido bastante sola, pero el señor Jenson es todo un caballero, señor, y jamás se le ha ocurrido... Bien, señor, espero que sea consciente y que no se ofenda. Una amistad sana, diríamos, con todo el respeto hacia usted y hacia el coronel y sin mayores pretensiones.

Al final parecía tan alterada que temí que fuera a romper a llorar, así que me apresuré a intervenir.

—Nada de eso, señora Pritchard. Precisamente por eso me aventuro a pedirle un favor. Sé que son amigos.

De la angustia pasó a la curiosidad.

—¿Un favor, señor? ¿A mí?

—Jenson ha estado bastante enfermo, y...

Jadeó y se puso pálida; temí que pudiera desmayarse. En vista de sus dimensiones, estaba seguro de que no podría llevarla dentro; si caía sobre mí, era probable que quedara atrapado en el pasillo, indefenso, hasta que el coronel nos encontrara, la auxiliara y me liberase de una postura tan ridícula.

Me apresuré a agregar:

—Jenson está ya mucho mejor, pero sigue un poco débil. Debo viajar al norte inmediatamente por negocios, y aunque ya ha pasado lo peor de la enfermedad, me pregunto si podría ir verlo

algún rato en mi ausencia, solo para asegurarme de que está...

Sus ojos se encendieron y recé por que las intenciones de Jenson fueran honorables y, en concreto, matrimoniales; temía que a mi regreso me esperara alguna suerte de compromiso.

—No se preocupe en absoluto, señor —dijo—. El señor Jenson estará a salvo conmigo, señor. Nada de que preocuparse.

Escapé de la maquiavélica cocinera lo más rápido que pude y volví a mis maletas. Tenía todo listo en la puerta cuando me agaché para advertir a Jenson, que acababa de despertar, del arreglo.

—Debo viajar al norte por negocios, Jenson —dijo—. La señora Pritchard ha prometido cuidarle.

Se puso de pie de un salto, con la cara roja por la emoción.

—¡Emily no debe verme en este lecho de enfermedad y desgracia! Ella es frágil, señor! ¡Puede que le provoque un infarto!

La señora Pritchard no me parecía la actriz ideal para el papel de dama en apuros, pero hice unos cuantos sonidos tranquilizadores para el enamorado, y los dejé apresuradamente para que resolvieran sus propios asuntos.

Fue realmente inquietante descubrir que en mi casa había todo un torrente de emociones que hasta entonces desconocía, pero confié en que la señora Pritchard, al menos, sabía bien cómo valorarse lo suficiente como para protegerse contra el coqueteo, y honestamente, dudaba que Jenson fuera el tipo de hombre que se dedica a perder el tiempo. En cualquier caso, era asunto suyo, y tenía mucho otras cosas en las que pensar.

Le envié un telegrama a Sebastian, avisándole de mis planes.

Aún debía hacer otra cosa. Le escribí una breve nota al agrío Edgar, comunicándole que podría haber una posibilidad de que su esposa estuviera en Inglaterra y que iba a seguir la pista. Le informaría más en detalle cuando tuviera más que contarle.

Releí la carta para comprobar que fuera clara y me sorprendió mi renuencia a ofrecer cualquier otra información a mi cliente. No quería hablarle de mi visitante extranjero y, desde luego, no quería indicar en qué lugar tenía intención de iniciar la búsqueda. Tal vez no llegara a nada, después de todo, me dije. Al menos estaba cumpliendo con mi deber al avisarlo de la posibilidad.

Una hora más tarde estaba a bordo un tren con dirección al norte. El paisaje urbano se desvaneció y entramos en el campo, iniciando un largo y serpenteante camino hacia arriba. El tren no estaba lleno; tenía un compartimiento para mí solo. Contemplé el paisaje hasta que se desvaneció en un borrón de árboles, campos y arbustos indistinguibles. Pasamos por un pueblecito; más al norte reconocí vagamente la silueta de unas vacas en la distancia.

Dejé vagar mi mente y dormí una breve siesta. Desperté hambriento e irritable. Había metido en mi equipaje algunas cosas para comer, pero en total desorden, lo que habría horrorizado a Jenson. Mientras disfrutaba de aquel banquete, mis ojos se posaron sobre el pequeño volumen negro que me había entregado mi visitante de la mañana, *Catálogo de lo preternatural*. Bueno, le daría al papista la oportunidad de hablar al fin.

Abrí el libro y comencé a leer.

Si bien la historia de nuestra Orden resultará familiar para el probable lector de estas páginas, no sobra aclarar, en lugar de dar por sentado, nuestra ilustre historia, ya que debe recordarse en nuestra memoria imborrable la herencia transmitida por nuestro santo padre Domingo de Guzmán.

La Orden de Predicadores fue fundada en el siglo XIII para combatir la herejía y predicar el Evangelio. Nuestra misión de predicar continúa hasta el día de hoy. Aquí nos

centramos particularmente en el papel de los dominicos para abordar el problema de los vampiros, también conocidos popularmente como no-muertos, cuerpos vivos que se alimentan de la sangre de sus víctimas.

Tenía la esperanza de que no profundizaría en la historia medieval y abordaría el tema en cuestión, y mi esperanza fue recompensada con generosidad.

Como se analizará con mayor detalle más adelante, el Papa Benedicto XIV nos concedió esta autoridad mediante un edicto. La oleada vampírica de finales del siglo XVII hizo precisa la existencia de una organización más formal. De este modo, se creó un catálogo de todas las amenazas paranormales, que aquí se presenta en una nueva edición, con ortografía modernizada y notas a pie de página. El lector debe tener en cuenta que el enfoque no se limita a los bebedores de sangre, aunque son la principal preocupación de la Orden de Predicadores. Tanto los que comen carne como los que beben sangre, en tanto que amenaza anti-eucarística, nos preocupan. Otras ramas de lo preternatural, aunque se manifiestan en nuestro catálogo, son el terreno de otras Órdenes. Para obtener más información sobre la licantrópía, se deben dirigir las consultas a la Orden de los Hermanos Menores.

Durante los últimos dos milenios, los comedores de carne y bebedores de sangre han sido principalmente una preocupación al Este de Alemania y al Sur del Ecuador.

Cuando surgió la necesidad de esta nueva organización, el Santo Padre consideró que la Orden de Predicadores estaba bien preparada para manejar el desafío de los vampiros. Algunos dijeron que aquel era un caso de favoritismo, debido a su conocido afecto por el Aquinate, y otros han dicho que era un paso deliberado para socavar la seriedad del discurso: los dominicos serían demasiado escépticos en su escolástica para dar un aspecto real a la amenaza de los vampiros.

Esta idea, nos parece, era demasiado optimista, como lo han ilustrado los breves períodos de pánico experimentados en algunas casas dominicanas cuando los encargados de supervisar la acción de los no-muertos no estaban totalmente formados. Davanzati ha afirmado en sus escritos que el hecho de que muchos de los más fieros defensores de la existencia de los vampiros fueran miembros sin educación de la clase campesina era una prueba clara de que todo había nacido de la histeria popular. En realidad, no aborda el caso de los hombres bien instruidos que han sido educados para creer que tales criaturas no existen y, en consecuencia, se sienten abrumados por el terror cuando descubren que, de hecho, existen.

Aquella idea me resultaba incómoda, así que me apresuré a seguir leyendo. Seguía hablando de la muerte y del destino del cuerpo después de morir. Una cita en particular me llamó la atención:

Como apuntó el Aquinate en su Suma, Parte III, cuestión 71, artículo 11, en respuesta a la objeción tercera “Por lo tanto, de acuerdo con este afecto natural [por su propia carne], el hombre tiene durante la vida una cierta curiosidad por lo que ocurrirá con su cuerpo después de la muerte, y se lamentaría si tuviera el presentimiento de que algo inconveniente iba a pasarle a su cuerpo”.

Ese “algo inconveniente” me hizo reír, aunque no supe muy bien por qué. Hojeé capítulos densos sobre la ley natural y el estigma relacionado con el consumo de carne humana y el consumo de sangre, los primeros conceptos erróneos de los judíos sobre la Eucaristía católica y una larga exposición sobre el sexto capítulo del Evangelio según San Juan. Esta última parte concluía con el siguiente reconocimiento:

No hace falta decir, por supuesto, que la complejidad del milagro de la Eucaristía supera con creces la delimitación de lo preternatural. Sin embargo, es útil observar el reflejo oscuro operado por el vampirismo activo.

Pasé la página y me encontré transportado a la historia más inmediata.

En el siglo XVIII, una serie de sucesos hizo que el Papa Benedicto XIV, un erudito de cierto nivel, reflexionara sobre los peligros de la actividad vampírica. Temía, con razón, tanto por el efecto de los vampiros desenfrenados sobre las almas inocentes como por los efectos de la superstición en la población campesina asustada. Los relatos de estragos sangrientos, junto con las historias de profanación de muchas tumbas, hicieron que el Santo Padre convocara a su presencia al entonces Maestro de la Orden de Predicadores.

Como consecuencia de su conversación, se nos concedió la tarea adicional de luchar contra el reciente aumento de la actividad vampírica. En esto, operamos bajo la Suprema Congregación Sanctæ Romanæ et Universalis Inquisitionis, la misma Congregación que habría supervisado la defensa de los dominios terrenales de la Iglesia en los siglos pasados. Como escribió el mismo Santo Padre (la traducción es mía):

“En reconocimiento a los logros extraordinarios de los discípulos de Santo Domingo, y, de hecho, como una apreciación adecuada de los talentos y de la fuerza de la Ordo Praedicatorum, les encomendamos la tarea de combatir a los vampiros y otras criaturas retornadas de la muerte y los revestimos con los poderes del exorcismo vampírico”.

La experiencia de la Orden de Predicadores, junto a la Sagrada Congregación Suprema de la Inquisición Romana y Universal, preparó particularmente a esta Orden para abordar la nueva amenaza; no nueva en su origen, sino en sus manifestaciones. Porque el maligno sabe bien cómo relacionar su ingenio y su maldad con las características propias de una generación, y convertirse, por lo tanto, en un tentador más eficaz de las almas. En 1803, las Quaestiones disputatae dei vampiri del padre Piotr Kwiatkowski resolvieron definitivamente la cuestión del precedente histórico del pronunciamiento del Santo Padre. La traducción al inglés del autor (la primera completada)...

Y, murmuré para mí mismo, ¡probablemente la última!

...se imprimió en 1889. Al actuar en el papel de Inquisidores, los seguidores de Santo Domingo luchamos contra la herejía, tanto en sus manifestaciones propias de la superstición popular y el pensamiento contemporáneo como en su representación después de la muerte en forma vampírica.

En los conflictos de la Orden con los albigenses, un hábito sangriento era el signo del martirio, una señal de que los adversarios de la verdad sentían la pulsión de la violencia. El caso más notable en nuestra memoria es el de Pedro de Verona. Hoy, en cambio, un hábito rojo se concibe popularmente como uno de los atributos familiares de la batalla, ya culmine en martirio o con la estaca; metafóricamente, por supuesto. Algunos han postulado la teoría de que un escapulario ensangrentado era un indicador de la capacidad del supuesto cazador de vampiros. Esta suposición es probablemente apócrifa o, en el mejor de los casos, gravemente equívoca. El título de cazador de vampiros, de hecho, es engañoso y una corrupción popular del título en latín ‘duellator contra lamiis’. Este papel se considera claramente menor respecto a la misión propia de la Orden y al papel de los frailes ordenados en la administración de los sacramentos.

Claramente, me dije con sarcasmo seco. Las siguientes páginas entraron de lleno en el propio catálogo, profundizando en las diferencias entre el zombi y el vampiro, en la definición de las almas bestiales, en una clasificación de diferentes tipos de vampiros (“maestros” o “vampiros

completos”) y en aquellas criaturas que, como los zombies estaban limitados y controlados por una fuerza racional externa, con referencias de pasada al licántropo, más comúnmente conocido como hombre-lobo, y a una gran cantidad de espíritus y seres menores. Otro pasaje me llamó la atención:

Tal característica reptiliana o brutal es observada comúnmente entre los no-muertos más primitivos.

Seguí avanzando y me topé con otro largo discurso sobre el asunto de la zombificación y sus orígenes en África occidental, en sesiones de vudú donde los muertos podrían ser controlados por un poderoso bokor o brujo.

Muchos creyeron, según el autor, que el alma del zombi puede ser liberada por la intervención divina. Ser zombi es una condición temporal durante la cual se suspende la culpabilidad moral. Kwiatkowski tiene una concepción similar de la distinción entre el vampiro y sus víctimas.

Vi que dedicaba muchas páginas a cuestionarse sobre la culpabilidad de las víctimas vampíricas que comienzan a atacar a nuevas víctimas. Me desconcertó por completo la línea temporal de la sucesión vampírica, e incluso me irritó que no me aclarara más en detalle el proceso por el cual se crean los vampiros. A propósito de los matices de una jerarquía no-muerta, añadía este extraño comentario:

El mal no puede crear nada por sí mismo, solo puede corromper lo que existe. En consecuencia, llegamos a la conclusión de que el cuerpo no-muerto, aunque preservado de la corrupción por la intervención del maligno y su ruptura de la ley natural, es bueno. Debido a esto, debe procederse con el debido respeto en el tratamiento de dicho cuerpo.

Cerré el libro con disgusto.

—Es tan malo como Stoker—, dije en voz alta, y no me importó que alguien pudiera escucharme.

Todo tan absurdo... Una gran cantidad de chaladuras lanzadas por una legión de lunáticos.

Entonces pensé en Charles Sidney. En mis atroces e incipientes sospechas sobre Popescu y su secretario. En mis sentimientos vacilantes sobre Esther Raveland. Y en Adele. Pensé una vez más en Adele y en la inutilidad del sacerdote en su lecho de muerte.

¿Cómo se atrevía a desentenderse del trágico destino de Adele? ¿Qué clase de despiadado bufón era aquel hombre vestido de blanco que fingía tener el poder de combatir a los no-muertos y se limitaba a murmurar oraciones vacías mientras una muchacha moría ante sus propios ojos? Probablemente no tenía más que un diente de ajo en su bolsillo, ¡y se llamaba a sí cazador de vampiros! ¡La charlatanería anacrónica de los curas! ¡Eso era todo! Me recordaba mi padre: ¿de qué había servido frente a las tragedias reales su inocuo discurso de condenación, fuego y azufre? ¿Acaso había impedido la muerte de mi madre, demasiado joven? ¿Le había salvado a él de convertirse en cenizas y morir él mismo, temprano a juzgar por su edad pero en hora a juzgar por su espíritu?

Pero había pasado mucho tiempo de aquello; lo de ahora era mucho peor. ¿Qué pasaría? ¿Seguiría el vampiro devastando Londres, atacando a chicas desprevenidas, sin que nadie fuera capaz de descubrirlo ni de detenerlo? Recordé los horribles asesinatos de Whitechapel, más de una década atrás, según había apuntado Toby Barnes en su artículo. Recordé el terror que se había apoderado de Londres; lo tenía vívidamente grabado en mi memoria, aunque entonces todavía era un colegial. Los estudiantes más aplicados leíamos con devoción los periódicos de la ciudad, escapando a través de la página impresa de nuestro retiro académico. Y lo de ahora era peor que el Destripador. Esta era una criatura no-muerta que se alimentaba de los vivos, llevándolos a su

misma existencia infernal. Todas las teorías sin sentido de esos hombres tontos con sus ropajes y su religión insensata no servían de nada. No sabían nada, nada más que teorías.

Puros disparates. Si existieran los vampiros, pronto todos estaríamos muertos, y quizás aquello era lo mejor que podía pasarnos cuando las muchachas morían sin que nadie hiciera nada al respecto. Mientras tanto, otras chicas andaban por ahí fingiendo no ser vampiras cuando realmente lo eran, y se colaban en las pesadillas de los caballeros y los distraían de su trabajo... Todo aquello era estúpido, asqueroso, exasperante y, al tiempo, horrible.

—¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea, y maldita sea! —dije en voz alta. El tren se sacudió y continuó zumbando, sin dejar de avanzar.

Si existieran los vampiros... Entonces me llegó un recuerdo oscuro y veloz, tan fuerte como si acabara de suceder: estaba en un tren cuando vi a un vampiro por primera vez.

Me puse de pie apresuradamente, como para deshacerme de aquel pensamiento malsano, y el libro se cayó al suelo.

Se abrió la puerta. Levanté la vista, extrañamente alarmado. Allí estaba el padre Thomas Edmund Gilroy, con la sonrisa propia de las sorpresas agradables:

—¡Pero bueno, amigo mío! —gritó—. ¡Parece que siempre nos encontramos en los trenes!

CAPÍTULO XVII

16–17 de octubre de 1900, en un tren, dirección norte.

(Del diario de Mina Murray Harker) —Doctor Van Helsing —le dije—, lo que tengo que contarle es tan extraño que es posible que se ría de mí y de mi marido. Desde ayer me veo inmersa en un mar de dudas. Debe ser comprensivo conmigo y no considerarme una insensata por haber creído, siquiera a medias, ciertas cosas tan raras. Su actitud y sus palabras me tranquilizaron, cuando dijo: —¡Ay!, mi querida señora, si usted supiera lo extraño que es el asunto que me ha traído aquí, sería usted la que se reiría. He aprendido a no menospreciar las creencias de nadie, por muy inverosímiles que puedan parecer. Siempre he procurado mantener mi mente abierta. Y no son las cosas corrientes de la vida las que podrían cerrármela, sino las cosas extrañas, los acontecimientos extraordinarios que le hacen dudar a uno si estará loco o cuerdo”.

Nos sentamos el uno frente al otro. Me miró con una expresión visiblemente amistosa y yo fulminé con la mirada de desconfianza.—Bueno —dijo—, aquí estamos otra vez.

—Sí.

Volvimos al silencio y yo seguí acumulando malhumor.

—Tómese su tiempo, amigo mío —dijo suavemente—. Cuando esté listo para hablar, estaré listo para escucharle.

Aquel tono de confesionario fue la gota que colmó el vaso. Exploté.

—Menudo disparate.

—Supongo que podría parecer eso.

—Así que se dedica a cazar vampiros.

—Me temo que discrepo con la palabra que ha elegido. Demasiado dramática. No cazamos vampiros; exorcizamos a los demonios, particularmente a los muertos vivientes de varias razas.

—¿Qué significa eso? —insistí, dando pie a que continuase con aquella catequesis arcaica.

—Me encargo de los vampiros y de otros amenazantes muertos vivientes —o no muertos.

Al menos las cosas comenzaban a aclararse.

—¿Y cómo lo hace?

—¿Cómo hago qué?

—Cazar vampiros.

—Existen oraciones y rituales de exorcismo para nuestra labor.

—Otro truco —dijo con molestia.

El curita se limitó a sonreír con una sonrisa irritablemente amable.

—He leído su libro —dijo, arrojándole esa información como si fuera una carta ganadora, un triunfo capaz de sorprenderlo y rebajarlo a mi nivel.

Entonces cambió de actitud. Su rostro enrojeció hasta volverse casi púrpura. ¿Estaba a punto de ver la versión enojada del padre Edmund Gilroy? Había contemplado uno de sus textos secretos; ahora tenía una vía para investigar sus secretos. Las maquinaciones ocultas de los papistas habían quedado al descubierto.

—Oh, querido —dijo, y suspiró, con la cara aún roja—. Fue el padre Henry, ¿verdad? Dijo que iba a hacerlo, pero ese buen hombre dice muchas cosas y uno nunca sabe... Fue mi mentor en mi juventud. Está muy orgulloso de ello... Y muchos se mostraron complacidos con mi pequeño esfuerzo. Pero... realmente no esperaba...

Y su rubor aumentó más aún. No era rabia: era el sonrojo de un autor tímido.

Quedé desarmado con aquel pensamiento, y temí que él lo supiera. Mirando mi rostro abatido, el padre Thomas Edmund se rio y recuperó su color habitual.

—Amigo mío —dijo —envaine el sable del escepticismo. Vamos a tomar el té. Así podremos discutir el asunto más a fondo y de manera civilizada.

Así fue como me encontré una vez más en el vagón comedor de un tren, sentado frente a un hombre de cara redonda con un hábito blanco. Evité el té y, ante el asombro del camarero, que se apresuró a la cocina, pedí una comida completa.

El padre Thomas Edmund sonrió:

—Me alegra que tenga buen apetito, amigo. Un estómago vacío puede confundirle tanto a uno que puede imaginar toda clase de horrores. Ahí está el viejo cuento de la Madre Superiora de un convento, o tal vez fue un santo. Probablemente santa Teresa. Era conocida por su mente práctica. En cualquier caso, cuando supo que una de las hermanas había visto visiones, ella ordenó irónicamente que le dieran algo de comer.

Se echó a reír.

—O, si prefiere un ejemplo menos abiertamente religioso... ¿Qué es lo que dice el señor Scrooge? ¿Esa ingeniosa observación al espíritu de su compañero muerto? “Más huerto que muerto”

Y se rio por un buen minuto de ese juego de palabras. Después habló de varios temas indiferentes: el clima, los viajes, observaciones de la geografía que atravesábamos.

Estábamos mucho más allá de York y el sol comenzaba a descender en el horizonte. Sería noche cerrada mucho antes de que llegásemos a Durham.

Había terminado mi comida y estaba reflexionando con malestar sobre ese punto cuando el Padre Thomas Edmund volvió a introducir nuestro tema anterior:

—Ahora, John —dijo, y era la primera vez que se aventuraba a usar mi nombre propio—, hablemos con franqueza.

—Ojalá pudiéramos —dije—, pero me consta que gran parte de lo que pueda decirme será imposible de creer.

—No te estoy pidiendo fe, John. Estoy proponiéndote simplemente una unión de fuerzas. Confío en ti, pero soy muy consciente de que no confías en mí ni en mis hermanos, y no te lo puedo reprochar. Siento suficiente respeto por tu inteligencia y tu integridad de hombre honorable para saber que le darás a lo que diga una consideración justa y equilibrada. Existen criaturas como los vampiros. Son criaturas no muertas que se aprovechan de los vivos. Son condenados. No solo buscan la destrucción física de sus víctimas, sino su destrucción espiritual. Ésta es mi principal preocupación, pero está estrechamente unido a lo primero. Después de la muerte, no hay posibilidad de que haya más corrupción espiritual... ni tampoco salvación.

—Su actitud parece... despiadada —mi voz se disparó antes de que pudiera encontrar un sinónimo con más tacto.

No parecía sorprendido.

—Tengo plena confianza en la justicia y en la misericordia de un Dios que murió para salvar a los pecadores. Si esas almas que están perdidas no pueden ser salvadas por sus lágrimas, no pueden ser salvadas por las mías. Desconozco las circunstancias que llevaron a la destrucción de esas almas, pero sé que ahora no se pueden salvar y que dedica todo su ser de no-muerto a la destrucción de los demás. Y eso no puedo permitirlo, en la medida en que esté en mi poder detenerlo.

— ¿Él? —le pregunté, aunque temía escuchar la respuesta—.

—Se refiere al vampiro que está aterrorizando a Londres, claro.

Habíamos llegado a otro punto crítico.

—¿Así que piensa que hay un vampiro en Londres?

Sonrió.

—¿Tú no?

Negué con la cabeza.

—Yo no. Creo que son tonterías. Hay una explicación lógica y práctica para todo esto. Algo razonable, que no involucra lo sobrenatural.

—Técnicamente —dijo el sacerdote—, estamos discutiendo sobre lo preternatural. Ni siquiera hemos tocado lo sobrenatural, y no estoy dispuesto a hacerlo contigo.

Aquello sonó como un desprecio.

—¿Y por qué no?

—Porque soy un predicador, no un proselitista. Pero me has llamado insensible, así que permíteme que enfoque esto desde otro punto de vista. Piensa en los momentos en los que tú mismo has afligido. ¿Los lugares comunes o las fantasías sin sentido te trajeron consuelo? ¿Te han acercado más a Dios?

—Claro que no —dije.

—Entonces estamos de acuerdo: no hay un verdadero consuelo que pueda impartir la teología errante. Yo parto de la base de que el vampiro es una criatura malvada. En consecuencia, lo que me preocupa son sus víctimas. Eso no me hace cruel o insensible. Me hace... lógico y práctico.

Antes de que pudiera responder con la indignación adecuada a su observación, el tren se sacudió repentinamente y se detuvo. Mientras hablábamos, el clima se había deteriorado. El cielo se había teñido de gris oscuro y comenzaba a arrojar copiosas cantidades de lluvia.

—¿Qué ocurre? —le pregunté al camarero mientras pasaba a nuestro lado con prisa.

—Mucha agua en los raíles —dijo—, pero no debería demorarse mucho, señor. ¡No hay nada que temer!

Y, con una expresión de preocupación que desmentía sus palabras, salió corriendo del vagón comedor.

—Creo —dijo el sacerdote— que nos retrasaremos bastante. ¿Volvemos a nuestro compartimento?

Expresé mi acuerdo, terminé los restos de mi comida y seguí a mi compañero de hábito blanco entre las mesas y luego por los largos pasillos de camino a nuestros asientos. El interior del tren estaba sombríamente tranquilo, congelado en medio del diluvio.

Nos sentamos y, durante algún tiempo, no hablamos. La lluvia era suficiente para mantener nuestras mentes ocupadas. Caía a cubos, si se permite una metáfora tan exagerada.

Recordé a mi padre cuando su sermón sobre el diluvio de Noé.

—Cuarenta días y cuarenta noches —murmuré, sin darme cuenta de que estaba hablando en voz alta.

—Dudo mucho —dijo mi compañero con brillo en sus ojos— que los empleados del ferrocarril nos alertaran de eso. Se limitarían a asegurarnos que todo está bien, que la demora no será larga y que no hay nada que temer.

Estuve de acuerdo en que aquello era muy probable.

Las horas pasaron lentamente. A ratos dormitaba. Al principio me esforcé por mantener una postura rígida en mi asiento, como muestra de urbanidad, pero pronto abandoné dicha pretensión y estiré las piernas hacia mi compañero. Él se durmió más de una vez, apoyando la cabeza en silencio contra el cristal de la ventana, con las manos recogidas en el regazo. En un momento incluso tomó el paño blanco de la parte delantera de su túnica y se cubrió la cara, evitando la luz.

Entre estos períodos de sueño, hablamos de muchas cosas. Habría sido imposible mantener la ira agresiva que me había embargado al comienzo de nuestro viaje: nuestra demora era demasiado

larga y las circunstancias demasiado propicias para la relajación. Después de cuatro horas, me encontré en una conversación cómoda y amistosa, y no me importó demasiado.

—Charles Sidney: ¿está su muerte relacionada con su hipotético vampiro?

—El vampiro está en Londres, y está clara y estrechamente relacionado con la muerte de Sidney. Al principio, la policía creyó que el asesino era un loco. El tipo en cuestión era la encarnación de ese útil tópico literario: la pista falsa. A su debido tiempo, lo devolvieron al manicomio y, según tengo entendido, se asustó tanto que estaba más ansioso por volver a su confinamiento que sus propios médicos.

—¿Fue el vampiro, entonces? —presioné.

—El vampiro o uno de sus secuaces. Y no creo que el lunático sea un secuaz. Un peón menor, tal vez, pero no un siervo. Stoker también exageró ese asunto. Y le sacó mucho partido, por supuesto. El loco de su novela es uno de los personajes más fascinantes. Y, por supuesto, representa perfectamente la cuestión moral del momento y la culpabilidad. De hecho, es fascinante que el personaje que encarna más claramente la complejidad teológica del odio vampírico a la Eucaristía ni siquiera sea un vampiro.

—¿Pero por qué? —insistí, ignorando los meandros especulativos del sacerdote—. ¿Qué razón podía haber para matar a Sidney? Era un dandi presuntuoso y vanidoso, sí, pero ¿por qué matarlo? ¿Y por qué con semejante violencia?

—La lógica del vampiro es cosa oscura y retorcida, amigo mío. La causa podría haber sido algo incomprensible para nuestras mentes: quizás Sidney ya había dejado de ser útil, o quizás era más útil muerto que vivo, o puede que se hubiera resistido al vampiro de alguna manera.

—Más útil muerto que vivo —repetí—. ¿Cree entonces que Sidney... que Sidney ahora es un vampiro?

—No, Sidney no es un vampiro.

—Pero, ¿cómo lo sabes?—

—Como diría un amigo mío, el Padre Paul, “nos esforzamos por saber esas cosas”.

El padre Thomas Edmund Gilroy pronunció esto en un tono que indicaba que no era necesario hacer más preguntas, un tono que recordaba bien de mi padre, como el que puso el día en que pregunté por la posibilidad de que Jonás sobreviviera de verdad a su terrible experiencia en el vientre del gran pez. Luego volvió a sonreír y me tranquilizó con dulzura:

—Lo sabemos.

Luego surgió el tema de la señora Lawson.

—Es una mujer de fe —le dije, y sonó un poco cursi. Le irá bien.

El padre Thomas Edmund, tomándome en serio, negó con la cabeza.

—Amigo mío, ¿supone que esas “mujeres de fe” no dudan nunca de la misericordia de Dios? De hecho, a menudo lo hacen a diario, y la batalla contra el dolor y la desesperación que se libra en el corazón de tantas de esas mujeres simples y piadosas puede ser más feroz que cualquier cosa imaginada o experimentada por un exorcista.

Eso nos llevó a Adele e, indirectamente, a una pregunta que me había inquietado durante largo tiempo:

—No estoy diciendo que acepte su teoría del vampiro, padre —dije—, pero si ese fuera el caso, ¿por qué iba un vampiro a preocuparse tanto por mí y por los que están en mi entorno? ¿Qué hay de Adele Lawson?

—No tiene que preocuparse por la señorita Lawson, aunque sí debería orar por ella. Confiamos en la misericordia de Dios, aun cuando ciertamente esperamos su justicia. Pero... ¡olvídese de Stoker!, la pobre no era un vampiro.

Comencé a protestar, pero él negó con la cabeza.

—Todo ese asunto de “convertir en vampiros” es mucho más complejo, aunque en cierto modo más simple, de lo que imaginó el novelista. En cuanto a la muerte de la señorita Lawson, el modo en que sucedió y las comodidades que la rodearon, no había nada más que yo pudiera hacer; nada de nada. Su enfermedad no fue de origen vampírico. Los doctores hicieron todo lo que pudieron para salvarla. Además, siempre estoy obligado a respetar los deseos de su familia y de su clérigo. Traje todo lo que necesitaría para la extremaunción, por supuesto, pero como ella no era católica, no podía impartírsela. El doctor Grant me aseguró que todo se había hecho de acuerdo con su credo. Es un buen hombre; antaño, de hecho, fue amigo de Pusey ¹⁵ y conocido de Newman ¹⁶. Está bastante confundido en algunos puntos de materia sacramental y sostiene ciertas nociones demasiado complicadas sobre los sacrificios rituales en las culturas antiguas, pero el padre Matthew ha hablado con él largamente con respecto a eso. Es más bien un experto en el tema, me refiero al padre Matthew. Te lo aseguro, amigo mío: se tomarán todas las medidas necesarias para preservar la integridad y la paz sagrada de su lugar de descanso final. Te lo prometo.

Yo era terco y no me había convencido.

—Vi a un vampiro fuera de su ventana poco antes de que muriera.

Una sonrisa lenta se dibujó en su rostro.

—¿De verdad, John? ¿Así que crees en los vampiros?

Me había atrapado y lo acepté con buen humor.

—Bueno, pongámoslo de otro modo —dije—. Si usted tiene razón y los vampiros son reales, entonces vi a un vampiro, y se estaba aprovechando de Adele. Si, por el contrario, no existen tales seres, entonces no vi ninguno y usted está de nuevo diciendo tonterías.

Ahora su sonrisa era de satisfacción.

—Bien hecho, John, muy bien hecho. ¿Cómo puedo contrarrestar tu argumento? Déjame pensar.

Reflexionó un momento, como si estuviera ideando una táctica en un juego de mesa, y siguió:

—Debes recordar que la presencia del mal no es algo nuevo. Y el hecho de que haya un gran mal en Londres no excluye la presencia de muchas otras formas y manifestaciones del mal. De hecho, el mal atrae y engendra más mal. La criatura que viste no es la criatura de la que hemos hablado, pero sin duda era de su misma naturaleza corrupta. Además, si se hubiera presentado la oportunidad, no tengo dudas de que esa criatura reptiliana se habría aprovechado de la señorita Lawson. Pero no pudo hacerlo.

—¿Por qué no? —le reclamé.

Sus ojos brillaron.

—Porque cierto abogado de Londres se presentó allí y montó un alboroto que alertó a la policía.

No pude evitar reírme con él. Luego volví al tema de la motivación vampírica:

—Pero ¿por qué yo? —pregunté—. No soy tan bueno como abogado.

—La falsa modestia no te ayudará en nada. Pero, en verdad, esto no trata sobre tus habilidades. Seas un abogado talentoso o no, lo cierto es que eres el abogado de Edgar Kilbranson. Y eso te hace particularmente bien situado para ayudar a rastrear a la única persona en la que nuestro vampiro está obsesionado de forma maníaca: Elisabetta Kilbranson.

—¿Por qué demonios querría a la mujer de Kilbranson?

—Eso, amigo mío, todavía no lo sé. Sin embargo, los hechos son claros y nos llevan a esa conclusión. Tu primer encuentro con una de esas criaturas fue mientras estabas en Budapest buscando a Elisabetta Kilbranson. Estabas relacionado con Charles Sidney, y ahora está muerto. Estabas relacionado con Adele Lawson, y ella también está muerta. Y, de repente, recibes una

invitación para ingresar en el Templo de la Aurora Dorada.

—¿Cómo lo sabe? ¿Me ha estado siguiendo?

—No, no le estoy siguiendo, solo echándole una ojeada de vez en cuando. Nuestros intereses se han cruzado tan claramente en tantos puntos que, conociendo yo la crueldad de este enemigo...

—Entonces, estás en este tren para intentar aprender... ¿qué? Estoy siguiendo los pasos de Elisabetta Kilbranson. Usted dice que ella es importante, pero ¿cómo? ¿Por qué su vampiro querría perseguir a esta esposa infiel? No, espere: antes de que me diga que no puede responder esa pregunta, debe responder a otra: ¿no debería reflexionar sobre quién es el vampiro? ¿Cómo vamos a encontrarlo en una ciudad tan grande como Londres? ¿Podría estar escondido en cualquier lugar, en cualquier lugar!

(Aquella idea me angustió, y me contuve de mirar incómodamente por encima de mi hombro para ver si unos ojos rojos y fulminantes nos miraban desde los arbustos).

El padre Thomas Edmund respondió entre parpadeos:

—Oh, pero eso ya lo tenemos claro.

Lo miré fijamente.

—Sabemos quién es el vampiro —dijo—, ahora no tenemos más que saber quién es en realidad.

Seguí mirándolo y él se explicó con más detalle:

—Sabemos su identidad, sabemos quién es él en Londres. Lo sabemos desde hace algún tiempo.

—Pero usted dijo...

—Para combatirlo adecuadamente, debemos saber más sobre él que su mera identidad en Londres. Necesitamos conocer su linaje, su historia, de dónde viene, quiénes son sus secuaces, a quién más en Inglaterra conoce, qué contactos ha hecho en Londres, qué conspiración lo ha traído ahí...

—¿Y dónde vive?

—Eso también lo sabemos ya. Y tú también. Vive en la casa de Charles Sidney. Por fin.

—¿Está usted diciendo que el conde Popescu es un vampiro?

—Es una teoría sólida, amigo mío. Un hombre aparece en Londres como un noble húngaro anciano y enfermo, acompañado por al menos dos asistentes, quizás tres. Todos llegaron hace un mes. Aún no hemos determinado todos los pasos de su viaje, aunque hay razones para creer que utilizó al menos un tren. Algo extraño, ya que se supone que los viejos demonios desconfían de las formas modernas de transporte, pero estos son tiempos cambiantes, supongo, e incluso los vampiros deben cambiar con ellos.

—Pero los supuestos vampiros que he visto y todo lo que Stoker ha escrito... Ficción o no, la historia tiene sus raíces en la misma historia sobre la que dice ser una autoridad, e incluso la evidencia de mis propios ojos, todo esto hace que su reclamación sea ilógica.

—¿Por qué?

—Mi ilusión histérica, porque eso es lo que debe ser, esos monstruos de ojos rosados que se arrastran por las paredes y apestan a propia carne en descomposición... No son extranjeros entregados a la filantropía.

—Cierto —dijo con una calma exasperante—. Pensé que intentarías ese argumento. Nos enfrentamos a un terror mucho más complejo, aunque también, como te dije, más simple. Nuestro vampiro moderno, es decir, uno que se originó en los últimos doscientos años, puede exhibir la sofisticación cuestionable que describes. Tales avances respecto a su estado bestial son una ventaja, sin duda. Si su objetivo es, como sabemos que es, llevar a los hombres al infierno, lo más

práctico sería utilizar los medios ordinarios de la condenación humana: los apetitos desordenados. La teatralidad demoníaca puede tener fácilmente el efecto contrario de la fe inspiradora. Es mejor el hombre que no cree en nada y persigue el vicio con indiferencia que el que cree, pero se ha quedado petrificado en su creencia. Y sin embargo... Esas criaturas sienten el impulso de revelarse. Es el ego demoníaco.

Asintió con aparente satisfacción por sus palabras.

—Muy a menudo, la criatura se está deshaciendo. Ese o algún otro deseo desordenado.

Había relatado todo aquello con tono profesional, pero concluyó con una sonrisa y un gesto afectuoso. No le devolví la sonrisa. La revelación era en cierto modo un alivio y, sin embargo, me sentía engañado. Allí no había ningún misterio, ningún despliegue de pistas, nada que despertara el apetito intelectual de un Sherlock Holmes.

—La policía se ocupará de todo este asunto lo mejor posible, harán lo que puedan —continuó—. El inspector Harris es un hombre capaz y bueno. Pero este es un asunto serio, muy serio. El placer de la caza será mucho más sutil de lo que las novelas nos harían esperar. Creerás, me temo, que estoy hablando sin decir nada, pero este es un asunto muy serio, y las expectativas más dramáticas del novelista pueden resultar más un obstáculo que una ayuda para abordar el problema como es debido.

Me sentía desinflado, incluso engañado.

—Bueno —dije, consolándome como pude—, todo eso sería convincente si existiera algo parecido a un vampiro.

Me miró con paciencia.

—Ya te lo dije una vez, amigo: la lógica del vampiro es una cosa oscura y retorcida. Si esperas una explicación clara, como la que podrías encontrar en un informe legal, no la encontrarás. La primera pregunta que debes hacerte es si estás ya involucrado, como me temo. Para responder a esto, debes considerar las pruebas. Primero, está tu amistad con Charles Sidney, su muerte y la carta que recibiste de él horas antes del suceso. Segundo, está tu relación con Adele Lawson y la sugerencia de que el vampiro estaba conectado a distancia, aunque no fue la causa de su muerte. En tercer lugar, está el dinero que te paga Victor Montrose. Cuarto, tu reciente viaje a Budapest y tu encuentro conmigo en el tren y, justo después, el primer encuentro con el vampiro. Para resumir el conjunto y presentarlo en un quinto punto convincente: está el hecho obvio de que tú y varias personas de tu entorno estáis siendo perseguidos por un ser que amenaza con beber vuestra sangre. ¿Por qué has sido elegido? Solo el tiempo responderá, y tal vez nunca del todo. ‘No puede comer como los demás’, dijo ese entretenido profesor de Stoker, con su acento escandaloso. Y yo añadiría: ‘no puede pensar como los demás’. Pero, a pesar de todos esos argumentos a favor de tu implicación, te aseguro que solo puedes unirme a nuestra batalla por voluntad propia. Si decides alejarte del peligro, no por ello te tendré en menos estima. Y ciertamente haremos todo lo que esté a nuestro alcance para protegerlo.

Hubo un ruido atronador y el tren comenzó a moverse.

—Bueno —dijo alegremente mi compañero—, llegaremos a Durham por la mañana. Quizás deberíamos intentar dormir un poco.

¹⁵ Edward Bouverie Pusey, teólogo anglicano vinculado al Movimiento de Oxford (N. del T.)

¹⁶ Beato John Henry Newman, sacerdote anglicano convertido al catolicismo, cardenal de la Iglesia Católica, escritor y teólogo.

CAPÍTULO XVIII

18 de octubre de 1900, Durham y Ushaw Moor.

(Carta de sor Agatha, del Hospital de San José y Santa María de Buda—Pest, a miss Wilhelmina Murray). Aprovecho que mi paciente duerme para abrir esta carta y comunicarle algo más. Me ha hablado mucho de usted y me ha dicho que pronto será su esposa. ¡Mis bendiciones para ambos! Según dice el doctor, Mr. Harker ha sufrido una terrible impresión y en sus delirios desvariaba, hablando de cosas espantosas como lobos, ponzoña, sangre, fantasmas, demonios, y otras que no me atrevo a mencionar [...] las huellas de una enfermedad como esta no se desvanecen tan fácilmente”.

—¡Johnny!

Nos detuvimos en el andén empapado de la estación de Durham. El padre Thomas Edmund Gilroy estaba junto a mí, envuelto en una gabardina negra, con un gran sombrero negro y plano sobre su cabeza del que brotaba el agua como un torrente.

Un hombre corpulento con gafas y pelo exiguo y rizado, vestido de tweed como un profesor, se nos aproximó corriendo bajo la lluvia, agitando su paraguas a cada paso. Me abrazó con entusiasmo, casi asfixiándonos.

—¡Johnny Kemp! ¡No nos hemos visto en años! ¡Casi una década, diría! ¡Qué día tan horrible! Es una maravilla que tu tren haya llegado por fin, aunque haya sido con doce horas de retraso... ¡Cómo has cambiado! Te ves enfermizo, demasiado delgado. Deberías venir a mi casa, mi Elsie te mantendría bien alimentado. Tiene un gran talento para escoger cocinero, y ella misma hace un poco del trabajo de la cocina... O lo hace cuando no está... ocupada.

—¿Quieres decir que está... embarazada?

—¡Oh, sí! Este es nuestro séptimo hijo. Cinco niñas y un niño. Veremos cómo resulta...

Me giré hacia mi compañero del tren para ofrecer una presentación:

—Sebastian Rubles, el padre Thomas Edmund Gilroy. Padre Thomas Edmund, Sebastian Rubles.

Sebastian estrechó la mano del sacerdote con tanta fuerza que me pregunté si le habría dislocado el hombro.

—¡Encantado de conocerle, padre! Mucho gusto. Bien, bien. Bueno, bueno, por cierto. ¡Johnny, eres el último del que esperaba que se convirtiera en papista!

Empecé a protestar, pero el padre Thomas Edmund Gilroy intervino con agilidad:

—¡Oh, no! El Sr. Kemp no comparte mi fe. Por el contrario, nos ofrece a mí y mi credo un cuestionamiento constante, saludable y escéptico.

—¡No esperaba menos! —gritó Seb, como si fuera un padre tierno, orgulloso de escuchar un amable cumplido sobre su hijo—. ¡John siempre fue nuestro escéptico favorito! Pero yo soy un anglicano “High Church”, al igual que mis padres. Mi suegro es obispo en el sur. A todos nos falta tiempo para ocuparnos de los asuntos religiosos, pero John, ya le ve, siempre fue muy curioso.

Sonrió. Intenté cambiar de tema:

—Seb, ¿tienes alguna pista?

—¡La tengo! —gritó—. ¡Ven! Déjame que te consiga un poco de té, y luego podremos charlar largo y tendido.

Negué con la cabeza.

—Quizás mas tarde. Realmente tenemos prisa. El retraso del tren ha sido una lástima, tenemos que recuperar tiempo.

—Bueno, entonces —dijo mi amigo, algo avergonzado—, supongo que puedo ir contándoles todo mientras buscamos a alguien que les lleve a Ushaw Moor...

—Le estamos realmente agradecidos —interrumpió el Padre Thomas Edmund Gilroy,— y estoy seguro de que tiene cosas muy importantes que contarnos.

Sebastian se animó de nuevo.

—Bueno, sí, sí, ¡lo tengo! Fui bastante inteligente al respecto. No tengo práctica, pero no habría hecho un mejor trabajo ni aunque hubiera sido el mismísimo Holmes. Soy un fiel lector de esos relatos y sé que no tengo los poderes de observación del gran detective. Nunca puedo dar con la respuesta a sus problemas; siempre tengo que leer hasta el final, o mirar el final, si estoy lo suficientemente cansado o si Elsie me necesita y debo terminar de leer lo más rápido que pueda... Como decía, sabía que no podía localizar a nadie por mi cuenta, así que aproveché la fuente más observadora y omnisciente de Durham: los chismes de la vieja.

Hablaba muy rápido mientras nos apresurábamos a través de la lluvia.

—Mi tía abuela, Greta. Es bastante vieja. Sabe todo lo que hay que saber sobre todo; no pasa nada en Durham sin que ella lo sepa. ¡Hasta sabe qué chicas se han metido en problemas antes de que ellas lo sepan!

Aquella le parecía una idea interesante y muy divertida.

—Imaginen que una mujer de aspecto extranjero y aire asustado, una mujer misteriosa, se baja de un tren en nuestra estación y avanza por las calles oscuras, girando con frecuencia para no ser detectada, y luego echa a correr por el campo hasta el mismísimo convento de monjas romanas, ese lugar intrigante que, por cierto, mi tía cree que es el centro de todas las intrigas malvadas y oscuras de la región (y no vayan a robarle esa deliciosa creencia). Pues bien, les aseguro que eso ocurrió, y mi tía tardó menos de una hora en enterarse. Sus pequeños espías abandonaron sus pasteles en el horno y sus periódicos y salieron a indagar, y estoy seguro de que algunos estaban tan ansiosos que se dejaron el sombrero en casa. Vaya, mira —dijo, interrumpiéndose a sí mismo—, ha parado de llover.

Y era cierto, lo que simplificó mucho nuestro proceso de encontrar transporte. Mientras Sebastian se esforzaba por contratar un carruaje en voz baja, lo que aparentemente consideraba apropiado, creí escuchar, en las sombras de la calle, a la patrulla chismosa de la tía abuela Greta. Esperaba que no fuera nada más siniestro.

—Es una lástima —dijo Sebastian, con pesar, mientras se despedía—. Estoy encantado de verte, por supuesto, y me encantaría acompañarles, pero no me gustaría dejar a Elsie sola por mucho tiempo en un momento así —hizo una pausa con tono melancólico—. De todos modos, supongo que no necesita un filólogo en sus aventuras.

Le prometimos que, si lo necesitáramos, lo llamaríamos de inmediato. Luego nos fuimos.

Era difícil imaginar el calor sofocante que había oprimido a Londres el día en que Radu Vadas me visitó. Allí, en cambio, el clima húmedo había teñido el mundo en escala de grises. Los cerros, que habrían sido exuberantes y verdes en primavera, ahora se veían desolados, como clamando por el alivio del frío y la lluvia en esas últimas semanas de otoño. La niebla bajaba hecha jirones, lo que agregaba un toque de misterio a nuestro avance a través de colinas ondulantes y angustiadas. Los pocos promontorios rocosos, que durante nuestro trayecto habían ido aumentando su frecuencia, ahora estaban por todas partes, uno tras otro. El efecto era claustrofóbico.

El convento estaba en lo profundo de una hondonada, una situación mal elegida, pensé, rodeado de una intrincada y poco atractiva vegetación. En primavera, tal vez sería hermoso: un valle verde intenso, reconfortante. Pero en aquel momento los árboles estériles recordaban a las almas en pena de los viejos mitos, retorcidas y agarradas entre sí, o al lugar en que, en un cuento de hadas, se escondería una princesa dormida.

Pero allí no iba a despertar ninguna princesa. Aquel era un lugar propicio para los terrores

insomnes de los no-muertos, criaturas perpetuamente atrapadas en el infierno.

Salimos del carruaje y el padre Thomas Edmund Gilroy pagó al conductor. Contemplamos en silencio cómo se alejaba: ¿era mi imaginación o el conductor estaba ansioso por abandonar ese lugar extraño?

—Vamos, amigo mío —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy—. Nos esperan.

Avanzó hacia una pequeña puerta lateral y llamó. Cuando abrieron, vi el rostro amable y sonriente de una monja, vestida de blanco como sus contrapartes sacerdotales, con un velo negro sobre la cabeza. Era como si hubiésemos entrado en otro reino, en un lugar espiritualmente más elevado y, al mismo tiempo, más mundanamente real de lo que el mundo imaginaba.

La seguimos por largos pasillos regulares, flanqueados por muchas puertas.

Cuando pasamos junto a una puerta doble de madera pesada, uno de los lados se abrió ligeramente para permitir que otra figura con velo saliera al pasillo. Antes de que la puerta se cerrara, eché un vistazo y vi una capilla modesta, sorprendentemente carente de decoración, a excepción de un espantoso objeto dorado, decorado con rayos de sol alrededor de una ventana encerrada en la cual estaba la hostia católica. Era como un ídolo llamativo y brillante, posado sobre el altar, una mesa cubierta con mantel de lino de impecable blancura. En el suelo, ante él, postrada en actitud de dolor o de adoración, o quién sabe si de sueño, había una figura vestida de negro. Era solo un vistazo, pero algo me dijo que no era ni monja ni sacerdote.

—¿Es esa su capilla? —le pregunté a nuestra guía.

—Sí —respondió ella con una voz tan suave que era difícil de escuchar—. Nos turnamos en la adoración perpetua del Santísimo Sacramento en reparación de las blasfemias contra su sacratísimo cuerpo y su preciosísima sangre. Muchos de los que acuden a nosotros también encuentran consuelo en esta devoción

—Ya ve —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy— que hay un lugar para las víctimas que sobreviven e incluso para las que esperan escapar de las garras de esas criaturas.

Un hospital para víctimas de vampiros, regido por monjitas. Era una idea cargada de potencial para una novela gótica. Una vez más, me sorprendió fuertemente la alarmante relación entre la teología papista y la perversa sed de sangre de la amenaza que pretendían combatir, pero la idea no era nada oportuna en un momento en el que necesitaba serenidad para enfrentarme a tantos adversarios.

Continuamos nuestro camino. Vi a unos cuantos convalecientes, pero pocos de ellos jóvenes, y ninguno de edad muy avanzada. Hice notar aquello en voz alta.

—Es a consecuencia de la enfermedad —dijo nuestra guía en un susurro—. Si alguien llega aquí a solicitar nuestra asistencia, es probable que sea físicamente fuerte, de lo contrario habría muerto en el asalto.

—¿Y los jóvenes?

—Para llegar aquí, deben desear nuestra ayuda. A menudo los jóvenes no están preparados para resistir la fachada resplandeciente con la que el mal los atrae.

Era una idea inquietante; no había considerado el lado atractivo de la cuestión. De hecho, me desconcertó. Pero, aún así, pensando un poco, se me ocurrieron varios ejemplos concretos que ilustraban precisamente eso: Esther Raveland, por ejemplo.

Nuestra escolta nos condujo a una habitación pequeña con ventana mínima. La habitación estaba dividida perfectamente por la mitad por una delgada rejilla de metal, ante la que había varios taburetes. El padre Thomas Edmund Gilroy tomó uno; yo elegí otro y la monja desapareció. Nos quedamos esperando.

Cuando la puerta del otro lado de la rejilla se abrió, yo esperaba ver a otra mujer con hábito,

pero, en cambio, entró un hombre vestido de negro con sonrisa encantadora.

—¡Vaya, hola! —dijo, como si fuéramos los invitados más deseables que podría haber imaginado conocer.

—Buenos días —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy con severa dignidad—. Estamos esperando a la Madre Superiora.

Me sorprendió su tono autoritario y antipático, pero el hombre de negro simplemente se rio.

—Oh, no soy una de las monjas, obviamente. Soy uno de sus esclavos domesticados. Nos mantienen aquí para torturarnos con promesas y se niegan a darnos la única cosa que realmente deseamos.

Su rostro estaba extrañamente iluminado de pasión. Me sentí muy incómodo al sentir sus ojos tan enfocados en mí, e incluso me volví a mirar al sacerdote varias veces para tratar de desviar su atención hacia él.

El padre Thomas Edmund Gilroy escuchó, silencioso y severo.

—Usted... No sabe cómo es... Esa euforia... —susurró el hombre, extasiado.

Sus ojos se volvieron vidriosos y por unos momentos estuvo muy lejos de mí, muy lejos del sacerdote, muy lejos del mundo de la realidad presente. Cuando regresó, su rostro estaba más gris, y su tono era agudo y amargo:

—Bueno. Así es la vida.

—¿Y qué pasa cuando se detiene? —pregunté.

Ahora parecía lívido de ira:

—¿Qué clase de Dios...? —se interrumpió, luego sacudió la cabeza enojado y salió por la puerta, casi cruzándose con una monja alta con grandes ojos grises.

—Váyase ahora, señor Mason —dijo ella—. Conoce las normas. Vaya y presente un informe a la hermana Josephine.

Pensé por un momento que él la atacaría con rabia; de hecho, incluso pareció hincharse de furia por un momento, pero se desinfló con sumisión y dijo murmurando:

—Sí, madre.

Se escabulló, presumiblemente para someterse a su castigo. La monja alta esperó hasta que dejamos de verlo y unos segundos después. Luego se volvió hacia nosotros y pensé que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Ella vino, con tranquila dignidad, a sentarse frente a nosotros detrás de la reja. Luego dijo, como si respondiera a la pregunta que yo no había planteado:

—La agonía es terrible. Hay gritos, pesadillas... Y pesadillas conscientes, que son peores que en sueños. No duermen, de hecho. Durante días, semanas, a menudo incluso meses. Parece que están atrapados en el infierno de una vigilia sin fin. Entonces los asalta la locura. Y el deseo se inflama hasta un nivel inexpresable. A veces se vuelven violentos, a veces suplican, a veces pueden hacerse daño a sí mismos.

—¿Y qué hacen ustedes?

—Nuestro sistema está regido por una firme disciplina. Esa es la base sobre la que se puede construir una vida nueva y saludable. Mientras tanto, esperamos. Contemplamos, oramos. Damos todo el consuelo que podemos, aunque sea poco. Nos lamentamos por los que ya no tienen salvación.

—Qué vida tan oscura —exclamé—. Qué horror. ¿Por qué no darle al hombre lo que él desea? Lo matará, sí, ¿pero no alarga esa cruel negación su muerte tortuosa?

—¿De qué le servirá a un hombre ganar su droga oscura y perder su alma? Aquí hacemos un trabajo difícil, señor Kemp, pero es parte de la batalla contra la condenación eterna. Incluso este sufrimiento de ahora será como nada algún día.

Luego miró al sacerdote.

—¿Qué quieren de nosotras, padre?

—Estamos buscando a una joven de Budapest. Su marido es inglés, un matrimonio infeliz, y por alguna razón es acosada personalmente por uno de los no-muertos, tan acosada que la ha buscado en varios países. Su apellido de casada es Kilbranson; su apellido de soltera era Vadas.

La monja negó con la cabeza.

—No tenemos ninguna hermana con ese nombre, aunque me resulta extrañamente familiar.

—Lo esperaba, madre. Deseo hablar con Éva Koszorús, si está lo suficientemente bien. Creo que ella tiene alguna información que puede ayudarnos.

La Madre Superiora frunció el ceño.

—Sigue muy débil. Sé que usted ha sido de mucha ayuda para ella, y, de hecho, ella considera que la ha salvado de los horrores más profundos. Pero no sé si lo que más le conviene en este momento es hablar de cosas como éstas...

—Madre —dijo el sacerdote—, me conoce desde hace muchos años. Usted sabe que no le haría esta petición si no fuera de vital importancia.

La monja pensó por un momento. Luego cerró los ojos y, con la boca moviéndose casi indiscerniblemente en lo que supuse que era una oración, permaneció así durante varios minutos. El padre Thomas Edmund se sentó, paciente y silencioso. Cuando abrió los ojos, la madre asintió y dijo:

—Le concederé la entrevista, padre. Pero me quedaré aquí con ella.

—Por supuesto, no la vería sin usted —respondió él.

Entonces la madre nos dejó solos por varios minutos.

—¿Quién es Éva Koszorús? —pregunté.

—Una víctima de los no-muertos, rescatada antes de ser completamente destruida.

—¿Usted la rescató?

—Solo fui uno de los muchos que ayudaron.

Entonces la puerta se abrió de nuevo y entró la madre superiora seguida por otra monja, baja y rechoncha, y de una joven con unos ojos casi sobrenaturales, azules, verdes en los momentos de intensa emoción, exuberantes sobre su rostro estrecho y agotado. El pelo, largo y desgarrado, estaba blanco. Parecía como si estuviera dudando entre salir o no de la infancia y convertirse en mujer, o como si fuera un hada a la que violentamente se le hubiera atribuido forma humana y apenas hubiera sobrevivido al proceso. Se sentó tranquilamente ante nosotros.

—Éva —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy—, he venido a pedirte ayuda.

Ella le sonrió suavemente y asintió.

—¿Podrías comenzar diciéndole a mi amigo, el señor Kemp, quién eres y de dónde vienes?

Volvió los ojos hacia mí.

—Me llamo Éva Koszorús —recitó, en un inglés con mucho acento—. Durante muchos años estuve bajo el poder de esa criatura. No —dijo ella, anticipando la pregunta en mis ojos—, no soy de su clase. Aún no. Podría haber llegado a serlo. Todavía podría... si él me encuentra...

Comenzó a respirar agitadamente y sus ojos se dilataron, no supe decir si de terror o de pasión.

Esperamos unos minutos mientras se recuperaba. Luego, con una respiración profunda, continuó:

—No, no soy una muerta viviente. Pero él bebió de mi sangre y me obligó a beber la suya.

Esta vez cerró los ojos con fuerza, como si la martirizara un repentino dolor físico, y comenzó a temblar incontrolablemente. La Madre Superiora se aproximó y le puso la mano suavemente en

el hombro. La muchacha se calmó al instante y, después de un momento, abrió los ojos, ahora llenos de lágrimas, para mirar hacia el crucifijo en la pared, y luego miró seriamente a mi compañero.

—De este infierno viviente me salvé, gracias a Asszonyunk Szüz Mária, Istennek szent Anyja.

Entró otra hermana y le ofreció un vaso de agua clara y limpia. Éva aceptó el vaso con gratitud y bebió profundamente antes de continuar.

—Yo era de una familia pobre pero respetable en Vác, una ciudad cercana a Budapest. Mi padre era profesor de música. Mi madre, que era de Gales, murió cuando yo era muy joven. Muchos me consideraban hermosa y esperaban casarme bien. En esto mi padre había basado muchas de sus esperanzas. Cuando tenía quince años... —se detuvo y sonrió—, en realidad, seguro que ha pensado que soy más vieja, ¿verdad? La familia de mi madre descende de un muerto, un hombre de mucho ingenio. Nunca adoptó la religión anglicana, aunque lo intentó... Pero lo persiguió una multitud de cuervos, un mal augurio enviado por el cielo... Era el maligno que se apresuraba a recoger su alma debilitada.

Su mente parecía vagar, así que la hermana la llamó suavemente para atraerla hacia atrás.

—Éva... Muchacha.

La joven se sobresaltó, nos miró como si advirtiera nuestra presencia por primera vez, agitó la cabeza con impaciencia para disipar un pensamiento oscuro pero familiar, y continuó:

—Quizás fue por mi madre, galesa. Él tiene algunos negocios aquí, relacionados con Inglaterra. No sé por qué está aquí, pero sé que tiene un propósito oscuro y horrible. ¿Quiere que le cuente mi historia de seducción? Poder, pasión, lujuria. Algo que despertaba los sentidos, los dominaba, confundía la mente. Él decía que yo lo deseaba. Quizás lo hice; no lo sé. Todo fue aterrador y desconcertante. No sé por qué está ahora en Inglaterra. Me temo que ha venido a por mí, pero también a por todos nosotros. Debe de haber alguna razón oscura...

—¿Puede decirnos quién es? —le pregunté.

Me pareció el punto de ataque más directo. Ella sacudió la cabeza y su cuerpo comenzó a temblar con... ¿miedo?

—No puedo decir su nombre. Pero no es un noble. Ningún señor poderoso. Muchos dicen que era el hijo bastardo de un sacerdote malvado. Le gustaba hacer creer a la gente que descendía del mismísimo Maligno, que vino a la tierra en forma humana y se enamoró de una muchacha campesina. Cuando la gente fue a por ella y la quemó en la hoguera por brujería, el Maligno se llevó a su hijo y lo crió en una remota cueva. Su propio hijo... Él cree que es el hijo del hijo del hijo. No sé nada sobre eso, solo lo que he oído. ¿Cómo podemos saber algo de él?

El padre Thomas Edmund habló en voz baja.

—Háblanos de Elisabetta Kilbranson.

—¡Ah! —gritó la muchacha, con los ojos brillantes de terror—. Ella... Está condenada. Cada día ella se acerca a su perdición. Cuando muera, se volverá como él. Él la hará como él. Él anhela su sangre, la anhela especialmente, porque le dará aún mayor poder. También le servirá de venganza... Ella se ha escapado, se ha apartado de él. Nadie puede encontrarla. Lo ha burlado. Pero, como yo, ella no tiene escapatoria.

—¿Por qué, Éva? ¿Por qué desea él su sangre especialmente?

Ella negó con la cabeza.

—Es un secreto —gimió—, un oscuro secreto.

El padre no la presionó. Se sentó, inmóvil como una estatua, observándola en silencio. Parecía que la joven luchaba en su interior; el combate era visible en su cabeza negra y audible en sus gemidos.

Después de unos momentos, recuperó la calma. Luego levantó los ojos hacia nosotros y continuó su narración en un susurro:

—Dicen que él sabía muchas cosas oscuras, más oscuras todavía que las que sabían quienes le precedieron. Dicen que superó a su propio maestro y se dio un festín con él. Dicen que conocía una forma de conservar la sangre que lograba: la encerraba en una oscura joya, un rubí tan maravilloso que cualquier hombre que lo vea debe desearlo. Ella lleva esa joya.

La idea de las gemas misteriosas con propiedades especiales, especialmente siniestras, me recordó fuertemente a las narraciones de Wilkie Collins, así que me sentí aún más escéptico de lo habitual: ¿por qué aquel poderoso no-muerto, si es que realmente lo era, iba a preocuparse por un rubí, incluso si contuviera su propia sangre?

—Debe haber algo más —murmuré, casi en voz alta—.

—¿Qué más quiere que haya? —gritó la joven—. ¿No le parece suficiente? Él sabía una manera... Una forma de ser él mismo y no morir. Ralentizando, por un tiempo, esa magia oscura... Su propia condenación. Provocó su propia muerte y la disfrutó. Ahora, con una astucia especial, puede hacer que otros sean como él. Esa es su enseñanza, su arte. El arte de una muerte lenta y del crecimiento de los poderes. Pero si encuentra ese rubí, esa joya de su propia sangre, le dará nuevos y extraños poderes. Va a buscarlo cueste lo que cueste. Y nadie estará a salvo cuando lo encuentre.

Nos interrumpió un golpe ensordecedor e inesperado. Miré a la ventana y me sorprendió ver que la bóveda celeste había pasado del gris insípido a un intenso y enojado rojo, salpicado de nubes negras. Mientras lo contemplaba, los rayos comenzaron a iluminar el cielo con una violencia irregular; una explosión inmediata de truenos señaló la inminencia de la tormenta. No iba a ser una lluvia como la que habíamos visto antes. Siguió un segundo rayo, como lanzado por la mano de un dios vengativo, y con esa brillante explosión, el cielo perforado brotó de sus entrañas y la lluvia, adornada de rojo por la ferocidad del horizonte, se derramó en un torrente sangriento, como deseosa de inundar el mundo.

Cuando aparté la vista del espectáculo de aquel cielo enojado, vi al sacerdote orando en silencio sobre la cabeza inclinada de la frágil joven. No escuché las palabras que dijo, pero vi que ella lloraba y que recuperaba la calma. Tras una última sonrisa de despedida, la segunda monja se la llevó suavemente.

La madre superiora miró al padre Thomas Edmund Gilroy.

—¿Qué significa esto? —le preguntó.

—No lo sé —dijo—. Es una idea siniestra, ciertamente. Un ritual, o un proceso frío y calculador para iniciar almas al mundo de los no-muertos. Me temo que esta criatura renovará su propio arte oscuro con los métodos de nuestra era. Eso lo hace doblemente peligroso. Él no tiene meramente los deseos de los no muertos; le aporta un intelecto despiadado, tal vez más allá de lo que hemos visto antes.

—¿Y la mujer?

—Elisabetta Vadas era una niña criada por gitanos —dijo—. Huérfana de padre, la encontraron en los brazos de su madre, una joven que murió congelada en la nieve la víspera de San Jorge. Radu Vadas la considera su hermana, no sé si lo es en realidad. ¿Tal vez primos? Al margen de eso, hay muchas cosas que desconocemos. Ese asunto del rubí no explica su ansia por encontrarla. ¿Qué es el rubí? ¿Por qué no la ha encontrado todavía? ¿Cómo puede ella escapar si es una iniciada? ¿Cómo huyó? ¿Cómo sigue escapando si ya es una de sus víctimas? Sé que debe estar trabajando desde el supuesto de que la consumación de sus deseos oscuros significará un mayor poder... ¿Por qué si no la perseguiría tan intensa y desesperadamente que incluso le roba la

astucia del mal?

—¿Eso cree?

—Eso creo. De hecho, es un gran activo para nuestro trabajo. Cada vez que esta mujer se mueve o aparece, él se mueve más rápidamente y se vuelve más vulnerable a nosotros.

—¿Y a la mujer misma?

—No lo sé. No sé si ella misma alberga pasiones oscuras en su corazón, o si tiene algún poder especial para escapar de él. Solo sabemos que ha huido y sigue huyendo.

La monja agitó la cabeza.

—Señor, ten piedad.

—La tiene, madre, la tiene.

Ella lo miró en silencio reflexivo por un momento, luego asintió y dijo:

—Llamaré a nuestro cochero para que los lleve a la estación.

Los dos religiosos se despidieron y nos dirigimos a la antecámara para esperar nuestro transporte.

—Pero, padre —dije, cuando estábamos ya solos, cubiertos con nuestros abrigos aún húmedos—, ¿encontrar a esa mujer es la razón de que esté en Inglaterra?

—No sé con exactitud por qué está en Inglaterra. Cada día que está aquí, miles de vidas están en la balanza. Debe haber alguna razón oscura. Elisabetta Vadas es claramente parte de ello, lo sabíamos incluso antes de venir aquí. Quizás con el tiempo tengamos una visión más clara de qué papel desempeña ella...

—¿Crees que él sabe lo que le supondrá beber su sangre?

—No lo sé —dijo, con la frente arrugada por la preocupación—. Debería pensar que no. Sin embargo, debe estar trabajando a partir de la suposición de que su sangre le dará un poder adicional o un placer más profundo. Y —sonrió ante su débil intento de humor— daría... hasta la vida por eso.

Regresamos a la estación en silencio; la tormenta era demasiado fuerte como para permitir una conversación.

—¡Johnny! ¡Johnny!

Me había olvidado de Sebastian hasta que llegamos a la estación y apareció ante mí, gritando mi nombre y agitando un periódico en mi cara.

—¡Malas noticias de Londres! —exclamó, y me mostró el terrible titular: Violento ataque a la casa de un abogado.

Las frases saltaron del papel: “John Kemp, respetado hombre de leyes... Temprano por la mañana... La policía busca información sobre el paradero del señor Kemp... Carnicería sangrienta...”

—¡Oh, por Dios! —grité—. ¡Jenson!

Otra voz me interrumpió:

—¡Thomas Edmund!

Allí había tres hombres vestidos de blanco y negro, con el rostro severo.

—Tenemos que darnos prisa —dijo el primero—. Ha habido otro caso, y es muy probable que todo se acelere rápidamente. Hemos venido a asegurar el convento. Le necesitan de vuelta en Londres.

Luego vino una tercera voz, una voz oficial, y con ella vino una mano, una mano que cayó y se aferró a mi hombro como un tornillo.

—¿Señor John Kemp? Al inspector Harris le gustaría hablar con usted. ¿Podría acompañarnos, señor?

CAPÍTULO XIX

19 de octubre de 1900, comisaría de policía de Hyde Park.

(Del diario del doctor Seward). Ayer noche Renfield experimentó un cambio extraño y repentino. A eso de las ocho empezó a excitarse y a husmear como un perro cuando está de muestra. Al guardián le sorprendió su actitud y, sabiendo mi interés por él, le animó a hablar. Normalmente, Renfield es respetuoso con el guardián e incluso a veces servil. Pero esta noche, según me dijo, se mostró muy arrogante. No consintió en hablar con él. Lo único que dijo fue: —No quiero hablar con usted. Ahora ya no cuenta para mí; el Amo está muy cerca.

—Fue una suerte que oyera el ruido y subiera las escaleras para investigar. El intruso no se había dado cuenta de que su hombre estaba en la casa. A juzgar por el trato que recibieron sus muebles, si hubiera sabido que había un posible testigo en la vivienda, no estaría en el hospital ahora, sino en el depósito de cadáveres.

El inspector Harris, tan anodino como siempre, bordeaba el entusiasmo al contarme los detalles escabrosos del violento asalto de mi hogar y la agresión, casi asesinato, de mi criado. Además, parecía aceptar la presencia del padre Thomas Edmund Gilroy, quien me había acompañado en mi apresurado regreso a Londres en tren en compañía de dos representantes de la fuerza policial de Su Majestad, sin cuestionarla en absoluto. Incluso me pregunté si se habían conocido previamente, por su forma de saludarse a nuestra llegada.

—Ella entró agitando el rodillo como una loca. Estaba completamente enloquecida, se lo aseguro. Es divertido escuchar su relato —el inspector rio—. El tipo está ahora detenido, y me alegro de que sea así, se lo aseguro.

En general, considerando la aspereza de mi regreso a la ciudad, me sorprendió encontrar al inspector tan encantado. Parecía que la señora Pritchard fuera la nueva heroína local, tras el audaz rescate de su amado enfermo.

—Inspector —dijo el padre Thomas Edmund—, si existe alguna sospecha sobre el señor Kemp, estoy aquí para declarar que pasó toda la noche de autos atrapado en un tren de camino entre Londres y Durham, y que yo quedé atrapado en el mismo compartimento que él.

—¿Sospecha? Nada de eso —respondió Harris alegremente—. En realidad estábamos ansiosos por hablar con el señor Kemp... Nada sorprendente, considerando las circunstancias. Ahora, señor Kemp, ¿podría seguirme, por favor?

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Me gustaría que hable un momento con mi detenido. Quizás al verlo se vuelva un poco más sincero.

Lo seguí a regañadientes. Tras las rejas, Victor Montrose tenía un aspecto tan sudoroso y poco atractivo como el que tenía la última vez que lo había visto.

Hosco y silencioso, ni siquiera levantó la vista cuando nos aproximamos a los barrotes de su celda.

—Montrose —ladró Harris—, alguien ha venido a verle.

—Ya lo veo —dijo con resentimiento— ¿Y qué?

—¿Reconoce a este hombre? —me pregunto Harris.

—Sí —dije—. Es uno de los legatarios en el testamento de Charles Sidney. Se me acercó hace meses.

—¡‘Se me acercó’! —por alguna razón el prisionero pareció indignarse con aquello, así que habló con molestia:— Tuve que soportar sus peticiones desesperadas de ayuda, hombrecillo ignorante.. Criaturita... Insecto ingrato.

Luego se fijó en el padre Thomas Edmund Gilroy: se encogió y puso una sonrisa burlona.

—Tú, bobo... —gritó—. Tú y los tuyos. Eres demasiado bueno y demasiado alto para tener una mente tan estrecha. Verás... Pronto te enterarás —se echó a reír, con una risa ruidosa, enloquecida.

El padre Thomas Edmund no respondió. Escuchó, en silencio, con el rostro inmóvil. El silencio pareció decepcionar a Montrose.

—No te hablaré más —dijo con presunción, y se volvió hacia la pared, en una escenificación casi cómica de su determinación.

Regresamos en silencio al despacho del inspector Harris.

—Está loco —le dije en voz baja al padre Thomas Edmund—.

—Es un ser despreciable, más bien —respondió—. Pero en realidad es algo trágico.

—¿Por qué le odia? —le pregunté.

Se encogió de hombros con tristeza.

—No es a mí; odia la idea de que pueda existir alguien como yo. Ha basado su vida en mentiras y pretensiones de un estado de superioridad espiritual. Como hombre ignorante y egoísta, no puede imaginar a nadie que no se parezca a sí mismo. Incluso se imagina como un sacerdote de otra iglesia...

—Disculpe mis palabras, padre —dije con gravedad—, pero creo que lo que necesita es una patada en el trasero, no se me ocurre mejor medicina. Debería haber recibido unas cuantas en la escuela.

Alguien golpeó la puerta y casi de inmediato entró Toby Barnes.

—Harris —se lamentó—, ¡no puede hacerme esto! ¡No puede atarme de manos! ¡Qué historia! ¡Lo tiene todo! ¡Drama! ¡Y una cocinera enloquecida de amor que hace huir a un asaltante! Hola, señor Kemp. ¿Le gustaría hacer una declaración a la prensa sobre sus emociones al escuchar el asalto a su apartamento? ¿Qué sintió al enterarse del floreciente romance de los criados, por llamarlo así?

—Barnes —la advertencia oficial llegó con la máxima firmeza—, ya se lo he dicho. Por ahora no quiero que publique ningún detalle sobre este incidente en su periódico, ni en ningún otro lugar —agregó ante las protestas del periodista—. Tan pronto como tenga la confesión de mi prisionero clara y oficialmente registrada, le daré la exclusiva. Hasta entonces, no puede publicar nada salvo esto, aquí tiene: ‘Toby Barnes, el intrépido reportero de Pall Mall Gazette, está trabajando junto a la policía para investigar el misterioso asalto a la casa personal de un respetado abogado de Londres...

—¡Pero eso ya lo hemos publicado! —exclamó Barnes con disgusto—. ¿Quiere que me quede sin trabajo? ¿Quiere que me muera de hambre en la calle, buen hombre?

—Bueno —respondió el inspector con una sonrisa irónica—, tal vez no en la calle. Los calabozos están bien llenos de borrachos y fulanas, no necesitamos llenarlos de periodistas insistentes...

Barnes se desplomó en una silla con un suspiro resignado.

—Ah, bueno —dijo—, supongo que eso es todo.

—Sí —dijo Harris con cordialidad—, eso es todo. Y ahora puede irse, Barnes. Le llamaremos cuando lo necesitemos.

—¡Oh, no, Harris! Usted dijo que estaba ayudando a la policía en esta investigación... ¡Por Dios! Perdóneme, señor párroco... Me quedaré hasta que tenga la exclusiva que me prometió. Un momento, usted es un papista, ¿verdad?

El padre Thomas Edmund asintió pacientemente.

—¿Qué tiene que ver el Vaticano con todo esto?

El sacerdote, que había seguido aquel intercambio con buen humor, respondió con aire de profunda seriedad:

—No creo que el Santo Padre tenga nada que comentar para su periódico, señor Barnes.

—Qué lástima —dijo Barnes—. A mis lectores les encantaría un punto de vista jesuítico.

—Barnes —dijo el inspector Harris—, le permito que se quede, pero con la condición de que permanezca en silencio, y no estoy seguro de que pueda cumplir esta condición.

—No abriré la boca —juró Barnes obedientemente, y se acomodó con su cuaderno abierto y su pluma en ristre. Harris lo miró y se volvió hacia mí:

—¿Puedo ver a Jenson? —le pregunté—. ¿De verdad está bien?

—Bien, recordemos que lo despertó el ladrón que estaba saqueando su casa, y él... se escondió prudentemente debajo de su cama hasta que la dama llegó a rescatarlo. En la lucha, aunque no hubo demasiada, se lo aseguro, la señora cayó sobre la cama con tanta fuerza que la rompió.

Barnes soltó una risita y trató de sofocarla con la mano. Harris lo ignoró.

—El mayordomo sobrevivirá. Lo están atendiendo ahora mismo. Lo que no sé es cuánto tiempo seguirá a su servicio... Dependerá de su actitud con respecto a los sirvientes casados, supongo. Ahora, señor, ¿se le ocurre alguna razón por la que alguien estaría interesado en revolver sus pertenencias y destrozarlas?

—Dado que no se me ha permitido ver mi casa —respondí—, no puedo saber cuál pudo ser el objeto de la búsqueda, o del destrozo...

—Comprendo su alteración, señor. Pero espero que reconozca que, al estar usted ausente de Londres e ilocalizable, se suscitaron ciertas preguntas al comienzo de nuestra investigación.

—No estaría tan ilocalizable —dije con ironía— si sus hombres dieron conmigo.

El inspector Harris sonrió.

—Debería haber dicho casi ilocalizable.

—¿Puede decirme qué objetos han sido dañados? —le pregunté.

—Todo, señor. Pareciera que alguien había entrado con un hacha, destrozando todo lo que tenía a la vista. El caos es tal que no se puede saber lo que podrían haber estado buscando. Parece un ataque motivado por el odio...

—Inspector Harris —dijo de repente el padre Thomas Edmund Gilroy—, ¿no hubo otro incidente violento en la ciudad anoche?

Se hizo una larga pausa mientras el inspector Harris evaluaba a su interrogador. Luego frunció el ceño.

—¿Qué le hace pensar eso, señor? —el sacerdote se limitó a mirar al policía y esperó pacientemente su respuesta.

Esperaba que Harris expulsara a mi compañero, pero, después de que el silencio se extendiera mucho más allá del punto en el que comenzó a resultar incómodo, dio una rápida respuesta:

—Un joven, sí. Antecedentes turbios. Lo encontraron acuchillado en un callejón cerca del puerto. Conocía algunos de los tipos más turbios de por ahí.

—¿Opio?

—Claro.

—¿Y encontraron el cuchillo?

Una vez más, el inspector hizo una pausa y pareció sopesar su respuesta con cuidado.

—No, señor —dijo al fin—, no lo encontraron. El asesino acuchilló a su víctima varias... docenas de veces... El callejón parecía pintado de sangre.

—¿Alguna otra cosa destacable sobre la víctima?

—Bueno...

Alguien llamó a la puerta y Harris le invitó a unirse.

Era el forense que había conocido en mi visita anterior. Parecía aburrido y, al verme, irritado.

—Doctor Lewis, aquí estamos en confianza. ¿Puede informarnos sobre esa víctima apuñalada?

—Dieciocho hendiduras realizadas con fuerza, por todas partes. Podría decir que fue un ataque furioso. También había signos de arañazos en el rostro. A juzgar por el tamaño de la mano, diría que era una mujer.

—¿Pudo apuñalarlo así una mujer? —mi estómago se había revuelto, pero Harris sostuvo el tono aséptico del doctor. Lewis sacudió la cabeza lentamente.

—Lo dudo —dijo—. A menos que fuera una mujer con una fuerza poco natural.

—Y —dijo Harris con una media sonrisa—, como la señora Pritchard estaba ocupada en otra cosa en ese momento, presumimos que ella no fue la culpable.

—Ahora, señor —se dirigió al padre Thomas Edmund Gilroy—, me interesaría saber cómo...

Le interrumpió una fuerte y extraña conmoción, un ruido violento acompañado de gritos. Sonaba lejos del despacho, pero nos asustó a todos.

—¡Briggs! —ordenó el inspector Harris— Baje y compruebe qué está pasando.

El joven policía desapareció obedientemente. Regresó a los pocos minutos, irrumpiendo por la puerta con la cara pálida y los ojos fuera de las órbitas:

—¡Señor! ¡Es Montrose! ¡Se ha escapado!

—¿Victor Montrose? —Barnes paladeó el nombre con entusiasmo, pero Harris ladró:

—¡Barnes! —y el reportero volvió al silencio, garabateando furiosamente en su pequeño cuaderno.

—No sé qué ha podido ocurrir, señor. Las barras de su celda están dobladas hasta casi partirse por la mitad. El hombre que estaba con él está loco de miedo y no es capaz de explicarse con coherencia.

—¿Pero qué ha dicho exactamente? —preguntó ágilmente el padre Thomas Edmund.

Después de lanzar una mirada curiosa a la túnica blanca de su interrogador, el agente respondió con entusiasmo:

—Dice que una criatura de negro abrió la ventana. Habla de alas y dientes y gruñidos...

—¿Dice que Victor Montrose se fue voluntariamente?

—Esa es la parte más loca —una curiosa elección de frase, pensé, considerando el hecho de que estaba informando sobre las palabras de un loco.

—Dice que el hombre fue arrancado por la ventana, pero se resistió y gritó.

Estas palabras fueron recibidas con un silencio tan cargado de significado que me volví para mirar al inspector Harris, quien tenía el ceño fruncido y miraba en silencio al padre Thomas Edmund Gilroy. El religioso le devolvió la mirada con calma.

—Briggs —dijo Harris por fin—, cuando alguno de nuestros hombres consiga más información, hágalo llamar de inmediato.

Fue evidente que lo estaba echando.

—Pongamos nuestras cartas sobre la mesa, fraile —dijo el inspector—. Hemos tenido roces antes. Yo le conozco bien y usted me conoce bien. ¿Vamos a trabajar juntos o prefiere sufrir las molestias de un interrogatorio oficial?

—Inspector Harris —respondió el sacerdote con buen humor y paciencia—, sabe bien que esa investigación no nos afectaría ni a mí ni a mis hermanos. Cuando hay un escándalo en nuestras filas, las chismosas lo olfatean mucho antes de que usted y sus hombres hayan torcido la nariz... Disculpe la frase, mucho antes de que usted y sus hombres desconfíen, quería decir.

—Sabe bien a qué actividades me refiero —dijo Harris—. En general creo en lo que veo, pero

sé que hay ciertas cosas que me desconciertan en mi trabajo, y ustedes suelen estar relacionados con esa clase de cosas.

—¿Me concede carta blanca, entonces?

—Nada de eso. Le animo a que sea franco conmigo y me cuente todo lo que sea valioso para mi investigación. Su teología y su caza de fantasmas se las puede guardar para sí mismo. Y, Barnes, si a usted se le escapa una sola palabra de esto, le haré vivir un calvario... Con perdón, padre Gilroy.

—Como de costumbre —dijo el sacerdote—, acepto sus términos... Con las reservas habituales.

Harris frunció el ceño y suspiró:

—Sé que es mejor que no le presione más.

—Aunque se lo contase, no iba a creérselo —respondió el padre Thomas Edmund con calma.

—Probablemente tenga razón —admitió Harris—.

El desconcertante intercambio llegó a su final. Los dos duelistas se volvieron y advirtieron nuestra presencia.

El forense estaba de pie, escuchando con aire abatido. Lo vi tan ignorado y despreciado que me lo imaginé renunciando a la fuerza policial y retirándose a una diminuta y bucólica aldea para gastar el resto de sus días dedicado a la observación de los humedales. Se sobresaltó al escuchar que el padre Thomas Edmund Gilroy se dirigía a él:

—Entonces, ¿qué cree que ocurre, doctor?

El doctor Martin miró al religioso con desconfianza: aquella frase era una invitación demasiado obvia para satisfacer sus deseos más profundos. Convencido, después de un momento, de que la pregunta era real y se esperaba su respuesta, se aclaró y comenzó a exponer su hipótesis:

—Bueno, a partir de mi experiencia, y a juzgar por los ángulos de las hendiduras y por la diferencia entre la sangre de la cara y la de las heridas de cuchillo, diría que el arañazo es anterior a las cuchilladas... Tal vez hasta en una hora, no mucho más. En consecuencia, sugiero que la víctima estaba reteniendo contra su voluntad a una mujer... Quizás una prostituta rebelde. Por esa zona de la ciudad no hay muchas mujeres respetables.

—Pero tal vez el encuentro con la mujer tuvo lugar en otro lugar —sugirió el padre Gilroy.

—Puede —asintió el doctor.

—Discúlpeme —dijo el sacerdote—, lo interrumpí.

Para mi asombro, el forense se mostró encantado con aquella cortesía. Sonrió y desplegó una reverencia gentil.

—En absoluto, señor. Como iba a decirle, poco después de este encuentro, o tal vez incluso en el transcurso del mismo, apareció otra persona. Si esa persona estaba relacionada con la mujer o no, no sabría decírselo. La víctima solo parece haberse defendido débilmente; algunos cardenales parecen indicar cierta resistencia por su parte. No creo —bordeó la pregunta— que la mujer fuera capaz de infligir heridas de esa naturaleza en un hombre de esas dimensiones.

—¿Qué dimensiones?

La pregunta emocionó más todavía al médico. Abrió un cuaderno grande de aspecto formal y comenzó a leer:

—El sujeto era un varón de unos treinta años. Cabello oscuro, ojos oscuros. Barba. Un metro con ochenta y cinco centímetros de altura. Cien kilos. Parte superior del cuerpo aparentemente muy desarrollada. Muchas cicatrices viejas en todo el cuerpo, en consonancia con el tenor de su vida. Marcas y manchas en su cuerpo hacen suponer que era un obrero, probablemente en el muelle, pero no un marinero. Tatuaje en su pecho en una lengua extranjera. Aquí está apuntado.

Le entregó su cuaderno al padre Thomas Edmund Gilroy, quien leyó en voz alta:

—*Cu moartea toate dierentele dispar* —hizo una pausa—. Es un proverbio rumano. Significa, más o menos, “Todo será igual en cien años”.

—Muy culto para un estibador violento —comentó Harris.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el sacerdote.

Harris le dio la respuesta:

—Era conocido como Boris. No tenía apellido conocido. Bueno, Gilroy. Ahí es donde estamos; ahora es su turno.

El padre Thomas Edmund entrecerró los ojos, pensativo.

—Inspector —dijo—, hay algo que puedo contarle. Creo que si no encuentra a Montrose rápido, pronto lo encontrará asesinado, por la misma criatura que atacó a Charles Sidney.

—Criatura. De modo que no se creyó nuestro señuelo...

—En absoluto. Creo que hay algo maligno en todo esto. No puedo aventurar nombres, porque en este momento sería difamatorio, pero le diré algo: observe cuidadosamente la actividad en el número 92 de Grove Lane, Camberwell.

El inspector silbó.

—¡Vaya! Ese es el destino de moda para la gente elegante. Su afirmación es arriesgada, padre; he oído que el príncipe ha sido visto allí. ¿No estaba usted por allí, señor Kemp?

Lo admito.

—¿Y no era usted amigo de Charles Sidney?

Asentí escuetamente.

—Y, en su ausencia, su hogar fue asaltado y su ayuda de cámara pudo haber sido asesinado... ¿Alguna vez ha considerado, señor Kemp, lo peligroso que es formar parte de su entorno? No vaya contándolo por ahí, esas cosas no son buenas para el negocio...

Se volvió hacia el papista de hábito blanco, que seguía sentado en silencio, con las manos cruzadas sobre el regazo y el cordón con cuentas en una mano.

—¿Y bien? ¿Algo más?

—Además, si tiene noticias de extranjeras que hayan llegado hace poco a la ciudad, especialmente si se trata de mujeres de origen húngaro...

—¿Que podrían haber sido vistas en un altercado con un adicto al opio corpulento que trabajaba en los muelles, tal vez?

El padre Thomas Edmund sonrió.

—Bien, bien. Todo esto es muy interesante, ¿no es así?

Se sentó y reflexionó durante un tiempo. Entonces, aparentemente satisfecho con la información, asintió.

—Muy bien, Gilroy, es suficiente por ahora, tengo mucho trabajo que hacer. Tengo que encontrar un ladrón—ratero—cuatrero—carterista...

Se volvió hacia mí.

—Por favor, avísenos inmediatamente cuando tenga su nueva dirección, señor Kemp. Eso es correcto. Además de estar bajo investigación, realmente no tiene sentido que intente permanecer en esas habitaciones en este momento.

—¿No puedo ir a casa y recoger algunas cosas? —protesté—. Algo de ropa...

Consideró la cuestión y rugió:

—¡Peters!

Entró mi viejo enemigo. Su desprecio por mí no había disminuido desde nuestra última reunión, algunos meses antes; no sabía disimularlo.

Harris siguió impartiendo órdenes:

—Acompañe al señor Kemp a su antigua vivienda. Supervíselo mientras saca algunas cosas. Y si encuentra a cualquier personaje sospechoso, Peters, tráigalo inmediatamente.

Me levanté y me dispuse a salir, seguido del padre Thomas Edmund, quien saludó cortésmente al inspector. Toby Barnes también se levantó y trató de unirse discretamente a nuestra salida. La voz de Harris cayó como un rayo sobre el reportero que huía:

—Barnes, usted se queda —le dijo con humor sombrío—. Estoy listo para dictarle su artículo.

CAPÍTULO XX

19 de octubre de 1900, comisaría de Hyde Park.

(Carta de Lucy Westenra a Mina Murray Harker). ¡Ay, Mina! ¿No lo adivinas? Le amo. Me ruborizo mientras lo escribo, ya que, aunque creo que él también me ama, todavía no me lo ha dicho con palabras. Pero yo le amo, Mina, ¡le amo! ¡Ya está! Escribirlo me sienta bien. Ojalá estuviéramos juntas, querida, sentadas delante del fuego en bata, como solíamos. Entonces intentaría explicarte lo que siento. No sé cómo me atrevo a escribir esto, ni siquiera a ti. Temo hacer un alto, porque seguramente rompería la carta, y no quiero hacerlo, porque deseo tanto contártelo todo. Mándame noticias tuyas inmediatamente, y dime qué piensas Mina, tengo que dejarlo. Buenas noches. Acuérdate de mí en tus oraciones, Mina, y reza por mi felicidad.

El inspector Harris estaba en lo correcto: no había ninguna razón para volver a casa. Mi hogar era un desastre sin paliativos. No es que hubiera vivido nunca en un esplendor opulento, pero mi casa y mis cosas eran todas mías y las amaba.

Paseé, aturdido, de habitación en habitación. La cama estaba del revés; los cajones de las cómodas, rotos y repartidos por todas partes. Mi ropa parecía haber sido lanzada en todas las direcciones, y muchas de las prendas estaban tan perjudicadas que ahora era imposible usarlas. Una de mis pelucas de abogado, vieja y casi sin usar, se veía ahora como si cada cabello hubiera sido arrancado en un brote de ira.

Mi biblioteca, que había servido durante tanto tiempo como una extensión de mi oficina, se había llevado la peor parte. Los libros estaban tirados por el suelo, con las páginas arrancadas de la montura. Por toda la sala había papeles y cartas. La tinta se había derramado en la alfombra, desgarrada en tiras. Aquello era un caos de destrucción cruel. La porcelana estaba hecha añicos. Había destrozado todos los cuadros, incluso los pequeños retratos de mis padres en daguerrotipo, arrojados a una confusión antiestética. Había pocas cosas salvables.

Al principio me costó identificar el objeto más desfigurado. Era un montón de pequeños fragmentos de tela, oro, azul real y verde esmeralda. Bisagras dobladas y retorcidas. Una cerradura rota. ¡La caja ornamental de pavo real que me había dejado Charles Sidney! Había olvidado que tal cosa existía. Contenía mis notas de los meses anteriores, cuando había hecho ciertos esfuerzos académicos de aficionado en el Museo Británico. Ahora, estaba seguro, habían seguido el camino del resto y formaban parte de la desastrosa pasta de papel.

—Pero bueno... Señor... —dije con disgusto y en voz baja.

De repente me acordé del agente Peters. Levanté la vista avergonzado y vi que me estaba mirando con atención.

—Disculpe, agente —le dije—. Veré lo que puedo sacar de aquí.

Mi búsqueda fue tan breve como deprimente. Buscaba algunas cosas para vivir y trabajar. Sentí los ojos del policía en mi espalda hasta que finalmente habló:

—Es una verdadera lástima, señor.

Lo dijo con una falta de emoción tan estudiada que al principio me pregunté si sería sarcasmo. Dudé y le di las gracias.

Pasaron varios segundos de silencio incómodo. Luego, asumiendo que había terminado de hablar, me incliné y seguí con mi búsqueda. Acabé la triste recolección de objetos personales y metí los pocos artículos en mi maletín (todo encajaba con una facilidad alarmante). Miré a Peters.

—Bueno, agente... —comencé, preparándome para sugerir una partida.

Estrechó los ojos.

—¿Hay algo en particular que llame su atención, señor? —parecía estar cuestionándome, pero

no dije nada—. Quiero decir, señor, ¿algo que pueda ayudar en nuestra investigación?

Reflexioné e hice un gesto hacia los restos de la caja:

—Eso era de Charles Sidney —le dije—. Era una caja.

—Cierto —dijo pensativamente, empujando los restos con el pie.

Pensé que su repentina torpeza era el resultado de su sensación de lástima por mi situación, en la medida en que fuera capaz de empatía. Encontré aquello extrañamente alentador, en medio de la tragedia.

—¿Qué había dentro?

—Oh —dije—, solo unos papeles. Algunas notas de una investigación, de hacía varios meses.

—¿Cuál era el tema?

Pensé que había sido prematuro suponer que Peter era humano. Me había planteado una pregunta embarazosa y me retorcí internamente mientras intentaba encontrar una respuesta adecuada.

—Era... Estaba relacionada con...

Entonces recordé que lo principal de mi visita al Museo Británico había sido mi primer y dramático encuentro con Victor Montrose. Aquello, ciertamente, era algo para reflexionar. Levanté la vista y, tal y como esperaba, vi a Peters contemplándome con cara de halcón.

—Lo siento, Peters —le dije—. Acabo de recordarlo. Eran notas de una visita que hice al Museo Británico. Ahí es donde conocí a Victor Montrose.

Se quedó inquietantemente silencioso; incluso pareció que dejaba de respirar.

—¿Es así, señor?

—Sí, Peters. Es así.

Me sentía bastante impaciente. Con mucho gusto le daría a la policía, incluso al agente Peters, la información requerida, pero su actitud era tan desagradable que me hizo renuente a decir nada más.

—Es extraño que no le haya mencionado eso al inspector Harris —dijo a continuación, lentamente.

—No lo recordé cuando estaba con el inspector Harris. Pero puedo decirle una cosa con certeza: se lo estoy diciendo ahora.

Consideró esto por un momento. Después asintió con pomposidad satisfecha.

—¿Y cuál era el tema de su investigación ese día, señor?

Era tan tenaz como un terrier, maldito sea.

—Las representaciones folclóricas de los no-muertos —le espeté, desafiándolo con la mirada.

Para mi sorpresa, aquella revelación pareció convertirlo en una persona viva y con sentimientos. Mientras yo lo miraba, fascinado, el agente Peters se volvió casi amistoso.

—Mire esto, señor —dijo, con entusiasmo, y señaló la pared—. Estos cortes profundos están ligeramente desperdigados, pero se agrupan en grupos de cinco.

—¿Son uñas? —pregunté, y mi piel comenzó a erizarse.

—Eso parece. Y esa cama... Montrose es un canalla gordinflón, no tiene fuerza para hacerlo. Por eso lo dejaremos todo tal y como está, salvo por las cosas que va a llevarse, señor. Aquí hay muchas preguntas sin responder, muchas cosas sin sentido.

—¿Qué...? ¿Cuál cree que es la respuesta, Peters?

Por un segundo, pareció como si se hubiera vuelto a su ser anterior. ¿Podría Peters sobrevivir al impacto de descubrir que él, nada menos que él, se había rebajado a hablarle a alguien tan indigno como yo? Entonces el entusiasmo por exponer su propia teoría superó su desconfianza instintiva y, por desgracia, su repugnancia hacia mí.

—Bueno —dijo—, creo que había otra persona en el apartamento. Alguien que eludió a la señora Pritchard. Su historia es un desastre, pero menciona ciertos ruidos que no podrían explicarse con un único intruso en el piso. Puede ser la imaginación de una mujer histérica, pero también puede que no... Y hay tantas otras preguntas sin respuesta...

Asintió gravemente.

—Es todo un misterio, señor. Pero lo resolveremos, no tema, señor —su pecho se hinchó visiblemente— Confíe en las fuerzas del orden, señor.

De todos modos, yo estaba lo suficientemente feliz como para hacer eso... Al menos por el momento.

—¿Puede decirme en qué hospital está mi mayordomo? —pregunté, ansioso por cambiar de tema y escapar antes de que Peters decidiera, una vez más, que me odiaba. El agente me lo indicó y, dirigiéndole un adiós cortés, salí a pie, con los restos de mis pertenencias en mi pequeño maletín.

Era media tarde cuando llegué al hospital. Mi relación con Jenson fue suficiente para que me permitieran la entrada y acompañarle junto a su cama.

—El médico dice que debe estar muy quieto, señor Kemp —dijo la pequeña enfermera que me mostró el camino—. Se ha roto varias costillas y le duele al moverse.

Jenson estaba recostado en la cama, tan pálido y tan feo como siempre. Tenía todo el abdomen vendado. Sin embargo, cuando me vio, luchó por levantarse de la cama como una señal de respeto feudal. Le insté a descansar. Aceptó un término medio: se sentó erguido en la cama, singularmente incómodo e infeliz.

—Disculpe, señor, por mi apariencia. Realmente es... Bueno, señor, ya ve. Son las normas del hospital.

Mientras hablaba, apareció la señora Pritchard, con los brazos cargados de paquetes.

—¡Pero bueno, señor Kemp! —exclamó con entusiasmo—. Qué detalle que ha venido a visitar a mi pobre Eustace.

El posesivo me hizo dar un respingo, pero Jenson parecía imperturbable; de hecho, miraba a su protectora con algo parecido a la adoración.

Mientras hablaba, se movía a su alrededor, añadiendo delicados toques a su cama. Una colcha floral, una almohada de plumas de ganso mucho más mullida, de la que salieron nubes de plumas mientras ella la golpeaba; una pila de libros, que no pude distinguir, aunque parecían lecturas de quiosco nada edificantes.

La enfermera se apresuró; parecía bastante atemorizada ante la señora Pritchard.

—Señora Pritchard —dijo temblorosa—. El médico dijo que...

—Ahora, ahora, cariño —respondió la cocinera, acariciando la mano de la mujer más joven con una firmeza aplastante. No te preocupes por nosotros. Sé que tienes mucho que hacer, yo voy a cuidar ahora del paciente. Ve y haz tu trabajo, ya me encargo yo.

Y se volvió hacia mí. La enfermera vaciló con aspecto disgustado ante las palabras de la señora Pritchard y se escabulló.

—Había un monstruo en ese departamento, señor Kemp. Ese agente está loco y no quiere escuchar, pero escúcheme usted... Fue todo un milagro. Cuando oí todo ese estruendo... ¡Oh, señor Kemp! Le aseguro que mi corazón casi se detuvo, estaba a punto de llorar de miedo. Pero al pensar en Eustace, quiero decir en el señor Jenson, allí arriba, indefenso en su lecho de dolor... Bueno, no podía dejarlo allí, ¿verdad?

Me miró con unos ojos abiertos, inocentes y suplicantes propios de una ingenuidad muy ensayada.

—Oh, claro —dije, con la galantería que ella parecía esperar, aunque odiándome por ello—; por supuesto que no, señora Pritchard.

Me dirigió una sonrisa tímida y luego sonrió con lo que me pareció un sincero afecto hacia su amante herido.

—Eustace... Realmente es todo un caballero, ¿no es así?

Jenson respondió solo con una sonrisa tierna, algo muy prudente: si se hubiera unido a ella en los halagos hacia mí, podría haberme visto obligado a asesinarlo.

—Bien, ahora —dijo la señora Pritchard, subiéndose la falda un poco para aproximarse al pie de la cama de Jenson—, eso quita una carga. Bueno, señor, como le estaba diciendo, me apresuré por las escaleras con mi fiel rodillo. Esos villanos habían cerrado la puerta, pero se descuidaron y no se molestaron en bloquearla. Fui cautelosa y abrí la puerta con sigilo y lentamente...

Se inclinaba y se balanceaba al avanzar con su historia, enfatizando el sigilo con el que procedía en ese momento crítico.

—Entré en silencio. Ellos estaban haciendo mucho ruido, así que no es de extrañar que no me oyeran. Llegué a la puerta de su salón y los encontré allí. Incluso pude pararme allí un buen momento y dejar que mis ojos asumieran el desastre que estaban haciendo. Estaban trabajando con linterna, dos o tres de ellos. Allí estaban ellos. Dos de ellos. Uno de ellos era un tipo feo y bajo... Un ladrón de poca monta, diría. Diría que necesitaba un buen lavado y una buena mujer que le dijera lo que pensaba, aunque ninguna mujer respetable se acercaría a alguien así, ya me entiende, señor... El otro era raro y negro y gruñía mucho. Ese monstruo se arrastraba por la pared como un monstruo y olfateaba cosas como un animal extraño. Me quedé allí un buen momento, como dije, y los miré a los dos. Entonces grité en voz alta: ‘¡Tú ahí! He llamado a la policía, ¡y ahora estás acabado!’

—¿Había llamado a la policía? —le pregunté, sinceramente curioso.

—Oh, claro, señor, lo hice. Hice que el niño llegara y que lustrara los zapatos del coronel cuando salí. Le dije: ‘Ahora, Harold, ve y encuentra a un agente de policía, y no hay tonterías acerca de ti, o le diré a tu madre que has estado visitando a esa chica mientras trabaja en el Drury Lane Theatre’. ¡Imagina la forma en que corría entonces! Bien. Como estaba diciendo —había un leve reproche en su tono, ya que claramente consideraba que aquel era otro punto culminante de la acción dramática y no le había gustado la interrupción—, ahí estaba yo, y grité: ‘¡canallas! ¡La policía está en camino! ¡Demonios descarados!’

Imaginé que el audaz relato se estaba volviendo más y más detallado cada vez que lo contaba.

—Se asustaron al oír eso. El monstruo gruñó un poco más y saltó como... Como algo salvaje. Se derrumbaron las lámparas y nos quedamos en la oscuridad. Me levanté con mi rodillo y grité todo lo fuerte y claro que pude. Sé que golpeé algo y seguí avanzando... Entonces golpeé muchas cosas y oí a alguien aullar en la oscuridad. ¡Seguí golpeando y girando por la sala!

Estaba saltando en la cama mientras sus brazos se agitaban, y Jenson, que se estaba volviendo más pálido con cada movimiento convulsivo, gimió de repente. La señora Pritchard, angustiada, estuvo a punto de caer sobre él.

—Eustace, ¿qué te pasa? Voy a buscar a esa enfermera. ¡Nunca está cuando se la necesita!

Saltó de la cama y se dirigió a la puerta, pero él se quedó sin aliento:

—Emily, estoy bien... No... No... Continúa con tu historia, querida.

La señora Pritchard dudó por un momento. La historia podía ser lo más importante en su vida, pero el bienestar de su amado no le iba a la zaga. Reflexionó, lo miró por un momento y determinó que realmente podría sobrevivir unos minutos más sin atención médica, de modo que reanudó su relato sin recostarse en la cama, lo que probablemente salvó la vida de mi criado.

—Bueno, señor, pues el caso es que estaba allí, luchando, y ganando. Estoy segura de que el monstruo se estaba defendiendo a sí mismo... No me imagino a una criatura así dedicándose a defender a ese tipo feo en lugar de a salvar su propio pellejo, ¿no es cierto? Bueno, pues el bribón empezó a contraatacar. Me empujó y me golpeó y dijo palabras que ninguna dama podía soportar escuchar, pero mi padre era marinero y le gustaba beber un poco de ron de vez en cuando, así que he oído cosas peores muchas veces. No me asustan ese tipo de cosas. Seguí luchando con todas mis fuerzas y, cuando por fin me empujó a la... A su... A su habitación, señor, que estaba hecha un desastre... Eustace... el Sr. Jenson... Bueno, decía que el tipo me tiró a la cama y entonces pensé que podría tratarse de una clase de delito diferente, ya me entiende, y casi me dispongo a golpear su mente sucia. Se cayó y se puso frío por un momento. No estaba muerto, sino golpeado... Como un boxeador sonado. Llegó el agente, lento como una tortuga, acompañado del pequeño Harold, y se pusieron a mirar a su alrededor, a encender luces y a comprobar cómo estaba todo. Le pregunté a aquel insecto descarado qué había hecho con su casa y le tiré de las orejas en cuanto pude levantarme de la cama. Han atacado al señor Jenson, le dije al joven, y han destruido todas las cosas del señor Kemp, y tú te pones a hacer preguntas tontas... ¡Menos mal que atrapé a uno de ellos! Gracias por tomarte su tiempo, dejando a una dama que haga el trabajo de cuatro hombres... ¡Jovencito débil e ingrato! ¡Hablaré con tu madre! Entonces se escabulló, chillando y amenazándome. El agente me miró con desconfianza y me pidió una explicación. Cuando se la estaba dando, oímos un ruido. Allí encontramos al pobre Eustace debajo de la cama, pidiendo ayuda y aplastado, y luego se desmayó de nuevo, y bajé a la comisaría y hablé con el inspector, un caballero muy razonable, y luego enviaron a Eustace a descansar y a que lo revisara un médico, y ya ve, aquí estamos.

Por un instante pareció insatisfecha con la naturaleza anticlimática de su conclusión y frunció el ceño, meditando, como si intentara recordar si había algún detalle dramático que no hubiera mencionado. Sin embargo, no se le ocurrió nada, así que suspiró, recordó su fuerte vínculo emocional con Jenson y se giró para sonreírle.

Jenson, probablemente, intentaba mirarla con la misma intensidad de afecto, pero la repugnancia de su rostro y el efecto poco atractivo de una lesión grave en sus rasgos hicieron que cualquier esfuerzo de esa naturaleza fuera completamente grotesco.

Allí ya no podía hacer mucho. Me quedé unos minutos más, lo suficiente para reiterarle a la señora Pritchard lo mucho que apreciaba su valor, para ofrecerle al mayordomo mi consuelo y para hablar brevemente con el médico sobre las posibles facturas de Jenson.

Me fui completamente deprimido. ¿Qué alivio o apoyo podía darle a Jenson? Yo era un vagabundo sin hogar con una pequeña bolsa de pertenencias. Yo, que era un hombre respetable y de vida cómoda, me había visto sumergido de repente en el drama y la intriga de una novela absurda; me habían robado todos mis bienes mundanos, mi casa y mi criado feo. La injusticia de mi situación de repente parecía tan abrumadora que apenas podía ver una salida.

Atajé a través de Hyde Park, arrastrando mi pequeño maletín patético, rebelde a algo intangible, huyendo de algo improbable y buscando algo inexpresable. El camino giró bruscamente y yo giré con él, encontrándome directamente con Esther Raveland.

Cuando digo “directamente con”, uso la frase en su sentido literal. Si hubiera emprendido deliberadamente un rumbo para estrellarme contra ella, no podría haber elegido un camino más directo ni más enérgico. Los dos nos chocamos y ella se habría caído si no se me hubiera caído mi maletín, que había caído en un arbusto, y la hubiera agarrado por la cintura. Es algo desconcertante encontrarte abrazando corporalmente a cualquier mujer, pero las circunstancias se vuelven especialmente incómodas cuando la mujer en cuestión ha sido un foco de preocupación

durante meses, inspirando a veces sueños románticos propios de una novela femenina; a veces figurando en sueños en el papel de un vampiro sensual, salpicado de sangre. Una parte de mi mente, al enfocar la escena como un observador ajeno, se preguntó al momento si algún libro de etiqueta había abordado el tema, y más en concreto, cómo abordarla en medio de los arbustos.

La situación no mejoró cuando la señorita Raveland se arrastró hasta su altura máxima, todavía sostenida en mis brazos, me miró solemnemente y se derritió en lágrimas hasta empapar la parte frontal de mi abrigo. Durante muchos minutos, se mantuvo histérica. Pude escuchar solo unas pocas palabras en medio del llanto:

—¡Tan... asustada! ¡Tan asustada!

Miré a mi alrededor algo nervioso, casi esperando que un tercero fuera a toparse con nosotros e inmediatamente malinterpretara toda la situación. ¿Era acaso culpa mía que esa mujer recorriera los caminos más solitarios del parque en un estado de inestabilidad emocional? Miré su cara llena de lágrimas y mi corazón respondió con fervor: Sí. Por supuesto que era mi culpa. ¿Me consideraba un caballero? Yo era un bruto, un tonto; me merecía ser hechizado. Sus sollozos se estaban calmando, pasando a delicados olfateos. Me miró, con el rostro lleno de emociones, y, para mi completo asombro, se echó a reír.

—Me miras de tan mala gana —me dijo la señorita Raveland, aún riendo— como un perro de aguas. Y yo parezco una rata ahogada. Dicen los novelistas que las mujeres se ven más atractivas después de llorar, pero, como todos sabemos, los novelistas no tienen ni idea de la vida real. Fue una especie de reacción contenida. Estos últimos han sido días bastante agitados...

La solté, con algo de mala gana, y le ofrecí un pañuelo.

—¿Qué pasó? —preguntó, mientras se secaba los ojos y la cara—. Escuché... Leímos... La noticia del periódico era muy confusa. No sabía si te habían hecho daño en el ataque.

—Estaba lejos de casa —le aseguré—. Mi criado resultó herido; una cocinera se sentó encima de él. Está en el hospital, pero pronto estará bien.

La explicación era muy absurda, pero pareció satisfacerla.

—¡Pero tu casa! ¿Todo destruido?

Asentí, sintiéndome valiente. De repente pensaba que, después de todo, los objetos que había perdido no eran tan importantes.

—Voy a reconstruirlo en un tiempo —le dije—. Nadie ha muerto, y eso es lo que de verdad importa.

Era un sentimiento noble, pensé, y ella estaba muy impresionada. Entonces pareció recordarse a sí misma:

—Debo de estar horrible. Lo siento mucho, señor Kemp. Estaré bien después de un momento. Por favor, no se preocupe por mí.

Recuerdo la escena que siguió con cariño, pero también con aguda vergüenza. No era propio de un caballero, y yo siempre me he aferrado a ese término anticuado, dedicarme al cortejo en un contexto como aquel. Pero, ¿acaso podía hacer otro cosa? Todo se había vuelto inevitable. Pero permítanme que evite relatar en detalle ese momento íntimo e incómodo y haga un simple resumen. Le dije, en los términos más claros, que estaba molesto con ella. Y después de eso le confesé mi más profundo afecto y casi de inmediato recibí un tímido reconocimiento de que tales sentimientos eran recíprocos. Un beso delicado, y bastante satisfactorio, pareció la conclusión natural, de modo que me entregué al impulso. En el momento posterior, cuando me di cuenta de mi propia presunción, me sentí aliviado de que fuera americana. Ella se sonrojó, sonrió y apoyó la cabeza en mi hombro; no me abofeteó. Nos sentamos juntos por algún tiempo, hablando de muchas cosas. Casi en contra de mi voluntad surgió el nombre de Gregory Anghelescu; le pedí que no volviera a

verlo. Ella pareció sorprendida.

—De verdad, es solo un conocido. Apenas lo conozco.

Acepté su palabra, pero la insté a que lo evitara de todos modos.

—No lo entiendo —dijo, confundida—. ¿No puedes decirme por qué te preocupa tanto?

Me sentía dividido. No tenía ningún deseo de explicar más. Pero... ¿estaba creando un mayor peligro al negarme? ¿No sería mejor para ella reírse en mi cara pero al menos ser consciente en algún nivel de la verdad? Incluso si ella no me creyera, ¿no miraría con desconfianza tanto al secretario como al Conde la próxima vez que se cruzaran en su camino? El momento pasó. No le dije nada. La conversación siguió adelante.

—Bueno, si te preocupa... John... —me sonrió dulcemente de lado mientras probaba el uso de mi nombre de pila— Si te preocupa, John, por supuesto que lo evitaré.

En ese momento, creo que lo dijo sinceramente.

La escolté hasta su casa, como debe hacer un hombre afianzado. Después de que la puerta se cerró detrás de Esther, mi Esther, me quedé en la calle por unos momentos, considerando el inesperado giro romántico que había tomado mi día. Entonces recordé, como si la claridad se abriera paso entre la niebla, cómo había empezado mi mañana. La satisfacción de ese interludio en el parque no pudo superar el problema práctico de mi situación actual, un contrapunto tan trágico para mi estado emocional. Mi corazón estaba encendido con canciones de amor requerido; mi casa era inhabitable. Estaba a punto de ir a buscar una posada o un hotel para pasar la noche, cuando una voz alegre habló casi a mi lado. “¡Buenas noches, señor Kemp!” Un hombre joven con esas ropas blancas familiares, con una sonrisa irónica en su rostro perpetuamente, y un ojo vivo por ahora fijo en mí. El padre Thomas Edmund me envió a buscarte. Mis hermanos y yo estábamos a punto de enviar sabuesos. (Sus ojos estaban abiertos e inocentes ahora, pero sospechaba que había una deliberación detrás de esa desafortunada elección de palabras).

—¿Querría quedarse con nosotros mientras su situación se resuelve? Nuestra casa es modesta, pero confortable.

Pensé por un momento y, siguiendo un impulso, acepté la invitación. Una hora después, me quedé mirando mi hogar temporal. Mi acompañante había sido bastante correcto: modesto, pero confortable. Desprendía un aire de seguridad que no había sentido desde antes de mi partida hacia Durham.

—Las barras en las ventanas —le dije a mi acompañante (un tal hermano James)—, ¿cuándo las pusieron?

—Oh —respondió—, se remontan a los disturbios de Gordon, creo. Para mantener fuera a la furiosa multitud protestante.

Sonrió, hizo una rápida reverencia y añadió:

—Cenamos a las cinco, por si quiere unirse.

Cerró la puerta y me dejó a solas con mis meditaciones. Arrojé mi maletín sobre la cama y miré, una vez más, los escasos muebles de mi diminuta celda.

—Demonios... —dije en voz alta—. ¡Soy un prisionero voluntario de los papistas!

CAPÍTULO XXI

6 de diciembre de 1900, por todo Londres.

(Del diario de Jonathan Harker). Anoche, cuando el Conde vino de su habitación, empezó a hacerme preguntas sobre cuestiones legales y acerca del modo de abordar ciertos asuntos. Yo había pasado el día aburrido entre libros y, más que nada por mantener la mente ocupada, repasé algunos temas de los que me había examinado en el Lincoln's Inn. Como en las preguntas del Conde había un cierto método, trataré de transcribirlas por orden. Es posible que en algún momento puedan serme útiles de una manera u otra.

Después de unos días llenos de acontecimientos, las seis semanas que siguieron fueron muy anodinas. Descansaba bien en mi refugio temporal y dormía sin sobresaltos. Pasaba los días en la ciudad atendiendo mi trabajo, y las noches, siempre que podía, en compañía de Esther. Algunas veces, cuando volvía temprano al convento, me sentaba en un salón con el padre Thomas Edmund. Nuestras conversaciones eran muchas y variadas, pero siempre volvían a un punto único e inquietante.

Se produjo una noticia importante, y Tony Barnes la abordó con regocijo. A la mañana siguiente, la historia estaba en todos los periódicos matutinos. Al mirar la primera página del *Pall Mall Gazette*, no me costó identificar el estilo marcadamente áspero de Barnes:

CONTINÚA EL TERROR EN HYDE PARK

Han pasado algunos meses desde la muerte del señor Charles Sidney, rodeada de espantosas circunstancias, y muchos de nuestros lectores habrán recuperado la tranquilidad del sueño, asumiendo que la seguridad una vez más reina en nuestra justa ciudad. Y, sin embargo, anoche Londres fue testigo una vez más del brutal asesinato de un inocente ciudadano. La víctima, con la cara tan desfigurada que era imposible identificarlo, era un revoltijo de sangre y vísceras, con el pecho y el estómago destrozados por una bestia viciosa.

*Un policía hizo este horrible descubrimiento en las primeras horas de la mañana del lunes. Nosotros, desde el *Pall Mall Gazette*, no podemos dejar de preguntarnos por qué las autoridades no han detenido al perpetrador de estos horrores. ¡Esperamos que sea el mismo hombre que mató al pobre Sidney! De lo contrario, ¡debemos temer una epidemia de asesinos sangrientos! ¿Por qué no se han tomado precauciones que permitan moverse tranquilamente por nuestras amadas calles y parques por la noche?*

Esos parques de Londres son uno de sus activos más apreciados. Un signo de civilización, cultura y refinamiento; en suma, de grandeza social. Un lugar en el que se encuentran nobles y campesinos. Ahora se convierte en escenario de asesinatos horribles y sangrientos. ¿Cuándo terminará esto? ¿Está la policía haciendo algo para detenerlo? Nos recuerdan una vez más la carrera sin control del brutal Jack de algunos años atrás, y la memoria no es prometedora sobre los talentos de la policía de Su Majestad. Mientras tanto, nos atrevemos a recomendar a nuestros lectores que no salgan por la noche, a menos que estén acompañados.

Era realmente horrible. Un forastero podría haber considerado que el desafío de Barnes a la policía era una impertinencia, pero dada la continuación de los crímenes oscuros en nuestra ciudad, yo y algunos otros sabíamos que había algo más detrás.

Mientras leía el texto, podía recordar bien la escena de la madrugada. Un extraño sueño me había despertado antes del amanecer, y estaba ya vestido cuando llegó un mensaje para el padre Thomas Edmund Gilroy. Me puse el abrigo de inmediato y lo acompañé a la comisaría de policía. Nos quedamos allí un rato, mirando el cadáver del hombre asesinado. No era, como Barnes

declaró más tarde, irreconocible. De hecho, lo identificaron casi de inmediato.

Se llamaba Philip Hammon. Bibliotecario. Unos cincuenta años. Hombre solitario. Trabajaba en la Biblioteca Británica.

Pobre Philip Hammon. A nadie le importaba su pérdida. Acostado en una losa, con el rostro paralizado por el terror, el abdomen hecho un asqueroso caos, como si algo se hubiera festejado sobre su carne muerta.

—Podría haber sido un animal salvaje —fue la sugerencia escueta del doctor Lewis.

—Lo dudo. Parece el mismo asesino violento que hemos visto varias veces —miró a mi compañero sacerdote y añadió, con una nota innecesaria de sarcasmo en su voz—. O quizás el hombre del saco.

—Visite los zoológicos —ordenó Harris a uno de sus hombres— y compruebe si algún animal salvaje, algún felino o lobo grande, se ha escapado. Y... usted... Sí, usted.

Un joven alto y moreno dio un paso al frente. No recordaba haberlo visto antes. Tenía el aspecto de tener poco éxito con las mujeres. Dejé de analizarlo para escuchar su nombre y sus órdenes:

—Collins —dijo Harris—, vaya y llame a Barnes. Tengo un trabajo para él.

El trabajo en cuestión era la escritura de un artículo.

—Al menos —comentó Harris secamente cuando terminó de enviar sus órdenes al dispuesto reportero—, nos ayudará a mantener a los tontos en sus casas por la noche.

“¿Qué sombras extrañas y amenazantes acechan en nuestros parques? Madres, ¡mantengan a sus hijos en casa para que no sean víctimas de la salvaje sed del vampiro!”

Esa misma noche, Esther leyó la columna en voz alta y puso énfasis en ese pasaje en particular, para gran incomodidad de Lydia.

—No seas tonta, Lydia —dijo su prima con ligereza—. Los vampiros no tienen sombras. Uno pensaría que la Gaceta haría una investigación adecuada de tales cosas.

El comentario parecía fuera de lugar para una mujer que buscaba un poco de amor perdido a través de sesiones de espiritismo y espejos. Me giré para que no viera mi desaprobación, que en gran parte iba dirigida a mí mismo: ¿me estaba convirtiendo en un hombre tonto, mezquino y celoso?

Desde nuestro compromiso, y desde que rehuía hábilmente la compañía de criaturas como Anghelescu, al principio había sido la imagen del amor más satisfecho. Sin embargo, a medida que pasaban los días, parecía ponerse nerviosa. Se mostraba cariñosa y claramente complacida cuando estaba conmigo, pero era propensa a las distracciones o, como en esta ocasión, a arrebatos de un espíritu casi febril. Era como si una extraña preocupación se apoderara de su mente, algo de lo que no quería hablar conmigo.

—Últimamente no ha dormido bien —me susurró Lydia en la puerta—. Creo que tiene pesadillas. Anoche durmió en mi habitación. Desearía que no leyera cosas así... Creo que solo empeora las cosas.

La idea de algo tan atrevido como una opinión casi desconcertó a la chica, que se escabulló.

Me fui preocupado e irritable. Cuando llegué al convento, los frailes (este era el término técnico, el hermano James me había informado) estaban sentados tranquilamente en su refectorio (otra adición a mi vocabulario suministrada por ese joven servicial), con los preparativos para comenzar la cena. Fue un ritual que me pareció fascinante. En una o dos comidas que había compartido con ellos, había escuchado su letanía de los nombres de los muertos, y su solemne oración por ellos. Parecía una forma curiosa de incurrir en indigestión, en mi opinión.

—¿Crees que el destino eterno de tus miembros muertos está tan en duda? —Le pregunté al

padre Thomas Edmund después de una de esas ceremonias vespertinas.

—La misericordia de Dios es aún más misteriosa que su justicia —dijo en voz baja—. No suponemos nada, esperamos. Y consideramos que es un privilegio, no una mera obligación del afecto fraterno, recordar a nuestros muertos. Esa noche traté de pasar por el refectorio a mi habitación. No había cenado, pero no estaba de humor para la compañía. El padre Henry me vio y, cuando concluyeron sus oraciones, gritó: “¡venga Sr. Kemp! ¡Te lo ruego! ¡Te necesito!” Todos los ojos estaban sobre mí, amigables, pero ineludibles. No había nada que hacer excepto someterme, a menos que fuera terriblemente grosero con mis amables anfitriones. El anciano (en mi tiempo allí me enteré de que tenía noventa y nueve años de edad) me colocó a su lado, me dio unas palmaditas en la pierna y me puso comida. Era algo extraño, pero había aprendido a no protestar, porque parecían pensar que necesitaba tanta comida como un grupo de seis hombres. En esta noche en particular, tuve que arrebatarle las cucharas al padre Henry con una suave violencia, por temor a que la mesa se derrumbara bajo el peso de mi plato.

—¿Qué necesitaba, padre Henry? —pregunté, tratando de distraerlo de forzar tres rollos de mantequilla calientes en mi cara.

—¿Necesitar? —dijo, parpadeando. No necesito nada. Mi copa se ha acabado. Y luego, como para ilustrar, accidentalmente tiró su vaso. Tres hermanos acudieron en nuestra ayuda, y nosotros cuatro (con ansiosos intentos de ayuda por parte del anciano) limpiamos el desorden.

—Buenas noches, señor Kemp —dijo el anciano cuando lo dejé para pasar la noche—. Le recuerdo las palabras del poeta: “*ch’i’ senti’ trarmi de la propria imago, et in un cervo solitario et vago di selva in selva ratto mi trasformo: et anchor de’ miei can’ fuggo lo stormo*”.

Identifiqué las líneas en italiano ¹⁷, pronunciadas en tono cantarín, solo por accidente.

Como tantas cosas que decía el padre Henry, aquella frase parecía completamente aleatoria.

La comida fue agotadora y el padre Thomas Edmund parecía estar ocupado, por lo que no hubo conversación en la sobremesa. En realidad no me importaba, porque temía haber hablado de mi insatisfacción actual con Esther, lo que me habría parecido una traición. Era mejor dormir, con la esperanza de despertar con mejor ánimo.

A la mañana siguiente, mientras me preparaba para salir a la oficina, escuché un rumor de ropajes. Uno de los hermanos se me acercó apresuradamente.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Es el padre Henry —dijo; vi que sus ojos estaban enrojecidos—. Ha muerto mientras dormía.

Aventuré unas torpes condolencias y le pregunté por el funeral.

—Lo sabremos más tarde —dijo—. Y gracias, señor Kemp.

Me marché, extrañamente enojado. La muerte había sido una presencia dramática en los últimos tiempos, pero había algo nuevo y, sin embargo, familiar. La muerte tranquila de un anciano, durmiendo tranquilamente en su cama, igual que mi padre... Incluso podía imaginarme al antiguo sacerdote sonriendo a... lo que sea que viera al otro lado. Las particularidades de la vida después de la muerte no eran un tema sobre el que hubiera reflexionado mucho hasta entonces. En las últimas semanas, la naturaleza de la muerte, el destino del cuerpo humano y el debido tratamiento de ese cuerpo habían sido temas de peso. Pero en ese caso había algo muy diferente de la vida después de la muerte del vampiro. Se trataba de un muerto, no de un muerto viviente; y un muerto por la sentencia del tiempo, no por medios fatídicos o violentos.

En la puerta de mi oficina, me sacudí aquellos densos pensamientos lo mejor que pude. En los últimos tiempos había pasado mis días básicamente en mi oficina, tratando de salvar mi prestigio profesional de la tensión del escándalo, que amenazaba con llevarme a la ruina absoluta.

—Buenos días, señor Kemp —dijo Francis Carstairs—. Espero que haya podido regresar a

casa, señor.

Sacudí la cabeza. No tenía ninguna intención de darle explicaciones a mi empleado, pero mi casa seguía siendo inhabitable. De hecho, empezaba a preguntarme si de verdad quería salvarlo. Al margen del robo de pertenencias, la destrucción había demostrado ser de una naturaleza tan intrusiva que requería una renovación sustancial. Había empezado con la reforma, pero me sentía cada vez más inclinado a vender el inmueble y mudarme a otro lugar. Mientras tanto, había otras cuestiones apremiantes que considerar y en las que quería avanzar ese mismo día.

Poco después del almuerzo, recogí los papeles en mi maletín, le dije a Carstairs que no volvería por la tarde y me dirigí a la entidad benéfica y a la oficina del conde Popescu.

Mis desgracias personales habían sido una excusa justificada para evitar por mucho tiempo tanto a Edgar Kilbronson como al conde, así como a sus socios. Había enviado algunos informes vagos en respuesta a las preguntas que me habían remitido. Era evidente que Kilbronson estaba molesto conmigo. Casi temía que fuera a buscarme a mi propia oficina, pero aún no lo había hecho.

No podía determinar claramente las intenciones del inspector ni las del sacerdote. Parecían inclinados a mantener la paciencia, abordando cada nuevo incidente lo mejor que podían, sin un plan de batalla agresivo para eliminar la amenaza, fuera la que fuera. Por la noche, cuando estaba junto a ellos observando un cadáver mutilado, me inclinaba a dar todo el crédito a las teorías sobre vampiros y vampirismo. A la luz del día, especialmente cuando escuchaba a mi encantadora Esther riéndose por la sugerencia, me sentía repentinamente tonto. En cualquier caso, podría romper aquella relación y liberarme de la carga del antagonismo preternatural. No tenía intención de dejar de acompañar al padre Thomas Edmund en sus salidas cuando lo convocaba el inspector, por supuesto. Nunca lo había discutido directamente con el padre Thomas Edmund o el inspector Harris; sencillamente, no quería que me molestaran las expectativas de unos clientes de quienes sospechaba que mantenían cierto comportamiento inoportuno.

Era una entrevista que temía. Consideré informar a mis dos clientes por carta, pero aquello me parecía una cobardía. Debía ir en persona aunque no pudiera dar más explicaciones. ¿Qué diablos podría decir? “Lo siento, conde, pero sospecho que es usted un vicioso bebedor de sangre. Y usted, Kilbronson, es simplemente una forma indistinta de monstruo con quien ningún caballero se juntaría, debido a los principios, abstractos pero elementales, de la decencia y la gentileza”. Aquello era inimaginable.

Simplemente usaría como excusa mis actuales circunstancias, y eso sería todo. Casi no podían discutir conmigo, y posiblemente no podían prescindir de mis servicios.

Eso es lo que me dije a mí mismo mientras subía los escalones de la gran residencia de ladrillos que había adquirido para el conde. No conocía de nada al hombre que me recibió en la puerta. Le di mi nombre, pero pareció ser innecesario, porque él asintió y me hizo una seña para que entrara. Era una casa extraña, de aspecto respetable, muy distinta de lo que esperaba.

Estaba llena de bullicio y de actividad. Mientras caminábamos por un largo pasillo, escuché varias salas llenas de máquinas de escribir, todas, aparentemente, en uso. Vi a mujeres con aspecto de secretarías que iban y venían con los brazos cargados de documentos de aspecto importante. La puerta de una habitación se abrió cuando pasé, y vi a una multitud de mendigos inmundos y a dos enfermeras alarmantemente competentes que los acosaban para dispensarles el apoyo caritativo de la organización del conde.

Otra habitación, un poco más adelante, parecía ser un lugar para la rehabilitación de mujeres de mala vida; al menos, eso es lo que supuse, al ver la cola de mujeres jóvenes de aspecto poco respetable que reían mientras esperaban a entrar. Fue una sensación curiosa pasar frente a sus

miradas coquetas y escuchar sus susurros, que, según deduje, debían referirse a mí, al menos en parte.

Esperaba que fuéramos directos a ver al conde, pero un segundo asistente se acercó de repente al primero, que no se había molestado en decirme una palabra, y le susurró algo con urgencia al oído. Fui conducido a una pequeña habitación, aparentemente una sala de espera para invitados.

Permanecí allí por algún tiempo, hasta que la espera llegó a irritarme. Mi recado era tan desagradable que deseaba haberlo hecho lo más rápido posible. Después de veinte minutos, estaba harto de esperar; decidí encontrar el camino yo mismo.

Abrí la puerta, accedí al pasillo y me encontré cara a cara con su Alteza Real, el Príncipe de Gales. “Bertie” me miró con frialdad.

Hice una reverencia con toda la dignidad cortés que pude reunir y lamenté profundamente cuánto fracasé en dicho intento. Luego retrocedí hacia la habitación que había desocupado y cerré la puerta tras de mí. Estaba sin aliento y avergonzado, y mucho más dispuesto a esperar la escolta. Mi cabeza se inundó de preguntas: ¿Qué demonios podría traer al heredero al trono inglés de nuevo a la esfera de influencia de Popescu?

El Príncipe de Gales poseía una reputación problemática, cierto, pero no podía imaginar qué ofrecería la agenda filantrópica de un extranjero que no pudiera encontrar fácilmente en otro lugar. Esperaba que no se tratara de un encanto más profundo.

A pesar de ese pensamiento inquietante, cuando la puerta se abrió de nuevo, había recuperado la compostura.

—Lamento mucho que haya tenido que esperar tanto tiempo, señor Kemp —dijo Gregory Anghelescu, con una sonrisa resplandeciente—. Muchas gracias por su paciencia.

Asentí lacónicamente y me dispuse a seguirlo.

Pensé, por su expresión, que deseaba conversar por el camino, pero no tenía intención de tratar a aquel hombre como a un igual. Mi mensaje era para su superior, y no aumentaría mi propia sensación de incomodidad al ponerme en la incómoda posición de repetirlo. Anghelescu me honró con una sonrisa claramente a mi costa, luego se encogió de hombros y me indicó el camino.

Nuestro objetivo era, supuse, la “sala de guerra” del conde, el lugar desde donde planificaba y organizaba sus actividades. No había mesa redonda; la única mesa era larga y oscura, tallada en un árbol muy antiguo, no tenía ninguna duda. La silla de la cabecera, la de Popescu, era una creación noble, con un elaborado escudo. El propio conde estaba sentado en ella, y no podía imaginármelo con una expresión más complacida.

Estaba casi alegre. El aire en la habitación, de hecho, era inequívocamente triunfal. Estaba claro que todos los presentes —el conde, su secretario, Kilbronson, el señor William Harper, sir Douglas Wetheringdon—, compartían el mismo entusiasmo. Me imaginé que era fruto de su encuentro con el Príncipe de Gales. Un golpe de estado de primer orden. ¿Qué demonios podría haber movido a aquel hombre poderoso, representante del futuro de Inglaterra, a confraternizar con aquel grupo improbable? Ese seguía siendo un contrapunto preocupante para mi propio propósito.

El conde, que parecía tener que trabajar duro para reprimir su sonrisa de satisfacción, comentó sobre mis recientes desgracias.

—Siento mucho su incidente, señor Kemp —dijo con el aire de un viejo rey, derramando benevolencia gratuita sobre la cabeza de un campesino indigno—. Confío en que, siendo un abogado tan talentoso, recuperará su fortuna en poco tiempo.

—¡Tal vez ya lo haya hecho! —dijo Anghelescu—. De hecho, hemos escuchado que no toda su vida es una desgracia. Celebramos, señor Kemp, su compromiso. Ha ganado un premio bastante

suculento.

Sus palabras me parecieron ofensivas, y sospeché que era justo el efecto que él buscaba. Reprimí el deseo de golpearlo. Celos y frustración, sin duda. No merecía mi atención. Me volví hacia su jefe.

—Conde Popescu —dije—, lamento decirle que me temo que ya no puedo satisfacer sus necesidades legales.

En ese momento, la atmósfera se transformó. El triunfo dio paso a una quietud ominosa. Pasaron varios segundos hasta que Popescu habló, con voz muy dura:

—¿Y cuál es la razón?

Me había anticipado a esa pregunta.

—Estoy reduciendo mi actividad —le expliqué—, como consecuencia de mis recientes desgracias. No espero quedarme aquí en Londres por mucho tiempo.

Aquella declaración sobre mis intenciones de alejarme de la ciudad, no solo de mi empleo, no pareció calmar a mis oyentes. Popescu me miró con los ojos apretados. Anghelescu también me estaba mirando, y había algo extraño en su rostro, una mirada pensativa y expectante, que me revolvió el estómago. Mis palabras, ciertamente, no tranquilizaron a Kilbranson, quien, en el momento en que entregué mi texto, se ruborizó y me miró con la cara lívida. Ahora se volvió hacia mí, y buscó palabras para expresar su ira:

—¿Qué pasa con mi esposa? —exigió.

Los detalles concretos fueron mucho más fáciles de manejar.

—He reunido un expediente para usted —le dije en voz baja— Resume toda la información que he recopilado hasta la fecha.

(“La mayor parte de la información” habría sido una frase más cercana a la verdad, y “parte de la información” habría estado aún más cerca).

—Verá que se pueden extraer pocas conclusiones de eso. Creo que tendrá más éxito en su búsqueda si trabaja con otro abogado.

—¿Otro abogado? ¿Está diciendo que ha fallado? ¿Afirma que no la ha encontrado?

—Señor Kilbranson —dije en voz baja—, no afirmo nada. Simplemente declaro la verdad. Y la verdad del asunto, claramente reunida en ese expediente, es que no he encontrado a su esposa. Esto me fortalece en mi determinación de sugerirle que encuentre a alguien más apropiado para ayudarlo en su búsqueda.

Edgar estaba ahora tan horriblemente vivo, con tanta pasión, que parecía un actor de una carnavalada grotesca, capaz de imitar las emociones humanas hasta el punto de lo absurdo. Pese a su aspecto cómico, fui incapaz de reír.

—¡Usted la está escondiendo! —gritó—. La ha encontrado y la está escondiendo. ¿Cuánto le está pagando? ¿Quién más le paga? Se lo dije: ella es mía. Es mi esposa. Ella es mía, ¿me oye?

Estaba de pie y avanzaba hacia mí. Por el rabillo del ojo vi a alguien que creí reconocer. En un movimiento suave y rápido del cual no podía imaginarme capaz, salté hacia la ventana, la abrí de golpe y llamé a la calle:

—¡Agente Peters!

El honorable representante de la ley levantó la vista y saludó con la mano.

—¡Soy Kemp! —grité, ignorando el hecho de que varias personas se detuvieron en la calle para mirar.

—Bajaré en un momento. Espéreme.

Se mostró de acuerdo. Cuando me di la vuelta, triunfante al pensar que había truncado las malvadas intenciones de aquel hombre raro y cadavérico, mi celebración se vio empañada por la

visión de Kilbranson: estaba sentado, callado y hosco, en una silla, donde había sido empujado por Anghelescu.

El conde, muy serio, me dirigió una mirada.

—Estoy muy decepcionado, señor Kemp. Muy decepcionado.

Las palabras fueron insólitamente elocuentes. Estoy seguro de que yo parecía fresco y relajado; interiormente me estaba preparando para el ataque de furia y venganza demoníacas. Pero eso fue todo.

—Buenos días, señor Kemp. No le necesitamos más —me despidió.

Hice una pequeña reverencia y salí. Unos minutos después, cuando estaba en la acera, todavía podía escuchar el ruido constante de las máquinas de escribir a través de una ventana abierta.

—¿Todo bien, señor Kemp? —preguntó Peters.

—Sí. Creo que sí.

Esperó un momento, pero no le ofrecí más explicaciones. Estaba demasiado ocupado preguntándome si yo era realmente tan estúpido como parecía.

¹⁷ Se trata de unos versos de Petrarca, tomados del canto “Nel dolce tempo de la prima etade” (N. del T.)

CAPÍTULO XXII

7 de diciembre de 1900–17 de enero de 1901, Principalmente la comisaría de policía de Hyde Park, pero también South Kensington, Camden y Hyde Park.

(Del diario del doctor Seward). Cuando llegué a la habitación de Renfield lo encontré tumbado en el suelo sobre el costado izquierdo, en medio de un reluciente charco de sangre. Al intentar moverlo, comprobé de inmediato que había recibido varias heridas terribles, aunque no parecían responder a esa unidad de propósitos que caracteriza a los cuerdos, incluso en estado letárgico. Como el rostro estaba al descubierto, pude ver que lo tenía horriblemente magullado, como si se hubiera golpeado contra el suelo... y en efecto, fueron las heridas del rostro las que provocaron el charco de sangre.

—Debió haberme esperado, señor, o al menos consultarme —el inspector Harris fruncía el ceño—. Como mínimo, podría habernos dicho lo que tenía en mente.

Me molestó: no era apropiado que me reprendiera como a un muchacho.

—Con el debido respeto —le respondí—, no estamos para consultarnos, inspector Harris. No sé lo que está esperando, pero ningún caballero podría soportar ser tratado así.

—Es cierto, señor. Pero creo que no es consciente de que en este momento lo que necesitamos no es gentileza, sino sentido común. No tenemos un indicio claro que nos permita rastrear los actos del conde o de cualquier persona que viva con él. Y ahora... En fin, señor, me temo que pronto tendremos que hacerlo. Si él es realmente el villano que usted sospecha que es, tenerle a su cargo de alguna manera lo mantenía bajo control.

—¡Bajo control! —gemí—. ¿Con mi casa destruida? ¿Con Charles Sidney asesinado? ¿Y esa chica, Stella? ¿Y el pequeño bibliotecario? ¿Acaso ha descubierto la ubicación de Victor Montrose? Si eso es un villano bajo control, me gustaría verlo actuando sin restricciones...

—Bueno —dijo secamente el inspector—, eso podría ser lo que estamos a punto de ver.

—Me imagino —le dije— que debe de haber algo de respetable en esa casa, puesto que el príncipe se deja caer por allí.

El inspector se detuvo por un momento.

—¿Ha vuelto a verlo allí? —preguntó.

—Sí —le dije.

El inspector Harris se sentó de nuevo.

—Bueno —se dijo a sí mismo en voz alta—, ¿de qué demonios está hablando ahora? —reflexionó sobre eso por un instante y luego me miró con gesto hosco—. En fin, señor, —dijo escuetamente—, no le molestaremos más por este asunto. Collins le acompañará a la puerta. Buenos días.

Escoltado por aquel oficial sarcástico, que claramente encontraba divertida mi incomodidad, salí de la comisaría con el rabo entre las piernas. Me dije a mí mismo que nada podía hacerme volver.

Las semanas transcurrieron sin novedades. Los primeros días los pasé ansioso y vigilante. A la segunda semana sentí una sensación de triunfo: parecía que la predicción del inspector era totalmente infundada. Este sentimiento no duró mucho; otras preocupaciones llegaron casi de inmediato. Podría tratarse, pensé, de la repentina liberación de mi mente de preocupaciones más escabrosas, una reacción al cambio de intensidad emocional. Ahora que ya no estaba atrapado en la emoción de la persecución, mis días resultaban relativamente mundanos.

Las tardes, que aún pasaba en la compañía de Esther Raveland, deberían haber sido placenteras y relajadas, pero ella se sintió mal durante la Navidad y, en los días que siguieron, me pareció más delgada, más nerviosa y más preocupada.

—Es solo un resfriado —me dijo más de una vez—. Por favor, no te preocupes por mí, John. Pronto estaré bien. De verdad. Solo necesito descansar.

Entonces sonreía con dulzura, evaporando mis dudas con aquel encantador gesto de afecto. Pero después, mientras caminaba a casa en el frío de la noche, las dudas volvían con una insistencia constante. De nuevo me asaltaban las preocupaciones cada noche.

Los compromisos sociales de Navidad fueron numerosos, al menos las invitaciones, pero no aceptamos ninguna. Esther siempre estaba demasiado enferma, demasiado cansada, o sencillamente no tenía ganas. Parecía un cambio sumamente inesperado respecto a su ansioso revoloteo social de la temporada anterior. No me importó evitar tantas fiestas aburridas y la atención de la sociedad con respecto a nuestro compromiso. Además, no tenía ningún deseo de sufrir las preguntas morbosas sobre el asalto a mi hogar o sobre mi poco ortodoxa residencia actual. Por todas estas razones, una noche gastada tranquilamente en compañía de Esther era una perspectiva mucho más atractiva para mi mente que horas de charla frívola e insensible.

Sin embargo, había algo en la naturaleza de nuestra retirada de la vida social que me generaba un leve descontento e incertidumbre. Era como si nos estuviéramos escondiendo de algo... O de alguien.

Lydia y su madre seguían aceptando invitaciones con cierta frecuencia. Fue una de esas ocasiones, en vísperas del año nuevo, lo que me provocó una preocupación aún más articulada y rotunda.

Al día siguiente me invitaron al té. Lydia mostraba un gran entusiasmo por la noche anterior. Era algo extraño; parecía como si, a medida que su prima perdía fuerzas, se debilitaba y se ponía más nerviosa, Lydia florecía. Vestida de encaje rosa, con rosetas esparcidas en un espléndido desprecio por el buen gusto, sus ojos brillaban cuando nos hablaba de todas las personas nobles e influyentes que había visto al otro lado de la sala. Su timidez, en cambio, aún no había desaparecido, así que no había reunido su valor para acercarse a nadie. Solo escuché a medias. Quería mucho a Lydia, como si fuera mi hermana pequeña, y su emoción me resultaba encantadora. Pero Esther, vestida de seda gris sin adornos, estaba sentada en una incómoda quietud junto al fuego, agitando la borla de un cojín bordado. Mientras retorció y estiraba sin piedad el colorido adorno, sus ojos se fijaron en los troncos ardientes. Era obvio que mentalmente estaba muy lejos de allí.

Su atención, y la mía, regresaron con una sacudida cuando Lydia pronunció un solo nombre:

—Ese horrible hombre también estaba allí... El señor Anghelescu.

Levanté la vista y Esther se agitó en su silla. Desde el día en que nos habíamos comprometido, aquel extraño y maravilloso encuentro en medio de los arbustos del parque, no habíamos vuelto a mencionar al secretario húngaro.

Lydia seguía charlando despreocupadamente.

—Preguntó por ti, Essie. Y también por usted, señor Kemp. Me preguntó particularmente por ustedes dos, de hecho. Incluso volvió y me preguntó otra vez por ti. Realmente no sabía qué decir. Es un hombre tan extraño, ya sabes, Essie, aunque parece que a ti siempre te ha gustado...

—Espero que le hayas dicho...—comenzó Esther, y luego—: ¡Oh!

Bajó la vista hacia su mano. Los hilos de la borla se habían roto y no quedaba más que un resto de seda roja deshilachada. Esther levantó los ojos, con el rostro en blanco, y vio que todos la estábamos mirando.

—Oh —dijo, de repente irritable—. No importa. No importa. Vamos, Lydia. Háblanos más sobre tu magnífica velada.

Por suerte, Lydia no pareció percibir el tono desagradable de su prima y siguió parlotando

con felicidad.

Mi mente se enfocó en la madre de Lydia. La prima de Esther, Millicent, era una figura sombría. Alta y delgada, con el pelo rizado y ralo y una expresión ansiosa. Mi presencia en la casa era paradójica: por un lado, el compromiso de Esther parecía ser un alivio; por otro lado, la presencia regular de un hombre en su hogar era claramente una perspectiva aterradora.

En ese momento, miraba con orgullo nervioso a su propia hija y lanzaba miradas temerosas y confusas hacia su prima lejana.

—Tienes mal aspecto, Esther, querida —dijo con una voz que me sonó al borde de la irritación. Tal vez deberías irte y descansar.

—Estoy bastante bien, prima Millicent —fue la fría respuesta—. Por favor, no te preocupes por mí.

—Oh —dijo la mujer, incluso más nerviosa que antes—, pero me preocupa, querida. Estás tan pálida, y pareces tan... diferente a ti misma. Tan... impaciente...

—No estoy impaciente —dijo Esther—. Y si lo estoy es porque realmente deseo que me dejen sola.

Se levantó de golpe y salió de la habitación. Yo tuve miedo de que Millicent fuera a echarse a llorar.

Después de unos momentos de incomodidad, me disculpé y salí al pasillo. Una pequeña doncella, con un mechón de pelo rojo y una bandada de alegres pecas, pasaba apresuradamente.

—Susan —le dije—, ¿puede decirme dónde está la señorita Raveland?

—Oh, señor —respondió en tono de disculpa—, me temo que ha salido. Dijo que caminaría para respirar un poco de aire fresco y regresaría pronto.

Me fui, con la esperanza de encontrarla lo más rápido posible, pero no había señales de ella en la calle. Esa noche volví a casa aún más molesto que antes, y con todas mis viejas ansiedades y celos hacia el húngaro canalla.

A la noche siguiente, Esther me recibió en silencio y parecía menos nerviosa. Pensé que tal vez desearía hablar de ese hombre, pero evitó estudiosamente cualquier intento de conversación personal. La mayor parte de nuestro tiempo juntos estuvimos en un triste silencio.

Y así pasaron los días. Yo seguía ocupando la habitación de huéspedes del Convento de Santo Domingo, aunque varias veces intenté irme. El padre Thomas Edmund siempre me animaba a quedarme, a esperar un poco más y a permitir que se resolvieran mis inciertos asuntos. Por lo tanto, mi permanencia con aquellos papistas peculiares se extendió mucho más allá del tiempo que hubiera imaginado.

El funeral del viejo padre Henry fue una experiencia interesante. Nunca había asistido a uno de esos servicios en su totalidad. La oración silenciosa y rítmica y el movimiento suave y bien coreografiado de aquellos hombres con hábito me producía sentimientos paradójicos: por un lado, lo encontraba todo escalofriante en su exotismo nada inglés, pero por el otro, lo hallaba extrañamente relajante. El ataúd, envuelto en sobrio negro; las velas; las nubes de incienso; las voces de aquellos hombres unidas en un canto uniforme y ensayado. En contraste con el horroroso espectáculo de la muerte que había visto con tanta frecuencia últimamente, aquel ritual era perfecto y absoluto. Esa noche dormí bien y sin pesadillas.

Los días se convirtieron en semanas. Comencé a preguntarme, más de lo que ya me había estado preguntando, qué ocurría con las investigaciones policiales. No había escuchado nada desde mi última entrevista insatisfactoria con el inspector Harris. ¿Dónde estaba Victor Montrose? ¿Había habido algún otro incidente? ¿Alguna evolución más sangrienta? No vi nada en los periódicos. Toby Barnes estaba inquietantemente silencioso. Tal vez lo habían reasignado, o

quizás se había rendido. Tal vez todos se habían rendido.

Me quedé en ese limbo de insatisfacción, incoherente y sin final. Si la apatía de Esther se hubiera mitigado incluso en una pequeña fracción, podríamos haber sido capaces de entregarnos a un intercambio emocional directo y abierto. Incluso una pelea habría sido una mejora ante nuestro creciente alejamiento.

Entonces llegó el día en que todo cambió. Al principio no parecía ser un día de importancia; de hecho, comenzó con una mañana aburrida e improductiva, que se convirtió en una tarde aburrida e improductiva. Después de varias horas de intentar avanzar en varios asuntos de trabajo, me di por vencido.

—Me iré temprano esta tarde, Carstairs —le dije—. No queda mucho por hacer para ninguno de nuestros casos, los que aún nos quedan. Cuando haya terminado, váyase rápido a casa. Y no se olvide de cerrar la puerta.

—Gracias, señor Kemp —dijo alegremente.

Me fui, maldiciendo su agradable eficacia. Había estado tan cerca de despedirlo: ¿qué necesidad tendría de un pasante, cuando todo mi negocio estaba en riesgo? Todavía no podía decir si me recuperaría profesionalmente del escándalo del ataque a mi hogar y de mis propias acciones para cortar lazos con dos clientes ricos. Cada vez que juntaba el coraje necesario para informar a Carstairs de que sus servicios ya no eran necesarios, lo encontraba trabajando tan diligentemente y con tanta dedicación que no me atrevía a decir lo que había planeado. Mientras me dirigía, como de costumbre, a visitar a Esther, me pregunté si, al final, Carstairs podría superarme en mi propio negocio.

—Lo siento mucho, señor —dijo Susan, la criada pecosa—. La señorita Raveland está descansando. La señora Ferrier dijo que nadie debía despertarla. ¿Le gustaría dejar una nota, señor? Estoy seguro de que la señorita Raveland lamentará no haberle visto.

Garabateé mecánicamente una nota cariñosa. Luego, tras despedirme educadamente de la doncella, me quedé en la calle reflexionando sobre lo que debía hacer a continuación. Durante algunos minutos, me puse a trabajar para encontrar alguna alternativa, algún amigo o algo interesante a lo que recurrir para pasar las aburridas horas que faltaban hasta la noche. No se me ocurrió nada, de modo que me rendí, irritado, y me fui a un pub cercano.

Después de un pastel de carne y riñones, me sentía más preparado para aceptar mi suerte en la vida. Decidí que, al día siguiente, presionaría a Esther para que tomara una decisión final con respecto a la fecha de nuestro matrimonio. La amaba. La adoraba. Ella no se encontraba bien y necesitaba que yo me mostrara paciente, leal y protector. Juntos encontraríamos un nuevo hogar, y yo reconstruiría mi prestigio profesional hasta un nivel que me permitiera apoyarla de la manera que ella merecía.

Regresé al convento lleno de determinación, decididamente feliz. En la puerta oí mi nombre. Me volví hacia la calle, y allí, sin aliento y despeinada después de una carrera, estaba Lydia Ferrier.

—Señor Kemp... Primo John, es decir... No quiero interferir. Sé que Essie se enojará, y mamá me lo prohibiría, pero no puedo soportarlo más. No lo entiendo, pero creo que hay algo muy, muy mal. Por favor.

No estaba seguro del protocolo para recibir invitaciones en el convento siendo yo mismo un invitado, pero la acompañé y elegí uno de los salones. Cuando cerré la puerta para nuestro *tête à tête*, eché un vistazo a la lámina enmarcada en la pared detrás de la cabeza de Lydia. Representaba a uno de esos hombres de túnica blanca, con un hacha incrustada en el cráneo y un cuchillo asomando del pecho. Aparentemente sin problemas por esos apéndices antinaturales,

estaba arrodillado y garabateaba casualmente en la tierra. Esperé que Lydia no mirara hacia arriba.

—Oh, señor Kemp... Quiero decir, primo John. Estoy muy preocupada por Essie. Todo debe ser por el primo James. Ese ha sido el problema... Todo el problema. Ella está preocupada por él. Creo que ella ha estado preocupada por él durante años. Yo solo... bueno, anoche Essie estaba hablando en sueños, y... seguía llamándolo. Al primo James, quiero decir.

—¿Quién es el primo James? —le pregunté por fin.

Tenía los ojos muy abiertos.

—¿No lo sabías? El primo James era su padre. Era un sinvergüenza, dice mamá. Pero Essie debe de haberlo amado. Estaba llorando en su sueño, y no sé qué está haciendo ella exactamente, pero me temo que todo está relacionado con él.

—¿Qué le pasó al hombre?

—Yo... Realmente no lo sé —dijo—. Sé que está muerto, al menos, eso creo. La abandonó, creo. Pero mamá no me lo dijo y no pude preguntarle a Essie, pero...

Rompió a llorar.

—Quiero mucho a Essie, señor... Primo John. La quiero mucho. Pero ha estado irreconocible últimamente, y me temo que... Va a hacerse daño.

—Está bien, Lydia —le dije—. Por favor, no te preocupes. Déjame que llame un carruaje para que te envíe a casa, y yo veré lo que puedo hacer.

Mientras observaba el carruaje en retirada, tomé una decisión rápida. Me dirigí a la puerta del claustro, esa parte interior del convento en la cual yo, como forastero, estaba vetado. Lo golpeé con fuerza.

Estaba preparado para dar a quien abriera una excusa elocuente por mi rudeza y, al mismo tiempo, rogarle que viera al padre Thomas Edmund o que lo llamaran por algún medio secreto y privado de comunicación (estaba seguro de que tenían uno), pero no hizo falta: él mismo abrió la puerta.

—Padre Thomas Edmund —le dije—, ¿tiene un momento?

Me escrutó en silencio; luego asintió e hizo un gesto hacia la sala. Ahora era mi turno de sentarme bajo el fraile que dibujaba en la arena.

—Es algo personal —le dije, y empecé mi relato.

Le hablé de todo lo que había intentado ocultarle sobre Esther. De su extraña relación con Anghelescu, y de mis celos. De su reciente enfermedad y de su comportamiento cambiante. De todos mis miedos y mis dudas. Y también de las palabras de Lydia sobre aquel escurridizo tío James.

A medida que avanzaba, el rostro del padre Thomas Edmund se fue volviendo serio. Antes de que pudiera terminar, me interrumpió.

—Mi querido John, esto es mucho más serio de lo que imaginas. Debemos irnos de una vez.

En la calle, paró un carruaje y me hizo subir.

—¿No va a decirme qué es lo que teme? —le pregunté.

Me miró con tristeza.

—Si se empeña se lo diré, aunque solo servirá para angustiarte, y no estoy seguro del todo... Me temo que la señorita Raveland está en un peligro muy real. Debemos apresurarnos y llegar a tiempo para evitar otra tragedia.

Grité por la ventanilla para que el taxista se moviera más rápido y, enojado por la simple idea de que alguien pudiera hacer daño a Esther, y me quedé con la cabeza fuera de la ventana, muy nervioso. Iba fijándome en esas calles improbables para... No sabía para qué.

Mientras corríamos por Lincoln Inn, pasamos por mi casa. Pude ver una pequeña luz en la ventana. Le grité de nuevo al conductor, esta vez ordenándole que se detuviera. Tal vez Esther estaba allí; era poco probable, pero quién sabía lo que podría ocurrir en esta noche aterradora.

El carruaje se quedó esperando en la calle y yo me apresuré por las escaleras. Alcancé a abrir la puerta de mi despacho, pero antes de que mi mano pudiera alcanzar la manija de la puerta, giró y la puerta se abrió de golpe. Allí, con la cara blanca y muy agitado, estaba mi pasante.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Carstairs! ¡Casi me mata del susto!

—¡Señor Kemp! ¡Estoy tan aliviado de que esté aquí! Sé que me dijo que me fuera, y estoy seguro de que esto no es asunto mío, pero no podría irme sin decírselo. Se trata de la señorita, señor. La señorita Raveland.

—¿Qué pasa con la señorita Raveland?

—Vino a verme, señor. Parecía ansiosa e infeliz. Lamenté decirle que no estaba usted aquí. Estaba tan angustiada... Dijo que necesitaba hablarle sobre algo. Entonces oímos un ruido en la escalera. Ella se volvió y vio una sombra. Me agarró del brazo y casi gritó. Resultó que era un hombre que ella conocía. Yo no... En fin, señor, lamento que él sea amigo suyo, pero la verdad es que no me gustó su aspecto, señor, así que lo seguí. Bajamos por varias calles y luego... Los perdí, señor. Corrí por varias calles, intentando volver a encontrarlos. Sé que no era asunto mío, señor, pero estaba muy preocupado por todo eso. Simplemente no estaba bien, señor. Algo no estaba bien. Ella seguía mirando hacia atrás de vez en cuando, pero él la guiaba con bastante seguridad. Creo que ella estaba tratando de pensar en alguna excusa o algo así. De todos modos, había una gran cantidad de tráfico cerca de Piccadilly Circus, y cuando pasó, ya se habían ido.

—Rápido —dije—. ¿Por dónde se fueron, Carstairs?

Hizo un gesto, bajamos y casi echamos a correr. Después de varios giros y vueltas, dijo:

—Aquí los perdí —gesticuló en medio del bullicio del barrio de los teatros.

Antes de que tuviéramos un momento para lamentarnos, uno de los jóvenes de blanco apareció, jadeando.

—¡Padre Thomas Edmund! El hermano James la seguía de cerca, pero la perdimos cerca del Marble Arch. Tenemos que correr. Ahora estamos buscando por la calle, y hemos enviado a la policía al hermano Joseph.

Me miró, pero pareció decidirse a continuar:

—No está bien, padre. Algo va muy mal. Ella lloraba, y... Y la oí gritar... Llamaban a su padre. Por todas partes surgían hombrecillos implicados en la búsqueda.

—No hay señales de ella en el Soho, padre.

—El inspector está en camino, señor. Tenemos dos docenas de hombres por todo Mayfair.

—Es como si se hubieran desvanecido, señor. No entiendo cómo pudo suceder tan rápido.

Cuando nos acercábamos al Marble Arch, escuchamos otra conmoción: era un hombre acurrucado cerca del suelo sobre un montón de algo que podría haber sido humano.

El hombre levantó la vista y lo reconocí como el agente Davis. Él también nos reconoció y gritó:

—¡Vengan! ¡Señor Kemp! ¡Todos ustedes! ¡Por favor! ¡Apúrense!

El joven agente, llorando, luchaba por levantar el cuerpo roto y ensangrentado de un viejo borracho, el hombre aficionado a citar a Shakespeare que había cautivado a Esther unos meses antes.

Uno de sus ojos ya no era visible: estaba enterrado bajo una masa sanguinolenta de carne maltratada e hinchada. El otro giró salvajemente, vidrioso y luchando desesperadamente por ver.

—¿Quién fue? —le pregunté—. ¿Quién le ha hecho eso?

Gorgoteó algo, pero las palabras eran tan leves y borrosas que no pude entenderlo. Me incliné sobre su boca; traté de ahogar mi propio aliento, de callar el latido ensordecedor de mi corazón, de escucharlo.

—Bruto... Yo... Lo intenté, hombre. Lo intenté.

Pareció desviarse, apresurarse en su camino hacia el consuelo de la muerte.

—¿Adónde la llevó?

Aquella pregunta, tal vez la única que podía interrumpir su descenso a los infiernos, hizo que el ojo ciego se abriera de nuevo y, en un último y poderoso esfuerzo, se enfocara hacia la escalofriante y opresiva oscuridad de Hyde Park.

—Vamos, déjeme —gruñó; la sangre brotaba de su boca—. Vaya con ella, hombre. Dese prisa. Sálvela ¡Maldito sea ese asesino, ese traidor! Yo podría haberla salvado. ¡Ahora se ha ido... Para siempre!

El padre Thomas Edmund lo hizo callar con suavidad.

En el momento antes de que se escabullera en el crepúsculo, bajo los murmullos del sacerdote, oí una voz frágil clamando a Dios y al whisky.

Hyde Park. Mi pecho latía tan fuerte que me pregunté si alguien podría escuchar algo más. Pensé que iba a volverme loco. Date prisa, hombre. ¡Vamos! ¡Corre! ¡Corre hacia ella!

Y yo corría, corría como un hombre poseído. Corría, corría, corría. Corría locamente, pero con un propósito y con un claro sentido de la orientación. ¿Cómo no iba a saber adónde iba si una voz interior me iba mostrando el camino?

¿No puedes correr más rápido?

Corría como si la velocidad fuera la única manera posible de disipar el horror. Corría, aunque mi alma se retorció por lo que sabía que iba encontrar al final. Mi carrera era como la del mito de Atalanta, pero a su término no me esperaban el deseo embriagador y el romance, sino solo la tragedia, el don de los dioses vengativos y maliciosos.

¿No has visto esto antes? ¿No has recibido advertencias, una vez tras otra vez, de que esto sucedería?

La escena se precipitó sobre mis sentidos con la inquietud de un sueño demasiado familiar. Pero no era un sueño. Era algo vivo y real. Un presente atroz, ineludible, desesperado. Abajo, un camino. Después otro, y otro. Sinuosos a través de los árboles y arbustos. ¿Me seguían los demás? No tenía ni idea, y no me importaba. Podría haber estado corriendo en peligro, en la muerte.

Allí, mira, allí. John Kemp, has fallado.

Los árboles se separaron, y las nubes también, permitiéndome una visión clara.

Dos figuras aparecieron ante mí: una silueta en negro que se cernía amenazante sobre otra de blanco. Era justo el tipo de visión que mis sueños me habían enseñado a ver, hecha nueva en la penumbra. Nada brillaba. Nada. La luna apenas me daba la luz suficiente para ver lo que ya sabía que estaba allí.

La criatura de negro se volvió y vi la cara de Gregory Anghelescu, triunfante de odio, con la boca llena de sangre, de su sangre. Por un momento, la sangre fue todo lo que podía ver.

Me apresuré hacia ellos con ansia asesina. Con una risa, un sonido oscuro y escalofriante que resonó en el infierno, provocó una nube de confusión a mi alrededor.

La criatura se había ido.

Y allí, en la hierba, con el cabello oscuro suelto y volcado por el suelo, con el rostro pálido y mortecino, se encontraba Esther Raveland, con una mancha de sangre en el cuello.

CAPÍTULO XXIII

18 de enero de 1901, comisaría de policía de Hyde Park y Kings Cross.

(Del diario de Mina Murray Harker). Entonces me dijo en tono burlón: —Así que tú también quieres enfrentarte a mí, como los otros. ¡Quieres ayudar a esos hombres a perseguirme y a malograr mis planes! Ahora ya sabes, y ellos también lo saben en parte (aunque dentro de poco lo sabrán íntegramente), lo que significa cruzarse en mi camino. Deberían reservar sus energías para utilizarlas en casa. Porque mientras ellos se las ingeniaban contra mí (contra mí, que he gobernado naciones, y he intrigado y luchado por ellas, cientos de años antes de que ellos hubieran nacido), yo los contraatacaba.

Los hombres del seto se acuclillaron alrededor del cuerpo frío y manchado de sangre. Estaba en mis brazos, con los ojos todavía cerrados. Mi alma se elevaba y caía con cada respiración superficial y vacilante. De repente abrió los ojos; estaban tan llenos de terror que parecía que miraban a través de mí, sin reconocermé. Levantó las manos, rojas de su propia sangre, y pasó la vista frenéticamente de una a otra. Entonces sus temblorosos labios rojos se separaron, y su voz salió en un grito desgarrador. Gritó y gritó y gritó, y el sonido hizo eco a nuestro alrededor.

—Esther.

Era el padre Thomas Edmund quien hablaba.

—Esther.

De alguna manera, escuchar su nombre de pila la calmó. Dejó de gritar y se tendió en mis brazos de nuevo, en un silencio roto solo ocasionalmente por algún sollozo desgarrador.

—Vamos —dijo el inspector Harris, con la voz quebrada por la emoción—, tráiganla dentro. Este no es un lugar para ella.

Sujeté a Esther en mis brazos y la guie, casi cargándola. Los otros hombres nos rodeaban, marchando a un ritmo lento y doloroso, en un avance que recordaba extrañamente a una comitiva funeraria.

Después de un rato, nos sentamos, como un consejo de guerra, en la oficina del inspector Harris. Había despedido a la mayoría de sus hombres. Allí estaba el padre Thomas Edmund, por supuesto, y un puñado de sus hermanos de blanco. También habían convocado al doctor Lewis, aunque no estaba seguro de por qué. El pensamiento de un forense como médico de cabecera de Esther me parecía singularmente espeluznante; sin embargo, había algo reconfortante en sus maneras frías, distantes, clínicas. ¿Y en quién más podríamos confiar en ese momento?

Mientras el doctor examinaba la herida de su cuello, un joven agente, Davis, me dio una suave palmada en el hombro. Levanté la vista, y él hizo un gesto, mostrándome algo. Extendí mi mano y él dejó caer un pequeño collar de oro, con un pequeño medallón manchado de sangre.

El medallón tenía un diseño intrincado, con letras entrelazadas sobre un corazón, coronadas con rosas. Abrí el medallón y vi la cara de un hombre, un hombre con un parecido fantasmal a Esther. Ojos oscuros con su misma mirada intensa; una mandíbula fuerte y masculina, tal vez demasiado enérgica, como si luchara por compensar la debilidad interna; una boca torcida en una sonrisa rara, traviesa y cautivadora; un pelo rizado y voluminoso. La cara era relativamente joven, pero no lo suficiente para ser su hermano, y demasiado parecido a la suya como para ser su amante. ¿Su padre?

—¡Eso es mío! —gritó Esther, con la voz palpitante, agónica.

Saltó de la silla, casi derribando al médico, y trató de arrebatarme el medallón. En mi asombro, había cerrado mi mano sobre el medallón en un acto reflejo y la había alejado de ella. Nos quedamos unos instantes en tensa incertidumbre, mirándonos fijamente, mientras todos los ojos estaban fijos en nosotros. Estaba frenética de nuevo, histérica, pero por una nueva razón.

Parecía haber olvidado las heridas de su garganta en esa desesperada avalancha de dolor infantil.

—No te imaginas lo que significó para mí ver al hombre más querido, lleno de encanto, afecto y devoción, destruido y carcomido interiormente por la sed opresiva... Vi sus ojos, llenos de amor, sumergirse en la oscuridad, y todo su cuerpo en el dolor. Ahogado, incapaz de salvarse de su propio dolor, con todo el mundo contra él, arrastrado. Sí, me dijeron que rezara por él, que le ofreciera mi dolor a Dios, que rezara con lágrimas... Juré todo lo que una niña puede jurar ante Dios solo para tenerlo de vuelta, era lo único que me importaba. No, no te lo imaginas.

Tenía la voz áspera de amargura e intentaba contener el llanto.

—La soledad, la vergüenza, los juicios crueles, la despedida... Oh, yo tenía dinero. Tenía una posición que era indiscutible, salvo por la pérdida de mi propia virtud. El dinero vino a mí. Y fui privada de él; mis guardianes sentían que no era digna de confianza. Que le hubiera dado todo a él. Lo desperdiicé en una criatura miserable. Un hombre perdido.

—¿Y tú? —Pregunté.

Ahora las lágrimas se habían ido. Me miró con ojos francos y decididos:

—Oh, sí —dijo—. Y lo daría todo ahora para darle un momento de paz. Si Dios es misericordioso, que venga a mí y me lo diga. Que me deje ver su rostro y escuchar esa voz, todavía despierta. Que me deje sentir su mano sobre la mía. Que me lo devuelva, para que por un momento pueda sentir alegría otra vez. Sé que estás enojado conmigo, como si me importara tu ira. O quizás estás avergonzado. Eso me importa todavía menos. He pasado vergüenza toda mi vida. Ni siquiera el dinero me libró de la censura social... “Pobrecita. Un padre así”. “Tenía mucho talento”. “Un hombre lamentable. Murió, ya sabes” “Descanse en paz.. Habría arruinado la propiedad”. “Un hombre atractivo. Sin embargo, nunca lo consideré honorable. ¿No lo ves?”

Su voz palpitaba de pasión. Parecía haber abierto la espita de aquella historia, hasta entonces reprimida.

—¿No entiendes? Si ella no hubiera muerto... Si no hubiera nacido... Yo soy la que lo mató. Maté a la persona por la que habría dado cualquier cosa, incluso mi vida.

Volvió a llorar y se desplomó de nuevo en su silla, entre sollozos. El resto de los hombres todavía estaban congelados, como el prototipo de un británico, horrorizados ante aquella expresión desenfrenada de emociones. Y, sin embargo, había algo más que paralizaba la habitación: una vulnerabilidad profunda y cruda de aquella mujer, una mujer a la que no habíamos sido capaces de proteger, a pesar de nuestros esfuerzos.

Digo que los hombres estaban paralizados, pero había una excepción: el padre Thomas Edmund Gilroy se movió silenciosamente a su lado y se agachó sin tocarla.

—Hija —dijo el sacerdote con suavidad, pero con una firmeza que hizo que ella lo mirara a los ojos—, ¿puede hablarnos de lo que ha pasado?

Ella levantó su cara llena de lágrimas y lo miró fijamente. Por unos momentos, no dijo nada; solo asintió lentamente.

—Ese... ese hombre horrible —dijo—. La primera vez... Cuando lo conocimos, yo me reí de él. Me pareció un tipo ridículo y vanidoso. Luego comenzó a hablar y me sentí confundida. Creo que me odiaba. Hablaba de cosas que... no sé cómo supo. Y me contó cosas. De formas en las que uno podría hablar... con los que están muertos. Era todo tan extraño pero tan... justo lo que quería. Solo quería escuchar su voz. Solo una vez. Pero siempre, justo cuando pensé que podría escuchar a mi padre, esa... criatura estaba allí. Horrible, malvado. Pero eso también fue extraño. A veces, si él estaba cerca de mí, me encontraba pensando cosas. Era como si él... como si sus pensamientos se colaran en mi cabeza. Sabía que no eran míos, pero no había nada que pudiera hacer. Y entonces empezaron los sueños. Mi padre entraba en mis sueños y me rogaba que le

hablara. Y siempre que lo intenté, ¡y cuántas veces lo hice!, no pude. Y eso me dejaba muy afligida. Intenté... Fui a lugares un par de veces. John, tú estabas en aquella sesión. Era tan absurdo, pero no perdía la esperanza y pensaba que habría algo. De alguna manera. Y ese hombre... Me hablaba con poca frecuencia, pero siempre me estaba mirando. Me aterrorizaba salir, porque él siempre parecía estar allí, y cuando estaba, no podía pensar con claridad. No podía... Era todo un embrollo. E incluso cuando no lo veía, los sueños continuaban. A veces él estaba allí, en los sueños. De pie, mirándome. Y a veces le hablaba a mi padre en mis sueños. No pude escuchar lo que decían. Oh, habría dado cualquier cosa por hablar.... John, quiero decir el señor Kemp, me pidió que no volviera a ver a ese hombre. Era bastante fácil estar de acuerdo. No quería verlo, en realidad. Pero muy a menudo, cuando dejaba la casa por algo, incluso por un momento, me estaba esperando. Lo veía acechando en las sombras. Regresaba dentro tan rápido como podía, pero siempre sabía que él estaba allí, esperándome.

Se quedó en silencio, mirando al suelo, perdida en su oscuro recuerdo. Entonces se estremeció.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó el padre Thomas Edmund Gilroy en voz baja.

Esther se sacudió, parpadeando para contener las lágrimas, como una niña que lucha por concentrarse obedientemente en una tarea que le impone una institutriz cariñosa.

—Estaba descansando, y nadie vino a despertarme cuando John, el señor Kemp, vino a verme. Había una nota cuando me desperté. Estaba tan molesta y me encontraba tan mal que decidí ir a verlo. No caminaría lejos, solo un poco, esperando que el aire fresco me reviviera. Entonces tomaría un taxi. John, el señor Kemp, me vería un rato; solo quería verlo. Al menos, creo que eso era lo que quería. Ví a su empleado, y me dijo que no estaba allí, y luego... ese hombre, esa criatura. Él estaba allí. Dijo que me acompañaría. Quise huir de él, pero estaba de nuevo en mi mente, y no pude evitar ir a donde él conducía. Me dijo que me iba a llevar a mi padre. Sabía que era una mentira, pero no podía evitar caminar junto a él. Sabía que él me estaba guiando a... Lo sabía. Pero tenía su voz en mi cabeza, y no podía dejar de seguirlo. Él... él dijo que yo... yo lo había atraído. Él dijo... él dijo... ¡qué asco! Cuando... Cuando se inclinó sobre mí, y sentí sus dientes en mi garganta, solo entonces pude luchar, y ese horrible aliento... Me desmayé, y cuando desperté, todo lo que podía ver era la sangre. Por todos lados. La sangre.

Volvía la histeria.

—Mi amor. Querida... Mi pobre niña.

La callé y me incliné sobre ella, sintiendo sus temblores entre mis brazos y meciéndola, como si fuera una niña que despertaba de una pesadilla. La gran vergüenza que había sentido cuando la abracé por primera vez en el parque me parecía ahora una emoción muy lejana. Rocé su pelo con los labios y murmuré palabras en su oído, y me dio igual quién viera estos tiernos e inadecuados signos de amor. Se acurrucó en mis brazos, aterrorizada y rota. Entonces la amé más profundamente de lo que nunca había hecho y me odié a mí mismo por no haberla protegido.

—¿Y ahora qué, padre? —pregunté por fin.

—Ella debe ir al norte, amigo mío —dijo en voz baja.

Sabía lo que eso significaba. Me aproximé una última vez a su cabello oscuro y suave, volví a mirar al sacerdote y asentí. El inspector Harris no cuestionó su decisión.

Al final, a pesar de los frenéticos cálculos que seguía haciendo en mi cabeza, llegamos a King's Cross en muy buen momento, con tres cuartos de hora de sobra. Nuestro grupo caminaba en silencio. Seis agentes de policía; dos hombres de paisano que, incluso con ese atuendo, exudaban el aire de agentes de la ley; el inspector Harris; yo, Esther, con velo y acurrucada sobre mi brazo; y cuatro hombres con túnicas blancas y capas negras. Todo un desfile, pensé para mí mismo, y sin

embargo me alegré de ello.

Había poca gente en el andén. Probablemente era un momento extraño para un viaje al norte del país. Un anciano caballero se sentó a cierta distancia de nosotros, custodiando un gran baúl que se negaba a apartar de su vista, aunque un maletero de buen corazón se esforzó por liberarlo de su responsabilidad. Un colegial con un llamativo pañuelo azul y amarillo sostenía su pasaje firmemente en su puño derecho y parecía profundamente nervioso hasta que se le unió un hombre mayor, ¿su hermano, tal vez? Demasiado viejo para ser su hermano. Padre o tío.

Diez minutos más tarde aparecieron tres hombres de negocios, hablando de datos y cifras aburridos. Me di cuenta de que ya iba a amanecer. Jirones de luz del alba comenzaban a romper el cielo.

Una mujer de mediana edad con queveos. Un irlandés con una innecesaria chaqueta verde y un sombrero que parecía concebido para entretener a los turistas. Me llamó la atención un movimiento bullicioso por el andén; era un rebaño de esos hombres de blanco escoltando a dos mujeres. El grupo se acercó y las jóvenes se sentaron juntas en un banco cercano.

Ahora podía verlas más claramente, y mi estómago comenzó a agitarse lentamente. Ambas jóvenes estaban vestidas de negro y llevaban velo. Débiles, incluso enfermizas. Intuí, más que vi, su palidez. Se movían nerviosamente. Aun rodeadas por hombres vestidos de blanco y por una gran cantidad de agentes de policía, su actitud era vigilante. Pero había algo en sus movimientos que reflejaba tan extrañamente los de Esther. Era como ver su desdicha en un oscuro triplicado.

Entonces revoloteó un recuerdo. No era un recuerdo de algo que había visto, sino de algo que había leído. Seguramente había tres mujeres en el castillo de Drácula al comienzo de la novela de Stoker...

Alejé ese pensamiento. El padre Thomas Edmund me miraba pensativamente.

—¿Quiénes son? —le pregunté, en voz baja. Frunció el ceño y pareció, por primera vez, cansado. Recordé que no habíamos dormido en toda la noche.

—¿Acaso pensabas —dijo— que los apetitos viciosos de esas criaturas se dirigen hacia una única presa? Creo que pasaremos mucho tiempo en las próximas semanas atendiendo a las víctimas. A muchas.

Era un pensamiento escalofriante, y me acompañó durante los vertiginosos minutos que siguieron. Por fin llegó el tren, arrastrando unas nubes que parecían más propias de un decorado teatro que de una fría mañana de enero en el mundo real.

Me despedí de Esther de forma afectuosa, aunque algo mecánica, y ella respondió obedientemente.

—Iré a verte tan pronto como pueda —le prometí.

—Por favor, hazlo —dijo ella, que parecía ausente—.

Cuando me quedé atrás para agitar la mano, observando cómo el tren se alejaba con suavidad de la estación y hacía un movimiento fuerte y decidido, el ensueño de la escena se intensificó absurdamente. Cualquier observador se habría deleitado con la escena, que mezclaba delicadamente el sentimiento tierno y un cierto sentido de la propiedad. Era como si estuviera despidiéndome de mi prometida que partía a una cura de descanso en el campo.

—¿John? ¿John? —el padre Thomas Edmund tuvo que llamarme muchas veces antes de que lo escuchase—. John, debemos irnos. Vamos. Hay mucho que hacer. Los otros ya se han ido.

Miré a nuestro alrededor. Estábamos solos en el andén.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

—El inspector Harris quiere que regresemos a la comisaría de policía.

Caminamos en silencio un largo rato. Esperaba que él dijera algo, cualquier cosa, que pudiera

darme una oportunidad para descargar mi furia creciente ante su Dios. Le lancé varias miradas, con la esperanza de que alguna de ellas pudiera incitarlo a hablar conmigo. Pero continuó su camino sin abrir la boca. Una imagen de respeto, paciencia, tacto e ineptitud insufribles.

—¿Y bien? —dije, finalmente.

Me miró, levantando una ceja casi imperceptiblemente.

—Bueno, ¿qué, John?

—¿No va a intentar hablar conmigo sobre eso? ¿No va a intentar consolarme? ¿No es esa parte de su trabajo?

—¿De verdad quieres que intente consolarte, John?

—No —dije, y aproveché la puerta que me dejaba abierta—. No tendría sentido que intentara discutir conmigo. Estamos rodeados por la oscuridad y la traición. Hablar de esperanza sería una burla.

El frailecillo guardó silencio por un momento. Después habló en voz baja:

—Tengo esperanza, John Kemp, porque mi esperanza se basa en el bien. Durante semanas, nuestro único tema de conversación ha sido el mal. Sus variedades, su astucia. Sus planes. Se ha convertido para ti en un tema trágicamente personal. Pero la verdadera fuerza, el poder y la emoción creativa provienen no del mal, sino del bien. Stoker estaba equivocado sobre eso. Profundamente equivocado. El mal es cautivador, no lo niego, pero su atractivo es como un truco de salón barato en comparación con el asombroso y fascinante asombro del bien. Porque la bondad es el amor.

—¡Amor! —exclamé—. No sermonee sobre ese tema. El amor no pudo salvar a Esther. ¿Cómo puede soportar esta sangrienta carnicería?

—Eso, amigo mío, es precisamente lo que hace el amor. Y es lo único que puede salvar a Miss Raveland. Pero, para apreciar esa perfecta paradoja, debes mirar con los ojos de la fe. No puedo imponértelos.

—Creo lo suficiente —dije—. Le confieso que creo en los vampiros. Si eso no me convierte en un hombre de fe, ¿no sé qué lo haría!

Se encogió de hombros con suavidad.

—Así que crees lo que tus sentidos te han mostrado. Has considerado con tu razón si tus sentidos son de fiar, y has decidido que lo son. Eso es simplemente una aplicación de los mismos principios que te han guiado hasta ahora. La fe en Dios es un negocio completamente diferente. Te lo repito: los vampiros no son nada en comparación. Una burla mezquina y estúpida. Un juego de niños en comparación con la maravilla de Dios. ¿Por qué crees que estos acontecimientos oscuros suenan tan falsos? Porque no son nada nuevo. El mal no puede crear nada; solo puede corromper lo que existe y establecer realidades negativas sombrías. Por lo tanto, el vampiro es una oscura y mundana corrupción de nuestro sacramento.

—Dejemos a un lado todas esas tonterías, porque lo siento, padre, eso es lo que me parecen... ¿Qué clase de Dios permite que esas cosas pasen?

—¿No lo ves, mi amigo? Si las cosas malas no ocurrieran, y si el hombre no luchara contra la maldición de la muerte, entonces todos los hombres se rendirían al vicio y a la búsqueda despiadada de placer y poder, y el mundo se ahogaría en sangre.

—¿No se está ahogando ahora?

—No, no. Porque aún hay bondad, y eso es mucho más poderoso que cualquier vampiro.

—¿Esa bondad a la que usted llama Dios?

—Sí. Y la bondad inherente de algunos hombres que, aunque no encuentren o no vean la plenitud de lo que se ha revelado, se resisten al mal y buscan el bien.

—Se refiere a hombres como el inspector Harris —dije.

—Sí —dijo lentamente—. Tiene mucha virtud. Pero en realidad, John Kemp, realmente estaba pensando en ti.

Aquello me dejó sin palabras.

—Debes vivir el sufrimiento —siguió—. Espero que encuentres ese don, aunque es probable que veas horrores que incluso ahora no puedes contemplar, tu recuerdo final y duradero será de bondad. La bondad de sus compañeros, que no es más que un pequeño reflejo de la bondad en sí misma.

Habíamos llegado a la comisaría de policía. Algunos de los oficiales asintieron con la cabeza cuando entramos, y nos dirigimos directamente a la oficina del inspector.

El padre Thomas Edmund llamó a la puerta, pero no nadie respondió. Collins estaba parado cerca, mirándonos. Frunció el ceño y dio un paso adelante.

—Está ahí, estoy seguro, señor. Recibió visitas hace un rato, pero ahora está solo.

Tocó de nuevo y luego intentó abrir la puerta. Después de un momento de intriga, la puerta se abrió y entramos.

El inspector Harris estaba sentado muy quieto en su escritorio. Al principio me pregunté si él estaba en una especie de trance, congelado, inconsciente de nuestra presencia. Por un instante, incluso sospeché algo peor y me pregunté si estaríamos mirando a un cadáver. Entonces noté que respiraba, vi el color rojo en su cara y me di cuenta de que se estaba conteniendo en un esfuerzo magistral. El inspector Harris estaba, al parecer, enfurecido.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Ha venido un visitante —dijo con los dientes apretados—. Dos, en realidad. Su amigo el conde. Y su amigo íntimo... el superintendente.

No estaba seguro de qué era lo que más molestaba al hombre: la visita del extranjero titulado o la presencia de su oficial superior.

—Sí —siguió Harris—. Vino el conde. Estaba muy nervioso. Quiere que encontremos a su secretario. Teme el juego sucio. El superintendente le aseguró que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para apoyar y proteger a un emigrante tan valioso a nuestra ciudad justa.

—¿Usted...? —me fulminó con la mirada y yo vacilé, pero hice la pregunta de todos modos: —Le pido perdón, inspector Harris, pero ¿habló con el superintendente de la situación?

—Por supuesto que sí, hombre. En lo que a él respecta, no ocurre nada de importancia en la ciudad, nada que justifique el derrocamiento de sus ambiciones. Tiene la vista fija en un cargo u otro, de eso no hay duda —se había puesto de pie y contemplaba un mapa grande y detallado de Londres que colgaba en su pared—. Nada de importancia—, se quejó. —Nada —con un movimiento rápido, tomó un puñado de pequeños alfileres de colores y comenzó a apuñalarlos en el mapa con precisión específica. —No pasa nada aquí, Charles Sidney. Ni aquí, Stella. Ni aquí, esa chica, la primera para el señor Kemp. Y ciertamente no hay nada allí, solo un bibliotecario, después de todo. O allí, el asesinato del callejón. Nada que nos preocupe aquí: otros cuatro asesinatos, asuntos menores sangrientos, los asesinatos de nadie, que apenas merecen un comentario en la prensa. Y aquí está su casa, señor Kemp. Y luego estaban esos otros ataques dispersos, pero estoy seguro de que puede agregar más, Gilroy. O aquí, aquí, aquí... No importan esos pequeños informes que Peters ha recopilado, tantas cosas sospechosas. Nada, nada, nada. Y podemos olvidar también los dos incidentes de anoche, el borracho sin valor y la dama. Tantas cosas... Así que vamos, ayudemos al superintendente a ascender, maldito sea.

Al terminar, dio un paso atrás y midió sus esfuerzos. Constelaciones dispersas de alfileres. Londres, una verdadera muñeca vudú. Esperé a que el padre Thomas Edmund hablara, pero él me

indicó que permaneciera en silencio. Finalmente, el inspector Harris volvió a hablar.

—Collins —dijo escuetamente—, busque a Peters.

Cuando la puerta se cerró detrás del curioso policía de pelo oscuro, Harris nos miró con severa determinación.

—Al infierno con la política —gruñó—. Cuenten conmigo.

CAPÍTULO XXIV

19 de enero de 1901, Brixton.

(Del diario de Mina Murray Harker). Bien, ahora ya saben contra quién tenemos que luchar. Pero nosotros tampoco carecemos de fuerza. Tenemos la ventaja de poder luchar juntos... una posibilidad que le está negada al vampiro; disponemos de los recursos de la ciencia; somos libres para actuar y pensar; y tanto las horas diurnas como las nocturnas son nuestras por igual. En realidad, ninguna traba se opone a nuestros poderes, podemos utilizarlos libremente. Estamos consagrados a una causa justa y el fin que perseguimos es desinteresado. Esas cosas son importantes.

—Hay algo, padre, que me confunde.

Estábamos sentados, incómodamente juntos, en la parte trasera de un carro de policía que traqueteaba por las calles de Londres.

—¿Cómo podemos distinguir a un vampiro de alguien que simplemente está trabajando bajo la influencia de los muertos vivientes?

—Ese es uno de los factores que complican este asunto —dijo, y se acomodó con aire de conferenciante.

Estaba sentado sobre el gran bolso negro que había llevado durante nuestra visita a Adele Lawson, mucho tiempo antes. Me pregunté, una vez más, qué contenía la extraña bolsa.

—Aquí también nuestro querido Bram Stoker simplifica la situación. Hay varios grados diferentes de complicidad. Están los no muertos primarios o dominantes; los muertos vivientes secundarios o serviles, que aún tienen un libre albedrío demoníaco, pero están claramente subordinados al rango más poderoso; el siervo no-muerto, que tiene poco libre albedrío para hablar y servir a los no-muertos dominantes, incluso para complacer sus pasiones distorsionadas (y aquí encontrará algunas de esas características bestiales extravagantes que expresan el estado antinatural de la criatura: su reptil de ojos rosados al acecho, John); está también el siervo vivo, que, con la esperanza de alcanzar poderes no muertos o de sus propias pasiones distorsionadas, sirve a los no muertos, e incluso puede disfrutar de las prácticas comunes, como beber sangre, comer carne u otra forma de victimizar a los vivos. Estos seres están fuertemente influenciados por los poderes fascinantes de los no-muertos de mayor rango. Y, por último, las víctimas, que, contra la creencia popular, no suelen estar destinadas a una vida futura vampírica. En todo caso, aquellos que están en una categoría de siervos no pierden su libre albedrío; existe siempre un cierto grado de elección, más allá de que esa elección haya sido hecha por una voluntad gravemente debilitada, en la búsqueda de ese destino.

—Eso es... Da mucho que pensar —dije—. ¿Y cómo sugiere que debemos evaluar todo eso si estamos en medio de una batalla a gran escala? ¿Debemos detenernos a indagar sobre el grado de complicidad de cada atacante?

El padre Thomas Edmund se rio.

—Por supuesto que no, amigo mío. ¿Qué puede extraer usted de todo esto? En primer lugar, que debe defenderse noblemente; en segundo lugar, que hay que respetar la bondad inherente del cuerpo contaminado de cualquier atacante; y en tercer lugar, que es mejor que deje el análisis y... la reparación... de todos esos atacantes, vivos, muertos y no-muertos, para mí y para mis hermanos.

Peters tosió.

—No estoy seguro, señor, de que pueda prometerle tomar en consideración la bondad inherente de cualquiera, o de cualquier cuerpo, que se lance a mi garganta con dientes o garras o un cuchillo, o lo que sea. En ese momento, estaría distraído de otra manera.

—Bravo, Peters —dijo el inspector Harris—. Después de todo, creo que tienes sentido del humor.

Ante ese cumplido, Peters parpadeó varias veces y se quedó callado.

Nos dirigíamos a la primera de muchas redadas de un complejo plan de operaciones. Los llamo “redadas”, pero Harris había insistido en que, en realidad, solo seguían las órdenes del superintendente en la búsqueda de un secretario perdido.

—El hecho de que esperemos encontrarnos con una sangrienta carnicería, y que estemos preparados para ello, no es algo que deba incluirse en nuestro informe oficial.

Estaba armado, lo sabía, y, tras una momentánea vacilación, me preguntó si yo sabía cómo manejar una pistola. Dije que sí, pero mi experiencia no era nada impresionante. No era un tirador notable, pese a que en varias ocasiones me habían invitado a cazar en el campo. Consideró esta respuesta honesta y de todas formas me entregó una pistola.

—Simplemente no nos dispere a nosotros —dijo con solemnidad.

La noche estaba silenciosa cuando llegamos a la puerta de un gran almacén abandonado, una triste reliquia industrial. El dueño de la fábrica colindante había apostado su vida y su fortuna a producir tejidos de luto. Había confiado en el ejemplo de la reina viuda, y asumió que el dolor opresivo seguiría siendo un rasgo popular durante las siguientes décadas. La moda había decretado lo contrario, y la bancarrota, envuelta en rayos de luto negro inusitado e inutilizable, era el legado de un comerciante y empresario que alguna vez fue rico. Esta historia me la contó casualmente el inspector Harris mucho después.

—¿Quién es el dueño ahora? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No está claro. El dueño se suicidó. Hay una feroz batalla en la familia. Ya sabe, las tragedias atraen más tragedias.

Aquella noche, parado ante el edificio en la noche gélida, todavía no sabía nada de la trágica historia del lugar, y sin embargo me sentía incómodo; miré varias veces por encima de mi hombro contra mi voluntad para ver si había alguien, o algo, detrás de mí. Me había parecido que Harris había elegido este lugar arbitrariamente de entre la maraña de ubicaciones fijadas en su mapa. Reflexionó en voz alta sobre eso antes de anunciarlo:

—No tiene sentido comenzar por la casa. Estamos de acuerdo en que es un probable centro de operaciones, pero estaríamos creando más problemas de los que podemos manejar. Si pasamos por alto las cabezas de aquellos que harán mucho ruido... bueno... sería prudente no asaltar la ciudadela antes de tiempo. La siguiente consideración es obvia: el infierno está empedrado de buenas intenciones.

El sacerdote se rio; el inspector, al parecer, podía ser ingenioso cuando estaba inspirado.

—Eso tampoco ayuda. Reclama atención y socava nuestro trabajo antes de que hayamos siquiera comenzado. Y ahora fijémonos en los posibles puestos de avanzada. Gracias a las investigaciones de Constable Peters —el digno y honorable representante de la ley no pareció conmovido por la alabanza—, que, según parece, han sido confirmados por el padre Gilroy y sus... compañeros, hemos establecido tres lugares en particular: un almacén en Brixton, un teatro en el West End, y un cementerio, Kensal Green.

Alguien tosió nerviosamente ante esto último. El inspector Harris continuó sin inmutarse

—El secretario puede estar escondido en uno de ellos, esa es una razón para mirar. Pero más que eso, quiero saber qué diablos está pasando en esos lugares. Y comenzaremos esta noche con el almacén en Brixton.

Así que planificamos, y lo ejecutamos.

La aproximación al almacén fue bastante simple; nada se movía alrededor. El único ruido que podíamos escuchar desde el exterior era un viento caprichoso. Después de una inspección cuidadosa de la zona, el inspector Harris eligió nuestro punto de entrada.

—Collins —dijo—, ocúpese de la cerradura.

Abrió la puerta, entramos sigilosamente en una sola fila y permanecemos juntos por unos momentos en silencio y penumbra.

—Ahora —dijo Harris en un susurro agudo—, organicémonos en equipos de tres. Riley, Jones, Davis, vayan por ahí. Peters, Smith, Collins, en la otra dirección. Mitchell, quédese con los sacerdotes y el señor Kemp. Grimes y Stewart, vengan conmigo.

Dos horas de búsqueda sin resultados. Un grupo encontró unas cajas de algodón húmedo y podrido. Peters estuvo a punto de herirse con una ventana rota que cayó inesperadamente, pero Smith lo apartó en el último momento.

No sé lo que ocurrió entre los tres hombres, pero Collins volvió con la cara roja de resentimiento y Peters se mostró profundamente indignado.

—Menudo inútil sin cerebro —le escuché murmurar en voz baja.

Harris y sus compañeros tampoco parecían haber encontrado nada.

Mitchell se había mostrado como un compañero singularmente poco imaginativo, así que pasamos el tiempo observando una pequeña extensión de espacio sin nada extraordinario, más allá de montones de pequeños insectos muertos de aspecto egipcio, que desprendían un ligero y repugnante hedor. No soy entomólogo, pero estas criaturas muertas, que parecían usar placas de armadura de intrincado diseño en sus espaldas, me resultaban totalmente desconocidas.

—Hay un sótano —dijo Peters—, pero la puerta está bien cerrada. Para abrirla necesitaremos más que el kit de un ladrón, inspector.

—Rómpala —fue su respuesta severa.

La puerta hizo bastante ruido al astillarse.

—Bueno —dijo Harris secamente—, si hay alguien aquí, ya se ha enterado de que nosotros también estamos, si es que no lo había hecho antes.

La escalera tenía muy mala pinta. Las antorchas eléctricas de la policía bailaban en las paredes, revelando oscuridad, telarañas y montones de extraños y desagradables escarabajos muertos.

Nos abrimos paso en silencio y en fila. Al pie de las escaleras, nos reagrupamos en un pasillo. Había siete puertas: tres a la derecha, tres a la izquierda y una al fondo.

—Vamos —dijo Harris—. Adelante, vamos.

La primera sala a la izquierda parecía un camposanto de ratas, aunque nada santo. Había cadáveres en abundancia: calculé unas ochenta ratas, de las que solo una o dos se movían, arrastrándose sobre sus compañeras muertas y deteniéndose periódicamente para roer una pierna fría y huesuda. La primera antorcha, sostenida por Riley, creo, vaciló y se alejó rápidamente de los bichos. —Está bien —dijo Harris, con la voz todavía calmada—. Ya es suficiente. Siga adelante. Stewart y Grimes, pueden echar un último vistazo y asegurarse de que no nos hemos perdido nada.

Las siguientes tres habitaciones revelaron pruebas similares de falta de uso y deterioro.

—Este lugar debe de ser el moridero de todas las ratas de Londres —murmuró alguien en la parte de atrás.

La quinta sala estaba llena de cajas de madera. A la orden del inspector Harris, los policías las abrieron, mostrando un suelo oscuro y húmedo, con una muesca larga y delgada en el centro, como la que dejaría un cuerpo sobre la tierra. Una vez más, me asustó el paralelismo: ¿no había

traído el conde de Stoker cincuenta cajas de la tierra antigua? Cuando exploramos estas habitaciones en silencio, tres de los frailes se quedaron atrás. Recordé una escena similar en mi lectura de esa extraña novela y supuse que pretendían realizar algún tipo de exorcismo. Vi una vez más la bolsa negra, que tanto me intrigaba. Me hubiera quedado a ver para satisfacer mi creciente curiosidad, pero el Padre Thomas Edmund, quizás leyendo mi mente, me dio un suave codazo.

—Mire, padre Thomas Edmund.

Uno de los frailes jóvenes lo susurró y encendió una antorcha en la sexta habitación, que estaba vacía, excepto por una gran pila de objetos dispersos justo en su centro. Parecían como si hubieran sido arrojados o amontonados allí por manos imprudentes.

Miré por encima del hombro del hermano y pensé que me resultaban, de alguna manera, familiares. Un momento después, pude distinguir algunos de los elementos de su ritual. Copas de oro; cajitas decoradas con cruces que parecían tabaqueras, aunque de algún modo eran diferentes; una virgen esculpida, o alguna santa, tan destrozada que lo que quedaba de la cara serenamente piadosa se veía ligeramente alarmada. Un vasto tesoro de vasijas, estatuas y otros objetos papistas aparentemente saqueados.

Fue la primera vez que vi algo diferente a la serenidad en el rostro del padre Thomas Edmund Gilroy. Su frente se arrugó en leve irritación, y una nube cubrió sus ojos brillantes. Estaba angustiado, pensé, y aparté la vista para evitar la vergüenza de ver lágrimas en sus ojos. Luego habló y me di cuenta de que estaba equivocado al interpretar su rostro de esta manera: no era tristeza, era ira.

—Hermano Paul —dijo—, corra e informe al padre Reginald.

Nadie se detuvo ni le preguntó nada. Dejando a los papistas para lidiar con lo que era, para ellos, un oscuro sacrilegio, seguí mi camino con los policías.

El final del pasillo era opresivamente oscuro, como el infierno, pensé, en un fugaz recuerdo de los cantos de Dante. Casi deseé haber prestado más atención durante mi educación clásica. No es que el maestro italiano haya armado a sus lectores con municiones que maten vampiros, pero quizás la Divina Comedia podría haberme prestado un mayor entendimiento que habría traído, si no más fuerza, mayor consuelo en aquella pesadilla andante. Tales pensamientos eran absurdos, pero el mismo absurdo hacía que todo fuera más horrible.

—¡Shhh!

Una voz siseó en mi oído, y me di cuenta de que estaba jadeando de ansiedad en medio de mis imaginaciones nostálgicas.

—No estoy bien —me dije—. No estoy bien. Es solo la oscuridad, después de todo. En realidad, ¿qué puede estar acechando aquí a excepción de esas ratas?

El inspector Harris abrió la puerta de la séptima habitación. Más humedad. Y un olor extraño, que mezclaba los sentidos en uno: olía a calor; olía pegajoso, olía a fresco, olía extrañamente familiar y, sin embargo, extraño.

Sangre.

La antorcha eléctrica bailaba por la habitación, revelando pinceladas de un espectáculo horroroso. Aquel mosaico de horror era más que suficiente. La mano que sostenía la antorcha se debilitó y la dejó caer; rodó por el suelo y, antes de perderse en un rincón oscuro, giró en redondo, continuando el efecto surrealista de la revelación esporádica e inconexa. Luego se hizo la oscuridad.

—¡Una antorcha! —ordenó el inspector Harris a sus hombres.

No pasó nada.

—¡Traigan luz, ahora! —dijo con más urgencia

Entonces, de repente, como si una mano invisible hubiera arrojado un galón de combustible sobre las cenizas de la chimenea abandonada en la pared opuesta a nosotros, brotó una llamarada cegadora. La habitación estaba en llamas. Todos los ojos se fijaron en la espantosa vista, recién iluminada, del cadáver sangriento de Victor Montrose, crucificado boca abajo contra la pared del fondo. Su pecho había sido cortado, o tal vez desgarrado. Una extraña mezcla de autopsia y desmembramiento animal. Su rostro, paralizado por el horror, era casi irreconocible al principio, debido a la palidez de la muerte, en contraste muy marcado con las rayas de sangre reseca de la barbilla, las mejillas, la frente y el cabello.

Aquel extraño fuego se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido, y nos vimos envueltos nuevamente en absoluta oscuridad.

Sentí una fuerte náusea. Podía escuchar a alguien que vomitaba impotente contra una pared manchada de sangre.

Varias horas más tarde, cuando el insalubre contenido del almacén fue enviado a la morgue familiar —un regalo fascinante para el extraño doctor Lewis—, me dirigí al inspector Harris.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora —dijo con gravedad—, descansaremos un poco antes de nuestra próxima incursión en el infierno.

El carro de la policía nos dejó al padre Thomas Edmund Gilroy, a sus hermanos ya mí de vuelta en el convento. Me derrumbé en mi cama en la habitación de invitados. Cuando cerré los ojos, el agotamiento me llevó al sueño de inmediato.

Dos horas después, me encontré recostado en la brillante y brutal luz de la mañana, con la visión de Anghelescu inclinándose sobre Esther tan dramáticamente presente en mi cabeza que estuve a punto de gritar. Mis manos estaban apretadas sobre la colcha en un furioso e inútil intento de venganza. La solté y descubrí que tenía marcas blancas afiladas en mi propia carne.

Después de otra hora de intentos infructuosos de conciliar el sueño, me di por vencido, me levanté de la cama y fui a realizar mis abluciones matutinas. Salpiqué mi cara con el agua del cuenco y observé su aspecto demacrado y sin afeitar. Decidí arreglarlo: puede que el destino me hubiera convertido contra mi voluntad en un héroe trágico y romántico, pero no quería forzar el papel.

Cuando salí de la habitación para ver al padre Thomas Edmund Gilroy en el vestíbulo, estaba afeitado, cuidadosamente vestido y bastante presentable, pese a mi palidez por la falta de sueño y por el trauma de lo que había visto.

—¿Cree que esto funcionará? —le pregunté al padre Thomas Edmund Gilroy mientras regresábamos a la comisaría de policía, preparándonos para la fiesta nocturna.

—Tenemos muchas cosas a nuestro favor —dijo—, pero la dificultad es que no estamos simplemente buscando a un criminal común y corriente de los que van dejando pistas para que los sigamos. Esta es una criatura demoníaca, inteligente, y me temo que ha anticipado todos nuestros movimientos hasta ahora.

—¿Cómo puede decir eso? —le reclamé—. Encontramos ese espantoso cadáver, ¿podría haberlo preparado?

—No lo sé —dijo—. Y sin embargo... había algo en esa habitación que parecía... una puesta en escena. Estábamos buscando horrores, así que los encontramos.

—¿Qué piensa...? ¿Por qué cree...? —no pude expresarlo: la sola idea de Victor Montrose era demasiado repugnante—. ¿Qué pasó en esa habitación?

El padre Thomas Edmund frunció el ceño.

—No es una cosa sencilla; mejor no piense mucho en eso.

—¿Lo entiende?

—Amigo mío, en mi trabajo he aprendido mucho sobre las actividades de las criaturas malvadas. He estudiado muchas teorías sobre la creación de estas criaturas: cómo y por qué pueden eludir la ley de la naturaleza o, para ser más precisos, transformarla en la ley antinatural que las gobierna.

Nos acercábamos a un punto que me preocupaba.

—¿Y qué pasa con las víctimas? ¿Están... condenadas? ¿Están condenadas a convertirse en criaturas de la oscuridad?

—Tranquilízate, amigo mío. Ese es otro punto en el que el querido Stoker estaba confundido. Se basaba en el folclore, por supuesto, y esa es una fuente muy poco confiable. La mente campesina puede malinterpretar muchas cosas.

Me detuve y me di la vuelta para asegurarme de que lo entendía.

—Entonces, ¿está diciendo que Esther no se convertirá en una vampira?

Él también se detuvo y me miró a los ojos sin vacilar.

—No necesariamente —dijo—. De hecho, sí, como creo que es el caso, ese fue el primer asalto y no una indulgencia recíproca y antinatural, una en la que ella era claramente una víctima aterrorizada e indisponible... sí, puede estar tranquilo, amigo. En verdad, debe haber un grado de voluntad, incluso de la voluntad quebrantada de una víctima cruel. Ella tiene un camino largo y duro por delante. Lo que más necesita es curación y seguridad. No es probable que sufra sed de sangre, pero me temo que está condenada a tener pesadillas horribles. Por ahora, está más segura donde está y es más probable que sea atendida como realmente requiere. Mientras tanto, nuestro mejor curso de acción es continuar nuestra búsqueda de los no-muertos dominantes. A medida que nos abramos paso a través de cada nivel de la jerarquía del mal, nos acercaremos más a vencerlo y terminar con su poder.

—Todo eso suena bastante complicado —dije con irritación—.

—Las reglas —o, mejor dicho, las anti—reglas— de los no muertos tienen una cierta lógica. Son útiles para nuestra investigación, ya que nos enseñan cómo es probable que se comporten. Sin embargo, no podemos determinar precisamente a partir de esas anti-reglas qué es lo que realmente ha sucedido y sigue sucediendo aquí en Londres. Está claro que, como es su costumbre, el no muerto dominante trata de establecerse aquí, reuniendo a sus secuaces a su alrededor y seduciendo a nuevos reclutas para su ejército vampírico.

—¿Ejército? —dije, consternado—. ¿Contra cuántas de esas criaturas espera que tengamos que luchar?

Negó con la cabeza.

—No puedo decirlo. No creo que haya tenido suficiente éxito para que sea una guerra a gran escala, y sin embargo, claramente estamos en guerra. Eso no significa que debas anticipar un campo de batalla. Imagina, en cambio, un campo de batalla oculto. Lo insidioso de su ataque proviene del hecho de que, en la superficie, parece ser muy distinto de lo que es. El cuerpo de Montrose... Incluso eso puede explicarse como el acto de un loco. Nada en ese almacén apuntaba directamente a los no muertos dominantes. Nada señalaba a la criatura que tú mismo buscas ahora.

—¡Pero la sangre...! —protesté—.

—Hay un montón de villanos de mente sanguinaria —dijo—, y no todos son vampiros.

Si bien aquello era una obviedad, no me sirvió para aclararme la situación.

A esa hora de la tarde ya había gente en las calles, aunque el aire frío había disuadido a muchos de aventurarse a salir. No había vagabundos; todos los que nos pasaron parecían decididos y enfocados en un objetivo en particular, y ansiosos por alcanzar ese objetivo, sea cual

fuera, sin distracciones ni desviaciones indebidas. Encontré que el aire frío refuerza, como un látigo afilado para despertar a un caballo durmiente para una carrera. Durante algún tiempo, el sacerdote y yo caminamos en silencio. Mi mente estaba trabajando en una línea de preguntas, principalmente derivadas de mi vago recuerdo de las reglas vampíricas delineadas en esa ridícula novela.

—Parece —dije finalmente, con cierta irritación— que Bram Stoker tiene mucho que contarnos.

Habíamos llegado a la puerta de la comisaría, que se abrió justo cuando estaba hablando. Salió el inspector Harris.

—Bueno, señor Kemp —dibujó una media sonrisa—, tendrá la oportunidad de decirle eso. Vamos de camino hacia el Liceo.

CAPÍTULO XXV

25 de enero de 1901, West End de Londres.

(Del diario de Jonathan Harker). La enorme puerta se abrió. Ante mí apareció un anciano de elevada estatura, pulcramente afeitado a excepción de un gran bigote cano, y vestido completamente de negro, sin una sola nota de color. En su mano sostenía una lámpara antigua de plata, en la que ardía una llama sin ningún tipo de tubo o globo de cristal que la protegiera, la cual proyectaba largas sombras temblorosas al parpadear impulsada por la corriente que entraba por la puerta. El anciano me indicó que entrase con un gesto cortés de su mano derecha, diciendo en excelente inglés, aunque con un extraño acento: —¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

Las luces del Teatro del Liceo brillaban sin entusiasmo bajo la luz pálida de la declinante tarde de invierno. El famoso edificio estaba entonces en vísperas de una renovación profunda, aunque sus piedras todavía no podían conocer su predestinado renacimiento. Aquel día el edificio parecía cansado, aunque reposaba en los laureles de su vasta y, en su mayoría, honorable historia. El teatro, orgullo del West End durante más de doscientos años, también guardaba recuerdos de capítulos sórdidos; las figuras de cera de Madame Tussaud todavía acechaban en sus sótanos, como esqueletos enterrados. ¿No era aquel lugar el hogar de la grandeza de los teatros dickensianos? Y ahora, ¿no era el hogar de esa personalidad notable, conocida por su teatro fantasmal y su aire de gentileza perfecta? ¿Acaso la silueta de este gran hombre no había sido agraciada por la sombra de Shakespeare? ¿Acaso las multitudes no habían acudido, en una constante adulación, durante décadas, para contemplar cada gesto dramático, para llorar o reír, animar, aplaudir o temblar ante su señal? La grandeza del Liceo, incluso si hubiera sido barrida por el ojo crítico de un historiador, aún debe permanecer, porque ahora su grandeza estaba encarnada en sir Henry Irving.

Llegamos a aquel honorable templo británico de las tablas a una hora de silencio, entre el silencio de la madrugada y el bullicioso atardecer. Todavía era demasiado temprano para cualquier comprador de boletos, y el entretenimiento de la noche no comenzaría hasta varias horas después. Los actores probablemente estaban descansando: eran demasiado importantes para llegar con tanto anticipo. El personal del teatro, por su parte, ya debía de estar presente, apresurándose a prepararse para ese momento noble e inspirador en que se levantaría el telón y sir Henry Irving, el mejor actor vivo de Inglaterra, saldría al escenario.

No entendía bien por qué, pero el equipo se había reducido significativamente: Harris, el padre Thomas Edmund, yo mismo y, como adición tardía y muy lamentada, Toby Barnes.

Barnes había aparecido a nuestras espaldas unos momentos después de dejar nuestro taxi en el distrito de los teatros (“Para atraer menos atención”, había dicho Harris).

—¡Bien! —gritó el periodista— ¡Qué encantadora sorpresa! ¡Me alegro de encontrarle, Harris! Ha sido extraordinario lo difícil que ha sido ponerse al día con ustedes, hombres ocupados y ocupados. No le pediré una declaración ahora, Harris, pero con gusto le seguiré y aprenderé lo que ha hecho la policía últimamente. He escuchado un rumor sobre Víctor Montrose que me encantaría confirmar, especialmente considerando su reciente captura y fuga...

Abrió los ojos sugerentemente, formando una encantadora y estudiada mirada de inocencia.

—Barnes —dijo Harris—, menos cháchara. Si mantiene la boca cerrada, puede acompañarnos, pero ni una palabra. ¡Ni una palabra! Y si piensa en abrir ese pequeño cuaderno mientras intentamos realizar nuestra entrevista, lo arrojaré a una celda.

Barnes sonrió abiertamente,

—¡Qué buen hombre, Harris!

Y se unió a nuestro pequeño grupo con alegría.

Esperaba que el inspector Harris tomara la iniciativa una vez en el teatro. Por ello, me sorprendí cuando él se hizo a un lado en silencio y el padre Thomas Edmund Gilroy habló al serio Cerbero, que nos impedía el paso con sus tres cabezas hostiles.

—Buenas noches, Pearson —dijo—. Estamos aquí para hablar con el señor Stoker.

Pearson no pareció complacido al pensarlo.

—Falta muy poco para el comienzo —gruñó—. Seguro que el señor Stoker estará ocupado.

—Tal vez sea así, —dijo el sacerdote con calma—. Vamos a esperar mientras va usted a comprobarlo. Gracias, Pearson.

El hombre de pelo gris frunció el ceño pesadamente, bajando las cejas sobre sus ojos deslumbrantes. Luego se encogió de hombros, saltó bruscamente del alto taburete de su sombría y pequeña ventanilla y se fue a buscar al administrador del Liceo.

Nos quedamos de pie, casi temblando de frío, durante unos minutos antes de que él regresara. Se movía lentamente, dando muestra de su falta de voluntad y de lo poco que le apetecía traernos buenas noticias.

—El señor Stoker les recibirá —dijo a regañadientes, y agregó, mientras nos abría la puerta: — Vayan por ese pasillo rápido. Sir Henry llegará pronto, y no le gustaría atraparles a todos aquí, justo detrás de la cortina.

El padre Thomas Edmund, que parecía conocer el camino, nos guió por el pasaje, oscuro y abarrotado de objetos de teatro. De vez en cuando rompía el pasillo una puerta roja.

Llamó a una de ellas y esta se abrió, mostrando a un hombre pelirrojo, alto y corpulento, con los ojos azules y la barba color tierra. En silencio, pero sonriente, el señor Abraham Stoker nos dio la bienvenida a su pequeña oficina con una hospitalidad tranquila.

Cuando el padre Thomas Edmund hizo las presentaciones, miré al hombre de cerca, tratando de intuir en su rostro algo de oscuridad y misterio, algún signo de la imaginación escabrosa que había creado esa extraña novela. Por más que lo intenté, no pude verlo.

—Bueno —dijo nuestro anfitrión con una voz irlandesa profunda mientras nos acomodábamos en nuestras sillas (Me tranquilizó su acento irlandés: ¿no eran todos chismosos llenos de supersticiones?)— Y viene con guardias. Esto parece serio. ¿Ha venido a hablar otra vez del libro, padre?

—En cierto modo, Bram, sí.

—¿Y para decirme que necesito cuidarme más? ¿Que debo encontrar un lugar seguro para esconderme de los espectros?

Se rio entre dientes.

—Sé que es poco probable que vaya a tomar tantas precauciones, Bram —contestó el sacerdote—, por lo que no perderé energías en ello.

—Vaya, padre —dijo el gigante de buen humor—. Espero que no me tome por un desdeñoso. A Florence no le gustaría eso en absoluto.

Miró con afecto un pequeño retrato enmarcado en su escritorio, la imagen de una belleza notable: su esposa, como me explicó más adelante el padre Thomas Edmund.

—Florence tiene un gran concepto de usted, padre. Especialmente ahora que se ha vuelto papista. La ha venido bien, ahora está feliz. Ahora su madre... Pero estoy demasiado ocupado como para molestarme en asustarme.

Sacudió la cabeza con suavidad, como si quisiera calmar a un niño ansioso. Entonces sonrió.

—Me parece que usted piensa más en ese libro que la mayoría de los hombres.

—¿Por ejemplo, su empleador?

Su sonrisa se desvaneció.

—No, a él no le gustó mucho.

Al principio pensé que era una muestra de orgullo herido, pero pronto me di cuenta de que era sincero en su defensa del hombre que había rechazado su trabajo:

—Está hecho para cosas más grandiosas, de verdad. Y ese es el verdadero trabajo, ya sabes.

—Señor Stoker —intervino Harris—, tenemos razones para creer que cierta actividad criminal puede haber tenido lugar aquí, en el teatro.

Entonces Stoker frunció el ceño.

—Qué terrible —dijo, muy serio—. No en mi teatro. Puedo prometerles que todos estamos comprometidos, y yo mantengo el lugar y al personal —reflexionó en voz alta, todavía arrugando el ceño—. ¿De qué tipo de problema sospechan? ¿Está relacionado con esos asesinatos?

El sacerdote respondió lentamente, como si eligiera sus palabras con gran cuidado.

—Sí, está relacionado, Bram. Y algunos sospechamos que ciertos círculos están involucrados en prácticas oscuras.

—Venga, padre —el hechizo regresó, y con él la clara incredulidad—, no empiece de nuevo con eso de los masones. Ya se lo expliqué. Es solo una especie de club. Hacen todo tipo de cosas buenas. Yo no formo parte, pero sir Henry sí, y es el hombre más noble que conozco.

El padre Thomas Edmund no discutió.

El inspector Harris parecía estar perfectamente cómodo, aunque muy distraído durante la conversación. Me pregunté si esto era una señal de que se estaba impacientando con esta visita improductiva; seguramente lo era.

—Pero...—dijo Stoker con cautela—, si me preguntara con sinceridad sobre cosas extrañas, no criminales... Bueno, pues sí, hemos tenido algunas últimamente.

Estábamos llegando a un punto importante. Probablemente exterioricé mi entusiasmo, ya que me miró brevemente y luego regresó al sacerdote. Acercó su silla con aire de confesionario y asintió.

—Sí, he visto algunas pequeñas cosas. Nada especialmente llamativo y no, como le dije, nada criminal. No hay nada de eso en mi teatro. Pero hemos tenido tres personas que se fueron repentinamente y sin previo aviso; llegué una mañana y habían dejado notas. Eran un tramoyista, aunque no era muy bueno y probablemente se iría pronto de todos modos; una actriz, Winifred Fraser, que ha interpretado algunos papeles menores, aquí y allá; y un joven cargante y engreído llamado Junius Booth, que tenía algunos papeles insignificantes y pensó que era... bueno. También se habría ido pronto, si no se hubiera retirado sin previo aviso.

Stoker se interrumpió y de repente se quedó inmóvil, con la cabeza levantada, como un perro entrenado, escuchando atentamente un sonido silencioso, casi indistinguible. Pasos avanzando por el pasillo. Stoker miró el reloj. Luego se levantó de un salto, corrió hacia la puerta y la abrió. Allí, ante nuestros ojos, había un hombre alto y delgado, con una cara larga y un marcado aire nobiliario.

Al principio, vimos solo su contorno, porque la luz lo golpeaba desde atrás y ocultaba sus rasgos en la sombra. La columna negra me despertó un recuerdo, y pensé en las descripciones del conde Drácula en la novela de Stoker. Entonces la figura se movió, haciéndose más visible; por un momento, las líneas de envejecimiento de la cara y una actitud menos confiada intensificaron la memoria. Al momento siguiente, dejé de ver al conde y, de varias representaciones de Shakespeare, reconocí lo suficientemente bien los ojos elocuentes, las cejas meditabundas y el mentón ascético de sir Henry Irving.

No habló; un hombre de menor rango podría haber exigido saber quiénes éramos y qué

estábamos haciendo en su teatro a esa hora insospechada. Creo que no lo hizo en parte por su cortesía de caballero, en parte porque una preocupación tan nimia no merecía la atención de alguien de su categoría. Recordé vagamente que alguien me había contado que, Irving dejó a su mujer para siempre con pasmosa frialdad cuando ésta se burló de su actuación (despechada por su falta de atención a la familia) . Mirando al sumo sacerdote del drama, bien podría creerlo.

—Bram —dijo en voz baja—, te necesito.

Y se dirigió por el pasillo a su camerino.

Parecía el final de cualquier entrevista posible aquella noche. Miré al gigante pelirrojo y pensé, de forma inexplicable, en Juan el Bautista: aquel hombre no era una voz que clamara por nada, pero, a la luz de la ineludible grandeza de Irving, Stoker se hizo menos y lo hizo no con serenidad, sino con abierta alegría.

Nos saludó con un gesto de despedida y se apresuró a buscar al actor.

Nos quedamos en silencio en la habitación del gerente por unos momentos.

El padre Thomas Edmund estaba pensativo, Harris observaba al sacerdote rumiante, y Barnes y yo los observamos a ambos: el periodista se esforzó por no inquietarse, pero se dio cuenta de que toda la situación era exasperante para su mente excesiva.

Finalmente, el inspector habló.

—Si está planeando enfrentarse a los masones, Gilroy —comentó con decisión—, realmente estaremos listos para eso. Las listas de hombres influyentes... realmente no vale la pena contemplarlas.

Por un momento, el padre Thomas Edmund no respondió. Luego levantó la vista y se encontró con la mirada de Harris.

—Creo que —dijo— deberíamos quedarnos y ver la obra.

No sé cómo lo organizó, pero pronto estuvimos sentados en un lateral del teatro, lejos del bullicio, pero con una vista perfecta de la obra.

Dejando de lado el valor teatral de Robespierre, que, incluso por mi limitada experiencia como crítico, me pareció algo cuestionable, fue una actuación magnífica, llena de patetismo. Cuando pisó el escenario, la edad de Irving y la reciente enfermedad que supuestamente le había apartado de los escenarios durante un tiempo parecieron esfumarse. Irving capturó todos los matices de su personaje, que pasó de ser un caprichoso tirano a un hombre paralizado por el terror, el remordimiento y el profundo sentimiento por el hijo que nunca había conocido, por quien daría su propia vida. Me pregunté si se habría usado algo remotamente parecido a la verdad histórica como la fuente de esta exploración inventada del Terror, pero ese pensamiento llegó más tarde, ya que había pocas posibilidades de que la suspensión voluntaria de la incredulidad fuera sacudida aquí.

Cuando el ojo podía apartarse de esa llamativa figura o distraerse de la tierna dulzura de Ellen Terry, su reconocida contraparte, los espectaculares efectos capturaron la imaginación por derecho propio. Sangre, romance y melodrama bajo las hábiles manos del maestro artesano del drama. Cayó el telón y continuaron los aplausos. La audiencia se había ido, y el *backstage* se transformó en el ruidoso y agitado caos de negocios y artesanías antes de que el padre Thomas Edmund, siempre vigilante, se levantara de su asiento.

—Bueno —dijo Toby Barnes, quien había estado estirándose, bostezando y tocando su pie con nerviosa impaciencia durante al menos diez minutos—, todo estuvo muy bien, y gracias por el tratamiento, pero no estoy muy seguro de...

Stoker se apresuró a levantarse, como si se hubiera olvidado de nosotros en medio de todas las demandas apremiantes. De hecho, parecía el más ocupado de toda la compañía, el que se

encargaba de que todo funcionase sin problemas, supervisando todo y a todos, y sobre todo, manteniendo a la perfección el escenario para el trabajo de su gran empleador.

—Bueno, padre —dijo—, estoy seguro de que lo ha disfrutado.

—Lo hice —dijo cortésmente el padre Thomas Edmund.

Miró al inspector Harris, quien asintió, como respondiendo a alguna pregunta tácita. El sacerdote se volvió de nuevo hacia Stoker.

—¿Podríamos hablar con uno de los actores?

Los ojos del gigante se estrecharon ligeramente.

—¿Por qué preguntas eso?

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas. En su presencia, por supuesto.

—¿Y quién sería?

—El señor Tabb.

Stoker reflexionó en silencio, asintió, se dirigió a la compañía y gritó una orden, no de forma desagradable, sino con una autoridad clara y impresionante.

—Tabb. ¿Dónde está Tabb?

Los actores se habían dispersado a sus camerinos, reapareciendo aquí y allá, en proceso de desvestirse. Una mujer, todavía con su imponente peluca (infestada de ratas en la ficción), se ofreció voluntariamente:

—Estuvo aquí hace un momento.

Unos pocos hombres estaban cerca, y uno de ellos señaló hacia el lateral del escenario, ahora abandonado:

—Ahí esta. ¡Allí!

Seguimos la línea de su dedo y vimos a un hombre joven, arrugado y desagradable, con plumón en el pelo. Vio que nuestros ojos estaban sobre él, y, después de parpadear y mirarnos cara a cara con una creciente expresión de pánico en sus pequeños y apagados ojos, se lanzó hacia un montón de accesorios descartados y tomó una espada, una espada que brillaba con una intención muy real.

Antes de que pudiera gritar, el padre Thomas Edmund se movió con una agilidad de la que no le creía capaz, sacó una gran vara de entre los accesorios y, agitándola audaz y resueltamente, golpeó las manos temblorosas de Tabb.

La compañía se paró, mirando, atónita, al pequeño sacerdote. Pero el padre Thomas Edmund Gilroy simplemente arrojó la lanza a un lado y miró a la criatura agazapada y encogida, ante él, en el suelo.

—No me haga daño —gimoteó Tabb, tapándose los ojos con las manos—. No me haga daño.

—¡Ahora, vamos! —dijo Harris, quien había superado su conmoción momentánea y corrió al lado del sacerdote, recuperando toda su autoridad—. Venga con nosotros, tiene que responder unas preguntas, Tabb. ¡Por aquí! ¡Despejen esta zona! Y Barnes, salga y llame a la comisaría para que nos envíen un carro. ¡Y que sea rápido!

El periodista se fue con prontitud (su renuencia a abandonar la escena accidentada fue reemplazada por su deseo de mantener el aprecio del inspector).

La multitud se dispersó de mala gana, obedeciendo más a Stoker que a Harris. El gerente se reunió con nosotros cuando el último miembro de la compañía se hubo escapado.

Harris se inclinó, interrumpiendo aquella fiesta grotesca, para atar la mano de Tabb. El desgraciado retrocedió ante su toque y se agachó, murmurando y gimiendo, con un hilillo de sangre cayendo de la boca.

—Está sangrando —dijo alguien.

Estaba demasiado asqueado al ver a Tabb chupar febrilmente su herida. Nos miró; era una

criatura repugnante, que lloraba y sollozaba con patetismo.

—Oh, señor, no fui yo. De verdad que no. Fue él. No me van a colgar por esto cuando él lo hizo... ¡Protéjame de él! ¡Debe protegerme!

—Nos dirá lo que sabe y será rápido al respecto —dijo Harris con severidad.

—Fue él, ese Kilbronson. Él es un demonio. Solo soy un don nadie. Me mantuvo cerca para hacer su trabajo sucio. ¡Nunca pensé que lo haría! ¡Me han atrapado en sus crímenes!

Y el horrible hombrecito comenzó a llorar en voz alta, con lágrimas de autocompasión.

—Kilbronson —dijo Barnes, quien había reaparecido a mi lado, y silbó con énfasis.

De repente, la vida comenzó a moverse con una rapidez espeluznante, como si estuviéramos corriendo por un camino hacia un cierto final inevitable. El desenlace estaba escrito en mármol, y no había más opción que seguirlo.

Media hora más tarde, Tabb fue depositado en un calabozo, vigilado por Collins y Mitchell.

Diez minutos después, estábamos nuevamente en un carruaje, recorriendo las calles de camino al templo masónico, al santuario interior del Templo de la Aurora Dorada. Nuestros efectivos habían aumentado; todas esas caras familiares estaban una vez más con nosotros. Mientras nos apresurábamos por ese camino inexorable, Peters entregó un relato detallado de su visita (acompañado por Collins, Davis, Reilly y Stewart) a Kensal Green.

La transformación de la pequeña aldea en un suburbio de Londres había sido gradual. Unos años antes, nadie podía imaginar que el lugar iba a tener mucha importancia. Los pastores de ovejas que siempre habían sido pastores de ovejas vivían con plena paz y, en lo que respecta a Londres, significaron poco en el curso de la historia. Algunas cosas cambiaron. Construyeron el canal de Grand Junction y varias obras en ladrillo. El ferrocarril llegó, se fue y vino otra vez. Pero Kensal Green no es conocido por ninguna de estas cosas. Kensal Green es, sobre todo, el cementerio de la gran ciudad.

Podía imaginarme la escena: la niebla y los cuervos invadiendo el aire con un clamor malsano en el oscuro atardecer. Las lápidas se amontonaban con tanta fuerza como si los muertos hubieran llegado en apresurada carrera desde las calles del centro de Londres hasta su lugar de descanso final. Algunos de los monumentos más grandiosos se destacan con ostentación fantasmal en el aire brumoso. La rica atmósfera de la estación de ferrocarril encontraba un dramático contrapunto en este lúgubre lugar. La imaginación juega trucos a los desprevenidos; uno puede fácilmente ver un duende en un árbol retorcido, por ejemplo. Pero pude ver en mi mente una figura sombría entre las tumbas. Habría registrado su presencia con un cinismo concienzudo... Y, a medida que la comprensión se acrecentaba, me fui quedando quieto, mis brazos se cruzaban contra mi pecho para contener el latido de mi corazón...

Esa era mi imaginación, por supuesto. Peters, quien carece singularmente de esa facultad, dio su informe de manera simple, precisa y sin emoción.

—Nuestra investigación procedió de la siguiente manera: hablamos con diez residentes de la ciudad, nombres y direcciones que figuran en el informe oficial. Cada uno informó sobre algún grado de actividad sospechosa. La repetición de ciertos detalles confirma el hecho de que la gente del pueblo está hablando del asunto. Es difícil descubrir lo que realmente ha sucedido, en ese caso, por supuesto. Independientemente de la falta de fiabilidad de cada entrevistado, rastreamos un área para estas actividades, un área en el cementerio. La exploración de ese lugar nos llevó a un mausoleo en particular: el de la familia Kilbronson.

Aquella confirmación de nuestro acierto me sorprendió, pero ni el inspector Harris ni el padre Thomas Edmund Gilroy lo comentaron, y Barnes sabía que era mejor no arriesgar su posición con Harris aventurándose a hablar. Peters continuó sin perturbarse.

—Logramos acceder. Dentro del mausoleo, descubrimos seis cuerpos en varios grados de descomposición, e indicios de un tratamiento violento de los cadáveres por parte de una persona o personas desconocidas.

Mientras esa voz monótona continuó, acompañándonos en nuestro avance por varias calles, anduve sin ser plenamente consciente de ello. Mi mente quedó atrapada en ese oscuro lugar de la muerte, imaginando, con un nivel de detalle nauseabundo, el abuso de esos cuerpos sin vida. Y estábamos en camino de enfrentarnos al hombre capaz de eso... Y sin embargo, qué rápido parecía avanzar todo. Después de meses de trabajo lento y constante, ahora estábamos corriendo.

Kilbronson, Kilbronson, Kilbronson. En mi mente brotaron muchas preguntas, como en una novela barata de detectives, de esas que buscan, sin pretensiones de sofisticación literaria, atar todos los cabos sueltos en el capítulo final. Tal vez así era el trabajo policial. Traté de convencerme de que todo estaría bien pronto, pero ¿y Esther? ¿Qué pasaría con aquel secretario húngaro? Su rostro aún me perseguía. Cuando se levantó, sin cuerpo, en mi mente, burlándose, manchada con su sangre... el simple pensamiento borró todos los sentimientos y pasiones en una oleada de rabia creciente. Llegamos al templo de los masones alrededor de las nueve de la mañana. Ya había mucha gente; me pregunté si se trataría de una ocasión especial por la que tantos hombres estuvieran presentes a la misma hora tan temprana.

—Estamos aquí para ver al Sr. Kilbronson —dijo el inspector Harris—. Soy el inspector Harris. Puede llevarnos con él ahora, señor.

El hombre joven y bien vestido que estaba en la puerta parpadeó un par de veces, como si lo considerara, luego abrió la puerta y asintió. Marchamos como en un sueño, atravesando salas con suelos de mármol blanco y negro.

El inspector Harris y Peters, junto con un grupo de policías subalternos, Jones, Davis, Smith, Grimes y Stewart, más Toby Barnes, el padre Thomas Edmund y yo, trotamos detrás de nuestro guía, camino del villano Kilbronson. Deseé poder sacudirme esa inquietante sensación de que, atrapados como estábamos en ese camino dramático e inevitable, nos encontrábamos al mismo tiempo a las puertas de un doloroso anticlímax grave.

Encontramos a Kilbronson en esa habitación familiar en la que me había reunido con los miembros del Templo de la Aurora Dorada varios meses antes. Con él estaban el señor William Harper, sir Douglas Wetheringdon y la señorita Philippa Young. Parecían estar ocupados en una reunión de negocios de alguna clase, pero cuando entramos Kilbronson se puso de pie, con algo así como entusiasmo en su actitud.

—Buenos días, señor Kilbronson —dijo el inspector— Soy el inspector Harris. Quizás recuerde que hablamos hace un tiempo sobre la desaparición de su esposa. ¿Podría venir con nosotros, por favor? Quisiéramos hablar con usted en la comisaría.

Las mejillas de Kilbronson estaban rosadas y sus ojos brillaban con un brillo poco saludable.

—Han venido —jadeó—. ¡Han venido! Dígame por qué.

Harris hizo una pausa.

—Preferiríamos discutir eso en la comisaría, señor.

—Estoy listo, estoy listo. Estoy preparado. Ahora es el momento.

Kilbronson cerró los ojos, repitiendo este pequeño mantra una y otra vez, como si lo cantara para sí mismo. Sus compañeros se miraban desconsolados.

Los representantes de la ley se movieron con movimientos lentos pero deliberados, extendiéndose por toda la sala como formando una red para evitar cualquier movimiento inesperado.

Kilbronson abrió los ojos.

—No iré con usted —le dijo a Harris—, y mejor no intente detenerme.

—Vamos, señor—dijo Harris con autoridad—. No queremos tener ningún problema con usted...

—Debería pensar bien lo que está haciendo —dijo el hombre solemnemente, mirándonos con los ojos muy abiertos y excitados—. No sabe a qué poderes está provocando, o a quién está desafiando.

—Por supuesto, señor. Usted lo sabe mejor. Vamos a la comisaría y discutámoslo allí.

—¡Silencio!

La locura ahora estaba completamente sobre él, y él puntuaba sus furiosas palabras con gestos tan exagerados que sir Henry Irving se habría desesperado.

—El sol —se enfureció el lunático, con los ojos brillantes—, el sol no se pone sobre mi imperio. ¿Qué puede saber usted de un imperio donde el sol no se pone? ¿Tiene acaso la menor idea sobre el poder que poseo? Tontos, tontos. Lo tendré a pesar de ustedes, ¡poder sin límites! Y no me detendrá.

Con un rápido movimiento, saltó sobre la larga mesa, corrió por toda su longitud y cayó al suelo justo en la puerta, derribando a Smith y Grimes. Casi esperaba que fuera a detenerse en la puerta e hiciera alguna declaración de despedida, pero la locura lo había hecho calculadamente prudente, pensó, y no disminuyó su velocidad.

—¡Síganlo! —ladró Harris, corriendo él mismo y empujando a sus sobresaltados agentes a un lado en su esfuerzo por alcanzar a Kilbronson, quien se mostraba sorprendentemente ágil.

Peters iba justo detrás de él, siguiéndolo de forma obsesiva. Corrían por los pasillos y subían escaleras, el agente casi pisaba los talones del lunático. El grupo se dispersó; algunos siguieron a Peters y a Harris, otros corrieron por otros pasillos para intentar rodearle.

Stewart y Davis se quedaron para hablar con los otros miembros del Templo de la Aurora Dorada, quienes se sentaron parpadeando, asustados tras la repentina fuga de Kilbronson.

La señorita Young fue la primera capaz de hablar, y mientras yo echaba a correr junto con Barnes y el padre Thomas Edmund, pude escucharla separando su organización del chalado Edgar. Estaba siguiendo a Barnes, quien, mientras la fuerza oficial salía corriendo por la puerta, gritó:

—¡Fuera! ¡Necesito verlo todo!

Llegamos a la calle y, en el momento justo, un transeúnte gritó:

—¡Dios mío! ¿Está loco? ¡Se va a caer!

Miramos hacia arriba y vimos a Kilbronson sobre el tejado, tan despreocupado de su seguridad como una ágil cabra montesa, o como un muchacho parisino borracho que estuviera haciendo con sus compañeros una carrera sobre las tejas.

También pudimos ver a Harris y a Peters, que avanzaban cautelosamente. Otros agentes les seguían, incluso más lentamente.

La multitud se concentró en las calles aledañas. Una mujer gritaba; los hombres mostraban su horror y su fascinación.

Kilbronson había llegado a la esquina más alejada del techo. Harris y Peters, a pocos metros de distancia, se detuvieron bruscamente. Ante la confrontación inminente con sus perseguidores, Kilbronson miró a la multitud con expresión alegre y triunfante.

—Vamos, Kilbronson —exclamó el inspector Harris—. No hay adónde ir. Venga con nosotros. Aléjese del borde.

El hombre acorralado se echó a reír, agitándose exultante mientras sacudía la cabeza.

—¡Ahora! —gritó—, ¡ahora verán todo el poder de este credo!

Lanzando un grito de triunfo extático, con los ojos desorbitados, Edgar Kilbronson saltó del

tejado, con los brazos extendidos como en espera de un vuelo repentino y milagroso. Mientras su cuerpo caía al pavimento, sin intervención alguna del cielo o del infierno que lo frenara, la fuerza de su ilusión fanática quedó probada por el hecho de que no se dibujase en su rostro el más leve destello de sorpresa hasta el último momento, justo antes del repugnante y húmedo ruido de su choque contra el suelo.

CAPÍTULO XXVI

19 de enero de 1901, comisaría de Hyde Park y Camden.

(Del diario de navegación de la Demeter). Es preferible morir como un hombre; nadie puede poner reparos a que un marino muera en el mar. Pero yo soy el capitán y no debo abandonar mi barco. No obstante, detendré a ese demonio o monstruo; ataré mis manos a la rueda del timón cuando mis fuerzas comiencen a fallar y, junto con ellas, ataré algo que él —o eso— no se atreverá a tocar. Luego, tanto si hay viento favorable como si no, salvaré mi alma y mi honor de capitán.

Dormí hasta tarde. Cuando me desperté y me estiré bajo el pálido sol de invierno, hice un balance de la situación. La noche anterior estaba tan agotado por la intensa sucesión de días agitados que me dormí casi antes de que mi cabeza golpeará la almohada, excepcionalmente mullida (esos frailes trataban a sus huéspedes, como a reyes, incluso si se alojaban tanto tiempo como yo, aunque sospechaba que sus propias habitaciones eran gravemente ascéticas). No había tenido ni una chispa de energía para considerar mis propias emociones en el estado actual de cosas, y ni siquiera para detenerme y considerar cuál era ese estado de cosas.

Kilbronson muerto. ¿Qué diablos significaba eso? En cierto modo, parecía significarlo todo. Todas nuestras investigaciones nos habían llevado hasta él, no hasta el conde, como yo esperaba o, incluso, deseaba. Un inglés megalómano que jugueteaba con lo demoníaco, culpable de oscuros asesinatos en Londres. Nada misterioso, nada del otro mundo. Ahí lo teníamos, y la paz podía reinar nuevamente en los corazones ingleses (y también en el mío, tan pronto como encontrara un nuevo hogar y abandonara la compañía de aquellos sacerdotes romanos confundidos). Tal habría sido la conclusión de John Kemp muchos meses antes.

Y sin embargo, en cierta manera, la muerte de Kilbronson no era nada satisfactoria. ¿Qué ocurría con todos esos extraños sucesos para los que no había una explicación lógica y clara? Podía recordar la voz del padre Thomas Edmund Gilroy: ¿Acaso yo estaba, una vez más, fiándome solo de mis sentidos, aunque la conclusión fuera poco probable? De hecho, ese era el punto crítico, ineludible. Kilbronson estaba muerto, pero yo podía ver aún con claridad la cara de Anghelescu cerniéndose sobre Esther. Y hasta que encontráramos a ese secretario, y pudiera resolver esa cuestión de la venganza, la desaparición de mi antiguo cliente debía seguir siendo intrascendente para mi búsqueda.

Entonces me levanté de la cama y me dispuse a salir, asumiendo mi misión con renovado vigor. Mientras me vestía, vi un pequeño trozo de papel doblado que alguien había empujado bajo la puerta. Lo recogí, lo abrí y leí:

“John, me han llamado para hacer un recado. Regresaré a tiempo. En caso de que hayas recuperado el apetito, te he dejado una bolsa de comida justo afuera de la puerta. Me reuniré contigo tan pronto como pueda. P. TEG”.

Me pregunté si aquel recado tenía algo que ver con todo el asunto misterioso, pero, conociendo al hombre que había escrito la nota, sabía que podría haber sido algo relacionado con sus otros deberes, que yo entendía muy vagamente.

Terminé de vestirme, localicé la bolsa prometida y salí a la ciudad a investigar. Iba consumiendo el contenido de la bolsa mientras caminaba, como si fuera un trabajador ocasional. Mi apetito había regresado, así que pronto vacié la bolsa.

Por un momento me sentí culpable y pensé que debía pasar por mi oficina, pero seguí mi impulso y volví a la comisaría de Hyde Park. Harris estaba tenso.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Kemp? —preguntó escuetamente.

No era exactamente la bienvenida que esperaba, así que no respondí de inmediato. Tartamudeé de forma poco convincente algo sobre ver si podría ser de alguna utilidad en relación a los asuntos de Kilbranson.

—¿Por qué lo dice? —me preguntó el inspector—. Por lo que me contó, entendí que ya no era su representante legal.

Eso era cierto, así que una vez más me callé. Harris me miró por un momento y luego suspiró y dijo:

—Será mejor que se siente, señor Kemp.

Lo hice rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión. El inspector se pasó los dedos por el pelo, en un gesto de impaciencia y cansancio.

—No estoy del mejor humor en este momento, señor Kemp. Todos están contentos con la muerte de ese lunático: el superintendente está feliz, el jefe de policía está feliz. Me atrevería a decir que hasta el príncipe está feliz, quizás la vieja reina también. Todo el mundo está feliz.

Señaló una pila de periódicos encabezada por el Pall Mall Gazette.

—Toby Barnes está entusiasmado, a juzgar por su artículo. Todo explicado cuidadosamente. Y él le quitó los papeles con disgusto.

—¿Pero usted no está feliz?

—No, señor, no lo estoy. No me gustan los cabos sueltos, y este caso está lleno de ellos. Pero, en lo que concierne a los poderes que están por encima de mí, el caso está cerrado, y es un trabajo bien hecho —frunció el ceño y luego dijo casi con nostalgia—: Gilroy no le acompaña hoy.

—No —dije—. Lo llamaron por algún asunto, no sé cuál. Pero, inspector, ¿no podemos sacar algo de información de ese hombre, Tabb?

—No —respondió de inmediato—, no podemos.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que dice?

—Nunca sabremos lo que dice, porque un tonto que dice ser un agente de policía lo dejó solo y, en esos momentos preciosos de soledad, sacó una cuerda de alguna parte y se ahorcó.

Se me heló la sangre.

—¿Está muerto? —repetí con incredulidad.

—Realmente muerto, créame. No hay signos de que haya vuelto a la vida.

—¿Cuándo sucedió?

—Mientras estábamos en el templo de los masones. Riley salió un momento a por alguna idotez, y cuando regresó Tabb estaba colgado.

—¿Nadie podría haber llegado hasta él?

—No, a menos que fuera invisible y atravesara a Collins.

Por un momento, consideré si el poder para volverse invisible era una característica acreditada de los demonios sobrenaturales en cualquiera de los textos que había estudiado; recordaba vagamente haber leído algo sobre partículas de polvo con cualidades fascinantes. Luego me di cuenta de que el inspector Harris me estaba observando de cerca y descarté la idea. No había necesidad de que me enviara directo al manicomio. De hecho, este tipo de pensamientos parecían peligrosamente poco ortodoxos sin tener junto a mí a mis compañeros sacerdotes para que ellos soportaran el peso del juicio externo.

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, alguien llamó a la puerta. Sin gastar energía en ser cortés, Harris le pidió al visitante que entrara.

Era alguien a quien no conocía: un hombre pequeño, probablemente de unos cuarenta años, con patillas grandes y cuidadas y un aire nervioso, casi delicado, apenas reprimido bajo el barniz de la eficiencia gubernamental. El maletín bajo el brazo llevaba un escudo que no reconocí, pero no

era necesario: casi se podía percibir el olor a Whitehall. Nos miró seriamente a través de sus gafas.

—¿Inspector Harris?

El inspector se puso de pie y asintió. El visitante pasó, cerrando la puerta tras de sí. Después de mirarme fijamente, volvió a dirigirse a Harris.

—Soy sir Kenelm Edward Digby, del Home Office. Me gustaría hablar con usted sobre una cuestión de importancia... Hablar con usted... A solas.

—¿Y de qué podría tratarse, sir Kenelm?

Digby se detuvo para limpiar sus lentes. Fue un proceso laborioso que tomó más de un minuto. Luego los colocó cuidadosamente sobre su nariz y dijo:

—Es, como le he dicho, un asunto que no se puede discutir ante... civiles.

Pensé que Harris iba a reprender a aquel representante del Gobierno de Su Majestad, pero, al parecer, recordó mi estado no oficial y me dijo bruscamente:

—Que tenga un buen día, señor Kemp.

—Ah —dijo Digby, volviéndose—. John Kemp, por supuesto.

Asintió, como si mi nombre le diera un poco de satisfacción, y luego me borró de su mente y volvió su mirada paciente al inspector.

Cuando salí de la comisaría, vi a Riley, firme en su puesto, con aire afligido. Me detuve y le di los buenos días. Pareció aliviado de que se le acercara alguien. Se lanzó tan ansiosamente a explicarme las circunstancias que lo habían llevado a su extraordinario fracaso que me pregunté, con lástima, cuán severa debía de haber sido la reprimenda de Harris.

—No sé cómo sucedió, señor. Salí apenas un momento. Y pensé que Collins estaba allí, pero él dice que estaba en la sala de archivo buscando algo, no sé qué...

Pareció desconcertado por unos segundos, como si intentara recordar alguna inconsistencia olvidada. Apartó aquel pensamiento y volvió a parecer abatido en su desgracia.

—Realmente podría haberle pasado a cualquiera —le dije con tono comprensivo.

—Pero yo estaba allí, señor. Estaba allí cuando lo trajeron. No tenía ni un centímetro de cuerda, no se me ocurre dónde lo tenía escondido... Es simplemente desconcertante, señor.

Lo dejé allí, rumiando su tristeza. No me necesitaban en la comisaría y parecía que no había papistas cerca para darme otra excusa, así que me dirigí, con decisión hacia los Inns of Courts. Carstairs estaba en la oficina, por supuesto, trabajando diligentemente en el poco trabajo que todavía teníamos. Era un compañero dedicado, eso no podía negarlo.

Cuando me vio, saltó de su taburete, agarró un fajo de documentos cuidadosamente dispuestos y prácticamente corrió hacia mí.

—¡Oh, señor Kemp! —gritó— ¡Está aquí!

Antes de que pudiera adivinar de qué caso se trataba, comenzó a entregarme papel tras papel. Recortes de periódicos, cartas de nuestros archivos... Era un expediente completo sobre Edgar Kilbronson y... sobre el conde Lucian Popescu.

—Sé que es totalmente inapropiado que dé este paso —dijo el pasante mientras apilaba sus pruebas tan rápidamente que no podía asimilarlas —, pero, realmente, señor, no está bien. No me importa lo que digan los periódicos. El señor Kilbronson era un hombre horrible, de eso estoy seguro. Pero vi al hombre que se llevó a la joven esa noche, y se parecía tan poco al señor Kilbronson como usted a mí. Pero sí sé a quién se parecía: al secretario de ese conde. Toda su empresa es completamente sospechosa, y lo he documentado para usted, señor. Estoy seguro, como dije, de que Kilbronson era todo lo que dicen que era, pero no fue él quien atacó a la joven, y le garantizo que no fue él quien vino a su apartamento. Estoy seguro de que es presuntuoso por

mi parte, señor, y no lo culparía por amonestarme, pero... pero —respiró hondo y puso en sus palabras el énfasis propio del alegato final de un caso dramático—... solo quería que lo supiera.

Estaba demasiado aturdido para procesar tanta información, así que simplemente me senté, parpadeando, y deslicé la vista de mi pasante a los documentos en mi regazo.

Se había puesto de pie, preparado para lo que fuera a decirle.

—Está... está muy bien por su parte, Carstairs —dije.

Pensé que mi escueta respuesta debía de haber sido una decepción para él, imbuido de entusiasmo heroico, así que añadí:

—Es fantástico — descubrí que estaba casi desesperado por no sofocar al héroe incipiente—. De hecho, creo que puede ser la pieza que nos faltaba en este rompecabezas.

Su pecho se hinchó de nuevo con entusiasmo.

—Como verá, señor, podemos concluir que hay alguien más implicado, tal vez más de uno. Y, dado que sería presuntuoso por mi parte recomendarle que se cuide, señor Kemp, le ofrezco mis servicios. Déjeme ayudarlo. No entiendo lo que está pasando, pero sabe que aprendo rápido.

Su pequeño discurso concluyó. Se enderezó de nuevo y pareció más alto —en realidad no le sobraban centímetros—.

Le prometí tener aquello en mente y le dije que me reuniría con él más tarde. Le pedí un poco de tiempo para analizar el expediente y escapé de él y de mi despacho con el taco de papeles bajo el brazo.

No sabía qué pretendía hacer; quizás un retorno al convento. Necesitaba un lugar tranquilo para considerar la información producida por Carstairs. Parecía una vía importante por explorar.

Caminé por un rato, aferrándome a los papeles, tratando de aclarar mi mente y de hacer algo que se asemejara vagamente a una decisión. Luego doblé una esquina y allí estaba Radu Vadas, parado frente a mí, como si hubiera surgido de la nada.

—He venido otra vez a verle —dijo—, para hablarle de mi hermana.

No estaba seguro de cómo reaccionar. Pensé primero que debería gritar pidiendo ayuda a la autoridad, y sin embargo, con curiosidad y una extraña especie de lástima por el hombre, cambié de opinión.

—Venga —le dije—. Hablaremos en privado.

Estábamos junto a una iglesia abierta, así que entramos. Una pequeña capilla lateral serviría perfectamente para una entrevista de este tipo. Allí estaba la estatua de la bella niña santa sobre nosotros, agarrando a su corderito con tanta fuerza que me pregunté si sus ojos de piedra no se saldrían nunca de las órbitas.

—Sabe que su hermana ahora es viuda —le dije; se encogió de hombros.

—Eso me han dicho. Toda la ciudad está hablando de ese monstruo loco, su marido, y su muerte.

—Ahora ella debería estar a salvo, ¿no?

Era una pregunta deliberadamente provocativa. Sentí que estaba a punto de conocer algo que realmente quería saber: la verdadera razón de la obsesión de nuestro villano por la escurridiza Elisabetta. Vadas tenía una expresión de firmeza cuando respondió:

—Sabe bien la respuesta que debo darle, señor Kemp.

—Sí —dije—, pero quiero saber por qué. ¿Por qué la busca esa criatura? He oído hablar de algún rubí, una joya preciosa que todos los hombres desean, y su sangre dentro de ella. ¿Es así? ¿Quiere el rubí? ¿Qué otro poder tiene ella sobre él, o qué poder puede darle? ¿Por qué su sangre es diferente para él que la de cualquier otra persona?

—Porque —dijo, enojado— no es su sangre lo que busca, sino su propia sangre.

Era una idea rara, y sin embargo, lo entendí en parte. Vadas continuó en voz baja. Su ira crecía mientras recordaba aquella triste historia.

—Elisabetta es la gema misma, la belleza oscura que todos los hombres desean. Y en ella está su sangre maligna. La llamo mi hermana y, de hecho, ella también es de mi sangre, aunque mi otra sangre se enoje contra ella y desee destruirla... Pero nuestro parentesco es realmente extraño. Mi madre está muerta. Una prima, una mujer joven, era conocida en toda la región por su extraordinaria belleza. Ese hijo bastardo de un falso sacerdote aprendió una manera, no sé cuál, de convertirse en una criatura como esa: un método lento de muerte oscura y de renunciaciones. Cuando se convirtió en la criatura que ahora ataca a su ciudad, cuando aún no estaba muerto, y sin embargo, estaba completamente en el limbo entre este mundo y el otro, él... la dejó embarazada. ¡Criatura viciosa! Pero él no sabía qué había pasado con aquel bebé. Ahora, no-muerto, ha oído hablar de ella. Y tiene un profundo deseo por ella.

—Desea a su propia hija —murmuré, con un mal presentimiento en la boca de mi estómago.

—No es el tipo de deseo que está pensando. No es amor, es odio.

—¿Y cómo se enteró de eso? —pregunté.

—La encontraron unos gitanos, junto a su madre muerta. Reconstruí la historia a partir de las historias que escuché y del propio relato de los gitanos. No se lo conté a ella. Salimos de esa región y cambié nuestros nombres. La crié como a mi hermana y le di todo lo que se merece, todo para tratar de mantenerla alejada de ese ser —se humedeció los labios con la lengua—. Entonces, cuando ella tenía dieciséis años, él llegó una noche y la despertó. No la atacó físicamente, sino que atacó la joven inocencia de su corazón. La invitó a irse con él para realizar todos sus instintos. Escuché el ruido y acudí en su ayuda, y él huyó.

—¿Por qué huyó? —le pregunté—. ¿Por qué no le mató?

—Porque una víctima dispuesta voluntariamente sería más deliciosa, y tal vez él tenía alguna esperanza de que ella fuera a rendirse antes de su festín. Después de esa noche, ella cambió. Sabía su destino, o pensaba que lo sabía. Todos los días, sentía que se acercaba a ella. Quizás cuando ella muera se volverá como él... Pero si él bebe su sangre, que es la suya, ¿conseguirá un poder más oscuro y más maligno? Huimos una vez más... Escapamos de él. Pensé que juntos podríamos escondernos con mayor astucia que yo solo, porque ella es tan astuta como él. Pero su mayor temor, incluso si está muy lejos, es que él la encontrará. Entonces... —bajó la voz y los ojos— llegó una noche, cuando la luna estaba llena, y ella... No fue ella misma quien lo hizo. Se volvió hacia mí de repente y me dominó con la fuerza de tales criaturas. Sentí sus dientes en mi garganta, pero luego se detuvo y se apartó de mí con horror. Ella se fue, y la he buscado desde entonces.

—¿Y Kilbronson?

—Kilbronson —Vadas escupió el nombre—. No lo sé a ciencia cierta, pero puedo adivinar lo que pasó. Lo habíamos conocido, ella y yo. A él le parecía muy diferente a esa criatura, a su padre demonio. Supe que iba a seducirla. Vi su lujuria por ella mucho antes y se lo conté. Ella discutió conmigo, dijo que él era un hombre frío y tranquilo. Pasaron algunos años antes de que supiera que ella se había escapado con él, ¡con él! Y en su esperanza de seguridad... Conozco a Elisabetta. Ella tiene un espíritu transparente. No dudo que le contaría a su marido su oscuro secreto. Y él, con sus propios deseos tan oscuros... ¿qué iba a hacer?

No respondí al principio, aunque mi mente y mi corazón estaban llenos de preguntas, con pensamientos embrionarios que requerían tiempo y reflexión para crecer y desarrollarse.

—¿Y ahora qué? —pregunté, finalmente, aunque más bien para mí.

—Mi búsqueda, continúa —dijo—. No puedo descansar hasta que la encuentre, y hasta que la criatura esté muerta, verdaderamente muerta. Solo entonces ella será libre.

—Pero —dije—, ¿cómo puede asesinarlo? ¿Cómo podemos nosotros, aquí en Inglaterra, donde las leyes nos prohíben llevar estacas para visitar a la nobleza, incluso a la falsa nobleza?

—No puedo decirle —dijo Vadas con tristeza—, pero esperaré y observaré, y cuando ustedes vayan a luchar contra esa criatura, estaré allí y les ayudaré.

Levantó la vista y miró las sombras de la iglesia silenciosa.

—Debo irme —dijo—, y usted debe irse también. Incluso entre estos muros puede haber algún espíritu oscuro pendiente de nuestras palabras.

Se levantó y luego se inclinó ante mí.

—¡Adiós, señor Kemp! *¡Áldja meg az isten!*

Escuché sus pasos, ligeros pero cautelosos, cuando salía de la iglesia. Abrió la puerta ligeramente y esperó varios segundos antes de abrirla por completo y perderse de vista en las concurridas calles.

Yo me quedé unos minutos y luego recogí el expediente de Carstairs, salí de la iglesia y regresé a la comisaría de policía.

Encontré a todo el departamento congregado en la oficina de Harris. El inspector estaba claramente en medio de una enojada disputa. Toby Barnes también estaba allí, junto a tres hombres vestidos de blanco, pero ninguno de ellos era el padre Thomas Edmund. Me deslicé junto a Barnes en silencio.

—Así que, antes de que todos se feliciten por la muerte de Edgar Kilbronson —gruñó el inspector Harris con frustración—, tenemos que detenernos y considerar otras muertes, incluida la de nuestro prisionero Tabb. Como no creo en todas esas tonterías sobre criaturas con una visión especial de las mentes de hombres cuerdos, llego a una conclusión ineludible.

Entrecerró los ojos.

—Tenemos un traidor entre nosotros.

Aquella era una hipótesis bastante válida, pero, por un momento, cuando vi que sus ojos recorrían al grupo de hombres en la puerta, me sentí contrariado y deseé que estuviera equivocado. Aquellos eran hombres con los que nos habíamos enfrentado al terror. ¿Cómo podría uno de estos hombres... ser uno de ellos?

Riley tenía la cara roja e hinchada, como si hubiera estado llorando. Miraba fijamente al suelo, negándose a mirar a los ojos a nadie.

—Collins —gruñó Harris—, un paso al frente.

Hubo un destello de movimiento, y la traición se convirtió en una realidad muy presente. El agente Collins, con el ceño fruncido como de costumbre, había permanecido de pie sin moverse mientras Harris se preparaba para su denuncia. Ahora se abalanzó por la habitación, dispersando a sus antiguos asociados asombrados, arrojándose todo el camino hacia el suelo con una fuerza aterradora, para saltar sobre la garganta, los dientes y las garras del inspector, apuntando con ánimo asesino.

Antes de que alguien más pudiera reaccionar, el doctor Lewis agarró el arma más cercana que tenía a mano, un hacha, y con un rápido movimiento de expertos decapitó al traidor. Cuando la cabeza cortada cayó al suelo, chorreando sangre a su paso, la boca sorprendida se abrió y una gran polilla salió volando de ella. Un joven de blanco saltó hacia adelante, sacó un frasco de vidrio de debajo de su túnica, y capturó a la polilla. La criatura encarcelada volaba con frenéticos, enojados y violentos movimientos. Luego se ralentizó y finalmente se quedó quieta, acurrucada hasta morir. Pocas personas notaron este pequeño drama lateral. Me concentré en eso como una especie de reacción de sorpresa lejos del sangriento caos.

El inspector Harris, con su rostro pálido y fantasmal, siguió emitiendo órdenes (“¡Disparen!”),

“¡calma!”) Además de su palidez, el único indicador de sus sentimientos perturbados era un leve temblor involuntario de uno de sus meñiques. Toby Barnes estaba ayudando a limpiar el desorden sangriento, como un frenético autómatas. Tres jóvenes policías y el joven médico asistente estaban tratando con los restos de Collins. ¿Y el doctor Lewis? Recordando su acción galante y su resolución, miré a mi alrededor para encontrarlo. Ahí estaba, en el rincón más alejado, agazapado como un cachorro acobardado y sollozando histéricamente. Se había cubierto el rostro con las manos manchadas de sangre, y su expresión de terror me provocó escalofríos.

Fue justo en ese momento de consecuencias traumáticas cuando la puerta se abrió y el padre Thomas Edmund Gilroy se plantó frente a nosotros. No hizo preguntas, pero rápidamente examinó la habitación. Cuando sus ojos se posaron en Lewis, el padre Thomas Edmund asintió y fue hacia él. No pude escuchar lo que decía, pero durante varios minutos se mantuvo concentrado en el traumatizado mortero. Finalmente, Lewis miró hacia arriba y pareció ver al sacerdote por primera vez. Intentó hablar.

—Se... Se llamaba... Timothy —jadeó.

Y el temblor se renovó, se aceleró. Advertí una presencia a mi lado y miré a ver a Harris. Intentaba, de manera mecánica e ineficaz, limpiar las manchas de sangre de su ropa.

—¿Cómo logró la pista? —le pregunté, intentando enlazar las palabras en mi mente aturdida.

El inspector, sin decir nada, me entregó un pedazo de papel. Era una nota garabateada con la letra del padre Thomas Edmund Gilroy:

“Recibida noticia de la muerte de Tabb. Bajo ninguna circunstancia deje a Riley solo. Mantenga a Collins bajo guardia. Llegaré lo antes posible. —TEG”.

CAPÍTULO XXVII

20 de enero de 1901, comisaría de policía y una casa en Jermin Street, Picadilly.

(Del diario del doctor Seward). Dadas las circunstancias, Van Helsing y yo nos encargamos personalmente de examinar documentos, etc. El Profesor insistió en echar un vistazo a los papeles de Lucy. Le pregunté el motivo, ya que temía que, siendo extranjero, no estuviera al corriente de los requisitos legales ingleses y que, en su ignorancia, nos causara algún engorro innecesario. —Lo sé, lo sé. Pero olvida usted que, además de doctor en medicina, soy abogado. Aunque no se trata de un asunto completamente legal. Usted lo sabía al eludir al juez. Yo tendré que eludir a alguien más que al juez. Puede que haya más papeles... como éste.

Varias horas después, nos sentamos una vez más en la oficina, a modo de consejo de guerra, inclinados frente a una hirviente tetera grande y marrón. Formábamos un extraño trío: el padre Thomas Edmund Gilroy, que vigilaba cariñosamente su taza y sonreía, alentándome, sobre el borde; el inspector Harris, sombrío y ceñudo, con su camisa manchada de sangre; y yo, ni sombrío ni sonriente, sino en algún punto intermedio. El expediente que nos había proporcionado Francis Carstairs yacía, desencuadernado, sobre el escritorio.

Después de aquella sangrienta escena, nos dedicamos a limpiar, calmarnos, eliminar tanto a los muertos como a los vivos. Luego nos pusimos a analizar la crisis inmediata.

El casillero de Collins y todas sus pertenencias fueron objeto de un examen riguroso. Fue una labor sumamente desagradable.

Además de los útiles esperables en un agente de policía, encontramos láminas soeces francesas. No era simplemente el entretenimiento barato de un hombre vulgar, sino que tenían una estética de extrañeza y perversión. Las miré por un momento mientras se deslizaban por la mesa de Harris. El inspector hizo un ruido de disgusto, las hojeó rápidamente y arrojó el montón al fuego.

Estaba bastante preocupado de que esa exhibición fuera a sorprender al padre Thomas Edmund, pero parecía indiferente y poco interesado, aunque creo que sentía, como yo, que el aire estaba más limpio cuando se quemaron hasta convertirse en cenizas.

Cuando todo estuvo más tranquilo y los tres nos sentamos solos, antes de presentar los frutos de las labores de mi empleado o de describir mi extraño encuentro con Radu Vadas, volví a mirar la nota garabateada que había alertado a Harris de la traición de Collins. Después de un momento de vacilación, se la mostré al sacerdote y le pregunté por ella.

—Mi querido John —dijo el padre Thomas Edmund—, si un hombre muere ahorcado y no tenía una cuerda, alguien se la debió de haber llevado. Si ese hombre está en una prisión, y no hay un agujero en la pared de la celda, la cuerda debe de haber venido del interior de la prisión. Si ese hombre posee la fuerza de voluntad de alguien como Tabb, es tan poco probable que se suicide como que resista la violencia de alguien más fuerte. Y si hay dos agentes de guardia, y uno de ellos es un personaje completamente cuestionable, cuyas acciones, tanto con respecto a este caso como en general, no pueden resistir ni siquiera un examen superficial...

—Entonces, ¿ha estado observando a Collins por algún tiempo? ¿Por qué no dijo algo?

—Mi preocupación, John, es la salvación de las almas. Pensé que Timothy Collins era, simplemente, un hombre de pasiones desordenadas. Un policía poco fiable. Alguien a quien mirar con preocupación, no como un esclavo de esa criatura contra la que luchamos, sino más bien como un hombre que es un peligro para sí mismo y para los demás debido a su propio desorden. Cuando supe de la muerte de Tabb, deduje que era claramente un problema de posesión u opresión. Por eso escribí mi nota. Hay muchos hombres cuyas pasiones desordenadas los hacen peligrosos, pero

no hay que informar a la policía de todos ellos.

Harris, que mientras hablábamos había encargado a uno de sus hombres que nos sirviera té caliente en abundancia, hizo un comentario en voz baja. No pude captar las palabras, pero sí el tono, profundamente amargo.

Eran una pareja fascinante. Cada uno tenía una experiencia personal de la depravación del hombre. Harris parecía más duro y el padre Thomas Edmund parecía más amable.

Reflexioné sobre esa idea casi de inmediato, recordando varios momentos en las últimas semanas, momentos en los que también había visto fuertes emociones en su rostro, e incluso enojo. En su misericordia, esa era la palabra correcta, el sacerdote no olvidaba la justicia o la rigidez de su código moral.

Le expliqué las circunstancias que rodeaban el expediente, sin omitir nada, ni siquiera la oferta de ayuda de Carstairs. Al escuchar mis palabras, me sonaron bastante dramáticas, pero me esforcé por presentarlo bajo una luz favorable: sus esfuerzos lo justificaban, me dije. Después hablé de Radu Vadas. Era un contrapunto sorprendente para la investigación legal, cuidadosamente documentada, de mi pasante: una leyenda, mitad folklore, mitad drama sórdido. El padre Thomas Edmund frunció el ceño, muy concentrado, y cuando describí la reunión en la iglesia, sus arrugas se profundizaron.

Cuando terminé, nos quedamos un momento en silencio. El inspector Harris permaneció en silenciosa actitud, contemplando la cara del sacerdote. Finalmente, el padre Thomas Edmund habló, casi para sí mismo, y expresó su reflexión sobre los hechos como si quisiera descubrir en ellos un sentido más profundo del problema:

—Si ella es la hija de esa criatura, y si su transformación no era completa cuando ella nació... No sé bien lo que significa. Nunca he oído hablar de un caso así. Darse un festín con su sangre, la sangre que una vez fue suya, ¿le daría una fuerza o poder especial? Quizás. Pero me inclino a creer que lo que le impulsa es esa expectativa de placer especial, más allá de cualquier ambición. Lo que estamos tratando es, después de todo, una oscura culminación del vicio. Sus pasiones desordenadas gobiernan incluso su astucia.

—Su propia hija —dije horrorizado.

El padre Thomas Edmund Gilroy sacudió la cabeza con suavidad, como si se estuviera preparando para hablar con un niño.

—Tales deseos van en contra de la naturaleza, mi amigo. ¿Pero no es eso igual de perverso que el deseo de beber la sangre de otro hombre?

—Dejemos todo eso a un lado —interrumpió Harris—. Tenemos que decidir lo que vamos a hacer ahora. Ha hablado usted de su astucia. Bueno, tenemos un caso. Un caso claro. Kilbranson, un loco, responsable de todos los horrores que han acosado a Londres. Incluso Tabb y Collins, a quienes no podemos rastrear. A menos que haya un vínculo claro, alguna conexión legalmente razonable en esta pila de papeles, hemos terminado.

El sacerdote asintió y luego cantó en un tono sobrio y monótono:

—*Cuius autem in caprum emissarium statuet eum vivum coram Domino ut fundat preces Super eo et emittat illum in solitudinem* —dijo, y cambió su tono—. Levítico 16:10. Sí —asintió de nuevo—, Kilbranson es un chivo expiatorio adecuado. Ese lunático no era un no muerto. No creo que tuviera los medios mentales o la destreza para ello. Era un imbécil al servicio de esa criatura más poderosa. Todo ese asunto, incluso los vínculos con esa dudosa sociedad masónica, es un complot cuidadosamente calculado.

—¿Cómo demonios lo convencieron? —le pregunté, casi retóricamente—. ¿Qué criatura pudo haberlo poseído?

—No podemos saber exactamente lo que le prometieron —dijo el padre Thomas Edmund, y agregó con un toque de humor oscuro— Pero creo que podemos decir con seguridad que la capacidad de volar era parte de la oferta.

—¿Cuál es la respuesta legal? —Reclamó Harris, persistente—. Todo eso está muy bien, pero debemos tener un caso legal claro para seguir. De lo contrario, en lo que respecta a mis superiores, no podemos hacer nada.

—¿No podemos hacer nada? —dijo indignado—. ¿Ni siquiera ahora? ¿Qué hay de Esther? ¿Qué hay de esa criatura, Anghelescu? ¿Y de todos los otros asesinatos sin resolver? ¿Esto va a continuar sin control, gracias a la influencia política?

Harris emitió una imprecación y dio un puñetazo en el escritorio, haciendo bailar las tazas de té.

—Kemp, le estoy diciendo cómo están las cosas. Necesitamos un caso claro o no podremos dar un paso. Estamos limitados por la ley, no puede intentar esquivarla.

Podríamos haber entrado en una discusión más acalorada, si el padre Thomas Edmund no se hubiera interpuesto, con suavidad y en silencio, al repartirnos sendas pilas de papeles. Él se quedó con otra. Leímos durante unos minutos.

En mi montón había una extraña recopilación de casos, con los nombres y algunos detalles personales de media docena de personas cuya entrada en el establecimiento caritativo del Conde Popescu había anotado Carstairs. (Me pregunté si mi pasante había dedicado tantas horas a merodear en la calle... Parecía que siempre estaba en mi lugar de trabajo, y no lo había imaginado capaz de existir en otro lugar, sin extinguirse en una nube de culpabilidad por su ingratitud y perfidia). Al final de cada informe, Carstairs había escrito un comentario escalofriante: “Desaparecido”. Y había colocado una fecha en cada caso. Detallé cada descubrimiento para mis dos compañeros.

La pila del padre Thomas Edmund revelaba registros de envíos y compras, muchos de los cuales las había hecho yo por instrucciones del conde. Reunidos allí, todo el negocio se hizo cada vez más siniestro. ¿El conde fue enviado en armas? ¿Qué demonios tendría un hombre así para invertir en tanto equipo médico? Hubo pocos detalles sobre las facturas, pero lo suficiente como para apuntar en varias direcciones a la vez: ¿una iglesia? ¿Un hospital? ¿Un laboratorio científico? ¿Un asilo, lleno de los últimos dispositivos de tortura, diseñado para mantener enojado a un hombre?

—Si —comentó el sacerdote—, como asegura Vadas, esta criatura ha encontrado un medio de muerte lenta que cultiva criaturas como él en una cosecha de maldad, parece que tiene la intención de continuar ese trabajo, a escala profesional, aquí en Londres.

El inspector Harris estaba gravemente satisfecho con su montón de papeles. A ratos soltaba una carcajada seca. Le oímos dirigirse a su adversario invisible:

—Te atraparé, ¡y maldito sea el superintendente!

Al parecer, sus documentos planteaban varias asociaciones entre la organización dirigida por el conde y criminales buscados: unos pocos investigados por violencia, un estafador, un bígamo y dos mujeres asociadas con un oscuro caso de comercio de niños robados.

—No es mucho —dije—, y nada está relacionado directamente con el propio Popescu.

El inspector mostró su desacuerdo:

—Es suficiente para nuestros propósitos. Con esto y con la muerte de Kilbronson, tenemos una razón suficiente para justificar un vistazo a esa casa en la que hace sus negocios. Con un poco de suerte, encontraremos más para continuar. ¿Qué me dice, padre?

El padre Thomas Edmund escuchaba, con la cabeza inclinada hacia un lado como un petirrojo

pensativo que observara a una ardilla mientras cavaba en el suelo, enterrando su cosecha de bellotas de invierno.

—No es suficiente —protesté, antes de que él pudiera hablar—. Tenemos que tenderle una trampa. Su hija, esa es la manera de hacerlo. Tal vez... Tal vez podamos vestir a un agente para que pretenda ser Elisabetta Kilbronson o Vadas o como queramos llamarla, y... —me interrumpí, molesto por la obvia diversión de mis oyentes.

—Mi querido John —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy, riéndose—, eso implicaría muchísimo trabajo y muchísimas tonterías, y es muy probable que falle. No, amigo mío. Recuerda: el mal no es original. No puede crear nada. Solo puede pervertir lo que existe. Le falta imaginación. No necesitamos pensar demasiado en esto. De hecho, estoy de acuerdo en que tenemos todo lo que necesitamos aquí para comenzar. Empezaremos en la calle Jermyn. Allí encontraremos orientación para nuestro próximo paso.

—¿Y dejar que Popescu corra libre?

—En absoluto. Te he dicho que no pienses demasiado, pero tampoco hay que quedarse corto. Mira estos nombres, estos registros. ¿Dónde han ido todas estas víctimas? No las hemos encontrado. Necesitamos entender sus metas y sus deseos desordenados, movidos por el poder y el placer. Eso es lo único que le inspira. Además... Y lo sugiero con solo un toque de ironía... Sospecho que nuestro conde ha hecho su propia investigación.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que él también ha leído la novela de Stoker, o al menos conoce su contenido. Y ha visto y busca evitar los errores de su contraparte literaria.

—¿Qué errores? —preguntó Harris, menos, creo, por interés en la novela, y más por su utilidad para conocer las maquinaciones de Popescu.

Estaba claro que el padre Thomas Edmund Gilroy había reflexionado cuidadosamente sobre aquello.

—El principal fracaso del Conde Drácula es su incapacidad para establecer una jerarquía debida de servidores. ¿Por qué no hay otras criaturas malvadas, preternaturales, que apoyen a Drácula? Es realmente ridículo. Hasta un niño podría haber planeado mejor el derrocamiento de la sociedad inglesa. Y Popescu, de hecho, es muy inteligente.

—¿Qué estás sugiriendo? —le pregunté, retomando mi papel como interlocutor.

—Sugiero que, a medida que nos acerquemos a este supuesto conde, descubriremos más y más hechos preocupantes. Y posiblemente más criaturas. Necesitamos un grupo más pequeño de hombres para esto Harris. Formado por personas en las que podamos confiar absolutamente.

¿Cómo...? —retuve la pregunta en mis labios porque no deseaba expresar mis dudas ante Harris: la tragedia de Collins estaba demasiado reciente en nuestras mentes, y sus huellas sangrientas todavía eran visibles en los botones de bronce del uniforme del inspector.

—Conozco a mis hombres, señor Kemp —dijo Harris con calma—. No habría pensado que Collins era un traidor de esa escala, pero... Bueno, señor, nunca lo consideraré para ascender. Era hijo de un hombre cuyo título era lo único que lo mantenía alejado de la penuria. Una manzana podrida de un árbol podrido. Entró en el cuerpo gracias a la influencia de un viejo amigo, y seguía con nosotros porque yo todavía no había descubierto un medio para eliminarlo. Pero lo estaba deseando, se lo aseguro.

Decidimos que seríamos doce: el inspector Harris; los agentes Peters, Davis y Stewart; el doctor Lewis (ante la insistencia del padre Thomas Edmund Gilroy); y el padre Thomas Edmund Gilroy, con tres de sus hermanos (el padre Vincent, el hermano James y el hermano Peter, que llevaba el maletín negro). Yo era el décimo. Nuestras dos últimas adiciones fueron incluso menos

ortodoxas que los hombres de blanco. Cuando salimos de la comisaría de policía, Toby Barnes se cruzó en el camino del inspector Harris. Junto a él estaba Francis Carstairs. Por una vez, el periodista no dijo nada. Harris asintió brevemente y entró en la parte trasera de uno de los dos carros de la policía. Todos seguimos su ejemplo, incluidos Barnes y Carstairs.

Avanzábamos en silencio, tan rápido que mi estómago comenzó a protestar.

El edificio de ladrillo que albergaba la sociedad del conde nos miraba fijamente con una severidad hostil. A juzgar por las apariencias, la casa estaba vacía. Ninguna criatura parecía agitarse en sus profundidades oscuras. Harris fue rápido, y sus hombres estaban ansiosos por comenzar el trabajo. En unos segundos, encontraron un punto de entrada a través de una puerta lateral, hicieron saltar la cerradura y nos abrieron paso.

Nos movimos lenta y metódicamente por las habitaciones. No sé qué era lo que esperaba ver. Había algo raro: estaba comenzando la mañana, y el edificio debería estar en plena actividad. A medida que pasaban los minutos, permanecía en silencio, vacío, desierto. Y, sin embargo, una sensación, suspendida en el aire, sugería que las habitaciones habían sido desalojadas muy recientemente. Casi podía imaginarme a los secretarios, después de una noche en vigilia, corriendo por una puerta trasera oculta en el momento de nuestra entrada.

No encontramos nada siniestro. Todas las habitaciones resistieron nuestra rigurosa búsqueda. Tres horas después, nos juntamos en la oficina del conde, una habitación maravillosa recubierta de paneles de caoba oscura, y compartimos nuestras infructuosas experiencias:

—Nada —dijo el inspector Harris con desagrado—.

Sus hombres leales, unidos aún más por la reciente e ignominiosa muerte de Collins, ahora parecían decepcionados y algo avergonzados. Parecía como si hubiera habido un deseo de recuperar un vago sentido del honor para sus cuerpos, un deseo ahora cruelmente frustrado por la mundanidad de este lugar de esfuerzo filantrópico.

—No se desespere —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy, y señaló a Francis Carstairs.

Mi empleado caminaba metódicamente a lo largo de la pared del fondo, colocando un pie tras el otro como si estuviera midiendo la distancia. Concluyó su ejercicio y asintió con satisfacción.

—Por supuesto —dijo, y sonrió abiertamente al sacerdote—.

El padre Thomas Edmund dio un paso al frente y comenzó a pasar sus manos por un panel de la pared.

—¿Una puerta secreta? —dije, con dudas.

—Recuerda —dijo el sacerdote— que no tiene imaginación. Se supone que debe tener una habitación secreta y... —su mano golpeó un pomo oculto, provocando un suave chasquido— aquí está.

La puerta se abrió y dejó al descubierto una escalera metálica en espiral. Resultó ser un descenso incómodo y precipitado. Me sentí un poco mareado por el vértigo y los giros. Debimos haber bajado varios pisos, y calculé que estaríamos ya por debajo de la calle, cuando llegamos a una gran puerta de metal, tallada con símbolos intrincados y gran cantidad de escudos.

—Una pesadilla heráldica —comentó secamente uno de los frailes.

No se detuvieron en la puerta, aunque yo, por mi parte, me pregunté qué encontraríamos al otro lado. Las antorchas eléctricas de los policías revelaron un laboratorio inusual, totalmente equipado, pero inquietantemente inactivo. Una de las paredes estaba llena de libros, la mayoría de ellos antiguos y des encuadernados, con títulos en idiomas exóticos. Había urnas de cristal y tubos de ensayo por todas partes, casi todos teñidos de rojos. Vi cables y un juego de bisturíes junto a herramientas extrañas de un arte más antiguo y oscuro. Mitad ciencia, mitad brujería. Parecía un espacio de disección, de perversión y de experimentación. Había muchas botellas oscuras de

color rojo. Una de ellas estaba inclinada para derramarse en el depósito que goteaba... Goteaba... Goteaba en el suelo.

Alguien encontró la luz y la encendió, provocando un chisporroteo. Mis ojos recorrieron la habitación para ver todos los detalles extraños y preocupantes de aquel siniestro laboratorio. Entonces la vi a ella y olvidé todo lo demás.

Estaba recostada sobre una camilla, atada en una posición poco natural. Era una mujer de aspecto tosco, con el pelo rojo rizado que podría haber sido arreglado en alguna apariencia de orden, pero que ahora reflejaba una frenética agitación. Su atuendo —ropa interior mínima, muy manchada y de calidad barata— y toda su apariencia sugerían un trabajo callejero del tipo más inmoral. Había sido fijada como un insecto y sometida a quién sabía qué torturas oscuras. Su piel blanca tenía un tono casi translúcido, un tono chocante, incluso para una muerta.

Pero... ¿Estaba muerta? Cuando miré más de cerca me di cuenta de que su pecho se movía a intervalos irregulares. Estaba a punto de decirlo cuando la revelación se me adelantó. Los párpados de la mujer se abrieron de par en par, exponiendo dos ojos grandes, color gris claro, que recorrieron la habitación, como si buscaran a alguien en particular de entre nosotros. Al no encontrar a quien buscaba, el miedo dio paso a una furia feroz, aunque incierta. Su boca, enmarcada por unos labios que repentinamente adoptaron un rojo intenso, se abrió de par en par, revelando unos dientes afilados.

La criatura nos gritó y luchó desesperadamente contra las correas que la sujetaban a la camilla. Fueron solo unos segundos, segundos intensos y desconcertantes. Luego se echó hacia atrás, la luz profana desapareció de sus ojos y empezaron a brotar las lágrimas. Gimió como un animal herido y volvió a quedar inmóvil, como muerta. Fuera cual fuera el extraño proceso, había quedado incompleto. El resto de nosotros estábamos demasiado asustados para reaccionar por un momento, pero el doctor Lewis corrió al lado de la mujer inconsciente.

—Todavía está viva —dijo en tono nítido, casi enojado—. Dígame —hablaba con el padre Thomas Edmund Gilroy— qué debo hacer.

Los dos hombres, el forense y el sacerdote, estaban inclinados sobre la mujer y hablaban en voz baja. Apenas podía escuchar sus palabras, y no tenía ningún deseo de acercarme e invadir su conversación.

—Hay tiempo —oí que decía el padre Thomas Edmund—, aunque no mucho. Y hay mucho por hacer si queremos salvarla.

—¿Aquí? —preguntó el otro.

—No, no es un lugar seguro. Llame a un carro—ambulancia.

—¿Adónde la llevaremos?

—Por ahora, a la Clínica Meadowvale, en Waug's Hollow. Escribiré las instrucciones. El médico de allí me conoce.

—¿Y qué debemos hacer?

—El Padre Vincent irá con usted. Yo debo quedarme.

El padre Vincent se aproximó y, durante unos segundos, rebuscó en su fascinante bolsa negra y sacó un puñado de herramientas, incluida una jeringuilla que contenía un líquido rosa claro. Susurró algo al oído del doctor y Lewis asintió. Un momento después, le administraron el producto. La mujer ni siquiera se movió cuando la aguja entró en su brazo. Hasta que llegó el carro de la ambulancia, o incluso después, el sacerdote y el médico siguieron administrando sus cuidados a la paciente.

Después de eso, las cosas comenzaron a avanzar rápidamente. El mando, que hasta entonces parecía pertenecer totalmente al inspector Harris, ahora parecía, por decisión conjunta,

compartido entre él y el padre Thomas Edmund Gilroy. De hecho, a medida que pasaba el tiempo, comencé a preguntarme si este último, de hecho, tenía la mayor parte de la autoridad.

Cuando el doctor Lewis y el Padre Vincent se concentraron en su paciente, el resto de nosotros recibió instrucciones claras (aunque nunca descorteses). Mientras varios hombres investigaban y desmontaban el marco del laboratorio, el resto de nosotros buscamos en los estantes. La mayoría de ellos eran completamente incomprensibles para mí (sospechaba latín en algunos de ellos, pero el guion era tan exótico y nuestra búsqueda fue tan apresurada que no lo pude verificar). El inspector y el sacerdote merodeaban alrededor, vigilándonos de cerca y comentando entre ellos su propio resumen de nuestros descubrimientos.

—No entiendo este desorden —me dije en voz alta.

—¿No lo entiendes? —respondió el padre Thomas Edmund, quien siempre parecía estar detrás de mí en los momentos en que se me escapaban los pensamientos en alta voz—. Ha desarrollado un procedimiento especial para su oficio. Recuerda lo que te dijo Vadas: un medio para crear nuevos no muertos de manera sistemática. Mitad ciencia y mitad rituales ocultos. Empieza con la seducción. Luego, administra drogas para sostener la vida mediante prácticas antinaturales, drogas que también pueden someter a las víctimas. A continuación llega el cultivo del arte de beber sangre y del asesinato, para que la nueva criatura desarrolle un gusto por lo primero mientras aprende lo segundo con una precisión casi médica con el otro, porque, como sabemos, la sangre viva es clave. Cuando los muertos vivientes iniciados han sido completamente alejados de las prácticas naturales, sostenidas por la vida, como comer, beber y dormir, es cuando el contrato con el Maligno está completo y se busca la muerte en sacrificio sangriento. Finalmente, el muerto viviente se levanta...

Había explicado el proceso como solía hacerlo, como si fuera una recitación académica tranquila, clara e incluso alegre, pero las palabras despertaron en mí visiones oscuras y alarmantes. Volví a mirar los papeles que tenía ante mí y fingí estar ocupado en la lectura, pero mis ojos no captaron nada del contenido. Mi mente, frenética y calculadora, estaba llena de ideas.

Recordé la seguridad del padre Gilroy sobre el destino de Esther, o intenté recordarlo, pero me sentí mucho menos reconfortado que antes.

La visión de esa última víctima, mitad mujer y mitad criatura, me había desconcertado por completo. Otra mujer vino a mi mente, la escurridiza Elisabetta. ¿Qué demonios podría pasar por su mente? ¿Huía de su padre no muerto o lo buscaba? ¿Luchaba interiormente contra sus propios deseos oscuros? ¿Estaba empeñada en la venganza o desesperada por escapar? Estaba a punto de pedir la opinión del sacerdote cuando otro pensamiento me vino a la mente: el tren. ¿Por qué estaba en ese tren? Buscando respuestas. Buscando a esta criatura. Buscando... No. ¿Podría ser que su verdadero objeto fuera Elisabetta? O, un pensamiento más oscuro, ¿podría haberla encontrado ya? Mi mente comenzó a hacer conexiones aún más febriles. Elisabetta, buscando asilo entre estos extraños papistas. Elisabetta, oculta y protegida por ellos. O... No, algo peor: encarcelada por ellos contra su voluntad.

Eso era imposible. No me dejaría llevar por ese grado de desconfianza hacia aquellos hombres cuya bondad había comprobado una vez tras otra. Aun así, todo lo que sabía de ella era a través de Kilbranson, a través de su hermano y a través de estos hombres de blanco. Imaginé, y sentí que era verdad, que el padre Thomas Edmund Gilroy debía de ser su confesor. Discreción, ocultamiento.

Miré hacia arriba otra vez, y allí estaba él, frunciendo el ceño a un libro a través de sus gafas, que habían caído en la punta de su nariz. Su rostro era tal imagen de franqueza y sinceridad, y de estudiosos cuidados, que sacudí mis pensamientos y regresé a mi propio trabajo. Quizás él sabía

dónde estaba la mujer. Tal vez ella había buscado su ayuda. Tal vez la había encontrado y la había llevado, voluntaria o involuntariamente, a un lugar más seguro. Si es así, independientemente de las circunstancias, estaba seguro de que había hecho lo mejor. Seguiría confiando en el padre Thomas Edmund Gilroy.

El tiempo siguió pasando; cada hombre se inclinó sobre el trabajo, infeliz y polvoriento.

—Es casi la una —dijo el padre Thomas Edmund de repente.

Levanté la vista, sobresaltado, del montón de mapas que había encontrado detrás de un librero.

—¿De la mañana o de la tarde? —pregunté.

—De la tarde. Tenemos que irnos. Si es posible, debemos tratar de evitar encontrarnos con él en su casa en la oscuridad.

Se detuvo y extendió la mano hacia uno de los mapas que tenía ante mí: un pequeño y tosco bosquejo, mucho más reciente que otros de los que había visto. Mientras lo examinaba, entrecerró los ojos y contuvo la respiración bruscamente.

—Parece una iglesia —comenté—. No sé cuál.

—Lo sé —dijo lentamente—. Y eso no augura nada bueno. Creo que sé una cosa que no encontraremos cuando entremos en esa casa.

—¿Qué cosa?

—A nuestro huidizo conde —respondió, apretando la nariz.

CAPÍTULO XXVIII

20 de enero de 1901, comisaría de nuevo, y un edificio en Jermin Street, Picadilly.

(Del diario de Jonathan Harker). Me encanta que la casa sea antigua y grande. Yo pertenezco a una antigua familia, y si tuviera que vivir en una casa nueva me moriría. Una casa no puede hacerse habitable en un día. Y después de todo, cuán pocos días hacen falta para completar un siglo. También me alegra que tenga una antigua capilla. A nosotros los nobles de Transilvania no nos agrada la idea de que nuestros huesos puedan descansar mezclados con los de los muertos corrientes. Yo no busco bullicio y diversiones, ni la resplandeciente voluptuosidad de un día de mucho sol y aguas centelleantes que tanto gusta a los jóvenes y a la gente alegre. Ya no soy joven. Mi corazón, tras fatigosos años de luto por sus muertos, ya no está acostumbrado al júbilo. Además, los muros de mi castillo se han desmoronado, las sombras lo invaden todo, y el viento helado sopla entre las arruinadas almenas y batientes. Adoro la sombra y la oscuridad, y estaría a solas con mis pensamientos siempre que pudiera.

A pesar de nuestros esfuerzos, casi había anochecido cuando llegamos a la cerca que rodeaba la casa que había pertenecido a Charles Sidney. La puerta estaba abierta.

—¿Nos espera? —preguntó uno de los agentes más jóvenes, con un toque de alarma.

—Sería un tonto si no lo hiciera —respondió Harris secamente—. Teniendo en cuenta el desastre que hemos hecho en su extraño laboratorio, debe esperar algún tipo de interrogatorio oficial.

Miré al padre Thomas Edmund Gilroy, que se encogió de hombros sin comprometerse.

—Deben recordar —dijo— que la criatura es una mezcla de astucia malvada y una falta asombrosa de sentido común e imaginación. No debemos subestimarla, pero también es probable que su orgullo oscuro sea tan exagerado que no pueda concebir la posibilidad de su propio fracaso. Eso fue lo que ocurrió con el mismo Lucifer. Habiendo contemplado lo Divino, ideó una rebelión imposible. Su orgullo superó incluso el necesario conocimiento de la consecuencia de su pecado.

Esto superaba mi capacidad de comprensión, así que volví a lo que me pareció el punto más crítico:

—Entonces, cree que nos espera.

El sacerdote sonrió.

—Sí, John. Creo que se ha preparado para el ataque. Y no creo que se sienta particularmente amenazado.

Esta hipótesis pareció confirmarse por lo que siguió. Nuestra inquietud aumentó a medida que avanzábamos con cautela por el camino. El jardín, tan impecable la última vez que lo había visto, estaba devastado por el frío del invierno y por el descuido. De algún modo parecía un lugar muy lejano, como si al cruzar la puerta hubiéramos recorrido una gran distancia hasta una tierra de sombras, misterio y oscuridad.

La curva nos mostró la casa y todos nos quedamos congelados de terror y asombro por un instante. Allí, ante nosotros, se alzaba, no la mansión silenciosa, prohibida y desierta que esperábamos, sino una ciudadela desafiante, en llamas. Todas las ventanas estaban iluminadas; un ojo enorme y brillante nos miraba fijamente. Lo más preocupante de todo: la puerta de entrada estaba abierta, como una boca esperando para devorarnos. Qué ojos tan grandes tienes... Volvió con fuerza a mi memoria el cuento popular que mi niñera irlandesa relataba de forma aterradora. Abuelita, qué dientes tan afilados tienes...

Solo dos hombres parecían impasibles.

—Muévanse ahora —murmuró el inspector Harris con destemplanza.

Y el padre Thomas Edmund Gilroy tomó la iniciativa, caminando sin vacilar hacia la casa ardiente y extraña.

Al llegar a la puerta abierta, se detuvo y llamó tres veces bruscamente. Murmuraba algo que yo esperé que fuera una oración, y una poderosa, a poder ser. Luego nos hizo un gesto a través de la puerta, tan inquietante como acogedora.

La casa, al igual que el jardín, se había transformado de un modo raro desde la última vez que la había visto. Al principio no pude ver los cambios más sustanciales, porque el atributo más llamativo de la decoración eran las velas: miles y miles de velas blancas encendidas, de todos los tamaños, toda la superficie: suelos, mesas, sillas, estanterías, tarimas, telas, alféizares, banquetas, anaqueles: cada centímetro de la casa gemía bajo el peso de la cera brillante y ardiente.

—Llama a la brigada de bomberos —murmuró el agente Peters.

Al principio sospeché que bromeaba, pero me di cuenta rápidamente de que simplemente respondía a un prudente instinto.

Dio unos pasos rápidos en el salón y comenzó a apagar las velas.

—Bueno, vamos, ¡todos! —gruñó el inspector Harris—. Ayuden a Peters. ¡Rápido! No quiero que la casa arda antes de que tengamos la oportunidad de echar un vistazo.

A medida que la intensidad de la luz de las velas disminuyó a un brillo menos teatral, pude fijarme en otros cambios de la casa: polvo, deterioro y descuido.

—Estaba tan bien cuidada antes... —me dije en voz alta.

—Es cada vez más difícil encontrar buenos criados —susurró una voz junto a mí.

Me volví para ver al hermano James, joven y pícaro. Él asintió fingiendo solemnidad y continuó imitando a un viejo adinerado:

—Es especialmente difícil mantener al personal motivado cuando uno es propenso a quitarle la vida a una criada mediocre o a una cocinera en un momento de aburrimiento.

Lo único que me impidió reírme de su ingenio fue mi inquietud por la situación. La temporada social ya estaba muy próxima y, de hecho, en muchas casas, ya estaba comenzando. ¿Acaso no había pretendido el conde continuar con su conquista triunfal de Londres? Tal vez había perdido a su protector regio tras la escandalosa muerte de Edgar Kilbronson, o tal vez simplemente había cambiado de objetivo. Quizás era un tipo caprichoso, dentro de sus intenciones malvadas, o puede que hubiera algo más que lo había distraído de sus intrigas: probablemente, pensé, Elisabetta Kilbronson.

Continuamos nuestra cuidadosa exploración de la casa. Todas las salas eran meras sombras de la antigua gloria. No había ninguna señal de carnicería activa en las primeras habitaciones, sino una llamativa sensación: era como si, a excepción del ritual de las velas, las habitaciones no hubieran sido perturbadas durante meses.

Las puertas dobles que abrían paso hacia el salón sur estaban cerradas. El agente Peters las abrió con mano firme y luego retrocedió, tambaleándose, cuando unas nubes de humo extraño y de olor dulzón lo envolvieron. Luchamos contra un ataque de tos colectivo entre las olas ondulantes y luego miramos, ansiosos, a través del aire despejado.

No había ninguna criatura viviente en la sala, que estaba, como las demás, adornada con velas encendidas; pero, a diferencia de las otras, estaba cubierta con pesadas cortinas negras. Esta opresión funeraria puso de relieve el toque extra de una iluminación espeluznante en el centro de la habitación: un caldero de carbón humeante en el que ardían montones de montones de incienso, en fardos atados con un grueso cordón rojo.

—Apáguelo —ordenó Harris, ronco por el humo.

Mientras sus hombres se apresuraban a cumplir su orden, aunque con una mirada incierta a las brasas, el resto nos fijamos en las velas.

—Tal vez no ha estado aquí —sugirió Toby Barnes, todavía tosiendo—. Quizás ha estado todo el tiempo en la ciudad.

—Eso es absurdo —dijo Francis Carstairs—. Las velas no se encienden solas. Y de todos modos, sé que ha estado aquí con frecuencia.

—¿Y quién eres? —se burló el periodista con una grosería inesperada—. ¿Eres acaso su secretario social? ¿O tal vez te crees un detective?

Carstairs se puso de un rojo brillante.

—No, señor —dijo, acercándose con un aspecto nada amenazante—. Soy un abogado en prácticas y sé cómo acumular pruebas y sacar conclusiones lógicas de ellas, que es más de lo que pueden reclamar los juntaletras de Fleet Street.

—Esta me la vas a pagar, muchacho —gritó Barnes, y saltó sobre mi pasante.

Carstairs se armó con lo primero que encontró a mano: una pequeña mesa, llena de adornos dorados que tiró al suelo sin ceremonias, y, haciéndola girar como lo haría un golfista aficionado atacado por un jabalí, golpeó al asaltante y lo tiró al suelo.

—¡Basta ya! —rugió el inspector Harris, agarrando al enfurecido Barnes por el cuello con una mano y a mi pasante por el cabello con la otra.— ¡Paren de una vez!

Para mi asombro, aun refrenados, los dos pugilistas continuaron luchando, intentando alcanzarse, lanzando amenazas y epítetos de los que no habría considerado capaz a Carstairs. Tres agentes de policía se unieron a la refriega, un furioso revoltijo de hombres enloquecidos.

Me quedé atrás, demasiado sorprendido como para hacer algo útil. El padre Thomas Edmund Gilroy avanzó tranquilamente junto a mí, corrió una cortina que cubría una gran ventana y dio un paso atrás para recoger una silla, que sin vacilar y con fuerza arrojó contra el cristal. La ventana se rompió en mil fragmentos relucientes. El ruido sobresaltó a los combatientes y a quienes intentaban detenerlos, y todos retrocedieron en shock cuando el pequeño sacerdote comenzó a recorrer todas las ventanas, liberando el humo espeso y tóxico de la habitación. Cuando agarró la última, gritó:

—¡Hermanos! —el hermano James y el hermano Peter se unieron a él bajo la cortina negra.

Con sus seis manos envueltas en la tela, agarraron el siniestro caldero y, con esfuerzo, lo sacaron de la habitación, bajaron la escalera y salieron al jardín, donde lo dejaron ardiendo al aire libre. Cuando regresaron, con sus túnicas blancas manchadas de negro y las caras oscurecidas por el humo, el rostro del padre Thomas Edmund estaba firme.

—Basta ya de tonterías —dijo—. A la capilla, rápido.

Lo seguimos en silencio, como patitos corriendo tras su madre.

Toby Barnes, con los ojos muy abiertos y claramente marcados por círculos oscuros y profundos, puso su mano en el brazo de Francis Carstairs.

—Señor, Carstairs —gruñó, como si cada palabra le doliera—, debo haber sido muy descortés.

Mi pasante le devolvió una mirada inquieta.

—Es esta casa —dijo, con la voz quebrada—. Esta maldita casa.

Concluida la reconciliación, continuaron junto con nosotros, aunque con pasos más temerosos e inciertos.

Mientras nos apresurábamos, recordé una visita anterior a aquella vivienda, en la que me había preguntado sobre la rumoreada existencia de la capilla. Así que existía, pensé. De alguna manera, este detalle arquitectónico parecía ser extraordinario, más extraordinario que la presencia

probable de criaturas no-muertas dentro de esas paredes encantadas. Qué extraño es este mundo después de todo, reflexioné.

Sí, había una capilla, y el padre Thomas Edmund Gilroy parecía saber exactamente dónde estaba. Bajó sin dudarle las escaleras y atravesó las habitaciones inferiores de la casa, que parecían poco utilizadas. Al pasar por la cocina, me fijé en que no había ni una telaraña. No se podía ver ni una miga, incluso bajo el polvo. Si alguna vez hubo restos de comida, los ratones los habían disfrutado hacía mucho tiempo. El agente Peters miró por encima de mi hombro y lo comentó también:

—El que ha encendido todas esas velas no parece preocuparse mucho por la comida.

—O quizás —respondió Toby Barnes, aunque en un tono apagado después de su altercado reciente con mi pasante—... su comida es bastante diferente a la nuestra.

Bajamos una escalera, recorrimos un pasillo y nos abrimos paso a través de las entrañas secretas de la casa. Por un momento, dentro de un cuarto en penumbra, lo único que rompía el silencio oscuro y pesado era un rumor de pasos de roedor.

—¿Existen ratas vampiro? —pregunté en voz baja, retóricamente.

—Claro que no —siseó uno de los hermanos jóvenes—. Las almas de los animales no son inmortales.

—A menos, por supuesto, que estemos hablando de posesión demoníaca —susurró el otro hermano, James, en tono ligero—. Es muy probable que hayan existido roedores endemoniados, y las circunstancias actuales son propicias para ello.

Algo corrió sobre mi pie y no pude apenas evitar un grito. Cuando la expresión aterrorizada volvió a bajar a mi garganta, el hermano James se rio.

—No tema, señor Kemp. Estamos aquí.

Ahora no había velas encendidas; una ráfaga de antorchas eléctricas bailaba sobre el gran espacio en forma de cripta. Me pregunté si aquello había sido alguna vez una capilla. ¿Podrían los papistas haber elegido ese lugar macabro y decadente para sus extraños rituales? Los tapices colgaban de las paredes, pero las imágenes que llevaban estaban tan destrozadas y desgarradas, como con garras, que bien podrían haber estado inspiradas por el simbolismo francés. Pensé que podía ver las ruinas de un altar, y tal vez un lugar de los que reúnen varias estatuas, pero todo era confusión, hedor fétido, polvo, insectos muertos y ruina. Lo más notable del santuario papista era el enorme conjunto de cajas grandes repartidas por toda la sala. Había por lo menos dos docenas. Pude reconocer fácilmente la forma de ataúd; pensé que sabía lo que eran y lo que había en ellos.

—Ábranos —ordenó Harris a sus agentes.

—¡No! —grité con alarma.

El agente Stewart, con las manos sobre la tapa de la caja más cercana, vaciló ante mi grito. Luego una mano rozó la madera. En ese instante, la puerta se cerró de golpe tras nosotros y se corrió un gran cerrojo.

—¡Estamos atrapados! —jadeó Toby Barnes—. Atrapados.

El agente Stewart se tambaleó, señalando con horrorizado asombro. Una por una, las tapas de las cajas se levantaron, empujadas al piso por manos invisibles. Luego, de cada una, uno tras otro, surgieron una gran cantidad de cadáveres podridos, jadeando y gimiendo, sedientos de sangre. Una extraña reunión de criaturas, unas cuantas tan devastadas que no podía discernir claramente si habían sido hombres o mujeres, decayó en una impersonalidad casi idéntica. Nos vimos envueltos en una batalla. Yo luchaba contra un cadáver frenético que me miraba con un ojo rosado —en el lugar donde debió residir el otro, los gusanos se retorcían y temblaban en contorsiones repugnantes—. No podía detenerme a analizar la suerte de mis compañeros, pero, a juzgar por los

gritos y gemidos y el sonido de golpes, asumí que ellos también estaban luchando contra aquellos enemigos no muertos.

Luego miré, con los ojos desorbitados, al padre Thomas Edmund Gilroy, que había derribado a tres de los cadáveres vivientes y ahora miraba a su alrededor, como para evaluar cuál era el mejor lugar para concentrar sus esfuerzos.

—¡El humo! —grité—. ¡Nos ahogaremos!

Él asintió en silencio, con sus cejas cargadas de concentración. Dos criaturas se levantaron y las tiró al suelo una vez más con su arma elegida, que parecía ser los restos esqueléticos de una silla.

—Y ellos... serán destruidos.

Asintió de nuevo y golpeó a tres criaturas no muertas que estaban luchando por recomponerse, y agregó una cuarta.

—Pero —jadeé—, ¿no tiene ningún sentido de lealtad hacia sus propias criaturas?

—No, en absoluto —respondió el sacerdote, en el tono en el que un profesor de Oxford podría haber disertado sobre un oscuro punto filosófico—. Lo único que le importa son sus propios deseos. Estas criaturas en ruinas son prescindibles.

Una vez más, sus víctimas se levantaron y cayeron bajo sus golpes. El vampiro tuerto se levantó y tropezó, rugiendo, y se aproximó hacia mí.

—¿Tienen salvación? —pregunté, haciendo una pausa para golpear a la criatura con un tablón en lo que una vez había sido una oreja.

—No, son completamente no muertos, aunque serviles. Es el rango más bajo, controlados por la voluntad y la mente del vampiro principal.

—¿No hay salida, entonces? —pregunté, desesperado, mientras el cíclope, no intimidado, se alzaba contra mí una vez más.

El padre Thomas Gilroy, derribando por quinta vez su propia colección de criaturas, negó con la cabeza.

—Recuerda. El suyo es un intelecto... bruto. Carece de verdadera sabiduría. Nos ha tendido una trampa, y dentro de ella viene la destrucción total. A menos que tenga la sensatez de ver más allá de la complicidad pueril de la criatura.

Asintió, satisfecho con su propia conclusión, y luego bramó:

—¡James!

El hermano en cuestión se había situado en el centro de la habitación y gritó, con tono áspero:

—¡En el nombre de Jesucristo, os ordeno a todos que paréis!

Todo movimiento cesó. El humo aún se enroscaba a nuestro alrededor, pero las criaturas volvieron a encogerse. Estaba profundamente impresionado no me habría importado reconocerlo. Vi la cara severa del padre Thomas Edmund y, por un momento, su mirada advirtió mi entusiasmo.

—La teatralidad —comentó en voz baja— es...

Después se quedó en silencio e incluso sonrió. El hermano James no se estaba riendo: en ese breve momento de silencio, se apresuró a buscar en la bolsa con la intención muy clara. Reunió el armamento necesario con una rapidez e ingenio que yo no sabía que poseía. Cables, alguna sustancia de masilla extraña, un fusible: montó el artilugio y lo encendió antes de que yo tuviera tiempo de comprender realmente su función.

—¡Cuidado! —gritó y arrojó su arma, no contra las criaturas atacantes, sino a un rincón de la parte posterior de la capilla en ruinas.

Nos agachamos para acurrucarnos detrás del altar, cubriendo nuestros oídos, la explosión sacudió la habitación, arrojando vigas, piedras y los fragmentos de cadáveres, que aún aullaban,

de los muertos vivientes que nos rodeaban. Todo desapareció en la vorágine destructora del fuego.

Tras esos segundos de horror llegó el alivio.

—¡Vengan! —gritó el hermano James, y nos levantamos de un salto, gimiendo y todavía ensordecidos, para seguirlo a través de la nueva puerta, cortada providencialmente en la roca, como si fuera la mano de un ángel vengador.

El agente Stewart luchó por levantarse e inmediatamente fue recogido por dos de sus compañeros y portado en volandas.

Golpeados, magullados y ennegrecidos, nosotros, los vivos, corrimos por la casa, seguros de que la furia de los no muertos nos pisaba los talones.

Allí estaba la puerta. Ya casi éramos libres. Entonces el aliento de alivio se ahogó en mi garganta. Cuatro figuras nos impedían el paso. Llevaban túnicas extrañas de colores, bordadas con una gran rosa roja y una cruz de oro cubierta de pentagramas, letras hebreas y otros símbolos raros. Las capuchas ocultaron sus rostros.

—¡Háganse a un lado! —gritó Harris con voz de mando.

No se movieron ni hablaron. La voz del policía adquirió una nota más feroz.

—Soy el inspector Harris, de la policía de Su Majestad. ¡Les he dicho que se hagan a un lado! Siguieron sin moverse.

—¡Les pido, en nombre de la reina, que me dejen paso! —gritó Harris ensordecedoramente junto a mi oído.

Uno de los cuatro dio un paso al frente, sacó una espada brillante de su vaina y se descubrió. Al ver la cara, Harris, ese inquebrantable defensor del orden cívico, retrocedió involuntariamente por sorpresa y, creo, consternado.

—¡Es el super! —jadeó uno de los agentes de policía en mi oído, explicándome la escena.

—¡Debió haber prestado atención a mis órdenes, Harris! —gritó el superintendente—. No debería haber interferido en asuntos que no le incumben.

Sus tres compañeros también se quitaron sus capuchas. Dos de ellos eran desconocidos para mí, aunque más tarde supe que uno era un erudito matemático de renombre mundial y el otro un parlamentario poco conocido. Reconocí al último, después de unos momentos, como el señor Bassington—Smith, el esposo absolutamente respetable de esa matrona absolutamente respetable que presidía reuniones espiritistas absurdas. Todos los miembros de alto rango de la Aurora Dorada estaban ahora de pie ante nosotros, con las espadas desenfundadas en defensa del bastión de Popescu.

—¿Son todos vampiros, entonces? —exigió Toby Barnes con incredulidad. Bassington—Smith rio con condescendencia.

—No hace falta ser de su naturaleza para apreciar el Poder del Uno, ni para compartir ese poder.

Nadie tuvo tiempo de responder a esto, ya que Harris saltó de repente sobre el superintendente y hendió su puño tan profundamente en la cara de su oficial superior que todos pudimos escuchar el desgarrador contacto.

El superintendente se derrumbó en el suelo. La sangre brotó de su nariz aplastada y su mejilla rota se oscureció en un azul doloroso. Antes de que Harris pudiera seguir castigando a su presa, la puerta se abrió de golpe y una quinta y grotesca figura se unió a los cuatro masones: Albu, el horrible albino sin lengua, tambaleándose como un hombre borracho, con una rabia muda. Llevaba una tea en la mano y los ojos, ya sin el disfraz de las gafas oscuras, ardían furiosamente.

Golpeó a Harris en la mandíbula con un revés sin esfuerzo que hizo que el inspector volara hacia nosotros. Lo recogimos en nuestros brazos y caímos derrumbados bajo su peso, como bolos

derribados por un jugador experto. Nos costó recuperar nuestra postura defensiva, mientras que los jefes de la Aurora Dorada se recomponían. No necesitábamos más amenazas ni más explicaciones. Incluso si hubiéramos intentado ese intercambio, se habría ahogado en el ruido que siguió a la aparición de Abu y nos habríamos dado cuenta de todo el potencial de la antorcha en su mano. A su alrededor, la casa estaba iluminada. La venganza de aquel esclavo voluntario estaba completada. Moriríamos todos, envueltos en ese infierno, antes de que pudiéramos detener a su maestro, y él, enloquecido por su devoción, se ofrecería en sacrificio a ese dios demoníaco.

—No se muevan —gruñó Harris, con la barbilla púrpura y hinchada bajo su rostro enojado.

—¡No! —gritó el hermano James—. ¡Corran!

Aquella parecía ser la mejor sugerencia, de modo que nos volvimos para seguirlo a través de la casa, en la que el fuego se estaba extendiendo, hasta llegar a la habitación extraña que contenía la siniestra caldera. Cada hombre sostenía el brazo de sus compañeros, en una cadena de vida y camaradería, una comunión duradera ante las puertas de la muerte. El hermano James tenía razón, allí estaba la verdadera sabiduría: cuando el infierno nos rozaba y casi nos cegaba los ojos, pudimos ver la ventana que los frailes habían roto aquella noche.

Casi como un único hombre, saltamos juntos, arrastrando los restos del vidrio, el marco de la ventana y los fragmentos de la pared, y caímos, apilados, magullados y rotos, sobre la hierba ennegrecida del exterior.

No permanecimos allí, pero cada uno —papistas, policías, abogado, pasante y reporteros— todavía nos aferrábamos a los demás cuando nos pusimos de pie y salimos corriendo, lejos de la sombra de la casa.

Una multitud se había congregado en el exterior, y una brigada de bomberos contemplaba la escena, preparada para intervenir. La asombrosa figura del albino poseído, que seguía rugiendo de rabia, se asomó la puerta. Justo detrás estaban los cuatro iniciados, empuñando espadas, embriagados de frustración.

Entonces la estructura de la casa cedió y se derrumbó, convirtiendo su furia en en polvo impotente. La brigada de bomberos se puso en marcha en cuestión de minutos, bajos los ojos atentos de la multitud. Yo no podía apartar los míos de los restos humeantes de la casa. Era como si mi corazón ansiara ver aquellas criaturas exterminadas, saber que existía de verdad alguna posibilidad de eliminar a los muertos irremediables de la vida oprimida.

Parecía un momento extraño para aprender empatía. Quizás tantos encuentros cercanos con la muerte, o la falta de sueño, hubieran generado tales sentimientos. Cualquiera que fuera la causa, cuando el inspector Harris y sus hombres se inclinaron sobre el cuerpo de su superintendente muerto y sentí las oleadas de emociones en conflicto en esa nueva traición de la amistad, me pregunté por qué Dios había prometido no destruir nunca el mundo. Era mejor ahogarse que enfrentar la desolación y la incertidumbre de saber que las personas a nuestro alrededor pueden ser practicantes de las artes oscuras, listos para traicionar a los más cercanos. Entonces una voz habló a mi lado, respondiendo a mi pensamiento:

—Esto es lo que a menudo se olvida en la emoción de la caza —dijo el padre Thomas Edmund—. El vampiro no se limita a enfrentar su ingenio contra el nuestro; es un agente de Satanás y busca la corrupción absoluta de las almas.

—Es extraño —dije en voz alta, involuntariamente.

Luego me sonrojé, temiendo ofender a aquel hombrecillo. Él sonrió.

—Sí, mi amigo. Sé bien que nos encuentra raros. Y, de hecho, somos una raza desconcertante: para los judíos, un escollo; para los griegos, locura; y para los ingleses, un verdadero monstruo.

Harris, rechazando casi con rudeza las atenciones de uno de los médicos que habían acudido a

la escena, regresó con nosotros.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora —dijo el padre Thomas Edmund con gravedad—, a Westminster.

CAPÍTULO XXIX

21 de enero de 1901, Catedral de Westminster.

(Del diario de Jonhatan Harker). Había examinado todos los sepulcros de la capilla, y como esta noche solo habíamos visto esos tres fantasmas de no-muertas, supuse que no habría más no-muertos en activo. Había un sepulcro más grande y señorial que los demás; aunque enorme, estaba muy bien proporcionado. En él solo había una palabra: DRÁCULA. Así que ese era el lugar donde reposaba como no-muerto el rey de los vampiros, responsable de tantos otros. El hecho de estar vacío confirmaba elocuentemente lo que yo ya sabía.

Avanzamos bajo el atardecer por las calles hacia Westminster, pero no hacia la abadía, cuya solidez y esplendor góticos me resultaban tan familiares como a cualquier súbdito británico. Por primera vez, en aquella extraña compañía, me pregunté si aquel sería un lugar detestado para los papistas. ¿No deberían odiar a Inglaterra por haberse librado del yugo de Roma? ¿No deberían sentir envidia de un edificio tan hermoso? Estuve tentado de preguntarle al padre Thomas Edmund Gilroy, pero no pude encontrar una forma delicada de formular esa pregunta.

Cualquiera que hubiera sido su respuesta, esa representación arquitectónica del altar y el trono no era nuestra meta, como digo. Ni tampoco, a pesar de su aparente interés, lo era la guarida del conde Popescu.

No. Nos apresurábamos hacia un lugar exótico y nada inglés. Allí estaba, de repente, imponente frente nosotros, el gigante inacabado de la catedral católica de Westminster, una enorme monstruosidad bizantina, un provocativo y extravagante injerto, incluso para nuestro ecléctico paisaje urbano de Londres.

—Esto era antes un humedal —susurró en mi oído el hablador y travieso hermano James—. Se llamaba Bulinga Fen. Ha sido muchas cosas desde entonces: un jardín de recreo, un recinto ferial, un laberinto... Incluso una plaza de toros. Y ahora este edificio de belleza extraña... Todavía es un poco un cruce entre una prisión y un terreno baldío, ¿no cree?

Mientras subíamos los escalones, me atreví a expresar mis dudas.

—¿Por qué iba venir el conde aquí? —pregunté—. Parece el último lugar en la tierra al que querría venir.

—Hay razones sólidas para que venga —respondió el padre Thomas Edmund en voz baja—. Todavía no ha sido consagrada, pero lo será pronto. En su estado consagrado, será insoportable para él y al tiempo perversamente atractiva. Si tiene la oportunidad de instalarse aquí antes de la consagración, de crear su nicho de oscuridad en este lugar, tendrá una gran oportunidad para la profanación, la corrupción y la destrucción de las almas. Un hombre con su corazón infiel, retorcido y atraído por el mal: esas son las presas más deliciosas para una criatura así. Y aquí es un lugar adecuado para refugiarse y esperar.

—¿Pero por qué aquí? Hay otras iglesias en Londres.

El sacerdote no respondió. Simplemente me miró con una leve y enigmática sonrisa, luego extendió la mano, agarró la enorme y pesada puerta y la abrió con una fuerza inquebrantable. Nos recibió una ráfaga de aire frío y entramos en una oscuridad espesa y densa.

Parpadeé varias veces antes de que mis ojos se aclararan. Una mezcla de ladrillo y mármol enmarcaba la pesada oscuridad de aquel extraño lugar. Techos y pilares abovedados cubrían el espacio que algunos podrían llamar sagrado. Podía escuchar agua goteando en alguna parte, como si una gran piscina se estuviera acumulando dentro del edificio sin terminar.

El inspector Harris puso algo en mi mano, una antorcha, y la encendió. Pronto todos portábamos luces similares. Nadie había traído antorchas eléctricas, y la omisión parecía, de alguna manera, apropiada. Era como si hubiéramos pasado a otro lugar y otra vez para luchar

contra un mal de siglos.

—Venid aquí, diablillos —dijo el hermano James, riéndose.

Avanzamos en procesión incómoda y nada ensayada, cada vez más decididos, quién sabe si por efecto de la gracia. Mientras miraba alrededor, buscando frenéticamente a nuestro enemigo en las sombras, escuché la respiración brusca de alguien (el inspector Harris, creo) y me volví para ver qué había llamado su atención. Casi inmediatamente mis ojos se posaron en una solitaria figura negra que estaba de pie donde algún día se levantaría el altar: Lucian Popescu. Más alto de lo que recordaba. Parado allí, envuelto en un manto de oscuro y en meditativo silencio, nos observaba.

Nuestra marcha lúgubre y constante vaciló bajo su mirada inquebrantable. Después de tanta búsqueda, encontrarlo tan fácilmente era en cierto modo un anticlímax. Nos detuvimos frente a él con incómoda incertidumbre, como unos niños delincuentes detenidos cuando intentaran matar a su propio padre. O, pensé con frivolidad impropia del momento, como niños sorprendidos por la niñera en su intento de robar un tarro de galletas. Cuando su voz llegó a nosotros desde la oscuridad, tenía un tono acerado que nos atravesó las almas.

—Aquí estamos, ya ven. Incluso en Londres reina la tiranía del prejuicio. No soy de su raza, así que me consideran un monstruo. Su ciencia, sus ejércitos, sus vastos logros en arte, política, empresa... ¿Qué han hecho por ustedes? ¿Los han elevado por encima de la manada? Parece que no. Envueltos en un frenesí de extrañas pesadillas, han venido aquí, como paladines de la tierra inglesa, para hacer... ¿Qué? ¿De qué creen que se están defendiendo? ¿De qué me pueden acusar? Solo intenté servir a los pobres, y muchos hombres se unieron a mis esfuerzos. Algunos eran buenos hombres. Otros un poco menos. Y algunos eran locos, criaturas enfermas que ansiaban el poder. ¿Acaso es mi culpa? Deben recordar —escupió—, ridículos héroes ingleses, que Edgar Kilbranson era de su raza, no de la mía. Y en cuanto a usted, señor Kemp...

Al oír mi nombre sentí una fuerte necesidad de arrastrarme hacia la oscuridad absoluta, como una criatura humillada que ya no fuera digna de llamarse humana.

—...A usted lo consideraba mi amigo y le confíé mis asuntos privados. Ha traído a estos hombres aquí, ¿por qué? Puedo imaginarme sus motivos. Ha elegido a mi secretario para el papel de un lobo cruel y despiadado que devora a mujeres jóvenes inocentes con sus oscuros apetitos. Pero me pregunto, aunque los ingleses temblarán de ira hipócrita ante tal sugerencia, si la historia es otra. No una historia de seductor e inocente, sino de un deseo profundo y compartido, abrazado de una manera que podría escandalizar a muchos pomposos eclesiásticos. No esté tan ansioso por encontrar a su villano, joven, a menos que esté dispuesto a mirar más de cerca el valor y la lealtad de esa chica estadounidense. ¿Puede realmente decir que jamás ha cuestionado usted su gran libertad? ¿Su extraña apertura a... los otros? Tenga cuidado, no sea que, como este perfecto juez de la virtud, venga a ver en una realidad más aguda esta “perla de gran precio” suya.

Me sentía profundamente humillado. Esperé a que la rabia se asentara y dejara paso a la indignación por aquel repugnante ataque a la mujer que amaba. Todo era mentira, y lo sabía. No sospeché ni un instante de Esther. Y sin embargo, había algo en su voz, una emoción extraña que casi detenía el aliento; un canto de sirena que acallaba la razón... Era como si cada onda de sonido llevara consigo un basilisco invisible, transformando mi decisión en una ardua incertidumbre. Y los recuerdos volvieron a mi mente; momentos vergonzosos, en los que ciertos pensamientos y sospechas irreflexivos habían cruzado por mi mente. En esa acusación, mi humillación era completa: ¿Cómo podía haberme convertido en un defensor de la bondad y de la luz cuando tan fácilmente había dejado paso a tales pensamientos?

El conde abrió sus brazos, extendiéndolos en un gesto dramático que expresaba indignación y dolor.

—Una muchacha insignificante y un loco inglés. Por eso ahora estoy sin hogar. Atrapado. Por eso asesinaron a mi leal servidor, un pobre desgraciado que pasó su vida víctima de la crueldad que lo rodeaba. Me imagino que dirá que se resistió, pero ¿acaso no estaba grabado en su alma resistir o morir? Se consideran los héroes de todo lo que es bueno y decente. Justo así es como se sentían quienes organizaban las frenéticas cazas de brujas. He visto turbas de campesinos antes. Tal vez no tengan horcas, pero su intención es la misma... y su ignorancia.

Con un esfuerzo, volví la cabeza para no mirarlo. A lo largo de su apasionado soliloquio, permanecimos inmóviles. El inspector Harris fruncía el ceño; la boca de Toby Barnes estaba ligeramente abierta, como si se hubiera quedado congelado en un intento de hablar. Constable estaba inexpresivo y nervioso; Francis Carstairs, silenciosamente atento, como si tomara notas en su mente. Los papistas de blanco, con sus capas negras alrededor, eran los únicos que parecían tener el don del movimiento. Podía ver y escuchar el susurro de sus túnicas y sus miradas hacia el padre Thomas Edmund Gilroy, como buscando su dirección y orientación. Yo también miré al padre Gilroy y descubrí que sus ojos estaban sobre mí. Cuando nuestros ojos se encontraron, él arqueó suavemente una ceja hacia mí. Era una cosa pequeña, pero un gesto que de alguna manera rompía el hechizo de la voz encantadora del conde vengativo

Parecía como si el propio conde se hubiera dado cuenta, porque su enfoque cambió:

—¿Qué tiene que decir, cura? —gritó, y su tono era ominoso.

A menudo me he preguntado qué habría dicho el padre Thomas Edmund Gilroy en respuesta. Creo que probablemente se habría quedado en silencio, porque responder habría parecido dar crédito a la diatriba del conde, o al menos haberlo elevado al nivel de las cosas que merecen consideración. Pero, en verdad, nunca lo sabré, y no sé si el padre Thomas Edmund puede recordar claramente qué había intentado decir, si es que lo había hecho.

Fue justo entonces cuando la escena cambió radicalmente. No había ningún ruido que nos alertara de la presencia de otra persona, pero el conde, respondiendo con un sentido agudo y animal, saltó repentinamente y se volvió para mirar hacia el lado derecho de la iglesia, donde había lo que me pareció una capilla dedicada a la Virgen.

—¿Otra vez? —exclamó, con una voz temblorosa enriquecida con rabia—. ¿Otra vez ese campesino?

Un extranjero de cabello oscuro brotó de las sombras y lanzó palabras de furia justa y desafío heroico contra el conde Popescu, o al menos eso interpreté de sus palabras a juzgar por su tono y entrega, ya que Radu Vadas habló en su lengua nativa.

El efecto fue como el despliegue repentino de un escenario teatral de una obra completamente diferente, tal vez una tragedia clásica, en medio del tercer acto de una comedia ligera. Nosotros, los actores, nos quedamos en shock, mientras el intruso sobresalía y nos robaba nuestra propia actuación.

Mientras Radu Vadas y el conde se enfrentaban, pero antes de que sus palabras y miradas amenazadoras pudieran concretarse, de las sombras en el lado opuesto apareció otro actor: Gregory Anghelescu, que despreciaba a Vadas.

Creo que di un paso al frente al ver a aquel monstruo vil. Mi ira en defensa de mi amor atacado despertó una vez más en mí; el brazo del padre Thomas Edmund se alzó para contenerme. Una vez más, Vadas hizo su declaración apasionada, o denuncia.

El conde casi gritó de nuevo su respuesta y lanzó a Gregory Anghelescu lo que era claramente una orden. El secretario saltó sin detenerse ni un momento. Uno de los frailes comenzó a avanzar, pero no antes de que Vadas, blandiendo una estaca de madera y gritando un apasionado grito de batalla, perforara el cuerpo de Gregory Anghelescu. Por un momento, solo Anghelescu se movió.

Se puso en pie de un salto, a solo un metro de su víctima. La estaca salía de la herida con una rigidez antinatural. Luego la boca del secretario se curvó perversamente en algo similar a una sonrisa. Vadas retrocedió con una expresión de asombro y consternación en su rostro que, en contraste con su determinación heroica del momento anterior, era casi cómica.

Desde el agujero abierto en el pecho del secretario fluía un líquido extraño, parecido a la sangre pero a la vez muy diferente, lleno de gusanos que se secaban y se convertían en polvo ante nuestros ojos.

Mientras observábamos con horror, Gregory Anghelescu apretó la estaca, y con un grito de furia que fue insuficiente para ahogar el horrible sonido de la madera y la carne podrida en violenta discordia, la arrancó de su cuerpo. Gruñendo como un perro enloquecido, con los ojos rojos ardiendo, el secretario se volvió hacia la valiente figura de Radu Vadas y saltó sobre él. En el instante antes de que chocaran hubo una nueva confusión.

Una vez más, la escena fue interrumpida, esta vez, por un borrón de túnicas, un destello carmesí, un grito de dolor. Las dos figuras se separaron para revelar una tercera. Una mujer joven, de una belleza exquisita y sobrenatural, con un gran anillo de rubí que todavía brillaba en su dedo. Elisabetta, oculta en un rincón oscuro de la catedral inacabada, escondida incluso de los intensos poderes de los sentidos de su padre no muerto, había saltado ante esa criatura cuando se lanzaba sobre su hermano, y ahora cayó al suelo, aparentemente muerta. Incluso desde donde yo estaba, podía percibir la sorprendente paz, la perfecta serenidad de su rostro. Tenía una sonrisa en los labios. Pensé en Eva. Nada de fatalidad: libertad.

Vadas gritó de dolor y se arrodilló junto a ella. Uno de los sacerdotes había corrido junto a él. Debió de comenzar una oración o de intentar brindarle algún tipo de consuelo. Escuché *kiries* y *ora pro nobis* y santos y ángeles llamados silenciosamente. O, al menos, creo que lo hice. Honestamente, no podía decir lo que sucedió en aquel rincón entre el sacerdote y el cuerpo de Elisabetta, ya que el drama había cambiado una vez más, y con él, todos nos sentimos finalmente liberados de la inmovilidad en que nos mantenía la voz del conde.

Las paredes vibraron con un chillido sobrenatural, que parecía proceder de las mismas entrañas del infierno.

Lucian Popescu, con los ojos azules ardiendo y los dientes repentinamente revelados como colmillos afilados, miró a la muerta Elisabetta, el objetivo largamente buscado de su lujuria. Su rostro irradiaba una furia torturada, no por el amor horrorizado y afligido del padre no muerto, sino por su vicioso y frustrado deseo deformado. Se había transformado en una criatura indescriptible, más animal que hombre, con garras por dedos y dientes como cuchillos. El vampiro se abalanzó, gruñendo y chillando, sobre la garganta de su secretario. Esta vez no clamaba por sangre, sino por furiosa venganza. El brutal ataque duró solo unos pocos segundos, mientras destrozaba a su víctima. En una nube de polvo y carne desmembrada, el vampiro se dio un festín sangriento con su propio sirviente.

Entonces todo pareció desencadenarse. El inspector Harris se lanzó desde el centro de nuestro aturdido grupo, con dos pistolas en sus manos extendidas. Los disparos se sucedieron, llenando el aire de olor a pólvora. Mientras las balas rebotaban sobre el cuerpo del conde, dispersándose por el suelo, Popescu, finalmente revelado en su verdadera forma, se echó a reír a carcajadas.

Riéndose todavía, se volvió lentamente, en medio de las balas. Mientras se daba la vuelta, la habitación se llenó de nubes oscuras y sofocantes, y el vampiro, con la cara blanca y furiosa con ojos rojos brillantes y el cuerpo impregnado de fuego, furia y sangre, saltó hacia nuestro pequeño grupo.

Fue todo muy confuso. Sentí el palpar de la sangre en mi cabeza, y el fuego se hizo tan intenso

que, por un momento, no pude ver nada. Hubo un segundo, el más mínimo instante, aunque bien podría ser fruto de imaginación, en que las nubes ennegrecidas se separaron y revelaron una escena tensa en medio del caos y el humo. Creí ver a la criatura volverse hacia el cuerpo sin vida de Elisabetta. ¿Había una segunda oportunidad? ¿Podría haber un último aliento? ¿Podría todavía poseer y consumir a la mujer que tanto había deseado?

Pero junto a él estaba Radu Vadas y, más allá, la túnica blanca del padre Thomas Edmund Gilroy. El pequeño sacerdote levantó la vista, y aunque no pude ver su rostro, lo que percibí fue suficiente.

La criatura retrocedió y, dándose la vuelta, se perdió de nuevo en el humo. Una vez más, todo era sofocante, cegador y opresivo. Actué como estoy seguro de que los demás lo hicieron, moviendo los puños entre las sombras y el humo; oía a la criatura a mi alrededor, pero no la encontré en ninguna parte.

De nuevo se abrió una escena en medio del fuego: vi al agente Peters, tendido boca abajo y manchado de sangre. Me moví con una rapidez que hubiera sido imposible si hubiera sido capaz de razonar: me lancé a las llamas, agarré su cuerpo inconsciente y lo arrastré a un espacio abierto donde el aire pudiera revivirlo. Las llamas lamieron mi ropa y la consumieron, sentí punzadas insostenibles de ardor en mis brazos y piernas y olí mi pelo chisporroteante. Coloqué al herido Peters en el suelo.

Las llamas me podrían haber consumido, se estaban extendiendo a lo largo de mi ropa, cuando, de repente, me abrazaron y me arrojaron de cabeza al gran barril de lluvia que, rebosando en agua estancada, había oído gotear cuando entramos. Con un fuerte choque, mi improbable bautismo provocó un pequeño maremoto. El incendio se apagó y mi cabeza se aclaró de forma extraña.

Miré a mi alrededor y vi a mis compañeros: Peters todavía yacía donde lo había dejado, y junto a él estaba Toby Barnes. El agente Stewart y el agente Davis se apoyaban cada uno en una columna, revólver en mano, explorando la oscuridad en busca de un objetivo. Mi salvador, Francis Carstairs, parecía un muchacho agotado. Me miró:

—¿Se encuentra bien, señor? —jadeó.

Antes de que pudiera darle las gracias por salvarme de morir quemado, uno de los agentes de policía gritó:

—¡Ahí está!

Miré hacia arriba a través del techo, parcialmente abierto, y pude ver el destartado e incompleto campanario, mitad andamio y mitad ladrillo, sobre el cielo nocturno. Pude distinguir vagamente tres siluetas que se retorcían y se agitaban entre las barras y los tablonces: el Conde Popescu, ágil y rápido como un lagarto, superaba a sus perseguidores; el inspector Harris, le pisaba los talones en su huida; y el hermano Peter, lastrado por sus ropas, luchaba heroicamente por no perderlos.

Nos reunimos al pie, casi sin aliento, como si el silencio pudiera ayudarnos a ver mejor. Escuché, o imaginé, los sonidos de la lucha, y alguien (Harris, pensé) juraba en voz baja. La escalada parecía seguir sin fin. Por un momento me pregunté si podrían continuar, cada vez más y más pequeños, subiendo por la torre hacia la eternidad. Sentí la extraña y aterradora ilusión de que nosotros, hombres cuerdos, insatisfechos ante nuestra necesidad de un desenlace, podríamos enloquecer en la espera.

Entonces se oyó un grito triunfante. Era la voz de Harris, pensé. Una vez más no pude distinguir claramente las palabras, pero el significado era muy claro. Ahí estaba el exultante enfrentamiento que esperábamos. La criatura, agazapada sobre el pináculo, cayó por el hueco.

Por un momento, el triunfo dio paso al desconcierto. Un nuevo sonido: el escalofriante eco de

la risa de Popescu, que se fortalecía a medida que él caía alegremente sobre Harris. Golpeó al inspector y lo atrajo. Luego, el brazo del hermano Peter salió disparado desde abajo y atrapó a Harris por el tobillo antes de que pudiera caer en picado hasta su muerte. Se había salvado, pero no sin consecuencias. Incluso desde esa distancia, claramente escuché el chasquido de un hueso y un gemido de dolor repentino.

Popescu no esperó a un segundo asalto, sino que se lanzó desde la torre, con los brazos extendidos y las piernas muy juntas. El cuerpo cruciforme cayó, cabeza abajo, con una velocidad atroz y teatral. Un grito de horror, ahogado, sofocó mi garganta. Mientras estábamos allí, indefensos, paralizados por la visión de la muerte en caída libre, con el recuerdo del final de Edgar Kilbranson vívidamente renovado en cada mente, la criatura se tambaleó, repentinamente y se inclinó hacia atrás con la destreza de los anfibios. Uniendo sus brazos juntos en un movimiento gracioso y sin prisas, separó los brazos... Pero no, no eran simplemente brazos. Eran las alas negras y palmeadas de un murciélago.

El cenit de la metamorfosis fue un chillido agudo, casi inaudible, y con ese sonido llegó una ola de viento caliente y nocivo que azotó mi rostro y me revolvió el estómago.

—¡James! —era una orden tensa del padre Thomas Edmund Gilroy, a quien recordé de repente, dándome cuenta de que se había parado allí junto al cuerpo de Elisabetta, impasible, incluso mientras se desarrollaba sobre él el ardiente y sangriento drama.

Tenía los ojos fijos en la criatura transformada; su voz llamó a la acción a su joven teniente.

El novato de túnica blanca, a quien también había olvidado, estaba parado junto a la extraña bolsa negra de los papistas. Dio un paso adelante, sacó un artilugio de hierro, alambre y cable tenso, y una estaca delgada de madera. Con frialdad, colocó su improbable proyectil en el artilugio, la levantó y la disparó sin emoción hacia la bestia alada. La estaca golpeó su objetivo con una precisión inesperada.

La criatura chilló una vez más y cayó, esta vez a una distancia menos espantosa, para aterrizar con un golpe sobre la fuente improvisada. Una segunda ola de agua profana estalló en la nave inacabada, casi ahogándome por segunda vez.

Cuando volví a mirar, con los ojos empapados y parpadeantes, la criatura que había sido Popescu se retorció y gritaba, inmovilizada debajo de lo que parecía una simple red de pescador. El padre Thomas Edmund Gilroy estaba sobre él.

El mundo pareció detenerse mientras veía retorcerse a la criatura maligna. Los policías retrocedieron, sosteniendo débilmente las pistolas. Sentí el regreso de Harris, apoyado pesadamente en el hombro del hermano Peter, quien entregó al inspector casi paralizado a sus hombres, y luego corrí al lado de sus hermanos. Una voz habló en mi oído y me volví, extrañamente desconcertado.

—Váyase —dijo el padre Vincent, a quien yo había imaginado muy lejos con el doctor Lewis, y habló con una firme quietud que no admitiría ningún desacuerdo—. Este trabajo no es para usted.

Y me fui. Carstairs avanzaba cojeando detrás de mí, y Barnes intentaba correr. Detrás de nosotros, en la penumbra, a la luz de las velas, en ese espacio inacabado, podía oír el susurro de la túnica blanca, la criatura silbando y chillando mientras se agitaba con inútil furia, y la voz severa, calmada y musical del padre Thomas Edmund Gilroy dirigiéndose a su presa:

—*Exorcizo te, omnis spiritus immunde...*

CAPÍTULO XXX

22 de enero de 1901, Westminster.

(Del diario de Mina Murray Harker, final original de Drácula). Entonces la naturaleza pareció calmarse. Oímos la explosión, que pareció el estruendo hueco de un trueno, con una larga vibración que hacía pensar que se estaba derrumbando el firmamento. Desde abajo, en una poderosa ruina, justo desde el lugar en que se levantaba el castillo, vinieron los fragmentos que habían sido arrojados hacia el cielo en el cataclismo.

Cuando la puerta de la catedral de Westminster se cerró tras nosotros, los restos húmedos y desaliñados de John Kemp, Toby Barnes y Francis Carstairs se derrumbaron juntos en los escalones del atrio.

Durante un buen rato, no dijimos nada. El cielo nocturno, negro y sereno, nos cubría. El aire se estaba enfriando y comenzaba a escarchar nuestra ropa mojada, pero pasó tiempo antes de que pudiera sentirlo. Recuperé la conciencia con un escalofrío:

—Nos vamos a congelar —dije.

—No —dijo Carstairs—, no si ellos pueden evitarlo.

Levanté la vista y seguí su dedo acusador hacia el centro de la ancha calle que se alzaba ante la catedral inconclusa. Varios niños mugrientos estaban preparando una pequeña hoguera. Su piel oscura y su atuendo extravagante me hicieron pensar al principio que eran gitanos pero, a juzgar por el acento de las frases sueltas que pude escuchar, determiné que eran cockney.

Debían de haber estado trabajando en el fuego durante algún tiempo, mientras nosotros estábamos sentados. Los habíamos ignorado, así que habían considerado que no valía la pena preocuparse por nosotros. Los tres nos levantamos y avanzamos hacia ellos, cautelosamente, para no asustarlos. Estaba seguro de que estaban al tanto de nosotros cuando nos acercábamos.

Esto se confirmó cuando se abrió la puerta de la catedral y apareció el agente de policía Peters, una silueta tan oficial como aterradora, sin duda.

Al verlo, el más alto de los chicos, y aparentemente el líder, a juzgar por la postura y el comportamiento, gritó unas palabras extrañas que debían de ser sido una advertencia, y todos se dispersaron. El más bajo era demasiado lento. Peters, revitalizado en la persecución, alcanzó pronto a su presa.

El chico lanzó un débil desafío y luego, temblando de miedo y de frío, estalló en lágrimas. El agente Peters lo condujo silenciosamente al pequeño fuego.

—Bien, muchacho —dijo en voz baja—, así no es como se empieza una buena hoguera. Mira cómo se hace.

En pocos minutos teníamos un gran fuego, construido con atención y seguridad.

Los otros chicos fueron reapareciendo lentamente y se unieron a nosotros, mirando a Peters con un grado saludable de desconfianza y al fuego con una admiración descarada. Pronto entramos en calor, e incluso tenía esperanzas de que mi ropa se secara.

Éramos un grupo variopinto. Nos sentamos en silencio a observar el fuego y a mirar hacia el cielo nocturno, a veces buscando con ansiosa esperanza el lejano horizonte, esperando las primeras luces, la luz pastel del amanecer, al borde del mundo, que trajese a Londres la redención de un nuevo día.

La puerta se abrió y el inspector Harris, apoyado en los agentes Davis y Stewart, salió cojeando. Se unieron a nosotros en silencio.

Los chicos evaluaban a cada nuevo miembro de nuestro grupo, pero parecieron aceptar nuestra apariencia irregular y una clara indiferencia como señal de seguridad. Los cobres no eran una adición cómoda, pero parecían inclinados a ser pacíficos, por lo que no nos importaron.

Silenciosos, tranquilos, sin prisas, nos sentamos en la oscuridad.

—Pronto amanecerá —comentó Carstairs después de un rato.

Todos pensamos sobre eso, pero nadie respondió.

—Está todo tan —Carstairs se aventuró tímidamente, mirándome—... tan tranquilo.

Asentí. Aquella vigilia silenciosa con los jóvenes mendigos era un chocante contrapunto frente a las fascinantes multitudes que se habían reunido fuera de la casa en ruinas del conde Popescu, el hogar ancestral profanado de Sidney.

—Mejor —gruñó Harris, sin levantar la vista del fuego—. Pronto llegará el escándalo.

No pude resistir la tentación de mirar a Toby Barnes en aquel momento. Su aspecto me habría hecho reír, si no fuera porque la risa exigía un grado de esfuerzo imposible en mi estado de agotamiento agobiante. Estaba sentado pesadamente sobre las piedras; con una mirada de desolación casi cómica, se limpiaba, con brío y sin eficacia, el barro de su cara y de sus brazos. Al encontrarse con mi mirada, levantó la vista y gruñó.

—No me mire así, Kemp. No escribiré nada.

Levanté una ceja con curiosidad, aunque incluso mi frente se sentía dolorida y agotada.

—¿Qué tipo de historia podría ser? —se lamentó—. No puedo escribir esto. Se reirían de mí y me quedaría sin trabajo. ‘Última hora: ¡derrotado un bárbaro sanguinario! Popescu, nueva figura destacada de la sociedad de Londres, es o ha sido un vampiro’. ¿Se imagina el clamor y la burla? Vampiros... ¿Papistas con estacas? ¿Sangre, polvo y drama? No, simplemente contaré, tan brevemente y con tanta ambigüedad como pueda, que la fuerza policial de Su Majestad, trabajando junto a ciertos civiles notablemente heroicos, incluido un humilde representante de la prensa, ha expuesto y frustrado los siniestros planes de un noble villano extranjero, que probablemente no era un noble en absoluto. Seguramente habrá más información en los próximos meses, ya que este equipo de héroes dinámicos continúa trabajando por la causa de todo lo que es correcto, bueno, decente y completamente inglés.

—¿Y después?

—Y después me esforzaré por hablar de muchas cosas para que mis lectores estén distraídos y no busquen los detalles, que, por otra parte, nunca les prometí.

—Muy astuto —comenté.

Barnes se encogió de hombros.

—Los reporteros tenemos algo en común con los sacerdotes: debemos mantener un cierto grado de arte y discreción en nuestro trabajo, de lo contrario podríamos perder la confianza del hombre común.

—Sus experiencias —dijo secamente el inspector Harris— parecen haberlo convertido en un filósofo, Barnes. Pero recuerde algo: quiero ver su texto antes de que se imprima.

Toby Barnes inclinó la cabeza, en un gesto teatral de sumisión.

—Su voluntad es la ley, buen inspector.

Mientras miraba alrededor de la calle, que se iba despertando lentamente, un viento glacial sopló en mi cara trayendo consigo un golpe de frío, y algo más. Algún extraño sexto sentido.

—Algo ha pasado —le dije—. Hay algo diferente.

Toby Barnes se encogió de hombros.

—No es probable —dijo—. Nada cambia.

—Esa es una actitud un tanto cínica para un periodista —comenté.

—De ningún modo. Sé cómo fabricar noticias. La emoción no viene de ningún cambio, solo del trabajo.

—¿Y lo hará?

Sonrió tristemente.

—Siempre hago. *Ee—i, tiddly—i, el granjero se fue al infierno ...*

Con ese extraño giro de la canción infantil, volvimos a unirnos en el silencio meditativo. Nadie parecía tener ganas de irse, aunque estoy seguro de que ninguno de nosotros podía haber explicado a qué esperábamos. De rato en rato, alguno de nosotros mirábamos hacia atrás, hacia las puertas mudas e imponentes de la catedral. Nadie hablaba de lo que estaba sucediendo en el interior, y es probable que ninguno de nosotros lo supiera ni quisiera saberlo.

Por fin, después de lo que parecieron horas, la puerta se abrió y salió el padre Thomas Edmund Gilroy. Estaba claramente tan cansado y tan sucio como todos nosotros, pero en su rostro había una serenidad que podría haberme irritado en el pasado. Ahora me impresionó y calmó la inquietud de mi mente y de mi estómago.

Nos sonrió a todos nosotros, incluso a nuestros nuevos compañeros, con agradecimiento.

—Qué idea tan notable —dijo, uniéndose a nosotros en el incendio—. Estas noches de enero pueden ser terribles.

Yo esperaba que los chicos se asustaran al verlo, pero asintieron con una creciente facilidad, e incluso amistad o familiaridad, aunque esta podría haber sido mi imaginación, tan activa en los últimos meses.

Parecía que de nuevo iba a extenderse el silencio, pero el padre Thomas Edmund Gilroy no compartía, al parecer, nuestro humor melancólico.

—Bien, ahora —dijo alentadoramente, como si se dirigiera más a los niños que a los adultos— creo que es hora de que todos nos movamos. Hay más trabajo por hacer aquí, pero es un trabajo lento y constante, y estoy seguro de que lo haremos mejor después de un poco de descanso y una taza de té. Y necesitaremos un carruaje, por supuesto.

Harris pareció despertar de su somnolencia y levantó la vista del fuego.

—Por supuesto —dijo—. Muy bien. Stewart...

Al instante, el policía interpelado se apresuró a buscar transporte. Casi de inmediato oí el ruido de un carruaje que se aproximaba. Demasiado pronto incluso para el intrépido agente Stewart.

Bajo la media luz creciente, pude ver que no era un carro de la policía, sino un carruaje negro y sobrio. El coche fúnebre de un enterrador. El religioso se puso de pie para saludar al conductor y lo dirigió, en voz baja, hacia el edificio. Desaparecieron en el interior de la catedral y, después de varios minutos, regresaron.

Radu Vadas y el enterrador soportaban el peso de una silueta cubierta sobre una camilla, avanzando con pasos lentos y solemnes, propios de un cortejo fúnebre.

Nos pusimos de pie, incluso Harris, que se apoyó en Barnes, y los muchachos se quitaron las gorras. Con su carga guardada y segura, Vadas dijo algo brevemente al conductor, luego giró y caminó hacia nuestro grupo. Saludó a todos con la cabeza y luego se dirigió a mí.

—Señor Kemp, adiós. Y gracias.

—Lo siento —le dije—. Lamento la muerte de su hermana.

Él sacudió la cabeza con suavidad.

—No hay nada que lamentar. Ahora es libre. Es la libertad que tanto deseaba. Creo que eso es lo que la trajo aquí: en esa criatura se encontraba su perdición o su salvación. Pero, en verdad, nunca podremos decir cuál ha sido su camino oculto.

Sacudió la cabeza hacia los demás.

—Hay alguien que puede saberlo, pero no lo dirá. Y no debería.

Sabía a quién se refería, y mientras miraba hacia aquel excéntrico hombrecillo de blanco, con

sus gafas redondas y su silueta oronda, sentí cierto alivio ante la sugerencia de que conocía la verdadera historia de Elisabetta, y quizás incluso había desempeñado algún papel secreto para dirigirla y protegerla. Me volví hacia Vadas.

—¿Qué hará ahora? —pregunté, pensando para mí mismo en la desesperación oscura y densa que el hombre debe sentir tras un momento de fracaso.

Cuando volví a mirarlo, vi que estaba sonriendo, y sus ojos, aunque llenos de lágrimas, brillaban con una rara paz y, me sentí seguro y alegre.

—Ahora, señor Kemp, viviré hasta que llegue la muerte. Entonces viviré para siempre y me reuniré con ella.

Se inclinó ante mí antes de volver al carruaje, se sentó junto al conductor y, junto a él, desapareció con el cuerpo de su hermana en la creciente luz de la mañana. A medida que desaparecían de nuestra vista a la vuelta de una esquina, el mundo parecía despertarse, como si fuera una señal.

—¡Corramos! —gritó uno de los niños, y al instante todos desaparecieron por las calles laterales, volviendo a los caminos ocultos y los canales en los que habían crecido.

—¡Hasta pronto, caballeros! —dijo el niño más bajo, el que Peters había capturado.

—¡Sé bueno, Billy! —le dijo el padre Thomas Edmund Gilroy, y me pregunté dónde había aprendido el nombre del niño.

Después de tanto silencio, el ruido parecía ensordecedor. Londres daba vueltas y más vueltas a nuestro alrededor en carritos y carruajes y a pie, divagando y charlando, gritando, golpeando y retumbando. La ciudad seguía como antes: ajena a la oscuridad siniestra que había sido derrotada y a la luz que había triunfado sobre ella. Frunciendo ligeramente el ceño, le comenté al padre Thomas Edmund sobre esta paradoja teológica apremiante. Él sonrió, pero negó con la cabeza.

—El mal fue derrotado en el Calvario —dijo en su característico tono didáctico—. Hemos vencido a este agente infernal, pero habrá otros que también deben ser derrotados.

—¿Pero cuál era su propósito? ¿Siempre estuvo persiguiendo a esa mujer?

—Sin perder demasiado tiempo haciendo hipótesis sobre algo que no podemos conocer, las motivaciones particulares de una criatura malvada, podemos decir que sus objetivos siempre fueron el poder y el placer. Sus acciones parecían indicar un propósito mayor, o político, así como uno más personal. Hemos visto el final de este último, y con su destrucción, asumo que hemos visto también el final del primero. No podemos decir con certeza cuál era, ni tampoco lo necesitamos. Pero piensa en las pruebas que tenemos: probablemente tenía algo que ver con Inglaterra, su gobierno e incluso su corona. Quien le gobierna, ¿gobernará algún día? Esa es una pregunta para reflexionar.

Nos quedamos incómodos considerando este hecho. Entonces el inspector se aclaró la garganta.

—Mis hijos me están esperando —dijo—. Buenos días.

Y se inclinó el sombrero como si se estuviera separando de nosotros después de un simple servicio religioso en el que el ministro hubiera predicado durante demasiado tiempo. Se alejó cojeando, dejando nuestras articulaciones doloridas y desesperadas por el alivio del movimiento.

Nos quedamos solos Barnes, Carstairs, un sacerdote, un hermano —y pronto un segundo, cuando el hermano Peter apareció a nuestro lado, arrastrando silenciosamente esa gran bolsa negra— y yo.

—Vamos, amigos míos —dijo el padre Thomas Edmund con suavidad—. Vayan a descansar. No hay nada más que hacer ahora, y si piensan demasiado en este tema acabarán volviéndose locos. Por ahora hemos derrotado al enemigo, y su trabajo está terminado. Pueden volver a sus

vidas y a sus trabajos.

Pensé en Esther. Debía ir a su lado. Verla liberada de esa sombra oscura, y hacer mi parte para cuidarla de nuevo a la vida, a la salud y, si pudiera dársela, felicidad. El sacerdote leyó mi pensamiento en mis ojos.

—Sí, John. Ve junto a ella. Incluso mientras vas, recuerda. Su curación vendrá. A tiempo. Por ahora, su causa debe ser simplemente dormir, incluso dormir en un tren a medida que avanza hacia el norte. Duerme largo, profundo y tranquilo, o comenzarás a ver visiones.

Eso hizo que los recuerdos volvieran a florecer.

—Antes de que se vaya —le dije—, tengo una última pregunta, padre.

Asintió expectante.

—Cuando vi al demonio en el tren, cuando me despertó y, estoy seguro, me habría atacado...

Describí la escena una vez más, presentando cada detalle con entusiasmo, y observando cómo el padre Thomas Edmund Gilroy interiorizaba cada palabra con calma, como si estuviese evaluando mi relato con una precisión tomista que detectase hasta la más mínima sombra de negligencia o herejía.

—¿Era su tarjeta? —exigí—. Sabía que era un cazador de vampiros... ¿Era su tarjeta?

Mientras yo hablaba, su cara redonda había adquirido un tono rosado y oscuro que era difícil de interpretar. Alguna emoción pesada estaba sobre él, pero no sabía qué.

—Oh, Dios mío —dijo el padre Thomas Edmund, volviéndose cada vez más rosado y pareciendo hablar con un esfuerzo—. Eso no es en absoluto lo que dice mi tarjeta de visita.

—Pero la vi —dije—. ¡Realmente la vi! Sé que la vi. ¡La tuve durante semanas, y cada vez que la leía, decía lo mismo!

Empecé a sentirme bastante alarmado, como si estuviera sufriendo síntomas de locura. Aquella respuesta, por otro lado, no era del todo inaudita: estaba agotado y abrumado, y por lo tanto podría ser indultado por la irracionalidad. Agarré a mi dependiente por el brazo y comencé a sacudirlo, ya que un abogado en un caso podría susurrar ruidosamente los papeles que contienen pruebas concluyentes y condenatorias.

—Carstairs debe de haberlo visto. ¡Dígale, Carstairs!

Francis Carstairs, él mismo enrojecido de vergüenza, admitió:

—Sí... Sí, señor. La dejaba en lugares incómodos y, aunque intenté no verla, porque estaba claro que usted no quería que lo viera, pero... Padre, eso es lo que decía.

—¡Ya ves! —casi lo grito—. ¡No estoy loco! ¡No me lo había imaginado todo! ¡Decía que es usted un cazador de vampiros, como de hecho lo es!

El padre Thomas Edmund se puso todavía más rosado.

—Mi querido John —dijo—, mi querido Sr. Carstairs, esto es muy embarazoso. Yo... mis tarjetas de visita son así...

Sacó una de un bolsillo oculto en el hábito:

Reverendo padre Thomas Edmund Gilroy, O.P., D.C.L.

*Convento de Santo Domingo
Londres, NW5 4LB*

—Pero... —miré la tarjeta que tenía en la mano—. ¡Padre, sé lo que vi!

—En realidad —dijo, con un tono rojo fuerte en la cara—, puede que haya confundido mis tarjetas verdaderas con la que uno de los hermanos... Bueno...

Nos interrumpió un ruido extraño, un gorgoteo contenido. Venía de detrás de mí, justo tras mi hombro derecho. El hermano James se derrumbó sobre las piedras, su cuerpo se contorsionó como si le doliera, con los brazos apretados alrededor de su cintura.

—¿Está enfermo? pregunté, horrorizado.

Luego escuché con mayor claridad y pude diagnosticar la causa: el joven luchaba con una risa imperfectamente silenciosa.

—¡La tarjeta! —casi gritó.

—Sí —dijo su superior severamente, aunque pensé que podía detectar una sonrisa—. Mira cuánta ansiedad ha producido tu pequeña broma, hermano James. Espero que hayas aprendido tu lección.

El dominico me miró.

—John, a pesar de que nos ocupamos de estos asuntos dramáticos y sórdidos, no hacemos publicidad de nuestras labores al público confiado. ¿Comprendes el terror que podríamos inspirar a los ingleses si pensaran que los seguidores más rabiosos de Roma poseen estacas y otras parafernalias que se cree popularmente que sirven para exterminar criaturas preternaturales? ¡Sabes, tan bien como yo, que los papistas inspirarían más pánico que los vampiros!

El hermano James todavía se estaba riendo para sí mismo, e incluso el hermano Peter lucía una sonrisa.

—Todos están bastante locos —dijo Toby Barnes encogiéndose de hombros.

—Supongo que todos los estamos en este momento, y con razón.

—¿Por qué huyó de mi habitación entonces? —exigí.

El padre Thomas Edmund se quedó pensativo por un momento, cerrando los ojos como para meditar sobre su respuesta. Los abrió, sonrió y finalmente se echó a reír.

—Mi querido muchacho —dijo—, si te golpearan en el ojo con algo tan terriblemente afilado como mi tarjeta de visita, ¿no huirías? Debe haberle dolido... monstruosamente.

Tras ese medio juego de palabras, que habría sido mejor para una discusión sobre Shelley que sobre Stoker, se unió a los dos hermanos en una risa anormalmente franca.

—Bueno —dije, aferrándome desesperadamente a mi punto—, ¿y qué le sucedió al vampiro en el tren?

—Oh —dijo el padre Thomas Edmund Gilroy serenamente—, después de eso vino a por mí.

Esperé, pero no ofreció ninguna otra explicación, así que presioné:

—Bien, entonces —dije—, ¿qué le pasó con él?

El padre Thomas Edmund Gilroy se mostró sorprendido por la pregunta.

—Me ocupé de él, por supuesto.

Y eso fue todo.

—Bueno —dijo Toby Barnes—, está chalado, como digo. Si nunca veo a un vampiro o un papista (pidiendo perdón, padre) nuevamente, será demasiado pronto. Me voy a intentar reconstruir los fragmentos de mi reputación, pero puedo prometerte una cosa, esta será la última vez que a Toby Barnes le roben una de las principales noticias —sacudió la cabeza con énfasis y gritó—: ¡Saludos, amigos míos!

Y se marchó por la acera, silbando una melodía con satisfacción.

Mientras el periodista caminaba por la calle, un muchacho pasó corriendo junto a él, tan lleno de energía histérica que lo empujó contra la pared.

—La reina ha muerto —chilló en falsete emocionado—. ¡Larga vida al rey!

EPÍLOGO

Han pasado ya diez años desde aquellos hechos. Los primeros informes y análisis, basados en información incompleta y carentes de imaginación, habrían sido divertidos en otro contexto. Fueron eclipsados fácil y rápidamente por otras preocupaciones nacionales, y tal vez aquello era lo mejor que podía pasar.

Un tiempo después de aquello, Esther y yo nos casamos. Ya no vivimos en Londres; el clima no es saludable para ella.

Mi estatus como abogado en Londres sufrió mucho. Llegué a pensar que no podría seguir dedicándome a eso, después de que tantos clientes prominentes resultaran ser tan terriblemente corruptos.

Dejé los pocos clientes que me quedaban a Francis Carstairs, quien lo ha hecho extremadamente bien. Se ha hecho famoso como abogado de defensa penal y nunca ha perdido un caso. A su debido tiempo, espero oír que ha sido nombrado juez de los tribunales de Su Majestad o elegido como miembro del Parlamento, aunque solo sea para transferir su registro invicto al crédito de la sentencia en lugar de a la absolución. Un monarca agradecido podría algún día otorgar un título a esa cabeza.

El inspector Harris es ahora superintendente, o tal vez incluso tiene un rango más alto. Todos los que lo conocen, e incluso algunos de los que no, le reconocen su mente científica, sin restos de superstición o de imaginación. El agente Peters es ahora inspector, y no tengo dudas de que tiraniza a sus hombres. Tampoco tengo ninguna duda de que inspira una lealtad inquebrantable en ellos, sobre todo cuando es más estricto con respecto a la disciplina.

Una carta reciente proveniente del Sur me ha informado de „que el doctor Lewis ha abandonado la medicina. Tras nadar en el Tíber, vive una vida ascética en un monasterio en una aldea diminuta de España. Me parece una estupidez.

Jenson y la señora Pritchard se casaron muy pronto después de que nuestras dramáticas aventuras concluyeran. Ahora son dueños de un pub en Suffolk, y he oído que allí se sirve el mejor pastel de carne de Inglaterra. También he escuchado que Jenson es cuidadoso y sociable como guardián del bar, pero como no lo he visto con mis propios ojos, y como me mareo con solo pensarlo, me siento inclinado a no creer el rumor.

Esther permaneció por algún tiempo en el Convento del Sagrado Corazón.

Para entonces, una evaluación de mi condición de abogado confirmó lo que ya había empezado a intuir: Londres ya no era un escenario adecuado para mi trabajo, y no había ninguna razón para permanecer allí. ¿Adónde debemos ir? La respuesta me la dio Sebastian Rubles: acepté su entusiasta invitación a visitarle y, durante mi estancia, marcada en buena medida por mis visitas diarias al convento, me presentó a sir Cedric Potheringsby, quien se convirtió en mi primer cliente en Durham.

No intentamos competir con Rubles, que se jacta de tener una docena de niños alrededor (para su desconcierto). Tenemos tres hijos, dos niños y una niña. Los niños están tan sanos y salvajes como cualquier padre podría esperar. Nuestra niña, que lleva el nombre de su madre, es pequeña, delicada y tranquila, con grandes ojos negros. Sin embargo, cuando sonrío, el mundo se ilumina con una belleza especial.

No me he vuelto papista, al menos de momento. Tampoco he impedido que Esther lo haga. Parece que le da consuelo, e incluso esperanza en sus momentos más preocupados. Visita a menudo el convento y, a veces, se queda allí durante varios días. Cuando veo esa mirada en sus ojos, la mirada de los recuerdos dolorosos, me siento agradecido por la pequeña cadena de cuentas que tiene tan cerca de su mano; aunque la oculta en su bolsillo, sé que siempre está ahí. Y

hasta he tartamudeado en mi corazón una cosa incómoda que podría ser la oración. Quizás ese sea el comienzo de lo que ustedes llaman fe, padre Thomas Edmund Gilroy. Y tal vez sea suficiente para mí. Por ahora, al menos, así lo creo.

Ahí lo tiene, amigo mío. Puede hacer con él lo que quiera. Atentamente,
John Kemp.